Sophie Saint Rose



Serie época

Me enfrentaré a todo por tu amor

221

Me enfrentaré a todo por tu amor

Sophie Saint Rose

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Epílogo

Capítulo 1

Annalie respiró hondo, llevándose la mano al vientre sin darse cuenta.

—Deja de hacer eso —la reprendió su madre—. ¿Quieres que piensen que estás hecha un manojo de nervios?

Apretó los dientes antes de mirar a su madre sentada frente a ella y sonrió con dulzura. —¿No lo verían normal, madre? Al fin y al cabo, soy una debutante.

—Ni se te ocurra dejarme en evidencia como en tu fiesta de presentación —dijo con rabia.

Aparentó sorpresa. —¿Cuándo te he dejado yo en evidencia? No lo dirás por no haber aceptado la invitación del duque de Morlington, ¿no es cierto? Estaba cansada, me dolían los pies.

—Si un duque te pide un baile, a ti no tiene que dolerte nada —dijo el conde de Darwick muy tenso—. ¿Me has entendido?

—Sí padre, lo he entendido perfectamente.

—Tienes que encontrar un buen marido y el duque es un partido estupendo.

—Tiene cuarenta años, madre. Es viudo y tiene seis hijos de tres esposas distintas.

—¿Acaso estás diciendo que no es de tu agrado? —preguntó como si eso fuera impensable.

—Y le huele el aliento.

—Oh, por Dios.

Ignorándola miró hacia la ventanilla del carruaje haciendo que un tirabuzón castaño rozara la piel blanca de su capa. Sus preciosos ojos azules brillaron viendo la cantidad de carruajes que esperaban ante la casa de los marqueses de Seirgbuck. Estaba deseando ver a su amiga, debía estar nerviosísima por su primera fiesta después de casarse. Llevaba un año sin verla y lo estaba deseando. Seguro que tenía mil cosas que contarle de la maravillosa luna de miel que había tenido con su enamorado. Sus cartas habían sido muy escuetas y se moría de curiosidad. Era una pena que sus padres no le hubieran

permitido asistir a la boda por no haberse presentado todavía, pero era algo que no la había sorprendido en absoluto conociéndoles como les conocía. Lo que sí que le había sorprendido es que sabiendo de buena tinta que su querida amiga ya estaba en Londres no hubiera ido a su presentación, pero seguro que tenía una buena excusa.

El carruaje avanzó y el lacayo abrió la puerta dando la mano a la condesa para ayudarla a bajar. Después su padre se acercó a la puerta y la advirtió con la mirada. —Siempre has sido una hija educada y has sabido dónde está tu lugar, no me decepciones.

—No, padre —dijo muy seria intentando no mostrar sus sentimientos como siempre.

Cuando el conde bajó, ella cogió la mano de Phill y posó su pie en el escalón para salir del carruaje. Iba a bajar cuando levantó la vista y vio a un hombre en la puerta saludando a un conocido. Era el hombre más atractivo que había visto jamás y su corazón saltó en su pecho sin poder creerse que esa noche tuviera algo bueno aparte de ver a su amiga del alma. Cuando él entró en la casa, Annalie bajó del coche como en una nube.

—¿Quieres darte prisa? —dijo su madre con voz chillona antes de sonreír falsamente a una conocida con una inclinación de cabeza.

La fulminó con la mirada—. Ni se te ocurra mancharte el vestido.

—Sí, madre.

Su madre cogió el brazo del conde para ir hacia la casa mientras ella iba detrás como si fuera una sirvienta. A su derecha vio que llegaba una debutante con sus padres. Esta en medio de los dos hablaba entusiasmada. Su padre le sonrió con cariño y Annalie apartando la mirada se sintió ruin por envidiar la felicidad de otra.

La miró de reojo de nuevo y esta le sonrió de manera agradable. Annalie forzó una sonrisa que le hizo perder la suya en parte, lo que le dio mucha rabia. Se notaba que era buena chica.

Entró en la casa tras sus padres y esperaron la cola para saludar a sus anfitriones. Sin poder evitarlo sacó la cabeza disimuladamente para intentar ver a Bonnie, pero a quien vio fue al caballero que había visto antes, que se quitaba la capa con soltura entregándosela con el sombrero a uno de los lacayos. Se volvió para darle la mano a un hombre y vio que sus ojos eran del color de la miel lo que le cortó el aliento. Tenía un porte, una manera de moverse que algo en su estómago se estremeció. Pero no solo eso le llamó la atención, era un hombre que se hacía respetar y al que admiraban. Y de eso se dio cuenta porque varios miembros del parlamento se acercaron para saludarle. Le vio asentir muy serio.

Las mariposas en su estómago se volvieron locas cuando empezó a hablar y separó los labios mirando los suyos disfrutando de ese momento único. Apenas dos minutos después sin ni siquiera darse cuenta de que estaba haciendo algo totalmente inapropiado le siguió con la mirada hasta sus anfitriones. Ni vio a su amiga de lo impactado que estaba su corazón.

Alguien le tiró de la capa y se volvió para encontrarse los ojos castaños de la chica. —El lacayo espera —dijo divertida.

—Oh… —Se llevó la mano al lazo de su cuello para quitarse la capa mostrando su impresionante vestido blanco. —Gracias.

La chica sonrió. —Es hermoso.

Se sonrojó porque había sido carísimo, algo que sus padres no dejaban de recordarle. —Gracias, el tuyo también.

—Hija…

Annalie se volvió para seguir a sus padres. Al ver a su amiga se quedó de piedra porque parecía que había envejecido diez años y no solo por el horrible vestido gris que llevaba sino por la expresión de su rostro. —¿Bonnie?

Volvió la cabeza hacia ella y forzó una sonrisa. —Qué sorpresa, si es Lady Annalie, qué alegría volver a verte.

Ansiosa cogió sus manos. —Es un gusto estar aquí y…

—Tenemos que saludar a los demás —dijo el marqués de manera cortante—. Mi esposa hablará con usted después, milady.

Se sonrojó por lo que era una orden en toda regla. —Oh sí, siento haberle importunado. —Soltó sus manos y notó que su amiga lo hacía a regañadientes. —Por supuesto, hablaré con mi amiga después.

—Sí, luego tendremos tiempo para charlar.

Sabiendo que algo iba muy mal, se alejó siguiendo a sus padres sin perderla de vista y esta hizo un gesto para que se fuera. Preocupada apretó los labios antes de mirar al frente. Siguió a los condes entre el gentío y cuando pasaron unas enormes puertas pintadas en blanco y oro vieron el enorme salón de baile que ya estaba a rebosar. Separó los labios de la impresión porque era un salón el doble de grande que el de sus padres y estaba bellamente decorado. El techo estaba pintado como si fuera un jardín y de él colgaban lámparas de aceite con hermosas gotas de cristal. Parecía un sueño. Sus ojos bajaron hasta el salón donde varias parejas ya estaban bailando y había cuatro puertas dobles flanqueadas por hermosas plantas llenas de rosas blancas. Estas daban al jardín trasero de la casa, lo que ventilaba el ambiente. Y realmente era

necesario porque muchos abusaban del perfume y había algunos que realmente mareaban. Al mirar hacia la escalera juró por lo bajo porque sus padres casi habían llegado al salón y asustada bajó los escalones de mármol corriendo para que no notaran su ausencia. En cuando se puso a sus espaldas su madre miró sobre su hombro asintiendo cuando la vio allí, pero entonces su mirada se endureció. —Coloca tu tirabuzón. —Movió la cabeza para que reposara sobre su hombro desnudo. —Vigila tu aspecto.

El conde se detuvo y dijo —Hija, ya van dos llamadas de atención esta noche.

—Lo siento, padre.

Apretó los labios y miró a su esposa. —Voy a saludar a unos conocidos.

—Sí esposo, ve. Disfruta de la velada que yo me encargo de presentarle a candidatos adecuados.

El conde se alejó y su madre cogió su mano llamando su atención. La condesa sonrió clavando la uña en la palma de su mano. —¿A que te portarás bien, hija?

Disimulando el daño que le estaba haciendo asintió. —Sí, madre.

—Oh, ahí llega el joven Truman. Sonríe.

Ella lo hizo y Lord Truman inclinó la cabeza a modo de saludo. —Milady, es un placer verla esta noche y si me permite está mucho más bella que en su presentación. —Le sonrió seductor. —Y eso es algo muy difícil de conseguir.

Cogiendo su falda hizo una impecable reverencia. —Es muy amable, milord.

—¿Me permite un baile?

—Claro que sí —dijo su madre encantada con él—. Lo hará con mucho gusto, ¿verdad que sí, hija?

—Sí, estoy de lo más complacida —dijo aunque no lo estaba en absoluto porque ese joven era un libertino y no hacía más que insinuaciones poco apropiadas.

Cogió su mano y la llevó a la pista. Annalie con la espalda muy recta colocó su mano sobre su hombro y cogió su mano justo cuando empezaron los primeros compases de una polca. Odiaba ese tipo de bailes. Prefería el vals, aunque sus padres no lo consideraban adecuado, de hecho, creían que era escandaloso que se acercara tanto a su acompañante.

Bailó mecánicamente mientras ese estúpido sonreía como si estuviera encantado de tenerla entre sus brazos. Menos mal que aquel baile no daba muchas oportunidades para charlar, aunque él lo intentó, vaya si lo intentó, pero solo contestó con monosílabos. Al terminar hizo una reverencia como las demás y sonrió. —Gracias por el baile.

—¿Quiere caminar alrededor de la pista?

—No. —Se volvió y fue hasta donde estaba su madre observando, rodeada de las brujas de sus amigas. A él no le quedó más remedio que seguirla. —Ha sido un baile muy revigorizante, madre.

—Me alegro mucho, hija. ¿Qué le ha parecido a usted, milord?

—Baila maravillosamente.

—Tres profesores ha tenido —dijo a toda prisa—. Y dos de música, pintura y dos institutrices muy estrictas. Habla alemán y francés como si fuera su propia lengua, y puede llevar la casa con los ojos cerrados.

El lord la miró de otro modo, como si fuera alguien a quien tomar en cuenta. —Impresionante.

—Es toda una dama —dijo lady Wilkie apoyando a su amiga —. Su futuro marido será muy afortunado.

—Eso no lo dudo, milady. Solo hay que verla. —Cogió la mano de Annalie y se la besó mirándola a los ojos. —¿Bailará conmigo de nuevo, milady?

—Oh no, lo siento. Mis padres solo me permiten un baile por caballero.

—Pero hija, lord Truman es distinto.

Sí, ya se notaba que tenía los ojos puestos en ese estúpido. —¿Seguro que padre aceptaría ese cambio de postura, madre?

—Sí, hija. Todo lo que me parece bien a mí, le parece bien a él.

Sí, ya sabía que ella hacía todo lo posible para convencer a su padre y que estuviera de acuerdo en todo. Tenía años de experiencia al respecto, así que sonrió a lord Truman. —Será un placer bailar con usted de nuevo.

Este hinchó el pecho orgulloso. —Será un gusto disfrutar de nuevo de su destreza en la pista, milady.

Inclinó la cabeza y se puso junto a su madre que sonrió más que satisfecha. —Luego le veremos.

Este inclinó la cabeza antes de alejarse.

—Oh, querida Diana, menudo partido —dijo lady Wilkie.

Orgullosa levantó la barbilla. —No admito menos que un futuro conde, amigas.

—Y haces bien —dijo lady Coddington.

En ese momento regresó su padre y se le cortó el aliento al ver que se acercaba hablando con el duque de Morlington. Era evidente que no se daba por vencido. Entonces se cruzó una pareja y vio al hombre que había visto en la entrada llevando del brazo a la debutante que la había avisado. Sintió un nudo en el estómago al ver como ella sonreía loca de contenta mientras él la dejaba al lado de sus padres y de varios amigos. Apretó los labios viendo como él le cogía la mano y se la besaba diciéndole algo que hizo sonreír a los suyos mientras la chica se echaba a reír. De repente su padre se puso ante ella y gruñó por dentro mirándole a los ojos. —El duque quiere bailar, hija. Pero no quiere bailar con cualquiera, quiere bailar contigo.

Lo que indicaba que no tenía escapatoria. —Será un placer bailar con el duque, padre.

Este sonrió y el duque cogió su mano llevándola hasta la pista de baile. Desgraciadamente en esa ocasión podían hablar y él no dejó de hacerlo. Intentando evitar su aliento se inclinó ligeramente hacia atrás mirando a un lado y a otro. Él la giró y llegaron al final de la pista antes de que la girara de nuevo. Sus ojos coincidieron con los del atractivo hombre de la entrada y se detuvo en seco sintiendo que se le paralizaba el corazón, pero el duque tiró de su mano para que volviera a su lado y cuando giraron Annalie volvió la vista hacia él sin poder evitarlo. La estaba mirando y se le cortó el aliento de la impresión porque no había sido casualidad. La seguía con la mirada. Su corazón se aceleró y cuando las parejas taparon su rostro miró al duque que sonrió encantado. —Qué bien baila, milady.

—Gracias duque —susurró sin saber siquiera lo que decía porque no podía dejar de pensar en ese desconocido.

—¿Me da permiso para visitarla, milady?

—Es algo que deberá preguntarle a mi padre, milord.

—Él me dará permiso, se lo pido a usted.

Su mirada fue a parar a su padre que les observaba fijamente y como si él supiera lo que estaba pensando, asintió. Gimió por

dentro antes de sonreír a aquel hombre. —Estaré encantada, milord.

Este sonrió. —La visitaré mañana mismo a la hora del té.

—Será un honor recibirle.

Al fin terminó el baile y la llevó hasta sus padres. Sin poder evitarlo miró hacia el otro lado de la pista y allí estaba observándola. Su interés la dejó sin aliento y se preguntó si sería un hombre que aprobara el conde. Se pasó la siguiente hora aguantando a sus padres poniendo buena cara a los pretendientes que pedían bailar con ella y escuchando cotilleos de las maliciosas amigas de su madre, hasta que Bonnie se acercó abanicándose mientras saludaba a uno y a otro con la cabeza. Se detuvo ante ella y sonrió. —Qué alegría verte, amiga —dijo como toda una dama—. Tengo que contarte mil cosas de la perfecta luna de miel que me ha regalado mi generoso esposo. Ha sido un año increíble.

—Oh, estoy deseando escuchar todo lo que tienes que contarme —dijo ansiosa.

—¿Qué te parece si vamos al jardín? Estoy algo acalorada.

—Espero que sea por algo bueno, marquesa —dijo su madre maliciosa.

Bonnie forzó una sonrisa. —Desgraciadamente no, pero seguro que no tardará. ¿Vamos Annalie?

—¿Puedo, madre? —preguntó deseando irse de allí.

—Por supuesto que puedes irte con la marquesa. Y fíjate en como ha madurado este último año.

Claro, tenía que soltar esa coletilla para recalcarle que no era perfecta. —Gracias madre. —Cogió el brazo de su amiga y dijo por lo bajo —¿Qué rayos está pasando, Bonnie?

—Sonríe, seguramente nos está mirando mi marido.

Ella sonrió radiante y dijo bien alto —Oh, qué bonito…

En cuando salieron por las puertas al jardín ambas perdieron la sonrisa y bajaron las escaleras de la terraza a toda prisa. —¿Qué ha ocurrido?

Bonnie cogió su mano y tiró de ella hacia detrás de una estatua que había en el jardín. —Dios mío, es horrible.

—¿Qué es horrible?

—Mi marido, es un hombre horrible.

—¿A qué te refieres? En tus cartas solo me contabas maravillas.

—Es que me las leía antes de enviarlas. —Annalie se llevó la mano a la boca de la impresión. —Es un monstruo. Controla todo lo que hago y si algo no le gusta, me pega.

—¿Qué?

—Hasta controla lo que me pongo. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —No puedo salir de casa sin su consentimiento y siempre debe acompañarme alguien. Está obsesionado con que le voy a ser infiel. Acude a mi cama todas las noches deseando tener un heredero. Este último mes al enterarse de que no estaba embarazada de nuevo, me dio una paliza que impidió que saliera de casa en dos semanas. No me deja escribirte porque dice que eres soltera y que solo debo relacionarme con su madre y mujeres casadas que tengan su aprobación. He intentado hablar con mi madre, pero no ha querido escucharme. Es empezar a hablar de eso y se pone muy nerviosa como si estuviera hablando de algo prohibido. Dice que son cosas que debo solucionar con mi marido y que no exagere. Que soy casi recién casada y debo acostumbrarme. Nadie me ayuda —dijo angustiada—. Hasta el servicio vuelve la cara si me abofetea en la cena.

—Dios mío… —dijo asustada por ella—. Tienes que abandonarle.

—¿Y a dónde voy? Mis padres me repudiarían por dar que hablar y lo que es peor, Matthew me mataría. No pararía hasta encontrarme por dejarle en evidencia. —Sollozó. —No sé qué hacer. Hasta he pensado en quitarme la vida.

Ella la abrazó con fuerza. —Ni se te ocurra volver a decir eso, ¿me oyes? Encontraré una solución, te lo juro.

—Nunca pensé que acabaría así. Con lo maravilloso que era en el noviazgo. Me trataba tan bien…

—Lo siento, lo siento mucho —dijo sabiendo lo enamorada que se había casado. Al ver por el rabillo del ojo a una pareja que paseaba por el jardín se apartó intentando cubrirla—. Reponte, no puede notar que algo va mal.

Bonnie se limpió las lágrimas a toda prisa y vio a la pareja. —Dios mío… Esta noche será horrible. Ya me ha reprendido porque el salmón no estaba como a él le gustaba, como si yo fuera la cocinera.

—Él te impidió ir a mi presentación, ¿verdad? Entonces te reprenderá por acercarte a mí.

Asintió intentando no llorar. —Me he acercado porque dijo que podría hablar contigo en cuanto saludáramos a todos y no se ha desdicho después, aunque sé que no lo aprueba. Pero tenía que

decírtelo, tenía que explicarte mi comportamiento. Eres la única amiga de verdad que tengo. —Reprimió un sollozo. —¿Sabes? He pensado muchas veces que el día en que murió David se destrozaron nuestras vidas.

Annalie apretó los labios. —Eso cambiará y pagarán, pagarán todos, incluido tu marido.

Su amiga negó con la cabeza. —Somos mujeres, no tenemos ni la más mínima oportunidad.

—Puede que seamos mujeres, pero no somos estúpidas, algo se nos ocurrirá. De momento tú disimula. No te vuelvas a acercar a mí, lo solucionaré, ¿de acuerdo? Júrame que no harás ninguna tontería irremediable —le rogó—. No podría soportarlo. —Bonnie no contestó y la cogió de los brazos. —Júramelo o te sacó de aquí ahora mismo y nos matará a las dos.

—Annalie…

—No pienso rendirme, así que tú tampoco, ¿me oyes?

Bonnie la miró a los ojos fijamente y susurró —Te quiero como una hermana.

Emocionada sonrió. —Somos hermanas. Eres lo único que me queda y no pienso perderte.

Bonnie la abrazó con fuerza. —Ten cuidado, el marido que elijan para ti definirá tu futuro mucho más de lo que piensas. No te dejes engañar.

—No lo haré, tranquila. —La besó en la mejilla y se apartó para mirar su rostro. Le pellizcó las pálidas mejillas y colocó sus rizos morenos sobre el hombro. —Lista. —Cogió su brazo y fueron hasta las escaleras de piedra haciendo como si nada. Al ver que su marido estaba en la terraza mirando hacia ellas siseó —Sonríe. Ahora me presentarás y después le invitarás a bailar. Pondrás cara de aquí no ha pasado nada y si te pregunta le dirás que hemos hablado de mi presentación. Dile que ha venido la ahijada de la reina. Que ha tenido un niño hace poco y que eso te ha emocionado como si desearas un hijo suyo más que nada.

Bonnie sonrió mirando a su marido. —Esposo, qué sorpresa tan agradable. ¿Quieres bailar conmigo?

—Para eso te buscaba.

—Oh, qué bien. Permítame que te presente a una antigua amiga como se merece. De soltera éramos vecinas y llegamos a compartir profesor de piano. Lady Annalie Coodigde, hija del conde de Darwick, este es mi maravilloso esposo el marqués de Seirgbuck.

Ella hizo una reverencia casi hasta el suelo. —Es un placer conocerle, milord. —Se incorporó con cara de niña buena. —Mi padre solo ha dicho virtudes de usted.

—Un buen hombre, muy integro y cabal.

—Lo es —dijo como si estuviera orgullosa—. Si me permiten, debo reunirme con mis padres. Tengo pendiente un baile.

—Espero que te diviertas mucho, Annalie —dijo él amablemente dándole un trato más cercano para demostrar que era aprobada.

—Es una fiesta maravillosa. Marqueses. —Inclinó la cabeza y se volvió perdiendo la sonrisa de golpe. Fue entrar en el salón de baile y apretó los puños sintiendo que la recorría la rabia. Pasó entre un montón de gente y sin querer golpeó con el hombro a alguien. —Oh, perdón… —dijo casi sin mirar antes de alejarse.

—Debería reparar su falta con un baile, milady.

Esa voz la detuvo en seco y sintiendo que le faltaba el aire se dijo que no podía ser, que se imaginaba cosas porque nunca había oído su voz. Lentamente se volvió y sus ojos se encontraron de nuevo. Sí, era él. Era él y le estaba hablando. Dio un paso hacia ella mirándola muy serio. —Al parecer tenía prisa.

—Lo siento, yo…

—Exijo reparación. —Le mostró el brazo y Annalie deseando bailar con él más que nada se mordió el labio inferior provocando que se tensara. —¿Piensa rechazarme?

Se sonrojó. —Lo siento, pero no sé si le aprobarían mis padres. No nos conocemos.

Eso le tensó aún más. —Sí que me aprobarían. De hecho, creo que me pondrían el primero de la lista de posibles candidatos.

—Eso ha sonado un poco engreído, milord.

Enderezó la espalda demostrando que su rechazo no le gustaba nada. —Dudo que alguien me acuse de eso, es la pura verdad. —Cogió su mano y se la besó. —El duque de Flagston a su servicio, milady.

Se le cortó el aliento. Había oído hablar de él, era un respetado miembro del parlamento, pero con un título más antiguo que el de la mismísima reina de Inglaterra… Y tenía entendido que estaba casado por lo que sintió una decepción enorme. Se sonrojó por importunarle. —Siento haberle molestado.

—Si cree que me voy a ir sin reparación, está equivocada. —La cogió del brazo y antes de que pudiera evitarlo la plantaba en la

pista y la cogía por la cintura para empezar a bailar.

—Pero…

—Tengo la sensación de que me está rechazando de nuevo —dijo guiándola maravillosamente.

Se puso como un tomate. —Lo siento, pero mis padres solo me permiten bailar con quienes ellos aprueban. Pero ya que está casado… —Él levantó una de sus cejas morenas. —Ah, que no lo está.

—La única vez que estuve comprometido, no llegué a casarme —dijo como si ese tema le molestara muchísimo.

A pesar de su metedura de pata sintió una alegría inmensa que intentó disimular. —¿Se murió? Lo siento mucho.

—No caerá esa breva.

Parpadeó sorprendida. —¿Disculpe?

—Dos días antes de la boda se casó con otro.

¿Quién era la loca que había rechazado a ese hombre? Dios, ahora sí que había metido la pata. Forzó una sonrisa. —Uy, qué contrariedad, ¿no? —preguntó sin saber dónde meterse de la vergüenza—. Pero seguro que ese cambio repentino fue para bien.

—Le aseguro que yo estoy loco de contento con su decisión, me libré de una bruja de cuidado que no tiene remordimientos por avergonzar a todos sus conocidos y humillar a su familia.

Vaya, era algo duro. Si la chica se había enamorado… —¿Pero su matrimonio es feliz?

Frunció el ceño. —¿Y eso qué tiene que ver? —preguntó molesto—. Tenemos responsabilidades, milady.

—Sí, responsabilidades con nosotros mismos. Solo tenemos una vida y debemos vivirla lo mejor posible. Si no quería casarse con usted, estaba en su derecho de rechazarle.

—Me rechazó un poco tarde —dijo entre dientes.

—En eso tiene razón.

—Vaya, gracias.

Sin poder evitarlo soltó una risita por su indignación y él preguntó pasmado —¿De qué se ríe?

—Lo siento, pero es que me imagino su cara cuando se enteró… Un hombre como usted, duque además… Seguro que no le rechaza nadie.

—Pues ya que lo dice… —Entrecerró los ojos. —Aunque usted acaba de hacerlo.

—Cierto. Le he rechazado y me ha ignorado. Pero a ella no pudo detenerla, ¿no es cierto? ¿La siguió? Claro, debía salvaguardar su honor, pero llegó demasiado tarde.

Él gruñó girándola por la pista. —Una pérdida de tiempo.

—Cierto, cuando alguien se va hay que ponerle un puente de plata.

—El refrán dice al enemigo puente de plata.

—¿Y acaso no cree que ella le creía su enemigo? Si salió por patas. —Al darse cuenta de lo que había dicho abrió los ojos como platos. —Perdón.

Entonces él sonrió sorprendiéndola y una pareja que pasaba a su lado al verlo se detuvo en seco y todo para verle bien. —No sonríe a menudo, ¿no? —preguntó ella como si fuera una pena. —Esos se han sorprendido.

—La gente es estúpida.

—Bueno, hay de todo. Pero por aquí es cierto que abundan.

—Una inconformista.

—Soy una dama, no se nos permite ser inconformistas.

—Tonterías, milady. Mi madre es la persona más inconformista que conozco. A todo le pone peros.

Soltó una risita. —Debe ser interesante.

—No se hace una idea. ¿Quiere conocerla?

Sorprendida le miró a los ojos. —¿Para qué me ponga verde?

—Puede que la pusiera roja con sus comentarios, pero verde…

Annalie no lo pudo evitar se echó a reír de manera muy poco apropiada y el duque sonrió. —Tiene una risa preciosa.

—Gracias, esto será la tercera llamada de atención de esta noche.

—Lo dice como si fuera la definitiva.

—Desgraciadamente lo es. Seguramente mañana no me dejarán salir a caballo.

Los ojos del duque brillaron. —Ya recuerdo donde la he visto, en Hyde Park. Siempre cabalga muy temprano, al alba. Su lacayo se deja la piel para poder seguirla.

Se sonrojó de gusto. —¿Me ha visto? Si a esa hora no hay nadie.

—La primera vez que la vi venía de un duelo.

—¿Era uno de los participantes?

—Desgraciadamente sí.

—Supongo que ganó.

—Yo siempre gano. —Lo dijo de una manera que le cortó el aliento y este sin dejar de mirarla a los ojos giró con ella alrededor de la pista. —No pienso pedir permiso para visitarte.

Se sintió decepcionada. —Ah, ¿no?

—No, porque aunque dijeras que no pienso ir igual. —Annalie reprimió un suspiro de alivio. —¿No piensas decir nada?

La había tuteado, algo totalmente inapropiado, aunque ya era inapropiado bailar con él sin haber sido presentados formalmente. Pero pensaba seguirle el juego. —¿Para qué si harás lo que te venga en gana?

Él sonrió satisfecho con su respuesta. —Cierto, soy duque puedo hacer lo que me plazca.

—Qué suerte tienen algunos.

—¿Acaso tú querrías hacer algo que te prohíben?

Pensó en ello. —Pues sí.

—Estoy impaciente por escucharlo.

Se le pasó algo por la cabeza y era tan escandaloso que hasta la sonrojó. —¿No le dirás a nadie mi secreto?

—Lo juro por lo más sagrado.

Él lo había preguntado, no era culpa suya que preguntara cosas tan indiscretas. —Me gustaría besarte. —Al duque se le cortó el aliento. —¿Ves? Es algo que me tienen prohibido, de hecho, no debería ni pensar ni hablar de eso, pero… —Bajó la vista hasta sus labios sin darse cuenta. —Es algo que me ronda la cabeza desde que te he visto.

—Y es algo en lo que ahora no podré dejar de pensar yo —dijo con la voz más grave.

Se sonrojó. —Cuando recibió su primer beso mi amiga Bonnie dijo que había sido como ir al cielo. ¿Exageraba?

—Depende de la persona que te bese —dijo mirándola de una manera que le cortó el aliento. De hecho, acabó la pieza y ellos siguieron bailando sin música lo que provocó que todos se les quedaran mirando. Los de la orquesta a toda prisa iniciaron otro vals. Siguieron bailando y él susurró —Mi burbuja acaba de explotar, milady.

—¿Por qué?

—Eso de lo que hablas no es algo que te prohíben solo a ti, yo tampoco puedo besarte así como así.

—¿Aun siendo duque no puedes hacer lo que te venga en gana y besarme? —preguntó aparentando estar sorprendida.

—No, a no ser que pida tu mano.

—Es algo pronto para eso —dijo embriagada con su manera de mirarla sin darse cuenta de que prácticamente se había pegado a su torso para girar por la pista—. ¿No es cierto?

—Cierto. Tendría que visitarte a menudo y bailar contigo en más bailes. Asistir a meriendas donde nos vieran… Y puede que después de un par de meses pidiera tu mano formalmente.

—Mi padre ya me habrá casado para entonces.

Él se tensó. —¿Qué has dicho?

—Tienes competencia. El duque de Morlington tiene previsto pedir mi mano prontamente.

—Si le huele el aliento —dijo asqueado.

—¿Te imaginas que horrible primer beso será ese? —preguntó apenada.

—Y que horrible destino.

—Me estremezco solo de pensarlo.

—Habrá que remediarlo.

Se le cortó el aliento. —¿Hablas en serio? Si ni sé cómo te llamas.

Él sonrió. —Thorne Solomon Michael Flagston.

—Annalie Rose Victoria Coodigde.

—Es un honor, milady.

Le miró impresionada. —Llevas el mismo apellido que tu ducado.

—Nosotros le pusimos el nombre a las tierras.

—Ah, entiendo. Es cierto lo que dicen, tu título debe ser muy antiguo.

—Se remonta a Guillermo el conquistador.

—¿Mi padre tendrá alguna pega para poder rechazarte?

—Como hemos hablado antes no son los padres los que me rechazan, son las hijas.

—Unas inconscientes.

—Totalmente, soy un partido estupendo.

No se podía creer lo que estaba pasando, iba a pedir su mano. Sin poder evitarlo susurró —Yo no le rechazaría, excelencia.

Notó como se le cortaba el aliento. —Pues ya no hay vuelta atrás, preciosa.

Capítulo 2

Cuando terminó el baile él la llevó frente a sus padres, que por las expresiones de sus rostros era evidente que esos bailes no les habían gustado un pelo.

—Conde —dijo Thorne sin intimidarse—. Me alegro de volver a verle.

—Esto es poco ortodoxo, duque.

—No entiendo muy bien a lo que se refiere —dijo aparentando estar confundido—. ¿No lo dirá porque cree que no nos han presentado? Nos encontramos por casualidad y no he podido dejar pasar la oportunidad de saludar a su hija. La marquesa de Seirgbuck nos presentó formalmente en el jardín —dijo mintiendo descaradamente.

—Oh… —dijo avergonzado—. En ese caso, si le ha presentado nuestra anfitriona...

—Una mujer muy agradable. ¿Puedo pedirle hablar unos minutos a solas?

Su esposa le miró de reojo y al ver que su marido dudaba dijo a toda prisa —Querido, el duque espera.

—Oh, sí, por supuesto.

Él la miró a los ojos antes de alejarse y nerviosa se apretó las manos sin poder creerse lo que estaba ocurriendo. Su madre se acercó para susurrar —¿Piensa hacer lo que creo que va a hacer?

—Creo que sí.

La condesa sonrió satisfecha. —No eres tan estúpida como pensaba. Rico y con título, tendrás un espléndido matrimonio.

Se tensó por lo que consideraba un insulto y miró fríamente a su madre. —Yo aspiro a algo más que a tener cuatro vestidos de temporada en el armario, madre.

Esta se echó a reír. —Si eres lista, tendrás cincuenta.

De inmediato su madre fue hasta sus amigas que estaban cuchicheando y cuando les dijo unas palabras estas sonrieron como si fuera una noticia estupenda. Jamás se entenderían. Se volvió

hacia la puerta deseando verles regresar y sus ojos se encontraron con los de la chica que había visto en la entrada. Esta sonrió y ni corta ni perezosa se acercó a ella. —Hola.

—Hola —dijo incómoda.

—Te llamas Annalie, ¿verdad?

—Sí, ¿y tú?

—Amy.

—Mucho gusto conocerte.

—Te he visto bailar con mi primo.

Se le cortó el aliento. —¿El duque de Flagston es primo tuyo?

Esta asintió moviendo sus rizos rubios. —Así es, por eso vengo a advertirte.

Perdió algo la sonrisa. —¿Advertirme?

—Como le hagas daño, como le plantes en la boda o algo por el estilo, te rompo las piernas —dijo sin perder la sonrisa.

—Oh… —Sonrió sin poder evitarlo. —Una amenaza muy sutil.

—Los Flagston no somos sutiles, vete acostumbrándote. Somos bastante directos.

—Ya me he dado cuenta. Yo también suelo serlo cuando no hablo con mis padres.

—¿Así que te has insinuado tú? —preguntó maliciosa.

Se puso como un tomate porque eso no podía negarlo y Amy se echó a reír. En ese momento su amiga Bonnie pasó a su lado y casi ni la miró haciendo que Annalie perdiera la sonrisa poco a poco.

—Pobrecita —dijo Amy.

Se tensó. —¿Pobrecita por qué?

—Es evidente que es desgraciada, ¿no crees? Asistí a su boda y era tan feliz… —Se acercó y susurró —Se comenta que su marido no la trata del todo bien porque no le da un heredero.

Así que ya había rumores por la ciudad. —Bastardo —dijo entre dientes sin poder evitarlo.

Amy asintió. —Qué pena que no haya un buen samaritano para darle una lección. Yo tendría un par de ideas.

—¿Sí? ¿Como qué? —preguntó sin poder disimular su interés.

—Un duelo, provocar un duelo con alguien muy diestro que le quite del medio.

—La mataría antes de que la bala le entrara en la sesera.

La miró comprendiendo. —Veo que le has dado vueltas.

—Debería ser algo que no provocara ella. —Entonces se dio cuenta de lo que estaba haciendo y forzó una sonrisa. —Pero solo son suposiciones. Igual la marquesa no se encuentra bien físicamente y por eso tiene ese aspecto. La gente enferma.

Los ojos de Amy fueron a parar a su amiga que hablaba con su suegra. Parecía que estaba regañando a Bonnie por algo. —Sí…

—¿Y la otra idea era? —preguntó sin poder evitarlo.

—Huir.

—¿A dónde?

—¿A dónde va a ser, mujer? A América.

—¿A vivir del aire? Sola y rechazada por su familia, ¿de qué se mantendría?

—Bueno, si ya lo queremos todo… —dijo exasperada.

—Si fuera el caso, que no lo sé, creo que la marquesa de Seirgbuck querría la vida a la que ha sido destinada.

Amy lo pensó. —Tienes razón, ¿por qué tiene que pagar ella por algo que él hace mal? —Sus ojos castaños brillaron. —Un robo y una muerte inesperada. Una viuda joven aún tiene mucha vida por vivir.

En eso tenía razón. Y no era mala idea. Sonrió. —Podrías escribir novelas.

—Me cuesta hilar unas ideas con otras y que todo encaje. Ya lo he intentado, ¿sabes?

—¿De veras? Me encantaría leer algo tuyo.

Le hizo mucha ilusión. —¿Puedo visitarte mañana y llevarte mi último manuscrito?

—Por supuesto, estaré encantada.

Su nueva amiga miró tras ella y bufó. —Ahí llega mi siguiente baile. Enseguida vuelvo. —Cogió el bajo del vestido como si fuera a la guerra y la rodeó. Divertida por su desparpajo se volvió para verla ir hacia la pista de baile donde se echó a reír por algo que le dijo su acompañante.

—No es apropiada, demasiado espontánea —dijo su madre tras ella.

Tensó la espalda antes de volverse. —Es prima de mi futuro marido.

—Eso cambia las cosas.

—Madre… —Se giró para mirarla. —Desde hace años me dices lo que debo hacer para comportarme correctamente, creo que

ha llegado el momento de que dejes de instruirme. ¿O es que no confías en tus enseñanzas?

Diana la miró fijamente. —Sí, te he enseñado bien. Pero algo que tenemos las madres es que no dejamos de guiar a los hijos hasta que morimos. —Sonrió maliciosa antes de alejarse. ¿Estaba indicándole que nunca se libraría de ella? Se iba a llevar una sorpresa.

—Ya estoy aquí, le he dicho que me dolían los pies —dijo Amy casi sin aliento colocándose a su lado—. ¿Un poquito de champán? Mis padres me dejan tomarme una copita y presiento que tenemos algo que celebrar.

Volvió la vista hasta la puerta y en ese momento su padre apareció bajando las escaleras y no traía muy buena cara. —No cantes victoria todavía. —Ansiosa buscó a Thorne, pero no apareció tras él.

—Oh, Dios mío. ¿Ha rechazado a mi primo? —preguntó atónita.

Ella tampoco se lo podía creer hasta que una idea se le pasó por la cabeza. —Y para hacer tal locura es que ya me ha comprometido con otro, por eso no ha podido aceptarle. —Se llevó

la mano al vientre sintiendo que se le revolvía. —Dios mío, el duque de Morlington.

Amy la miró horrorizada. —Si es un viejo.

Su padre se dirigió hacia ella con el rictus muy serio y la condesa se acercó de inmediato. —Nos vamos.

—Pero…

—Diana, nos vamos ya.

—¿Padre? Tengo derecho a saber lo que ha ocurrido y…

—Tú solo tienes derecho a lo que yo te diga y nos vamos. ¡Ya!

Amy no disimuló su asombro y ella avergonzada agachó la mirada. —Sí, padre. —Él la agarró del brazo y tiró de ella hacia la escalera como si hubiera hecho algo terriblemente mal mientras varios asistentes se les quedaban mirando.

La madre de Amy se acercó a su hija. —¿Qué ha ocurrido?

—Le ha rechazado.

La baronesa de Farbairn la miró asombrada. —Imposible.

—Sí, mamá. Y no solo eso, tengo la sensación de que no la tratan bien.

—Pobrecita.

—Pues no sabes lo peor, intuye que la quieren casar con Morlington.

La expresión de horror de su madre lo decía todo. —¡Pero si le huele el aliento! —Entonces ambas comprendieron. —Creen que morirá pronto.

—Y ella enviudaría.

—Seguro que en el contrato matrimonial el conde estipula que en ese caso recuperaría su dote que según he oído a una cotilla hace unos minutos es inmensa. Su abuelo la dejó a buen recaudo de su albacea, sus padres no pueden tocarla. Aunque no es que les falte el dinero porque tienen amplias tierras que les dan buenos beneficios.

—Madre eso no puede ser, ¿has visto su vestido? Ha costado más que todos los míos de la temporada. Si ya tenían previsto casarla, ¿por qué ese estipendio?

—Muy aguda, hija. ¿Entonces por qué casarla con un hombre mucho mayor que ella y que ya tiene hijos?

—Deberíais hacerle esa pregunta a la persona correcta.

Ambas se volvieron para encontrar al barón. —¿Y esa persona es, padre?

Este sonrió.

—Uy, mi marido ha oído algo que puede ayudarnos.

—Por supuesto que sí, esposa, ¿Acaso no me traes aquí para que tenga los oídos muy bien abiertos? Al ver que el chico bailaba así con ella, me acerqué a los condes para estar atento a lo que decían.

—Jeffrey cuéntanoslo de una vez, no nos hagas sufrir.

—El conde no ha comprometido a su hija todavía, no porque no quiera sino porque no puede.

—Papá, cuéntalo de una vez. —Amy cogió su mano impaciente. —¿Por qué no puede?

—Eso no lo sé. —Ambas dejaron caer los hombros decepcionadas. —Es lógico que no lo sepa, no iban a hablar de ello en un salón donde les podría oír cualquiera.

—¿El conde dijo que no la comprometería con él?

—La condesa al principio estaba encantada. Mira esposo está bailando con Flagston. Sería perfecto. El conde se tensó y dijo por lo bajo, ¿es que eres estúpida? ¿No te das cuenta de que eso no puede ser?

—¿Qué más, qué más? —preguntó la baronesa.

—Ella le miró altanera y siseó que lo arreglara. Como si fuera tan fácil, le respondió él. La condesa insistió, sería el mejor matrimonio de la temporada, es el mejor candidato. Tenemos las manos atadas, dijo él entre dientes. Deja de insistir.

—¿Y ella lo dejó? —preguntó Amy

—Puso cara de vinagre hasta que vio el interés de nuestro chico. Entonces tuve que alejarme porque el conde miró hacia mí distraído y no quería que me descubriera.

—Vaya… —dijo Wendolin frustrada.

—Tranquila querida, lo arreglaremos.

—No ha mostrado interés por otra mujer desde lo de Lady Martha. Y ahora ocurre esto.

Los tres miraron hacia las escaleras. —¿Se habrá ido a casa a lamerse las heridas? —preguntó Amy—. Padre, ¿por qué no vas al club ese donde vais los caballeros, no vaya a ser que haya ido a ahogar las penas?

—¡Niña!

—Mamá tenemos que enterarnos de lo que le ha dicho el conde. Igual mi primo ya tiene la respuesta.

—Uy, pues tienes razón. Marido, ya estás tardando.

Jeffrey rio por lo bajo y la besó en la mejilla. —Intentaré llegar antes que vosotras.

Viendo la animada fiesta Amy dijo —No te apures, que aquí aún hay mucho soltero por conocer.

Tumbada en la cama se pasó la mano por la sien borrando la lágrima. Maldita sea. Sus padres se habían negado a dirigirle la palabra por lo que ellos llamaban su mal comportamiento y no habían querido decirle sus razones para rechazar a Thorne. Y se negaba a que le quitaran esto también. Ya había perdido demasiado por su culpa y no pensaba consentir que se lo arrebataran cuando estaba tan cerca de ser feliz. Porque con él sería feliz, lo sentía. Esos momentos entre sus brazos habían sido los más felices de su vida y estaba segura de que si continuaba a su lado no serían los únicos. Sonrió con tristeza aún sintiendo su tacto en la palma de la mano, lo que le decían sus ojos ambarinos. Se había sentido unida a él en todos los sentidos como si aquel fuera su lugar, su sitio a su lado. Ahora su cuerpo le necesitaba y no pensaba negárselo. Se sentó en la cama y apartó las colchas para levantarse a toda prisa. Fue hasta el armario y lo abrió intentando no hacer ruido para no despertar a

su dama de compañía que dormía en la habitación de al lado. Se quitó el camisón a toda prisa y cogió su traje de montar de terciopelo azul con ribetes negros. Afortunadamente se cerraba por delante y eso había sido idea de su doncella para que no tuviera que despertarla a las intempestivas horas en que se levantaba ella y pudiera vestirse sola. Cuando se puso el vestido cogió las botas y se sentó en la cama para calzárselas. Vio el reloj de encima de la chimenea, eran las cuatro de la mañana, el lacayo aún no estaría en el establo. Agarró su chaquetilla a juego con el traje y se la puso a toda prisa. Sus botas no hicieron ruido sobre las alfombras del suelo y al llegar a la puerta acercó la oreja. Cogió el pomo lentamente y lo giró.

—¿Qué haces, niña?

Casi chilla del susto y se volvió de golpe para ver en la puerta de comunicación a Betty. —Voy a cabalgar.

—¿A estas horas? —Se cruzó de brazos mostrando la puntilla de su bata blanca. —Es demasiado temprano.

Se tensó. —Tengo ganas de desfogarme.

Esta apretó los labios. —¿Qué ha pasado? No has querido contármelo.

—No hay nada que contar. A padre le apeteció regresar a casa y me quedé sin baile.

Betty apretó los labios. —Y eso te ha molestado.

—Pues sí.

—No pienso dejar que salgas sola de esta casa y menos a estas horas, ¿me has entendido? —dijo muy seria—. ¿O quieres que avise a tu madre?

—Muy bien —respondió tensa—. Leeré un libro hasta que llegue la hora.

—Vuelve a la cama, Annalie… —Entró en la habitación y cuando iba a cerrar la puerta Annalie abrió la suya para que el ruido se amortiguara con su pestillo.

Entrecerró los ojos esperando que abriera de nuevo, pero no lo hizo así que salió de la habitación lentamente sin cerrar la puerta. Caminó por el pasillo de puntillas pasando ante las habitaciones de sus padres y cuando llegó a la escalera de servicio, intentó que no se escucharan los pasos sobre la vieja madera. Respiró del alivio en cuanto llegó a la planta baja y corrió atravesando la enorme cocina para ir hasta la puerta de atrás. En cuanto salió de la casa corrió atravesando el patio hasta llegar al establo donde Thor esperaba

impaciente como si supiera que llegaría en cualquier momento. Le puso la silla lo más rápido que pudo y acarició el pelo negro de su cuello. —Vamos allá, precioso. —Puso el pie en el estribo y se subió con agilidad montando a horcajadas. Los cascos de su caballo resonaron sobre el empedrado y gimió mirando hacia las ventanas de las habitaciones esperando que nadie les oyera. Tuvo que bajarse para abrir las puertas que daban acceso al patio interior y sacó a su caballo para cerrarlas de nuevo. Dios, era libre. Al fin era libre. Se subió a su caballo a toda prisa y cabalgó hasta el final de la calle para girar a la derecha y entrar en High Park por el sendero del este. La noche era clara, así que la luz de la luna mostraba bien el camino. Azuzó a su caballo para ir al lago Serpentine y saltó varios setos para llegar cuanto antes. Al ver por el rabillo del ojo el lago a lo lejos, detuvo su caballo por la hermosura que mostraba la luna llena reflejada en él. Parecía inmensa y elevó la vista hacia el cielo para encontrarse la luna más grande que había visto jamás. —Dicen que tienes poderes, pues te pido luna que me quiera a su lado, que me ame y que juntos nos enfrentemos a todos. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Le necesito, ayúdame. Tiene que venir, por favor.

Un sonido la alertó y vio como un caballo tan negro como el suyo atravesaba a galope el prado yendo hacia el puente. —Gracias,

gracias… —Azuzó su montura y cabalgó hacia él.

Thorne debió verla de inmediato porque desvió el rumbo hacia ella para ir a su encuentro. Detuvo el caballo al lado del suyo y se miraron a los ojos. —Has venido —dijo ella sin aliento.

Mirandola fijamente la cogió por la cintura y la sentó sobre su grupa antes de atrapar su boca y besarla como si le diera el aire. A Annalie ni le dio tiempo a reaccionar saboreando sus labios e inclinó la cabeza rozando tímidamente su lengua. Su contacto fue tan eléctrico que gimió acariciando su cuello pegándose a él. Era tan maravilloso que solo quería más. Thorne bajó la mano por su cintura hasta su muslo y se lo acarició por encima del vestido. Entonces apartó sus labios lentamente para mirar su rostro y Annalie recostada sobre su brazo ni pudo abrir los ojos aún sintiendo sus besos en sus labios hinchados. —Preciosa, debemos irnos.

Elevó los párpados para mirarle y sonrió. —¿Vamos a fugarnos?

—No nos han dado opción. Tu padre se niega a la boda.

—¿Qué razón te ha dado? —Al ver que no respondía se enderezó. —¿Thorne?

—Una realmente estúpida —dijo molesto.

—Cuéntamela.

—Dijo que mi reputación no era intachable, que debido al abandono que sufrí era motivo de mofas y de chismorreos a los que no pensaba exponerte a ti ni a tu familia.

—Eligió algo que te había hecho daño para atacarte, muy típico de mi padre. —Sonrió maliciosa. —¿Así que no quiere escándalos? Pues ahora sí que van a chismorrear.

Thorne sonrió. —Preciosa, ¿te estás vengando?

—Todavía no he empezado.

—¿Me vas a meter en esto?

—Ya te has metido, duque. Me has elegido —dijo retándole con la mirada—. Aún puedes arrepentirte. Todavía puedes irte y aquí no ha pasado nada.

—No pienso arrepentirme. —La cogió por la nuca y la besó apasionadamente provocando que hasta temblara en sus brazos. Él se apartó besando suavemente su labio inferior. —Tenemos que irnos, no tardarán en dar la voz de alarma.

—Sí, sí —dijo disfrutando de sus caricias.

—Esta noche preciosa, esta noche serás mía.

Miró sus ojos y su alma gritó de la felicidad mientras la ayudaba a sentarse sobre su caballo. —Tuya.

—Para siempre.

Hincaron los talones en sus monturas y recorrieron el prado. Annalie rio no quedándose atrás y vio la admiración en sus ojos. Sí, era él, era su alma gemela y a partir de ahora todo se solucionaría.

En cuanto llegaron a una gran casa ante el parque se subieron a un carruaje que estaba esperando y él golpeó el techo para que emprendieran el camino. Sentada ante él sonrió. —¿Habrá dificultades?

—Espero que al menos les llevemos un par de horas de ventaja. Además, no vamos a Gretna Green.

—Ah, ¿no? —preguntó sorprendida.

—Iremos a Escocia, pero a mi casa de campo cerca de Evertown. Allí nos casaremos en la capilla familiar.

—Oh, qué bonito. Nos casaremos en tus tierras. ¿Pero no sabrán que las tienes? Igual nos toman la delantera y si van a caballo…

—Preciosa, no te preocupes. Su primer paso será averiguar dónde estás en Londres ¿y qué crees que harán?

Pensó en ello y no es que tuviera muchas amistades en Londres, la verdad. —Irán a ver a Bonnie.

—La marquesa no sabe nada de ti, ¿y después a dónde irán?

—¿A verte a ti?

—Mis sirvientes tienen órdenes de decir que todavía no he llegado de la fiesta de anoche y no deben dejarles entrar en mi casa. Ellos me buscarán por si sé algo de ti y seguramente hasta hablarán con mi tío, pero él no sabe nada, no me ha visto desde anoche.

—Lo que será un retraso más.

—Seguramente ahí pensarán que te has escapado para irte conmigo y tendrán que ir a su casa a preparar el viaje.

—¿En un viaje a caballo? No hay mucho que preparar.

—¿Con lo que llueve estos días? —preguntó divertido—. Irán bajo techo. ¿Por qué crees que no vamos a caballo, preciosa?

—Yo te perseguiría a caballo, te pillaría antes.

—Me siento halagado. Pero después de un par de horas lloviéndote encima, te aseguro que lo que más deseas es el refugio de un carruaje.

Frunció el entrecejo porque igual tenía razón. —A mi padre no le gusta montar.

—Ahí lo tienes.

—Qué futuro marido más listo tengo. —Sonrió radiante y él cogió su mano tirando de ella para que se sentara sobre sus piernas. —Así estoy mucho más cómoda, gracias.

—De nada, preciosa —susurró comiéndosela con los ojos—. Ya eres mi mujer, esto no hay quien lo pare, lo sabes ¿verdad?

—¿Me has oído quejarme? —Acarició su cuello. —No puedo creer que te haya conocido.

—Ni yo tampoco. —Acarició su muslo.

—Siento algo increíble cuando estoy a tu lado… —dijo sin aliento mirando sus ojos—. ¿Vas a hacerme el amor?

—Pienso intentarlo.

—Mi corazón vuela a tu lado. —Él separó los labios de la impresión viendo cómo se empañaban sus ojos. —Pienso hacer lo que sea para que seas feliz. Tan feliz como tú me haces a mí.

—¿Serás una buena esposa?

—La mejor. —Besó su labio inferior y él tomó el control del beso entrando en su boca. Ni podía pensar cuando hacía eso, pero le

daba igual mientras saboreaba lo que le ofrecía. Le escuchó gruñir y apretó la mano en su muslo lo que le indicó que le gustaba su respuesta y eso la hizo sentirse más atrevida abriendo más su boca con la respiración agitada. Su hombre gimió y de repente se encontró sentada frente a él sin saber lo que había pasado. —¿Marido? —preguntó sin aliento.

Carraspeó. —Preciosa, estamos en el carruaje y nos pueden oír.

—¿Quién? —preguntó sin comprender.

—Los lacayos —dijo entre dientes.

Entrecerró los ojos. —Tú no serás uno de esos que siempre hace lo correcto, ¿no?

—Nos estamos escapando, creo que eso contesta a tu pregunta.

Sonrió radiante. —Es cierto, perdona cielo, pero es que durante un momento me has recordado a mi padre.

Estiró el pañuelo que rodeaba su cuello como si le ahogara. —Lo que me faltaba por oír.

Se sonrojó. —¿Soy demasiado descarada? No sé muy bien cómo comportarme, me estoy dejando llevar y… —Angustiada apretó

sus manos. —No quiero desagradarte, si crees que soy demasiado descarada, dímelo.

—Eh… —Se acercó sentándose a su lado y la abrazó. —Preciosa, no has hecho nada malo.

—¿De veras? —Escondió su rostro en su cuello. —Tengo miedo —susurró sincera.

—¿Miedo a qué? A mi lado no debes temer nada. Soy duque, ¿recuerdas?

Sonrió relajándose en sus brazos. —Hace mucho que no me consolaban. Me estás consolando, ¿no es cierto?

Sus dudas le cortaron el aliento. —Sí preciosa, te estoy consolando.

—Gracias.

—¿Quién te consolaba antes?

Cerró los ojos. —Mi hermano David.

—¿David? No le recuerdo.

—Murió hace siete años. —Él se apartó para mirar su rostro. —En Escocia. Tenía dieciocho años.

—Ahora lo recuerdo. Decidió ir a un campamento militar y murió por un disparo perdido en uno de los ejercicios, ¿no es cierto?

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —No, no es cierto.

Se tensó y se alejó para verla mejor. —¿Qué quieres decir?

—Le mataron, ellos le mataron —dijo con odio—. Todos colaboraron.

—¿Hablas de sus compañeros?

—Y de mis padres, fue culpa suya.

—Preciosa explícate.

Recordando el dolor que llevaba en su pecho desde que se había ido de casa apretó los labios antes de decir —David era tierno, inteligente y la mejor persona que he conocido nunca. Me quería, me protegía, me enseñaba. Siempre estaba a mi lado, protegiéndome de ellos. No era como otros jóvenes que solo piensan en su asignación y que quieren salir con sus amigos. Él siempre estaba en la casa, apenas salía y si lo hacía era siempre acompañándome a mí y a Bonnie. Le gustaba leer, pintar y tocar el piano. Y eso era lo que no soportaban mis padres, querían un heredero fuerte que les hiciera sentir orgullosos y David no era como padre, él tenía corazón.

—¿Y qué ocurrió?

—Una mañana mi padre me reprendió porque había dejado un libro en la terraza de la casa de campo, era un volumen muy caro, se puso a llover y se estropeó. —Recordándolo se quedó con la mirada perdida. —Me abofeteó y David llegó en ese momento. Le detuvo evitando que continuara y la tomó con él llamándole de todo. Le acusó de ser demasiado débil, de no estar a la altura del título que iba a heredar, le gritó que se avergonzaba de él. No se me olvidará la mirada de dolor de mi hermano y más cuando le cogió por el brazo con fuerza empujándole contra una estantería. ¡A ti te voy a enderezar sí o sí! No dejaba de gritárselo y tres días después le dijo que preparara su equipaje, que se iba. —Una lágrima recorrió su mejilla. —Mi pobre hermano, que jamás había hecho nada malo iba a pagar su rebeldía. La noche antes de irse me rogó que fuera buena, que disimulara mis pensamientos, mis intenciones, que cuando volviera me sacaría de allí con la herencia del abuelo. Que todo se solucionaría. Vi en sus ojos que ya no lo soportaba más, pero no podía hacer nada. En los días posteriores me sentí muy sola, pero esperaba que David al menos disfrutara de la libertad que le daban al estar lejos de allí. Entonces llegó la primera carta. Me di cuenta de inmediato de que pasaba algo. Aunque intentaba disimular que todo iba bien, yo sabía que no era así. Le escribí

preguntándole lo que ocurría y durante un tiempo mintió diciendo que todo iba bien, pero llegó una carta en la que me relataba que aquello era un infierno. Dormían en tiendas de campaña pasando mucho frío como si estuvieran en guerra y sus compañeros eran unos salvajes a los que sus padres ya daban por perdidos. —Su labio inferior tembló. —Y esos mismos compañeros le arrastraron a hacer lo que hizo burlándose de él porque no lograba integrarse. Así que no pudo más, cogió un arma y se pegó un tiro. —Sollozó. —Mi pobre hermano…

Él acarició su mejilla. —Lo siento mucho, preciosa.

—Mis padres cubrieron lo que ocurrió con mentiras —dijo con odio—. Temiendo que la sociedad les diera la espalda por lo que habían hecho, ni siquiera le trajeron para enterrarle aquí. Y esos cobardes del campamento que le torturaron hasta la muerte no sufrieron ningún daño.

—¿Sabes quienes fueron sus compañeros?

—No, eso no me lo dijo, pero sí sé quien lo provocó y tienen que pagar. Mis padres tienen que pagar.

Thorne apretó sus labios. —¿Qué te propones?

—Humillarles, humillarles tanto que tengan que huir como las ratas que son —dijo con rabia.

Él respiró hondo apoyando la espalda en el respaldo de seda verde viendo su rostro desencajado de dolor. —Te pegaban, te humillaban como a tu hermano, ¿no es cierto?

Asintió reprimiendo un sollozo. —Aprendí a hacer lo que querían, a esforzarme por no cometer ningún error y si me comportaba correctamente me dejaban ver a Bonnie, que era mi vecina y lo único que me quedaba. —Cerró los ojos. —Ella le quería, ¿sabes?

—¿Hablas de la marquesa de Seirgbuck?

—Siempre dijo que de mayor se casaría con él. Cuando ella se lo decía, él sonreía y le contestaba que esperarla sería un honor. La destrozó enterarse de su muerte y ahora está en manos de ese…

—Al parecer te lo ha contado.

Le miró sorprendida. —¿Lo sabe todo el mundo?

—Su cambio ha sido evidente.

—¡Ellos provocaron esto! —gritó con rabia.

La abrazó. —Cálmate preciosa, a partir de ahora quedarán atrás.

—No, tengo que…

—Shusss, tranquila, ya pensaremos en algo.

Se le cortó el aliento. —¿Me ayudarás?

—Soy tu marido, y mi deber es aliviar ese dolor que llevas dentro. Ahora eres mi responsabilidad y si te han hecho daño, te juro que lo van a pagar.

Emocionada le abrazó. —Gracias, gracias.

Él acarició su espalda. —Debes descansar un poco, estás agotada y tantas emociones no son buenas. —Se levantó haciendo que se recostara en el asiento encogiendo las piernas. Se volvió y levantó su asiento para sacar una manta que le puso por encima. Que la cuidara de esa manera volvió a emocionarla y más cuando se agachó a su lado. —¿Qué ocurre, preciosa?

—Gracias por elegirme.

Él besó sus labios. —Ha sido un placer, milady.

Capítulo 3

El traqueteo del carruaje la despertó y abrió los ojos sintiéndose confundida, pero vio a Thorne dormido ante ella y suspiró del alivio porque no había sido un sueño. Se sentó y miró por la ventanilla para ver que llovía y mucho. Debía ser más del mediodía por la posición del sol, así que seguro que su padre empezaría ahora a perseguirla. Volvió la vista hacia Thorne y sonrió viéndole fruncir el ceño en sueños. Tuvo tiempo para comérselo con los ojos y grabar en su memoria cada uno de sus rasgos. Cuando bajó su mirada por su impecable chaqueta de montar de terciopelo negro suspiró de nuevo por lo elegante que era. Sus ojos bajaron lentamente por su inmaculada camisa blanca y cuando llegaron a sus pantalones frunció el ceño viendo algo ladeado sobre su muslo. ¿Sería una pistola en su bolsillo? Estiró el cuello. No debía llevarla ahí, era peligroso. Igual se había dormido sin darse cuenta de que

aún la tenía en su bolsillo. Había oído una vez que si la pólvora se calentaba podía explotar. ¿Y si se calentaba con el calor de su cuerpo? Podía ser peligroso, podía morirse. Ah no, que le acababa de encontrar. Con cuidado se levantó para sentarse a su lado, pero al mirar el pliegue del bolsillo bajo la cinturilla delantera del pantalón apretó los labios. ¿Cómo iba a meter la mano ahí sin despertarle? Entonces se le ocurrió una idea y se agachó para coger su pierna por la pantorrilla elevándola lentamente. Eso hizo que se reclinara hacia un lado recostándose en el asiento. Annalie sonrió triunfante y pasó por encima de sus piernas para colocarse al otro lado para meter mejor la mano. De espaldas a su rostro el carruaje traqueteó y por poco se cae sobre él, pero afortunadamente no se despertó. Se notaba que estaba agotado, el pobrecito. Acercó las manos al bolsillo y cogió el extremo delantero para tirar lentamente de él y meter la otra mano. Poco a poco metió la mano y en las yemas de los dedos sintió la dureza de su muslo. Su sangre comenzó a correr más rápido por sus venas y parecía que hacía más calor, qué raro. Sus dedos siguieron bajando y por encima de la tela vio cómo se aproximaba. Entonces su dedo índice llegó hasta la empuñadura. Annalie frunció el ceño al notar la tela entre la empuñadura y su mano y la rodeó con los dedos pasándolos de arriba abajo. Parecía

dura, pero blanda a la vez, ¿qué material sería ese? Volvió a tocar la pistola y se dijo que por allí no podría sacarla si había una tela en medio. Ya sabía lo que había pasado, la llevaba en la cinturilla del pantalón y en algún momento se le había metido dentro. Sacó la mano y cogió la cinturilla para tirar ligeramente y meter la mano.

Él carraspeó. —Preciosa, ¿qué haces?

Chilló del susto mirándole con los ojos como platos. —Sacar tu pistola, te puedes hacer daño.

—Sacar mi pistola —dijo con la voz ronca.

—Sí. —Señaló su muslo. —¿Y si se te dispara?

Él miró entre sus muslos y carraspeó. —Preciosa, eso no es la pistola.

—Ah, ¿no? ¿Y qué es?

Juró por lo bajo sentándose. —¡Es mi miembro, Annalie!

—¿Tu miembro? —preguntó sin entender. Entonces abrió los ojos como platos—. ¿Cómo los de los perritos?

Carraspeó incómodo. —Algo así, pero más grande.

—Ah, y eso… El de mi perrito de la finca crece cuando quiere perrita. ¿El tuyo también?

—En este momento espero que no crezca más.

—Oh… —dijo impresionada sentándose frente a él—. Enséñamelo.

—¿Estás loca?

—Eres mi marido, ¿no? Me lo vas a enseñar tarde o temprano.

—Preciosa, te aseguro que si me abro los pantalones no podré detenerme. —Ella se empezó a desabrochar la chaquetilla. —¿Qué haces? —preguntó él escandalizado.

—Hace calor —respondió asombrada—. ¿No tienes calor?

—Eres muy inocente.

—¿De veras? ¿Y eso qué tiene que ver con que haga calor? —Se empezó a quitar la chaquetilla.

Juró por lo bajo pasándose la mano por su cabello negro. —Mujer, te prohíbo que te quites nada.

Parpadeó con una manga colgando. —¿Me lo prohíbes? ¡No me caso contigo para que me prohíbas nada! ¡Estoy harta de que me prohíban cosas! —Se puso de pie y le gritó a la cara —¿Me has entendido? ¡Pensaba que había sido muy clara!

Él la cogió por la nuca y atrapó su boca. Annalie gimió sujetándose en sus hombros y Thorne la agarró por la cintura

tirando de ella hasta que la sentó a horcajadas sobre sus muslos. Se besaron impacientes comiéndose el uno al otro y cuando sintió que su mano pasaba por debajo de su falda acariciando su pierna hasta su muslo apartó su boca suspirando de placer. —Preciosa, ¿y tu ropa interior? —preguntó él contra su cuello.

—Tenía prisa por encontrarme contigo.

Sus dedos llegaron hasta su glúteo, haciéndola sentir maravillosamente. Gimió arqueando su cuello hacia atrás y antes de darse cuenta la otra nalga ya recibía atención. —Es maravilloso.

—Tú sí que eres maravillosa —dijo sin aliento antes de besar el lóbulo de su oreja—. Elévate.

Lo hizo casi sin darse cuenta y su miembro acarició su sexo robándole el aliento. Le miró a los ojos y por instinto se dejó caer haciendo que él apretara los labios como si le doliera deteniéndola en seco. —¿Te hago daño?

—No, preciosa —dijo con esfuerzo—. Es perfecto.

—¿Eso significa que te agrada?

—Mucho, me agrada mucho.

Entonces se dejó caer de golpe y ambos gritaron mirándose sorprendidos. —¿Pero qué haces?

—Ha dolido —dijo incómoda.

—La madre que… —La cogió por los glúteos pegándola a él y ella le miró con los ojos como platos. —¿Mejor? —Ella asintió. —Preciosa, es tu primera vez y tiene que ser más delicado.

—¿De veras? —Sin poder evitarlo movió las caderas adelante y atrás robándoles el aliento. —Es increíble, ¿eso lo has hecho tú?

—Lo hacemos al unirnos.

—Sabía que eras perfecto para mí. —Se deslizó adelante y atrás de nuevo. No podía ser, eso no podía existir de verdad, pero movió las caderas de nuevo ampliando su placer, el placer de ambos. Sintió como Thorne apretaba los dedos sobre sus nalgas como si estuviera ansioso y volvió a moverse sobre él notando como su sexo se deslizaba en su interior hasta casi perderle, lo que hizo que volviera a su encuentro llenándose por completo. Por instinto se elevó para dejarse caer y lo que experimentó fue mucho más intenso, así que lo hizo una y otra vez hasta que su cuerpo gimió de una necesidad que no entendía. Se dejó caer con más fuerza y Thorne la volvió tumbándola sobre el asiento. Entonces la llenó dejándola sin aliento porque fue mil veces mejor. —Más…

Ni sabía lo que decía, pero la llenó de nuevo y mirándole a los ojos todo su ser se rindió a un placer tan intolerable que creyó que moriría, así que tuvo que cerrar los ojos recibiendo su semilla, lo que provocó que todo en ella estallara mostrándole la verdadera felicidad.

Minutos después pudo abrir los ojos y le vio sobre ella sonriendo. —Hola —dijo él.

Sonrió. —¿Lo repetimos? Me ha gustado mucho.

Se echó a reír. —Preciosa no cambies nunca, ni por mí ni por nadie.

Radiante le dio un beso en los labios. —Lo que ordenes, duque.

Él se apartó y a Annalie se le cortó el aliento cuando le sintió salir de su interior. —Dios… —Entonces vio que miraba su sexo y jadeó tapándose. —¿Qué haces?

—Estás sangrando, hay que limpiarte. —Juró por lo bajo quitándose el pañuelo que rodeaba su cuello.

—¿Estoy sangrando? —Sorprendida se miró entre las piernas.

—Es la prueba de tu virginidad. —Le pasó el paño entre las piernas sonrojándola hasta la raíz del pelo. —¿Nunca te habían

hablado de esto?

—No, no se habla de esas cosas con las jóvenes que aún no se han casado, milord.

Él apretó los labios antes de mirarla entre las piernas de nuevo y juró por lo bajo. —Necesitamos agua. —Se agachó para coger una cantimplora que ella no había visto antes. Empapó el pañuelo. —¿Y cuando sangraste por primera vez nadie te explicó que ocurría?

—Me ayudó Bonnie —dijo como un tomate—. Pero ella no sabía mucho del tema tampoco. Déjame a mí.

—Debo hacerlo yo, esposa. —Levantó la vista hasta sus ojos y pasó el paño entre sus pliegues haciendo que gimiera de placer dejándose caer sobre el asiento. —Yo debo cuidarte. —Pasó el paño de nuevo provocándole que todo su cuerpo temblara y dijo —Ya está.

Algo decepcionada porque se hubiera acabado levantó la cabeza para mirarle y vio cómo se limpiaba su miembro. —¿Eso no tengo que hacerlo yo?

Rio por lo bajo. —Será mejor que no, porque entonces volveremos a empezar.

—¿Y qué hay de malo en eso? —dijo apoyándose en sus codos.

—Nada, absolutamente nada, pero por donde estamos llegaremos a una posada enseguida.

—Uy, qué bien.

—Para cenar y seguir camino.

—Vaya, ¿y no podemos pasar la noche allí? —preguntó con picardía.

—Perderemos la ventaja que tenemos.

—Rayos. —Se sentó molesta y viendo cómo se cerraba el pantalón soltó una risita. —Me gusta tu pistola.

La cogió por la nuca y la besó apasionadamente provocando que le abrazara por el cuello recostándose sobre su cuerpo. Cuando apartaron sus labios se miraron a los ojos. —No puedo dejar de tocarte —susurró ella.

—Me pasa lo mismo.

—Quiero llegar a amarte.

La miró como si fuera suya y una alegría inmensa recorrió su pecho. Entonces se escuchó un disparo que la sobresaltó. —¿Qué es eso?

Thorne la apartó para abrir la puerta y sacar medio cuerpo. Juró por lo bajo metiéndose de nuevo. —Tu padre con otros dos hombres —dijo antes de gritar al cochero —¡Detente Tom!

—No puede ser —dijo pálida—. Me va a matar a golpes.

—Escúchame bien… —Se agachó a su lado cogiéndola por los brazos para que le mirara. —No te va a tocar, ¿de acuerdo? Eres mi mujer. Te he tomado y ya no puede hacer nada.

—No le conoces, nadie le lleva la contraria. Ni siquiera tú. —Blanca como la cera miró hacia la puerta para ver el rostro de su padre a través de la ventanilla y sus ojos decían que la mataría con gusto. —Padre…

—Sal del carruaje, Annalie.

—¡No se va a ningún sitio! —Thorne abrió la puerta haciendo que se apartara y cuando bajó del carruaje cerró de un portazo. —¡Es mi mujer, así que ya puede irse por donde ha venido!

—¡Es mi hija! ¡La ley dice que es mía! Y no ha podido casarse con ella todavía, así que apártese si no quiere que le pegue un tiro entre ceja y ceja.

Asustada por Thorne fue hasta la puerta. —¡No, padre!

—¿Quiere un escándalo, conde? Por mí no hay problema. ¡Incluso iré a la reina si es necesario para exigir que se me devuelva a mi mujer! ¡Y le aseguro que tengo muy buena relación con ella!

Su padre le puso la pistola en la frente. —¿Cree que por muy duque que sea me voy a intimidar? —gritó furioso—. ¡Antes les mato a los dos!

Sabiendo que hablaba muy en serio, ella gritó abriendo la otra puerta y saltando del carruaje. Entonces su padre gritó —¡Cogedla!

Vio que su primo segundo y heredero al título corría tras ella, que se metía en el bosque mientras oía los gritos de Thorne. Se escondió tras un árbol y vio una piedra. Frenética se agachó para cogerla y se incorporó escondiéndola entre los pliegues de su vestido. Su primo apareció ante ella y rabiosa le golpeó con la piedra en la cara antes de salir corriendo hacia el carruaje. Vio que su otro primo apuntaba a los lacayos con una escopeta mientras Thorne y su padre forcejeaban. Se acercó a Richard por la espalda y le golpeó en la cabeza dos veces haciendo que cayera redondo al suelo. Ni supo cómo cogió la escopeta, pero sí escuchó la detonación. Su padre la miró sorprendido dando un paso atrás y Thorne se volvió para verla con el arma en la mano. —¡No! —gritó el duque corriendo hacia ella.

Entonces su padre levantó el arma y disparó. Sintió como la bala atravesaba su piel provocando que cayera hacia atrás del impacto. Thorne cogió la escopeta volviéndose y disparó de nuevo dándole al conde en el cuello. Murió en el acto antes de caer desmadejado al suelo.

Thorne se arrodilló a su lado. —¿Preciosa?

Impactada agarró su mano. —¿Me muero?

—Te ha dado en el hombro. —Volvió la cara hasta el carruaje y la cogió en brazos. Ella sollozó asustada. —Te pondrás bien.

—¿Le he matado?

—Le he matado yo. —La metió en el carruaje y gritó —¡Daos prisa, necesitamos un médico!

—¿Y ellos?

Se subió al carruaje. —¡Me da igual! ¡Aprisa! —El cochero azuzó a los caballos haciendo que salieran a galope y Thorne arrancó la tela de su hombro para ver la herida jurando por lo bajo al ver la cantidad de sangre que manaba de ella. Annalie temblando miró hacia allí aún en shock por lo ocurrido. —No te preocupes, preciosa. Esto no es nada. —Levantó sus faldas arrancando un buen pedazo de sus faldones.

—Me van a ahorcar, déjame morir.

La cogió por la barbilla para que le mirara. —No te va a pasar nada.

—Le he matado, le he matado.

—¡Le he matado yo! ¡Tú solo me defendiste creyéndome en peligro! ¡No pasará nada! Déjame hablar a mí, ¿me oyes? Todo saldrá bien. —Le puso la tela sobre la herida, pero ni daño le hizo del shock. Aquello no podía estar pasando.

Thorne la cogió del hombro como si fuera una muñeca para mirar su espalda y juró por lo bajo. —La bala no ha salido, tendremos que sacártela. —Al ver como temblaba acarició su mejilla manchándosela de sangre. —Has sido muy valiente. —Besó sus labios. —Y has hecho bien.

—Mis primos me odian, mentirán.

Él apretó las mandíbulas antes de apartarse. —Soy duque, mi palabra vale más que la suya. Además, las armas eran suyas y aún huelen a pólvora. Cualquier alguacil se daría cuenta de lo que ha ocurrido. No te preocupes, ahora solo piensa en ponerte bien.

Cuando el coche de caballos se detuvo en la posada, Thorne salió de inmediato pidiendo un médico y regresó a los pocos minutos

después con la mujer del posadero que jadeó llevándose una mano a la boca al verla desmayada sobre el asiento. —Tráigala, excelencia. Deprisa.

Despertó por el horrible dolor en su hombro y se llevó la mano allí para sentir que lo tenía vendado. Entonces recordó lo que había ocurrido y fue consciente de los gritos fuera de la habitación. —¿Pero está loco? ¡No puede llevársela ahora! ¡Yo disparé el tiro que le mató!

Asustada miró hacia la puerta entornada y vio la espalda de Thorne impidiéndole el paso a quien fuera. —¡Está inconsciente, recién operada!

—Los testigos dicen que ella disparó primero, excelencia. Lo siento, pero debo llevarla a la comandancia y…

—¡Por encima de mi cadáver! ¡Ya le he explicado lo que ha pasado, no hay más que hablar! ¡Solo nos defendimos!

—Milady debe declarar.

—¿Desde cuándo mi palabra ha perdido valor? ¿Acaso cree que no tengo honor?

—No duque, por supuesto que no —dijo el hombre intimidado.

—¡Hablaré con la reina si hace falta, pero mi prometida no se moverá de aquí hasta que se reponga lo suficiente como para emprender viaje! ¡Y después regresaremos a Londres!

—Hablaré con Scotland Yard.

—¡Hable con quien quiera, pero mi mujer no se mueve de aquí hasta que yo lo diga!

Annalie escuchó como los pasos de varios hombres se alejaban y suspiró del alivio. Thorne entró en la habitación preocupado y al verla despierta cerró de inmediato. —Tranquila, todo va bien.

—¿Qué ha pasado?

—Lo que imaginabas. Tus primos han declarado un cuento absurdo que nos ha perjudicado. Pero mis lacayos también han declarado y apoyan nuestra versión. —Se sentó en la cama a su lado y acarició su frente. —¿Cómo te encuentras? ¿Te duele mucho?

Ignorando su cambio de tema preguntó —¿Qué versión es esa?

Él apretó los labios. —¿No prefieres saber primero la suya?

—Como quieras.

—Han declarado que odiabas a tu padre. Que desde la muerte de tu hermano no eras la misma y que solo buscabas perjudicarle. —Apretó los labios. —Que esta escapada la organizaste tú para dejarle en evidencia frente al prometido que había buscado para ti.

—El duque.

—Exacto. Que por supuesto te siguieron, pero sin ningún afán de hacer daño. Solo quería que se respetara la ley y ante la ley eras suya todavía. Que yo me puse violento y le ataqué. Que ellos no se esperaron tu violencia y que les tomaste por sorpresa, pero uno de tus primos ha declarado que no se había quedado inconsciente, aunque sí mal herido y que vio como matabas a tu padre a sangre fría. Que él por supuesto se defendió disparándote a ti, pero que yo le rematé sin ningún remordimiento.

—Dios mío, lo han tergiversado a su conveniencia, ¿no es cierto?

Thorne asintió. —Por eso cuando declararon los míos, creyéndoles de mi lado, no les han tomado tan en cuenta. Era la misma versión, pero en nuestro beneficio. Yo declaré después de

que te operaran, pero soy sospechoso. Si no me han detenido ya, es por mi título.

—¿Qué vamos a hacer?

—He enviado a Tom a por el mejor abogado de Londres. Tranquila preciosa, saldremos de esta.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Siento…

—Shusss… —Acarició su sien con el pulgar. —No ha sido culpa tuya.

—Sí que lo ha sido, sabía cómo era. Lo que podía ocurrir y aun así me escapé.

—Nunca hubiera dejado que nos casáramos. Cuando pedí tu mano me lo dejó bien claro.

—Todavía no lo entiendo. Eres duque y sería un buen matrimonio.

—Me dio la sensación de que algo le impedía darme tu mano.

Se le cortó el aliento. —¿Por eso tenía que evitar la boda a toda costa? ¿Incluso después de entregarme a ti? —Thorne asintió. —Dios mío, ¿por qué?

—Eso es lo que tenemos que averiguar, porque esa es nuestra defensa. Si estaba tan desesperado como para evitar esta boda, es

porque no tenía opción.

—Mi madre tiene que saberlo.

—¿Crees que se sincerará? —preguntó con ironía—. Llegó hace dos horas y se ha puesto a gritar como una loca que tendrías que estar en prisión por haber asesinado a tu padre. No, no hará nada que pueda beneficiarte. —Annalie cerró los ojos intentando retener el dolor que corría por su interior. —Preciosa tómate esto.

Dos gruesas lágrimas cayeron por sus sienes. —No esperaba su ayuda. —Abrió los ojos viendo el bote y la cucharilla que tenía en la mano. —Tienes que ir a Londres.

—¿A Londres? Yo no me muevo de tu lado.

—Escúchame, las cartas.

Él la miró sorprendido. —¿Qué?

—Las cartas de David. Allí me contaba cómo le rogaba a mis padres y como nunca contestaban a sus súplicas. Tienes que conseguir esas cartas y mostrarles a todos como son, como eran. —Intentó pensar, pero no se le ocurría nada más. —Ella quemaba las cartas que le enviaba David. Solo quedan las mías que he guardado celosamente todos estos años. Igual que las releyera continuamente aumentó mi rencor, pero no podía evitarlo. Era lo único que tenía de

mi hermano. Mi madre una vez me sorprendió releyendo una y me pegó tal bofetada por llorar por él, que me reventó el labio y después la quemó. Es la única que me falta.

—Será hija de mala madre —dijo entre dientes—. ¿Por qué te odia tanto?

—No me odia solo a mí, odia a todo el mundo. Incluso odiaba a mi padre, lo sé. Nunca ha sido capaz de amar a nadie. Solo la recorre la envidia y el rencor por sus venas. Cuando tenía trece años su rencor hacia mí se exacerbó porque una invitada a la finca dijo que la superaría en belleza. Me dejó sin comer una semana hasta que mi piel quedó cenicienta y las ojeras se me marcaron bajo los ojos. Entró en mi habitación y dijo, así aprenderás a no llamar la atención. Que no vuelva a pasar. Si me compró esos vestidos en la presentación fue para que todos vieran lo ricos que son, no por mí o porque pareciera más bella, lo hizo por ella, para mostrar que es muy generosa ante todos. Cualquier cosa que haga Diane Coodigde es solo por su propio interés. Jamás ha pensado en los demás.

—¿Dónde están esas cartas?

—En mi escritorio. Tiene un cajón secreto que mi madre no sabe que existe.

—Muchos tienen uno.

—Pero este escritorio estaba en la casa mucho antes de que yo naciera. Le pregunté al mayordomo donde estaba el cajón y me dijo que no sabía de lo que hablaba. Tardé tres años en encontrarlo. Hay que presionar exactamente una parte del labrado de la pata para que el cajón salga de la estructura. He investigado sobre el tema y al parecer es una pieza única de un afamado ebanista especialista en ese tipo de diseños. Jamás hacía dos iguales.

—¿Dónde hay que apretar? Descríbemelo.

—Es una flor de lis grabada en la pata izquierda. En el interior de la pata casi rozando con la pieza central del escritorio. Está pintada de rojo. Después me di cuenta de que es la única flor de lis pintada de rojo. Tienes que ir y recuperarlas. Es lo único que podemos tener en su contra.

Sonrió malicioso. —No pienso ir a Londres y que sospechen de mí por irme en este momento, pero tranquila preciosa, que conozco a la persona adecuada para conseguirlas. —Al ver que iba a protestar sonrió. —Antes se arrancaría la lengua que traicionar a un Flagston.

Ante la casa de los condes de Darwick las tres miraron por la ventanilla del carruaje.

—¿Lista, madre? —preguntó Amy.

—Por supuesto —respondió la baronesa.

Miró a su tía, gemela de su madre. —¿Tía? Tienes que seguir las instrucciones al pie de la letra.

—Ni se darán cuenta de por dónde vienen los tiros —dijo alisando la misma falda azul que llevaba su madre.

—Vamos mamá. —Se bajaron del carruaje a toda prisa y su tía esperó allí como habían acordado. —Al llegar a la puerta llamaron con decisión y cuando se abrió la baronesa muy tiesa dijo —Quiero hablar con la condesa.

—En este momento no está, el conde ha muerto y…

—Entonces hablaré con usted y el ama de llaves —dijo alterada.

Confundido las vio pasar al hall. —Miladies, ¿pero qué ocurre?

—¡A mi madre le acaban de robar en el mercado! ¡Y ha sido uno de sus sirvientes!

—¿Disculpe? —preguntó asombrado.

—Vamos a la cocina, hija. Allí le veré. ¡Impediremos que huya y entonces podrás llamar a la policía!

—¿Y si se esconde, madre? No, registraremos la casa.

—Una idea todavía mejor. ¡Ese ratero a mí no me toma el pelo!

—¿Pero cómo están tan seguras de que era un sirviente de esta casa?

—Anda con este —dijo su madre indignada—. ¿Me cree estúpida, buen hombre? ¡Me lo ha dicho el tendero que le vio robarme!

—¿Y cómo es? Si me lo describen puedo…

—¡Usted no puede nada! —gritó la baronesa sobresaltándole —. ¡Si piensa encubrirle está muy equivocado! Hija ponte a buscar a ese sinvergüenza.

Cada una fue hacia un lado de la casa y el hombre que no sabía que hacer siguió a la baronesa. —Le aseguro que ese hombre debe estar equivocado.

Mientras seguía a su madre al comedor, Amy abrió la puerta principal para que pasara su tía, que corrió escaleras arriba. —¡Así que insinúa que estoy equivocada! —gritó su madre abriendo una

puerta y metiendo la cabeza—. ¡Puede que se esconda, pero le encontraré!

—¿Puedo saber qué es lo que le ha robado? —preguntó azorado.

—¿Qué va a ser? ¡Mi bolsito! —Levantó la mano mostrando las tiras que colgaban de ella. —¡Estaba hablando con el tendero y de repente ya no estaba! Las cortó, ¿las ve?

—Sí, las veo. ¿Pero cómo no se dio cuenta de que se las cortaban?

—Claro que me di cuenta, ¿no lo ve? ¡Y me dio tiempo a verle muy bien mientras corría entre la gente! ¡Y entonces otro tendero me dijo para quien trabajaba! ¡Así que ya está saliendo que estoy de muy mala leche!

El mayordomo sin saber dónde meterse se pasó el dedo por el almidonado cuello de la camisa. —Si me lo describiera…

—¡Mamá!

La baronesa salió corriendo y el mayordomo fue tras ella hasta el salón donde Amy agarraba a una doncella del brazo. —¿A que se parece a él?

Wendolin entrecerró los ojos. —Tiene cierto parecido, ¿tienes hermanos?

—No, milady —dijo a toda prisa.

—¿Seguro?

—Seguro, milady —dijo el mayordomo—. Es mi hija, si lo sabré yo.

Le fulminó con la mirada. —¡Eso solo lo sabe la madre!

—¡Milady! —exclamó indignado.

—¡Quiero hablar con su madre!

—Está en la cocina —dijo la doncella a toda prisa—. Ya decía yo que era raro que no hubieran tenido más hijos.

—¿Pero qué dices, hija?

—Siempre te quejas de que no duerme contigo, padre. Y el del establo le hace ojitos. Esto huele a doble vida.

Se puso como un tomate. —Cierra la boca.

—A la cocina, madre —dijo Amy.

Ni cortas ni perezosas volvieron al hall mientras padre e hija discutían. —Busca donde está, que este no nos cuenta nada por voluntad propia —ordenó su madre. Y entonces echaron a correr en distintas direcciones.

Amy fue hacia una puerta de debajo de la escalera mientras su madre corría hacia el comedor. —¡Oigan! —gritó el mayordomo.

Wendolin recorrió la cocina para asombro de las tres empleadas que había allí y salió por la puerta de atrás escondiéndose tras una planta. —¿Dónde está? —preguntó el mayordomo y le debieron indicar hacia allí porque corrió hacia el patio. Escondida vio como miraba a su alrededor y cuando el hombre entró de nuevo pudo suspirar del alivio antes de correr hacia la puerta trasera del patio, que estaba abierta. Pero entonces vio algo que le llamó la atención. Dentro del establo había varios bultos apilados y en todos ponía escrito David. Separó los labios de la impresión y se acercó viendo que había uno más pequeño que podía cargar. Lo cogió y a toda prisa corrió fuera de la casa alejándose lo suficiente para que no la vieran. Desde la esquina vio como las echaban de la casa y como aparentando estar indignadas gritaban que llamarían a la policía. Las observó mientras cruzaban la calle para ir hacia su carruaje y se subían. El coche no tardó en detenerse ante ella y subió con esfuerzo tirando el bulto entre sus piernas. —¿Las tienes Vilma?

Su hermana negó con la cabeza. —En aquella habitación no estaban.

—¿Seguro que entraste en la correcta, tía?

—Estoy totalmente segura. Encontré el escritorio e incluso pude pulsar la flor de lis y efectivamente se abrió un cajón, pero no había nada de nada. Estaba vacío.

—Oh, qué fatalidad. La niña estaba convencida de que aún estaban allí. ¿Quién se las habrá llevado?

—Alguien que sabían que estaban allí, hermana.

—Qué lista eres —dijo Wendolin exasperada.

—¡Eh, has preguntado!

—¡Era una pregunta retórica!

—Haya paz. Rayos —dijo Amy mirando hacia abajo—. ¿Y eso qué es?

—Tienen las cosas de su hermano apiladas en el establo.

Ambas la miraron horrorizadas. —¿Por qué? —preguntó su hermana.

—No puedo imaginármelo. —Se agachó para abrir el bulto y al separar la tela de rafia vieron varias cosas allí envueltas de mala manera. Wendolin sacó lo que parecía un cuaderno y lo abrió mostrando varias acuarelas.

—Dios mío, son monstruos —dijo Vilma impresionada—. ¿Se deshacen de esa manera de las cosas de su hijo? Yo las tendría como oro en paño. —Cogió el cuaderno mientras Wendolyn se agachaba para mirar que más había. Sacó varios libros y uno de ellos se abrió mostrando una acuarela de Annalie siendo niña. —Tenía mucho talento y se nota que la quería muchísimo.

Amy apretó los labios asintiendo. —Pobrecita. Ver las cosas de su hermano de esta manera cada día cuando iba a coger su caballo…

—Son unos desalmados —dijo Vilma muy molesta—. ¿Y ahora qué hacemos? No tenemos las cartas, no tenemos nada. ¿Qué le vas a decir a tu sobrino?

—Ya han pasado cuatro días desde el suceso, los rumores corren por todo Londres y necesitamos refuerzos. Es hora de decirle a la duquesa viuda lo que está pasando, eso si no lo sabe ya.

—Dios mío, se va a poner hecha una furia —dijo Amy—. La tía no soporta que nada roce a su Thorne. Cargará contra todos. Puede que incluso eche la culpa a Annalie.

—Para eso estamos nosotras aquí, para dejar las cosas muy claritas —dijo Wendolin—. ¡Cochero, a casa de la duquesa de

Flagston!

Capítulo 4

Cuando llegaron la madre de Thorne miraba el inmaculado jardín a través de la ventana del salón. Vestida de violeta que era el único color que se permitía después de pasar su luto, apartó la cortina como si mirara algo que le interesaba mucho y sin volverse preguntó —¿Es cierto lo que se dice?

—Sí, cuñada —dijo Wendolin—. Se escaparon juntos y el padre de la chica les siguió. Hubo un forcejeo y ella disparó el arma que la había arrebatado a su primo. Su padre la disparó a ella y tu hijo la defendió matando al conde.

Vieron en su perfil como se tensaba. —¿Les han detenido?

—Sí, al ser nobles serán trasladados a New Gate mañana mismo a espera de juicio. El abogado no ha podido impedirlo.

—¿Por qué no me lo habéis dicho antes?

—Cuando Jeffrey fue a hablar con Thorne, tu hijo le pidió que no te dijera nada para no disgustarte. Intentamos contener los rumores, pero ha sido imposible. ¿Cuándo te has enterado?

—¡Hace tres días! ¡Llevo tres días esperando noticias!

Las tres se sonrojaron. —Intentábamos ahorrarte el mal trago, tía. Creíamos que se solucionaría, padre ha hecho todo lo posible, pero los primos de Annalie han declarado en su contra como si ella hubiera organizado todo para matar a su padre.

La duquesa se volvió mirándolas fríamente con sus preciosos ojos verdes. —Contádmelo todo.

Tumbada en el duro camastro de madera escuchó pasos en el exterior, pero se encontraba tan mal que no fue ni capaz de mirar hacia allí. Ya le daba todo igual. Hacía días que no veía a Thorne y se sentía vacía. Mirando el techo de la oscura celda se preguntó si todo había sido un sueño. Recordaba como después de tener aquella conversación en la habitación de la posada, él le había dicho que se tomara aquella medicina y después de eso todo fue confuso. Se despertó en otro sitio donde había una mujer que portaba una porra

en la mano y a gritos le dijo que se pusiera en pie. Después le quitaron un viejo camisón para darle un vestido tosco y gris con una cofia blanca. Se vistió como pudo preguntando por Thorne, pero nadie sabía de quien estaba hablando. Sabía que tenía fiebre y dijo que quería ver al doctor, pero no le hicieron caso. Después la llevaron a través de unos oscuros pasillos hasta unas escaleras y se las hicieron subir. De allí a un despacho donde un hombre de espeso bigote le ordenó que se sentara. Ella lo hizo asustada y entonces empezaron las preguntas. Miles de preguntas durante horas. Agotada y febril ella contestaba, pero después de un rato tuvo que pedir agua. Nadie le hizo caso. Las preguntas continuaron y cuando el hombre se fue dejándola sola, otro hombre le reemplazó para preguntarle exactamente lo mismo. Sentía la lengua como de trapo y sus labios estaban resecos, suplicó por agua y se negó a contestar ni una sola pregunta más hasta que pudiera beber. El hombre salió y regresó con un vaso. Divertido la vio beber sedienta y dijo —Al parecer siempre consigue lo que quiere, milady.

Frustrada sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas y él rio. —No llore o tendrá que beber más. Continuemos.

El interrogatorio fue feroz. La tuvieron allí sentada sola con los pies desnudos sobre el frío suelo, con fiebre y sin comer ni beber

nada más. Estaban convencidos de que todo había sido idea suya, que había seducido al duque para que se plegara a sus deseos y matar a su padre. Ella en un momento de debilidad reconoció que no se llevaban bien y no pararon hasta que llorando dijo que le había disparado primero. Entonces contentos con lo que habían conseguido la llevaron a un coche que era una caja de madera con barrotes en la puerta y la subieron para trasladarla a Londres. New Gate, jamás pensó que acabaría allí. Pero no era de extrañar cuando su hermano había acabado enterrado en los pastos de Escocia. ¿Acaso se creía especial? No, nunca había sido especial para nadie y era evidente que para Thorne tampoco. La había dejado sola con su destino.

La puerta se abrió sobresaltándola y tuvo fuerzas para sentarse en el camastro. Una mujer con una capa de piel negra y un vestido violeta entró en la celda. Su cabello negro recogido bajo un sombrerito oscuro y esos ojos verdes que no dejaban de mirarla con fijeza no le dijeron nada. —¿Quién es? —preguntó casi sin voz.

La mujer caminó hasta la cama y levantó la barbilla. —Soy la madre del duque de Flagston.

—Oh, duquesa… —Intentó levantarse, pero no tenía fuerzas. —Discúlpeme, pero...

—No te levantes, niña —dijo molesta—. ¿Estás enferma?

—Tengo algo de fiebre.

La mujer se volvió y gritó —¡Un médico para milady!

—Enseguida, duquesa. —Alguien que Annalie no llegó a ver se alejó.

—Gracias, gracias. No me hacían caso. —Desesperada preguntó —¿Dónde está Thorne? ¿Está en casa? ¿Está bien?

—Mi hijo está dos pisos más abajo acusado de asesinato.

Se llevó una mano al cuello de la impresión. Y ella que había dudado de él... Se sintió muy culpable y sus ojos se llenaron de lágrimas. No merecía que nadie la quisiera, le había traicionado pensando mal de él incluso antes de ser su verdadera esposa. Sollozó.

La duquesa viendo el estado en el que se encontraba apretó los labios. —Os acusan de conspiración y asesinato. Mi hijo ha reconocido que él disparó por segunda vez a tu padre ya herido por ti. Acabaréis en la horca si no confiesas que tú lo planeaste todo.

La miró con sorpresa. —No fue planeado. ¡Solo quería huir con Thorne! ¿Tenía que dejar que también me quitaran eso?

—No sé cómo ha sido tu vida, ni me importa. Sé que solo tengo un hijo y si le aprecias un poco harás lo que sea para salvarle. Porque juntos os hundiréis los dos, ni la reina quiere interceder en un caso de asesinato, teme que la plebe se le eche encima, así que o te sacrificas tú o moriréis los dos.

Pálida vio en sus ojos que decía la verdad y la mujer estiró aún más el cuello. —Te lo suplico, es lo único que tengo. No tenéis por qué morir los dos. —Sus ojos se llenaron de lágrimas esperando su respuesta. —Te lo ruego.

Sus labios temblaron y una lágrima recorrió su mejilla. No, Thorne no tenía ninguna culpa de haberla conocido, de que sus padres fueran así ni de lo que había ocurrido. Ella le había metido en su vida y esas eran las consecuencias. —Muy bien, me confesaré autora.

El alivio de su rostro fue evidente. Lo que hubiera dado ella porque su madre la amara así. —Gracias, gracias.

—No me las dé, duquesa. —Sonrió con tristeza a pesar de que las lágrimas corrían por sus mejillas. —Soy yo quien debe darles las gracias a ustedes.

—¿A mí? —preguntó sorprendida.

—A usted por amarle por encima de todo y a él por hacerme ver que todavía hay personas íntegras y con palabra. Desgraciadamente aquí encerrada llegué a dudar de él y es algo que no me perdonaré nunca. ¿Puede decirle algo de mi parte?

—Sí, por supuesto.

Sonrió como si le hubiera entregado el regalo más valioso de su vida. —Dígale que no se apene por mí y que le deseo toda la felicidad del mundo.

La duquesa emocionada asintió. —Se lo diré.

—Gracias de nuevo.

Un hombre se puso al lado de la duquesa mostrándole unos papeles. —Por favor milady, firme aquí. Es su nueva declaración.

Sin leer lo que firmaba siquiera cogió la pluma que le tendía y puso su nombre tomándose su tiempo para que la letra fuera impecable. Le entregó la pluma y sonrió. —¿Ya está?

—Sí.

Se recostó. —Discúlpeme, no me encuentro bien, duquesa.

—No te preocupes, niña. —Dio un paso atrás antes de volverse e impotente salió de la celda. Cuando la puerta se cerró con tres cerrojos apretó los labios antes de salir de allí.

Sentada en su nueva celda, una mucho más grande y luminosa, miraba hacia la ventana donde se mostraba un cielo totalmente azul. El médico tapó la herida y sonrió. —Está mucho mejor milady.

Ella no respondió cerrándose el vestido con los botones que tenía por delante. Total, la ahorcarían en tres días. Su madre debía estar contentísima.

El doctor Newman apretó los labios metiendo las cosas en su maletín. —Le han soltado, ¿sabe?

Asombrada le miró. —¿Habla del duque?

—Le soltaron ayer —susurró para que no le oyera el guardia —. Dice que no se rinda, que hará lo que sea para sacarla de aquí.

En ese momento golpearon la puerta sobresaltándoles y el médico se enderezó. —¿Sí? Puede pasar.

La puerta se abrió y dos hombres entraron en la celda. Eran los policías que la habían interrogado. —¿Milady? Debe venir con nosotros de inmediato.

Se puso en pie. —¿Ocurre algo?

Ambos parecían incómodos. —Debe acompañarnos a Scotland Yard.

—Sí, por supuesto.

—Le deseo suerte, milady —dijo el doctor antes de salir con el maletín.

Annalie se acercó a esos hombres y mostró sus manos para que la engrilletaran como cuando la trasladaron allí.

Uno de los policías carraspeó. —No será necesario.

—¿No? —Ahora sí que no entendía nada. Su actitud era muy extraña. —Como quieran.

El más alto le hizo un gesto con la mano. —Usted delante.

Mirándoles con desconfianza caminó delante y ellos le iban indicando por donde tenía que ir. Bajaron unas amplias escaleras y al ver una puerta que daba al exterior les miró sobre el hombro. Uno sonrió asintiendo como si fuera bien. Al llegar fuera un coche de caballos se detuvo ante ellos y uno abrió la puerta. —Suba, milady.

¿En coche de caballos? Igual tenían prisa y no querían esperar que llegara ese coche que parecía una cárcel. Se subió y alejándose todo lo posible de ellos se pegó a la ventanilla.

—Enseguida llegamos.

Levantó una ceja porque hasta parecía cordial cuando antes no le había dado ni agua. Se mantuvo en silencio y aprovechó para mirar por la ventanilla, sabiendo que en pocos días ya no podría disfrutar de aquello. Vio a dos pillos jugando en la calle con unas piedras y cuando uno empujó al otro del hombro desequilibrándole sonrió sin poder evitarlo. Qué pena que todo se hubiera acabado para ella. La vida era maravillosa y no se había dado cuenta hasta ese momento. Tenía que haber luchado con uñas y dientes para vivirla como ella quería. Podría haberse escapado hacía mucho y sin embargo había soportado sus maltratos esperando un milagro. Pero el milagro a punto había acabado yendo a la horca con ella. Menos mal que lo había remediado a tiempo.

Cuando llegaban al edificio de Scotland Yard se dio cuenta de que había un tumulto en la calle que pretendía entrar. —¿Qué ocurre?

—No se preocupe —dijo uno de los policías.

El carruaje pasó ante ellos y asombrada vio que gritaban pidiendo libertad. ¿Qué habría pasado? Era evidente que esos dos hombres no pensaban contarle nada y desde que la habían encerrado no sabía lo que pasaba en el mundo. —¿La reina está bien?

Ambos sonrieron. —Sí milady, nuestra queridísima majestad está perfectamente.

Suspiró del alivio y vio como el coche entraba por la puerta de carruajes hasta detenerse en un patio. Las puertas se cerraron y uno de los policías saltó del coche para gritar —¿Todo despejado?

—¡Sí! —gritó otro.

—Por favor, milady, descienda —dijo el que aún la acompañaba.

Annalie bajó del carruaje cogiendo la mano del policía que permanecía abajo y en cuanto sus pies tocaron el suelo la soltó como todo un caballero. Le indicó con la mano que continuara y ella subió los tres escalones que llevaban a las oficinas de Scotland Yard. Un policía uniformado abrió la puerta y pasó hasta un pequeño hall. El policía del bigote la adelantó y dijo —Por favor, venga por aquí.

Le siguió en silencio mirando con desconfianza lo que tenía a su alrededor. Entraron en una sala llena de mesas con gente trabajando que se detuvieron en seco en cuanto la vieron entrar. —Por aquí —dijo el policía antes de ir por un pasillo hasta la puerta que había al fondo. Llamó con el nudillo dos veces antes de abrir una rendija—. Ya estamos aquí, director general.

—Adelante.

La puerta se abrió y mostró a un hombre de espaldas que se volvió mostrando un rostro que no conocía. Este sonrió. —Annie, me alegro de conocerte, tu hermano me habló de muchas cosas sobre ti.

—¿Mi hermano…? —preguntó sin entender.

—Por favor milady, siéntese.

Alguien la cogió del brazo y asustada se volvió para ver a Thorne. Se echó a llorar abrazándole con fuerza porque seguramente sería la última vez que podría hacerlo y él la pegó a su cuerpo. —Preciosa, tranquilízate, estás temblando.

—Estás aquí.

—Y ya no me voy a apartar de tu lado.

Se apartó para mirar su rostro. —¿Qué?

—Por favor milady, siéntese. Este caballero tiene algo que contarle.

Thorne la cogió del brazo. —Siéntate, pareces a punto de desmayarte.

Con las piernas temblorosas se dejó llevar hasta una de las sillas ante el escritorio y levantó la vista hacia aquel hombre que

forzó una sonrisa sentándose frente a ella. —Mi nombre es Robert Palmer, soy americano.

—Americano. —Miró a Thorne que le dijo con la mirada que tuviera paciencia. Volvió a mirar los ojos azules de aquel hombre. —No sé si darle la bienvenida al país o…

Robert sonrió. —No es necesario, vivo en Inglaterra desde los quince años. De hecho, me trasladaron aquí a cierto campamento en Escocia. —Se le cortó el aliento captando toda su atención. —Allí conocí a David.

—¿Conoció a mi hermano?

—Yo ya era uno de los cadetes cuando él llegó. Por decirlo de alguna manera nos apoyamos el uno en el otro.

—Pero en una de sus cartas me dijo que no tenía amigos. Que todos le trataban mal.

—Nunca quiso hablar de mí para protegerme.

—No lo entiendo.

—Teníamos previsto que cuando saliéramos de allí podríamos seguir siendo amigos y no decía nada de mi existencia porque si sus padres averiguaban que me había conocido allí, intentarían enturbiar nuestra relación para que se quedara solo de nuevo como habían

hecho con todos sus amigos anteriormente. Tengo entendido que si algún amigo se presentaba en casa para salir a cabalgar, por ejemplo, los condes siempre alegaban que tenía tareas pendientes o alguna excusa similar para que ese posible amigo se diera por vencido.

Separó los labios de la impresión porque eso no lo recordaba, pero solo tenía diez años cuando él se había ido, igual su mente lo había olvidado como mil detalles más que no quería recordar. —Continue, por favor.

—El hecho es que estábamos en la misma tienda de campaña. David llegó cuando empezaba el invierno y un invierno allí les aseguro que es aterrador. Sufrió mucho, ambos lo hicimos. Además, ciertos compañeros la tomaron con nosotros. —Los ojos de Annalie se llenaron de lágrimas. —Por favor milady, no llore. No quiero remover el pasado, solo intento ayudar.

—Continúe, se lo ruego.

—Queríamos escapar. Yo no podía regresar a América porque no tenía dinero para el pasaje y él sabía que no podía regresar a casa, pero estábamos dispuestos a todo con tal de salir de ese infierno. Escalar el muro no fue difícil, los guardias de noche no eran muy avispados. Lo difícil era que no te encontraran después, pues

pasaban lista y lo hacían tres veces al día, lo que suponía poco tiempo para huir hasta que se daban cuenta de tu ausencia. Nos sorprendieron a unas millas del campamento y jamás se me olvidará esa paliza, se lo aseguro. —Ella se llevó la mano a la boca de la impresión. —Sobre todo porque mientras nos pegaban no dejaban de gritarnos cosas muy desagradables, pero uno de los guardias dijo algo que fue el detonante de todo lo que sucedió después. Tu padre se avergüenza de ti, marica de mierda, si murieras hasta me daría las gracias.

—¿Marica? —Sin entender miró a Thorne.

—Es un hombre que se une a otro hombre, íntimamente.

—¡Mi hermano no era eso! —dijo indignada.

Robert sonrió irónico. —Por supuesto que no lo era, solo era otro insulto de los miles que nos decían para intimidarnos.

—Siento haberle interrumpido, continúe.

—El hecho es que David ahí empezó a temer por su vida, así que comenzó a escribir. —Entonces le mostró un libro que había sobre la mesa. —Sus memorias. Todo desde que tenía uso de razón. Yo hice lo mismo. Y nos intercambiamos las memorias jurándonos

que como al otro le pasara algo, las sacaríamos a la luz para dejar al descubierto como eran nuestras familias.

—Pero usted no las ha publicado.

Se miraron a los ojos y entonces entendió lo que quería decir. Jadeó llevándose la mano al cuello. —¿Está vivo?

—Sí.

—Dios mío… —Se levantó caminando de un lado a otro sintiendo que el corazón se le iba a salir por la boca. La había dejado sola. —Dios mío…

—Annalie tranquilízate.

—¡Está vivo! ¡Mi hermano está vivo! —Se volvió para mirar a Thorne y entonces todo empezó a girar. Intentó asirse a algo, pero el policía que tenía al lado no la agarró a tiempo cayendo redonda al suelo.

Capítulo 5

Le quitaron el paño de la frente y eso la hizo despertarse asustada. Thorne estaba sentado a su lado y suspiró del alivio. —¿Estás bien? Te has pegado un buen golpe contra el parquet.

Sollozó abrazándole con fuerza y susurró —Creí que no volvería a verte.

La pegó a él como si no fuera soltarla jamás. —No te preocupes, preciosa, me verás mucho a partir de ahora.

—¿Qué?

—David y Robert han conseguido que te suelten. Estás libre de cargos.

Se le cortó el aliento y se separó para mirar sus ojos. —¿Ese hombre estaba aquí, no fue un sueño?

—Aún está aquí, cielo.

Temiéndose que fuera mentira volvió la cara lentamente y le vio de pie al lado del escritorio como si no supiera qué hacer. —¿Está vivo?

—Tenía que huir, no lo soportaba más. Sabía que si regresaba destruirían su vida.

Perdió el poco color que tenía en la cara porque la había abandonado, ni siquiera había intentado decírselo, había preferido que pensara que estaba muerto. —¿Cómo…?

Robert apretó los labios. —Un chico de una aldea cercana que se parecía mucho a él murió el día anterior. Ahí vio su oportunidad. Desenterramos el cuerpo, lo lavamos, le puse su uniforme y lo llevamos hasta nuestra tienda sin que nos viera nadie. Le disparé en la cara y David se fue.

—Dios mío… ¿Y te dejó allí?

—Teníamos previsto hacer algo parecido conmigo, pero debíamos esperar a que muriera alguien que tuviera mi edad, mis características… A los tres días recibí una carta del abogado de mi padre que decía que mi tío había muerto y que me había dejado heredero de su fábrica en Francia. Que podía abandonar el campamento y me exigió que jamás regresara a América. Así que

me fui a Francia. Nos fuimos a Francia, pero me llevé algo. —Sobre el libro puso unos papeles que había al lado. —La noche antes de irme del campamento el director me envió a su despacho. Entonces vi que sobre la mesa tenía mi expediente y varias páginas escritas por el puño y letra de mi padre. Me dijo que tendría que esperar tres días a que llegara el coche correo porque él no pensaba poner ni un penique y que mi padre no había enviado más dinero. Me moría por saber lo que ponía en esas cartas, así que horas más tarde entré en la casa del director del campamento y cogí mi expediente y el de David. En el interior de los expedientes estaban todas las cartas que le enviaron sus padres al director. Las cartas del conde eran demoledoras sobre cómo debían tratarle. En varias dice, sin piedad. Eran tan duras que no le dije nada a David sobre esto para no hacerle más daño, pero me las guardé por si en el futuro estaba en problemas. Al cabo de un año regresamos a Inglaterra. Aunque París era divertido David estaba melancólico y decidimos volver a lo que él llamaba casa. Alquilamos una casita en el campo y él leía y pintaba. Una vida tranquila. Pero entonces David leyó algo en el periódico que le llamó la atención. Era un periódico de la semana anterior que cayó en sus manos por casualidad en uno de sus paseos a la aldea. En la crónica social decía que su madre había dado la mejor fiesta

de la temporada. La más ostentosa, la más extravagante y por supuesto la más comentada. Vi como su rostro cambiaba hasta volverse una máscara de sí mismo. Él escondido sin poder verte por miedo a las consecuencias y ellos haciendo fiestas cuando apenas dos años antes se suponía que había muerto su primogénito, su heredero. No lo soportó, empezó a decir que él también podía vivir como un príncipe, que no tenía por qué mantenerle yo. Le escribió una carta a su padre diciéndole que como no le pagara la cantidad de cincuenta mil libras iba a salir a la luz y contarles a todos lo que pasó realmente en Escocia. David les conocía muy bien, no soportarían ese escándalo. En el pasado las reprimendas por cosas sin importancia eran continuas y siempre decían…

—¿Qué pensará la gente?

—Exacto. Así que la envió a pesar de que yo no quería que lo hiciera. Las instrucciones eran muy claras y él mismo recogió el dinero de debajo del puente Serpentine tres meses después. Intentaron matarle, le dispararon, pero consiguió escapar. Así que cuando llegó a la posada donde yo le esperaba, tiró el dinero a un lado y se puso a escribir de nuevo. Ahora tendría que pagar otros veinticinco mil. En la segunda recogida no pasó absolutamente nada. No había un alma. Pero volvió a suceder, volvió a estar triste y

melancólico en cuanto pasaron unos meses y tuvo que escribir otra carta, pues era su manera de desahogarse. En ellas les decía lo ruines y sinvergüenzas que eran. Hablaba de ti y lo que pasaría si te hacían daño. Entonces se aproximó la fecha de tu presentación y tuvo miedo. Varias veces tuve que quitarle la idea de la cabeza de que te secuestrara para que fueras libre. —Annalie se llevó la mano a la boca de la impresión. —Quería que vinieras con nosotros, pero le convencí de que igual encontrabas un buen hombre con quien compartir tu vida en lugar de mantener ese encierro en el campo al que nos sometíamos. Entonces escribió de nuevo. En esa carta les dijo claramente que como te trataran mal publicaría en el periódico ciertos detalles que ellos no querrían que supiera nadie, como por ejemplo lo que decían de sus conocidos. Y en la carta mencionó a personas muy importantes. También mencionó cierta fiesta y lo que ocurrió después en el sótano. Algo grave. Algo que nadie querría que se supiera.

—¿No te lo contó David? —preguntó Thorne.

—No, es algo de lo que nunca ha querido hablar.

Dándole mil vueltas susurró —No pretendían casarme, ¿no es cierto?

—En su carta fue muy claro porque temía que te casaran con alguien tan despreciable como ellos. No debían obligarte a ningún matrimonio y se aseguraría de que fuera así.

—¿Y por qué se empeñaban en el duque de Morlington? ¿En que fuera correcta con él?

Robert sonrió con ironía. —Eso no lo sé, pero después de todo lo que David me ha contado de ellos, supongo que habrías cometido un error, ¿no es cierto milady? Tenías que retractarte de inmediato. Seguro que hiciste algo mal y tu padre quiso dejarte claro que no debías contradecirle.

Y ella había supuesto que quería casarle con él, cuando no podía casarla con nadie.

Thorne se tensó. —¿David pensaba dejar que su hermana envejeciera sola?

—Por supuesto que no. Como os acabo de decir, David se aseguraría de que se casara con alguien apropiado.

—¿Y cómo pensaba averiguar si era así?

—La vigilaba.

Ella separó los labios de la impresión. —¿Qué?

—Te ha visto mil veces a lo largo de los años, Annalie. Incluso acudió a tu baile de presentación con barba y gafas. Entró por la puerta de servicio sin que nadie le viera y disfrutó de tu debut. Dijo que estabas muy hermosa. En cuanto viera un hombre adecuado que a ti te agradara y que aceptaras, se hubiera comunicado con sus padres para aprobar el matrimonio. David siempre ha deseado una vida maravillosa para ti e intentó que la consiguieras.

—Esa vida la vivirá a mi lado. —La cogió en brazos. —Me la llevo a casa.

—¿Puedo irme? —preguntó aún impresionada por todo lo que estaba pasando.

—Después de que han leído esas cartas se han hecho una idea de lo despreciable que era tu padre, así que el juez ha creído mi versión.

—¿Y mi última declaración? Confesé.

—El abogado ha conseguido con ayuda del médico que se desestime. Tenías mucha fiebre y no habías sido atendida como merecías. Todo esto se ha filtrado a la prensa y la gente está presionando para que te suelten.

—Pero… —dijo Robert confundido—. No puedes llevártela. David espera…

Thorne muy tenso le fulminó con la mirada. —Me da igual lo que espere su hermano. No solo dejó sola a una niña, sino que le hizo creer que había muerto mientras disfrutaba de una vida tranquila en el campo. ¡Pues Annalie no tuvo tranquilidad con ellos! ¿Ha venido a rescatarla? Felicítale por su sacrificio, pero no merece llamarse hermano. ¡Abandonó a su propia sangre!

Robert palideció y dio un paso hacia ella intentando que les entendiera. —Annalie te juro que pensó en ti. ¡Nunca ha dejado de pensar en ti!

—¿Dónde está?

El amigo de su hermano se tensó. —A unas millas de Londres, esperando noticias.

—¿Ni se ha dignado a venir cuando su hermana ha estado a punto de ser ahorcada? —Thorne le miró con desprecio. —Es un cobarde.

Robert impotente apretó los labios y la miró a los ojos. —Ha hecho lo que ha creído mejor para todos. ¡Sabes perfectamente lo que hubiera pasado si hubiera vuelto antes de la muerte de tu padre

y si no ha venido ahora es porque sabía que para ti sería un shock verle de repente!

Thorne la sacó del despacho.

—¡Annalie escúchame, David te quiere!

Sollozó contra su pecho y Thorne susurró —No llores preciosa, no merece la pena.

—Dice que me quiere, qué extraña manera de demostrarlo.

—Estoy seguro de que te quiere a su manera. Le idealizaste en esos años de soledad, pero ahora ya no es importante, nada es importante excepto la vida que tenemos por delante.

El carruaje del duque les esperaba en el patio y en cuanto se abrieron las puertas el gentío se tiró sobre él intentando ver quien iba en el vehículo. Al ver que el duque la llevaba en brazos gritaron de la alegría y los policías tuvieron que apartarles para dejarles pasar. Casi ni fue capaz de hablar en todo el trayecto pues no podía dejar de llorar. Él intentaba consolarla, pero se sentía tan dolida, tan traicionada que le era imposible contenerse.

En cuanto llegaron a su casa la sacó a toda prisa y ordenó al cochero que fuera a por el médico. Subió las escaleras y la puerta se abrió en el acto. La duquesa viuda se llevó la mano a la boca al ver su estado.

—Que el médico suba de inmediato en cuanto llegue.

—Sí, hijo. —Se volvió hacia el mayordomo. —Rápido, una doncella que atienda a milady, que preparen un baño y que llamen inmediatamente a la modista para traerle ropa, todo lo que necesite.

—Enseguida, excelencia. Enviaré a Lucy.

Subió las escaleras tras su hijo y vio que había llevado a la chica a la habitación del duque. No es que fuera muy apropiado, pero no estaba como para protestar después de lo sucedido. Vio como la tumbaba en la cama con suma delicadeza, pero ella no quería soltarle como si temiera perderle. Su hijo la abrazó hablándole en voz baja —Estoy aquí preciosa, y no te voy a dejar.

Rompía el corazón escucharla llorar y salió de la habitación cerrando la puerta para darles intimidad. Thorne la besó en la sien. —Todo está bien, ya se ha solucionado y ahora nos olvidaremos de ellos para siempre.

—¿No te das cuenta? Acaba de empezar.

Thorne sin comprender lo que quería decir la cogió por los hombros para apartarla y ver su rostro. —¿De qué hablas, preciosa?

—Mi madre no se quedará de brazos cruzados mientras se destruye su reputación. Hará lo que sea para hundirnos.

—Nadie la creerá. El juez ha dicho que eres inocente y ya no podrán encausarte de nuevo. —Acarició su mejilla. —No te preocupes por ella, seguramente se irá al campo y no volveremos a saber nada más de la condesa. —Besó suavemente sus labios. —Ahora vamos a quitar ese vestido y después comerás algo. Enseguida llegará el doctor y podrás descansar de tantas emociones. —Cogió una campanilla que había sobre la mesilla y la hizo sonar. La puerta se abrió de inmediato dando paso a la doncella. —Trae una bata para mi esposa.

—Sí, excelencia.

Su madre entró en la habitación y forzó una sonrisa. —Me alegra que estés aquí, Annalie.

—Gracias, duquesa —dijo avergonzada.

—Puedes llamarme Sophia.

—Gracias.

La doncella entró en la habitación con una bata y un camisón en las manos. —Hablaré con la modista para que te traiga algo de su ropa de confección mientras prepara tus vestidos.

—Gracias. Madame Blanchard tiene mis medidas.

—Precisamente a ella la he llamado.

—Madre encárgate de que reciba un vestuario nuevo de inmediato. Que no la molesten con fruslerías.

—Sí, hijo. Cuanto antes.

La doncella se acercó y Thorne empezó a desabrocharle los botones, pero Annalie se llevó la mano al pecho. —Preciosa…

—Está ahí tu madre —dijo por lo bajo.

Él apretó los labios. —Muy bien, dejaré que Lucy te atienda.

Asintió mirando a su madre de reojo y Thorne preocupado se levantó. —Subiré con el doctor.

—Sí —respondió ansiosa.

—Madre acompáñame.

Salieron de la habitación y la doncella sonrió. —¿La ayudo, milady?

Se levantó y empezó a desabrocharse el vestido. Lo dejó caer al suelo mostrando su cuerpo desnudo y la doncella disimuló no

sentir el olor que desprendía porque hacía días que no se lavaba, pero ella sí que se dio cuenta. —Es horrible, ¿verdad? —Se echó a llorar tapándose el rostro con las manos. —Y él me ha besado.

La doncella le puso la bata sobre los hombros. —Eso demuestra que la quiere, milady.

Apartó las manos. —¿Crees que me quiere?

Lucy sonrió. —Desde que le soltaron no ha hecho más que luchar por usted, milady. Y se enfadó con su madre, vaya si se enfadó cuando se enteró de que fue a verla a prisión.

—¿De veras?

—No le hablaba furioso como estaba. Y dijo que como por su culpa la ahorcaran que no le hablaba más. Ahora está como una malva cuando tiene un humor de mil demonios.

—¿No me digas?

—Pero se arrepintió, la pobrecita. Se arrepintió mucho e intentó arreglar su metedura de pata.

—¿Qué hizo?

—Intentar encontrar las cartas del conde —susurró—. El actual.

Entrecerró los ojos. —Lo sabes todo, ¿verdad?

—Una tiene oídos. Pero le aseguro milady que si estuviera con otra persona no hablaría de nada de esto —dijo preocupada—. Me cree, ¿verdad?

Increíblemente sí que la creyó. —Tranquila Lucy, no pasa nada. —Metió los brazos en la bata e hizo un gesto de dolor por la herida del hombro.

—Enseguida traeré un baño, milady. —Cerró la lazada. —Siéntese, tiene que estar agotada.

Se sentó en la cama y la doncella se agachó para quitarle las zapatillas de suela de esparto que le habían dado en la cárcel. Cogió el vestido y las zapatillas. —Esto para tirar. Ahora le traeré un caldito que le sentará estupendamente.

—Gracias Lucy.

—No tiene que darme las gracias, milady. Se merece que la mimen. —Le guiñó un ojo y fue hacia la puerta.

Cuando la dejó sola miró a su alrededor y se levantó para ir hacia una de las puertas dobles que había en la habitación. Las abrió necesitando el aire fresco y salió al balcón para ver el precioso jardín trasero. En el centro había una fuente con un querubín de piedra.

Cerró los ojos dejando que le diera el sol en la cara y entonces sintió sus brazos rodeándola por la espalda. —Preciosa, te vas a resfriar.

Se apartó a toda prisa sintiéndose incómoda. —Annalie, ¿qué ocurre?

—No te acerques. Huelo mal.

—¿Pero qué dices? Estás muy nerviosa con todo lo que ha ocurrido y…

—¡Lo sé, no intentes que piense que no es así!

—Está bien —dijo no queriendo alterarla más—. No te abrazaré.

Se sentó en la cama y sus ojos se llenaron de lágrimas. —Lo siento. Eres tan bueno conmigo…

Se acuclilló ante ella y cogió sus manos. —Porque te lo mereces.

—No he hecho nada para que pienses eso.

—¿No has hecho nada? —Sonrió. —Me salvaste a pesar de las consecuencias. Te iban a ahorcar y para salvarme renunciaste al juicio firmando esa confesión. ¿Y dices que no te lo mereces, preciosa?

—¿Has ido a buscarme por eso?

—He ido a buscarte porque no podía dejar de pensar en ti y en el poco tiempo que pasamos juntos, pero eso se remediará en el futuro porque no pienso perderte de vista.

Sonrió. —¿De veras?

—Ahora ya no tenemos que escaparnos y haremos una boda preciosa con quien nos importa.

—¿Vendrá David?

—¿Quieres que venga?

—Creo que tenemos una conversación pendiente cuando yo me encuentre mejor y haya digerido todo lo que ha ocurrido. —Sorbió por la nariz como si fuera una niña. —Sí, creo que debemos hablar.

—Pues así se hará.

En ese momento llamaron a la puerta y la duquesa abrió —El médico.

Él se incorporó. —Que pase.

El doctor Newman entró en la habitación con una sonrisa en los labios. —Bienvenida, milady.

—Gracias doctor. Ha visto la herida esta mañana, pero…

—Voy a revisarla de nuevo después de que se asee —dijo sonrojándola, pero el doctor no se dio cuenta porque miró a la doncella—. Procure que el agua no toque la herida demasiado tiempo. Eso la ablandaría y es algo que no queremos.

—Sí, doctor.

—En cuanto se acomode volveré a verla. Duque, ¿podemos hablar un momento?

—Sí, por supuesto. Enseguida vuelvo, preciosa.

—Ve tranquilo, yo me quedo con ella —dijo la duquesa. En cuanto salieron Sophia dijo —El baño, rápido.

—Enseguida —La doncella dejó un caldito en un tazón sobre la mesilla y olía tan bien que no pudo evitar cogerlo muerta de hambre.

La duquesa la observó con una sonrisa mientras bebía el caldo. —¿Está bueno?

Asintió sonrojándose. Debía pensar que no tenía modales. —Lo siento, pero…

—Tómatelo, lo necesitas.

La doncella entró en la habitación y de inmediato entraron varias doncellas con una hermosa bañera de porcelana con

primorosos dibujos de ángeles para dejarla en medio de la estancia antes de empezar a llenarla con humeantes cubos de agua. —Vigilad la temperatura, esa agua está muy caliente —dijo la duquesa.

—Sí, excelencia. Otro cubo caliente y después fríos. —Cuando los echaron Lucy se arremangó y metió el codo en el agua para decirle a otra sirvienta. —Otro cubo caliente.

Esta salió a toda prisa y le hizo un gesto a alguien que se acercó con otro cubo. Sorprendida se levantó con el tazón en la mano y fue hasta la puerta para sacar la cabeza y ver a tres lacayos con varios cubos en las manos. Sorprendida se volvió —Hay seis cubos más.

—Por si los necesitas niña, después habrá que aclarar ese cabello —dijo la duquesa—. Jabón de lavanda, Lucy, y trae las cremas de mi habitación.

—¿Cremas? Nunca me he echado cremas.

—Nunca es pronto para empezar a cuidarse, niña. Ahora tienes un hombre con el que lucirte y debes cuidar los detalles más íntimos.

Asintió y vio como una doncella echaba un líquido lila en la bañera dando un aroma maravilloso a toda la habitación. Suspiró de

gusto y Lucy le cogió el bol vacío de las manos dándoselo a otra doncella que salió de la habitación cerrando la puerta. —¿Milady? El baño espera.

Se quitó la bata y caminó desnuda hacia la bañera sintiéndose en un sueño. —¿Esto es real?

La duquesa sonrió. —Muy real, niña.

Se metió en la bañera que tenía la temperatura justa y se sentó dejando que el agua cubriera sus pechos. Suspiró recostándose hacia atrás y cerró los ojos. —En mi casa me dejaban bañarme cada domingo. Pero nunca se llenaba la bañera porque solo calentaban una olla que luego mezclaban con otro cubo de agua fría. Siempre estaba casi fría, tenía que bañarme ante la chimenea para no quedarme helada.

—Aquí podrás bañarte cuando quieras —dijo la duquesa—. Niña, no te duermas.

Abrió los ojos y vio como Lucy frotaba un jabón contra un paño hasta formar mucha espuma. Cogió su mano con delicadeza y empezó a frotarla. —No es necesario que… —dijo algo incómoda.

—Milady, déjeme a mí que está agotada.

Volvió a cerrar los ojos intentando relajarse, pero solo pensar que metiera la mano dentro de la bañera e intentara asear sus partes la ponía muy nerviosa.

—Lucy date prisa, que milady necesita descansar.

Cogió uno de sus pies y lo frotó con ganas haciéndole cosquillas, así que Annalie soltó una risita. La chica siguió frotando y ella intentó apartarlo riendo de nuevo. —Milady, si no se está quieta…

—Me haces cosquillas. —Cuando metió el paño entre sus dedos no lo pudo evitar y movió el pie con tal contundencia que el agua salió volando dándole en toda la cara. Annalie la miró con los ojos como platos. —Lo siento.

—No pasa nada, milady. —Cogió una toalla y se la pasó por la cara. —Necesitaba refrescarme.

La risa de la duquesa las sorprendió tanto que ambas miraron hacia ella. —Lucy deja que milady se lave sola y empieza con su cabello.

Suspiró del alivio cogiendo el paño de su mano agradeciéndoselo con la mirada a la duquesa. Esta sonrió. —Intenta mojarte el cabello.

Se agachó metiendo la cabeza en el agua y salió haciendo que la duquesa hiciera una mueca mirando su herida. —Bueno, no había muchas opciones.

—Es imposible no mojarla. Además, así se limpiará —dijo ella sin darle importancia.

Lucy empezó a enjabonarle el cabello y Annalie suspiró de gusto. —Qué maravilla.

—Ya verá, milady, cuando acabe con él tendrá un brillo que ni se imagina. —Annalie se dejó hacer mientras frotaba su cuerpo con el paño. Pero cuando terminó Lucy empezó a pasar sus dedos por su cuero cabelludo muy lentamente y fue tal el gusto que cerró los ojos. —Le hacía esto a mi madre cuando le lavaba el cabello y decía que le gustaba mucho.

—No me extraña. Duquesa, ¿lo ha probado?

—Pues no, pero parece que lo estás disfrutando mucho.

—Sí —susurró.

—Niña, no te duermas. Lucy aclárale el cabello. —Suspiró abriendo los ojos y la duquesa sonrió. —Podrás disfrutar de muchos más baños, te lo prometo.

Sí, además el médico estaba esperando. Lucy le aclaró el cabello a toda prisa con uno de los cubos de agua y cuando terminó se puso en pie cogiendo la toalla que le tendía la duquesa. —Gracias.

—No, gracias a ti.

La miró a los ojos. —Hizo lo correcto.

Apretó los labios. —No, no fue lo correcto, pero admito mis errores. —Lucy la miró como si hubiera dicho un disparate y cuando Annalie reprimió la risa la duquesa protestó —¡Los admito!

—Lo que diga la duquesa —dijo Lucy a toda prisa con otra toalla en la mano para frotar la melena de Annalie.

—Vamos Lucy, como si no nos oyera la duquesa… —dijo maliciosa.

—Pero es que nos oye.

Sophia jadeó. —¿Acaso tienes algo que decir?

—¿Yo? No, por supuesto que no, duquesa. —Miró a Annalie levantando una ceja. —No me tire de la lengua —susurró.

Se echó a reír a carcajadas mientras su suegra jadeaba indignada. —Reconozco mis errores.

—Ya, ya… —dijo la doncella de manera exagerada.

—¡Qué sí!

—A ver, buena mujer, que cuando una es duquesa puede decir lo que le venga en gana, pero el otro día me echó una reprimenda gordísima por no limpiar la chimenea cuando ya lo había hecho, ¡y eso no fue justo!

—¡Es que no la habías limpiado bien!

—Uy, qué mentira, yo todo lo hago bien, lo que pasa es que estaba cabreada porque no sabía nada de su hijo y la tomó conmigo.

—Eres del servicio —dijo asombrada—. ¿Con quién la voy a tomar sino?

Lucy miró hacia ella. —¿Ve?

—¡Despedida!

Lucy chasqueó la lengua. —Ya me ha despedido tres veces esta semana. Nos despide a todos.

Asombrada miró a su suegra que se puso como un tomate. —Pero luego me arrepiento. ¿Ves cómo sé pedir perdón?

—Suegra eso no es pedir perdón.

—¡Ja! —dijo Lucy.

—Pero… —Ambas miraron a Annalie. —A mí no hace falta que me lo pida. Sigo pensando que dadas las circunstancias hizo lo

correcto.

La duquesa levantó la barbilla orgullosa. —Gracias niña.

La puerta se abrió y Thorne entró en la habitación. —Pero hijo, no está decente.

—Dejadnos solos —dijo mirándola a los ojos.

Se sonrojó de gusto mientras ellas salían de la habitación y él no se reprimió en mirar cuanto quiso su cuerpo desnudo. —¿Puedo acercarme? —preguntó divertido.

—Me enfadaría si no lo hicieras.

Thorne se acercó a ella y acarició su sonrojada mejilla. —Ahora hueles maravillosamente.

—Serás malo. —Sus ojos brillaron de la alegría por tenerle allí. —Te he echado de menos.

—Y yo a ti, preciosa. —Besó suavemente sus labios antes de apartarse y mirar la herida. Cogió una toalla y se la acercó para secársela suavemente. —Tu hermano está abajo. Insiste en hablar contigo.

Se tensó. —Ahora no. Quiero pensar en todo lo ocurrido con la mente despejada. Quiero comer algo, descansar y cuando pueda verlo de una manera más fría hablaré con él, pero ahora no.

Él sonrió. —Es lo mismo que le he dicho yo, pero temía que a lo mejor hubieras cambiado de opinión. —Su duque cogió su bata y cuando metió los brazos se la puso sobre los hombros. Ella se volvió para mirarle de frente sin molestarse en cerrar la bata. —Tendrás tiempo para hablar con él. —Bajó la vista por su cuerpo y gruñó. —Eres tan preciosa…

Rodeó su cuello con su brazo sano. —Todavía no me puedo creer que estés aquí.

—Por eso necesitas tiempo, cielo. Necesitas meditar todo lo que ha ocurrido. —Besó suavemente sus labios y suspiró. —No estás recuperada y el médico espera.

—Sí. —Hizo una mueca y cogió la toalla para seguir secándose el cabello. —Pide que suba.

Él fue hasta el llamador que había en una esquina y tiró del cordón de seda verde mientras Annalie se acercaba a la cama y se sentaba.

—Tu cabello…

—Después me lo cepillará Lucy —dijo como si no tuviera importancia.

Se agachó frente a la chimenea y se puso a encender el fuego. Annalie sonrió observándole y cuando se volvió él dijo —¿Qué?

—Tuve una suerte enorme al tropezarme contigo, duque.

Él sonrió. —Buscaba ese encuentro.

—¿De veras?

—Desde que te vi bailando con ese inútil de Truman me dije tengo que conocerla.

Levantó la barbilla. —Yo te vi primero en la puerta de la casa de Bonnie. —Se le cortó el aliento. —Bonnie…

—¿Qué ocurre, preciosa?

—Prometí que la ayudaría —contestó preocupada.

—Creo que entenderá perfectamente que no la hayas ayudado dadas las circunstancias.

Se abrió la puerta y apareció Lucy. —Ha vuelto a despedirme.

No pudo evitarlo, se echó a reír y el duque sonrió. —¿Qué es tan gracioso?

—Tu madre.

—¿Mi madre te parece graciosa?

—Mucho. —Miró a Lucy. —Que suba el doctor.

—Menos mal porque ya se ha tomado dos copitas de brandy —dijo antes de salir.

Rio de nuevo y él se acercó. —¿La quieres como primera doncella?

—No podría elegir otra. Es maravillosa y refrescantemente espontánea. Muy distinta a la servidumbre de mis padres. —Perdió la sonrisa y apretó los labios. —Siempre estaban vigilándome con órdenes de irse de la lengua si no hacía lo correcto. Hasta me pusieron una dama de compañía para que fuera mi sombra. Seguro que se chivó ella de que me había ido y por eso nos encontraron tan pronto.

—Ya no pienses en ello.

Le miró a los ojos. —Tienes razón, son el pasado.

—Solo tenemos que pensar en el presente.

El médico entró en la habitación con una botella en la mano y una copa en la otra. Lo puso sobre la mesilla de noche y apartó la bata para mirar la herida. —Bien, que no se moje en unas horas. —Cogió la botella de lo que parecía brandy y echó una buena cantidad en la copa. —Tómeselo todo, milady.

Parpadeó antes de mirar a Thorne que levantó una ceja. —Tómeselo —insistió el doctor.

—Si usted lo dice… —Cogió la copa y empezó a beber. Vaya, estaba bueno. Se tragó hasta la última gota y un calor intenso empezó a recorrer su cuerpo.

—Ahora a dormir —dijo el doctor.

—Pero tengo hambre.

—Pues a comer y a dormir. —Cogió la botella y la copa para salir de la habitación.

—Ya lo has oído, a comer y a dormir.

—Eso estaba bueno —dijo con los ojos como platos—. No me extraña que a los hombres os guste tanto. —Él rio por lo bajo mientras se metía en la cama. —¡Lucy! —La doncella entró en la habitación. —Tengo hambre.

—Esta es de las mías, duque. Ni los disgustos le quitan el hambre —dijo antes de salir.

Se recostó en las almohadas y suspiró de gusto. —Tu cama es muy cómoda, duque.

—Me alegro de que te guste porque la vas a usar muchísimo.

Soltó una risita. —Pillín.

Se sentó a su lado y apartó un mechón de su frente. —Me encantaría seguir con esta conversación, pero debo ir a hablar con tu hermano.

—Dile que necesito tiempo.

—Tranquila, lo entenderá.

Se fue dejándola sola y tomó aire mirando el techo. Empezaba a sentirse muy relajada y sin poder evitarlo cerró los ojos. Estaba allí, estaba a su lado. Dio gracias a Dios por esa oportunidad, por ese regalo. Y pensaba disfrutarlo.

Capítulo 6

Se despertó entre sus brazos y fue una sensación tan embriagadora que intentó disfrutarla el mayor tiempo posible sin dejar de mirar su rostro, recreándose en cada uno de sus rasgos. Un ruido fuera de la habitación le hizo abrir los ojos y ella sonrió.

—Preciosa, ¿ya estás despierta? —dijo somnoliento.

—No, y espero no despertar jamás.

Thorne sonrió y le dio un beso en los labios. Entonces oyeron que llamaban a la puerta principal de la casa y él se separó frunciendo el ceño. —¿Quién será a estas horas? Si aún no ha amanecido.

—Da igual. —Intentó reclamar sus labios y volvió a sonar la campanilla.

—Será posible.

—Cielo, concéntrate en mí, tienes mayordomo. —Intentó besarle de nuevo, pero se escucharon golpes en la puerta.

—Espera preciosa, que no sé qué pasa.

Se levantó y Annalie dejó caer la mandíbula del asombro al ver que estaba desnudo. Sin poder evitarlo sus ojos cayeron sobre su duro trasero y suspiró. Él se puso una bata y se volvió haciéndola sonreír. —Duque, tu pistola está lista para disparar.

Gruñó yendo hacia la puerta. —Vengo enseguida, no te duermas.

Bufó dejando caer la cabeza sobre las almohadas y miró al otro lado para ver una bandeja llena de uvas, jamón cocido y otras exquisiteces. Se sentó a toda prisa y cogió la bandeja poniéndosela sobre las rodillas, intentando ignorar que se había hecho daño en el hombro por ser tan ansiosa. Cogió una uva y se la metió en la boca saboreándola. —Menuda experiencia vivir en prisión, todo sabe mejor —dijo con la boca llena.

—¡Quiero verla! —escuchó que alguien gritaba abajo deteniendo su mano cuando iba a meterse otra uva en la boca.

—¡Te he dicho que de momento no quiere hablar contigo! ¡Estás borracho, vete a casa!

—¿Casa? ¡Yo no tengo casa!

El dolor que reflejaba la voz de su hermano le retorció el corazón y saltó de la cama corriendo hacia la puerta mientras se cerraba bien la bata. Corrió siguiendo las voces hasta llegar a lo alto de la escalera y entonces le vio. Estaba muy delgado y demacrado. Y por el color de sus mejillas se notaba que no era la primera vez que abusaba del alcohol. —¿David?

Él miró hacia arriba y se puso a llorar como un niño. Su dolor le hizo bajar corriendo las escaleras y le abrazó con fuerza porque en ese momento se dio cuenta que había sufrido mucho más que ella. —Estoy aquí, a tu lado.

—Mi Annie. —No quería soltarla y aunque le hacía daño en la herida ella se dejó. —Mi querida Annie.

—Estoy aquí. —Se apartó para mirar su rostro y le acarició la mejilla. —Ya ha pasado todo.

—¿Estás bien? Los periódicos dicen que padre te hirió.

—No es nada. —Sonrió. —No puedo creer que estés aquí.

Su hermano miró por encima de ella y al seguir su mirada vio que su suegra estaba en las escaleras con una bata de terciopelo granate. —Niña, ¿por qué no invitas a tu hermano al salón?

—Madre… No se encuentra en condiciones —dijo Thorne muy tenso.

La duquesa le dijo algo a una doncella que estaba discretamente al pie de las escaleras y esta subió corriendo los escalones. Sophia sonrió acercándose y extendiendo su mano. —Bienvenido a la casa Flagston.

—Gracias duquesa.

—Por favor, acompañadme. Las paredes tienen oídos y seguro que tenéis mucho de lo que hablar.

En ese momento llegó la doncella y le puso por encima a Annalie una gruesa bata de terciopelo rosa antes de dejarle en el suelo unas zapatillas. —Gracias, Sophia.

Se cerró la bata y se puso las zapatillas antes de coger el brazo de su hermano. —Cuéntame, ¿dónde has dejado a Robert?

—Ayer no quiso acompañarme.

—¿Sabía que venías aquí?

—Sí, en cuanto me dijo lo que pensabas de mí tenía que venir. —Le rogó con la mirada. —Te juro que…

—Shusss, hiciste lo que creías mejor. —Se sentaron en el sofá y la duquesa cerró las puertas tras ellos impidiéndole la entrada a

Thorne.

—Madre…

—En esto no puedes ayudarla, hijo. Es su hermano, su sangre, interponerte entre ellos es un error. Si se aleja, tiene que ser por propia voluntad.

Juró por lo bajo volviéndose y se llevó las manos a la cabeza. —Ese hombre no le conviene. Es un borracho que la abandonó.

Preocupada se acercó a él. —Hijo habla más bajo, pueden oírte.

—Que me oiga, no siento ningún remordimiento como él no lo sintió al abandonarla. —Se acercó y siseó —Y los dos sabemos por qué la abandonó, para vivir con su amante a costa del chantaje que le hacía a su padre. El conde pagó por no revelar algo que le avergonzaría enormemente, su verdadera…

—¡No lo digas! —exclamó su madre haciéndole jurar por lo bajo. La duquesa apretó los labios. —¿Crees que lo hizo por eso? Has leído esas cartas como yo, era un monstruo.

—¿Por qué le envió allí, madre? A su heredero. Porque con la manera de pensar que tenía no soportaba ni mirarle.

—¿Y lo ves bien?

—No, joder, ¡pero yo no era el conde! ¡Y su hijo sabiendo cómo era podía haber actuado de mil maneras para evitarle! ¡Te apuesto mi título a que hizo algo que el conde no soportó y le echó de su casa! ¡Pagó las consecuencias de su rebeldía! ¡Y no solo las pagó él porque dejó sola a Annalie con esos monstruos! ¿Ahora viene llorando? ¿Ahora?

—Hijo la ha salvado. Ha revelado lo necesario para que la liberaran. Al menos por eso deberías estarle agradecido.

Thorne miró hacia la puerta del salón y apretó los puños con impotencia antes de decir —Como le haga más daño…

La duquesa vio pesarosa como se alejaba furioso hacia su despacho y cerraba de un portazo.

David y Annalie se miraban a los ojos. Entonces ella comprendió muchas cosas por los insultos que le profería su padre en el pasado. Como cuando le llamó afeminado. Las palabras de Robert sobre ese insulto que le proferían en el campamento. Todo empezaba a tener sentido como el horrible castigo de su padre. —¿Es cierto lo que ha dicho? —Su hermano se levantó incómodo y fue hasta el mueble bar. —Por favor, no bebas más.

Él colocó el tapón de cristal en la botella lentamente antes de mirarla de reojo. —Esto no es algo que sea fácil de contar a una hermana.

—Ya soy mayorcita.

Apretó los labios apartando la mirada y fue hasta la chimenea. Cogió una figurita de porcelana que representaba una dama sentada mirando a su enamorado que cogía su mano para besarla. —Mírala, lo que todos quieren. Lo que creen que es lo correcto. —Dejó la figura en su sitio y se la quedó mirando. —Pero hay muchas formas de amar, de sentir y yo siempre supe que las mujeres no tenían ese atractivo para mí.

—Entiendo. ¿Padre te sorprendió?

—Hacía unos meses que veía a uno de los lacayos a escondidas. Me sorprendió besándole en el establo. —La miró de reojo como si estuviera avergonzado. —¿Te repugno?

Sintió que se le rompía el corazón porque estaba aterrorizado de que le dijera que sí y se levantó para coger su brazo y que le mirara. —Jamás vuelvas a decir algo así, ¿me oyes? ¡Tú no repugnas a nadie y mucho menos a mí!

—A él si le repugnaba y a madre también. Les daba asco.

Intentando retener las lágrimas por su dolor le cogió por las mejillas. —¡Tú no hiciste nada malo! Sentir, amar, ¡desear no es malo! Malo es provocar dolor, miedo, ¡o inseguridad! ¡Ellos son los malos y no solo hablo de nuestros padres! ¡Hablo de todos aquellos que se creen superiores a ti! ¡A todos los que creen que haces algo malo al amar a la persona que tienes a tu lado, tenga el sexo que tenga! ¡Y no son superiores, son gente mezquina insegura y débil! ¡Pero tú y yo no somos débiles, hermano! Nos han criado para que no lo seamos, así que levanta la cabeza porque eres el nuevo conde de Darwick Y si alguien va a dar lustre al título ese serás tú, porque tú sí tienes corazón.

La abrazó con fuerza y sollozó. —Gracias, gracias.

—No, gracias a ti. Por sobrevivir y por rescatarme. Gracias por contarme esto y por tu sinceridad. —Le besó en la mejilla y se apartó para coger sus manos. —Ven siéntate, tenemos mucho de lo que hablar.

Su hermano la acompañó y se sentó a su lado. —¿Te apetece un té? —Cogió la campanilla que había sobre la mesa y la agitó. —Te vendrá bien.

La puerta se abrió dando paso al mayordomo. —¿Milady?

—Un té, por favor. Mi hermano lo necesita.

—Enseguida. Le sugeriría unos sándwiches, milady.

—Sí, gracias.

—Es un honor, milady.

David cogió su mano y ella la acarició mirándole a los ojos. —Sabes que es un delito, debes ser discreto ahora que eres conde. Tu primo intentará hacerte todo el daño posible y si se entera de esto…

—¿Crees que no lo sabe ya? Seguro que padre…

Ella negó con la cabeza. —Jamás reconocería algo así y lo sabes. ¿Un hijo suyo? Imposible. No, no se lo ha dicho a nadie. —Se acercó. —Otra cosa es madre. —David apretó los labios. —Madre puede acusarte para justificar sus acciones. Intentará perjudicarnos todo lo posible y si ya sabe que estás aquí…

—Me da igual, no tiene pruebas.

—Cielo, has vivido con tu amante desde hace años —susurró —. Debe haber algún testigo. Un simple beso te llevaría a prisión y a Robert también.

—Nunca. Después de aquella vez en el establo jamás he vuelto a tocar a un hombre en público. Te aseguro que a Robert y a mí la experiencia del campamento nos enseñó muchas cosas.

Apretó su mano. —Cómo siento que tengas que pasar por esto. Cómo siento que tengas que ocultarte.

La miró a los ojos. —Me da igual. Si tú lo entiendes, si Robert me ama, todo lo demás me da igual.

—Lo entiendo y es evidente su amor, así que no te preocupes por eso.

De repente David sonrió. —¿El duque de Flagston?

—Está algo nervioso con lo que ha ocurrido. Cuando le conozcas os llevaréis muy bien.

Eso le hizo perder la sonrisa un poco. —Nunca me aceptará, cielo.

—No digas eso, claro que sí.

—Me desprecia por lo que hice y tiene razón.

—No digas eso, él no tiene ni idea por todo lo que pasamos, pero cuando lo comprenda… —Se llevó la mano al pecho. —¿No te referirás a Robert y tu relación con él?

David apretó los labios. —Es raro que un hombre de su posición lo admita.

—Estás equivocado. —Forzó una sonrisa sintiéndose insegura. —Lo admitirá y le dará igual, ya verás.

—No te sorprendas si te prohíbe verme después de que me vaya. —Apretó su mano. —Y lo sentiré, pero lo entiendo.

—No digas tonterías, ahora que te he recuperado nadie va a apartarme de ti, ¿me oyes? Júrame que no te irás sin decirme nada.

—No me iré, te lo juro. —David vio en su rostro el alivio. —No me perderás si tú no quieres, ahora ya no. Pero sí quiero que sepas que si tienes que alejarte por tu bien, por tu propia felicidad, lo entenderé.

—Eso no va a ocurrir.

En ese momento entró el mayordomo. —Oh, qué buen aspecto…

—Curtis, milady.

—Curtis, dele gracias a la cocinera por esmerarse tanto.

—Lo haré. ¿Quiere que les sirva?

—No es necesario, gracias.

—Si necesitan cualquier cosa toque la campanilla, milady.

—Gracias Curtis.

En cuanto salió cerrando la puerta su hermano empezó a servir el té y le dio una taza. —Ahora cuéntame, ¿qué tal es París?

Horas después se estaban riendo de una anécdota en su nueva casa de campo, cuando la puerta del salón se abrió dando paso a Thorne vestido con un traje gris y una impecable camisa blanca bajo su chaleco. —Preciosa, debes ir a vestirte, tenemos mil cosas que hacer.

—Oh, ¿de veras? ¿No podemos posponerlo?

Él miró a David. —Mi mujer tiene que ir al abogado para ultimar los detalles de su salida de prisión.

—Pero todo va bien, ¿no?

—Debe firmar unos papeles. Además, después la modista la espera para que decida ciertas cosas, no tiene ni un vestuario decente.

—Comprendo. —David se levantó. —Annie nos veremos en otro momento.

—Pero… ¿Volverás esta noche? Tráete a Robert a cenar, deseo conocerle más.

David miró a Thorne como pidiendo su aprobación y cuando este asintió muy serio su hermano sonrió. —Será un placer pasar la velada con vosotros.

Ilusionada le dio un beso en la mejilla y fue hasta su prometido. —Enseguida estoy, cielo.

Su mirada se dulcificó. —No tengas prisa. Lucy te ayudará.

Se fue casi corriendo y el duque y David se miraron a los ojos. —Gracias por permitir que siga en contacto con mi hermana.

—Solo voy a hacer lo que sea mejor para ella y en este momento siente que os necesitáis el uno al otro —dijo muy tenso—. Pero escúchame bien, como le vuelvas a hacer daño ya puedes rezar porque no habrá nada en este mundo que te proteja y eso te lo juro por mis muertos.

David le miró impresionado antes de sonreír. —Cómo me alegro de que te conociera. No sabes cómo me alegro.

Ella escuchando en la escalera ni vio como su suegra se detenía tras ella. Un carraspeo la sobresaltó y se volvió poniéndose como un tomate. —Sophia, ¿qué tal?

—Pues muy bien, nuera. ¿No tendrías que vestirte?

—A eso iba. —Sonrió radiante. —¿Pero tengo vestido?

—Algo nos han traído.

—Perfecto.

Corrió escaleras arriba y Sophia sonrió porque era evidente que había recuperado las fuerzas.

Le pusieron un sombrero en la cabeza que era realmente horrible con un gran pájaro violeta en todo lo alto. Miró hacia arriba intentando verlo mientras le ataban la lazada bajo la barbilla y Thorne sentado al lado de su madre se echó a reír. —Preciosa, ¿qué opinas?

—Madame, ¿no tiene algo con esas redecillas tan bonitas que llevan algunas damas?

—Por supuesto que sí —dijo con su encantador acento francés. Le quitó el sombrero y lo tiró a un lado—. Es horrible, lo reconozco. Ni las que tienen peor gusto lo quieren, me doy por vencida.

—¿Entonces por qué lo ha comprado? —preguntó mirando una tela.

—Porque algunas clientas me lo pidieron, es el último grito en Paris. Pero me he excedido con el pájaro, lo reconozco. —Puso los

brazos en jarras. —¿Le gusta esa muselina? Es maravillosa, puedo hacerle un vestido que dejará a todo Londres con la boca abierta.

Era una muselina amarilla con flores blancas bordadas. —Sí que me gusta, no me agradan demasiado los colores fuertes que llevan las casadas.

—Pues no tienes que vestirte con esos colores si no quieres, preciosa.

—¿Un rosa? —La modista sacó una tela de seda de ese color. —No es el rosa clásico de las debutantes, ni tan chillón que dañe a la vista. Si lo combinamos con unos volantes blancos quedará realmente hermoso.

—De encaje. Me encanta el encaje.

—Tengo un diseño que le va a encantar. De las mangas de la chaquetilla salen volantes en los dos tonos.

Miró a Thorne y a su suegra que tenía unos diseños en las manos. —¿Qué opináis?

—Escoge lo que te guste, preciosa.

Se sonrojó de gusto antes de mirar a Sophia que le mostró dos diseños. —Estos me gustan, niña.

Eran muy bonitos y uno de ellos podía combinar con esa tela. —Me gusta este. ¿Puede ser?

Madame la miró. —Tiene buen ojo, milady. Ese recogido en la falda mostrando la tela inferior le dará un toque mucho más moderno. Uy, tengo un sombrerito que le irá muy bien, voy a buscarlo.

Salió dejándoles solos y Sophie dijo —Niña, estás agotada.

—No, claro que no.

Thorne se adelantó en su asiento. —Preciosa, si estás cansada podemos dejarlo para otro día.

Levantó un encaje negro. —Estoy bien.

—¿Lo dices para que no se suspenda la cena?

Le miró de reojo. —No.

Él suspiró levantándose y se acercó para abrazarla por la cintura. —No sabes mentir.

Se puso como un tomate. —No quiero que te canses de mí por todo lo que me acompaña, pero no puedo renunciar a él.

La besó en la mejilla y susurró a su oído —Y lo entiendo, no te preocupes por eso. Todo va bien.

Había tenido tiempo para pensar en mil cosas y se había dado cuenta de lo egoísta que estaba siendo con él. —El parlamento...

—Eso no me preocupa. He decidido dejar el escaño.

Le miró asombrada. —¿Qué?

—Tengo temas más importantes entre manos.

—Yo.

—Sí, tú formas parte de esos temas.

—Thorne…

—Este no es el momento para hablar de eso.

—Pero…

—Niña, hazle caso a tu hombre que sabe lo que hace. —Le mostró un diseño. —¿No es una belleza?

La puerta se abrió y Annalie se quedó de piedra al ver entrar a Bonnie. —Dios mío, ¿qué haces aquí?

Se abrazaron y su amiga preguntó —¿Estás bien? Me he encontrado con una conocida de mi suegra en la calle y me ha dicho que estabas aquí. He tenido que venir. ¿Estás bien?

—Sí, no te preocupes. Dios mío, estás corriendo un riesgo al venir a verme, ¿no es cierto?

—Le diré a mi marido que me he retrasado porque he recordado que tenía que hablar con madame del vestido de la fiesta de disfraces que da la reina. No te preocupes. —Se apartó para mirar sus ojos. —¿Es cierto? ¿David está vivo? —Sonrió y los ojos de su amiga se llenaron de lágrimas. —Qué alegría has debido llevarte. ¿Cómo está?

Mejor no entrar en muchos detalles. Había cosas que no podría contarle nunca por la seguridad de su hermano. —Todavía no hemos tenido mucho tiempo para hablar, pero bien, está bien.

—Me alegro muchísimo.

—Lo sé. Le tenías mucho cariño.

—Nuestro hermano mayor ha vuelto. Estoy deseando ver… —Apretó los labios. —Espero que coincidamos en alguna ocasión.

—Estoy segura de que ocurrirá. Ahora vete, no quiero que tengas problemas por mi culpa.

Bonnie sonrió. —No te preocupes. —La besó en la mejilla y fue hasta la puerta, pero se detuvo antes de salir. —Si no te saludo en público cuando vaya con mi marido, no me lo tomes en cuenta. Todo lo sucedido ha cambiado su opinión respecto a ti.

—Lo entiendo, y ya lo suponía. No te inquietes, haré que no me doy cuenta.

Sonrió antes de salir a toda prisa y Annalie se mordió el labio inferior antes de gemir volviéndose lentamente hacia Thorne que levantó una ceja. —Pobrecita, tiene problemas con su marido.

—¿No me digas?

—Tu prima se dio cuenta enseguida.

—¿Lo has hablado con Amy? —preguntó espantado.

—Ella sacó el tema —respondió rápidamente—. De hecho, le dio muchas vueltas.

—No me lo digas, ideó un plan como en esas novelas absurdas que escribe.

—Eh, seguro que no son absurdas.

—Sí, niña. Lo son —dijo su suegra.

—Es que no hila muy bien las ideas, pero en cuanto lea uno de sus argumentos la ayudaré.

—Lo que me faltaba por oír. ¡Ni se te ocurra meterte en esto! ¡Es su marido y la ley le ampara!

—Es mi amiga y la ley de Dios me ampara a mí.

Pasmado miró a su madre. —No me escucha.

—Hijo, está muy sensible, es su amiga y quiere ayudarla. Lógico cuando ella hubiera agradecido la ayuda en su momento.

Miró impresionada a su suegra. —No lo había visto de ese modo.

—Preciosa, ¿más problemas? ¡Aún estamos intentando salir de lo de tu padre!

—Eso ya está muerto y enterrado. —Abrió los ojos como platos. —¿Lo he dicho en alto?

—Saliste ayer de prisión —dijo entre dientes.

—Eso fue ayer, hoy es un día nuevo. —La puerta se abrió para ver a la modista con el sombrerito en la mano. —Oh, qué bonito.

En el carruaje sintió que Thorne estaba muy tenso y sin poder evitarlo alargó la mano y cogió la suya. Él miró sus manos unidas y acarició la suya con el pulgar. —Lo siento —dijo ella.

—No sientas nunca ser como eres. —Tomó aire. —Así que quieres ayudarla, de hecho como me dijiste ayer se lo has

prometido. No me imaginaba que te referías a deshacerse de su marido.

—Amy ha sugerido un robo con muerte inesperada. ¿Qué opináis?

Su suegra se echó a reír. —Madre mía con mi sobrina. —Annalie parpadeó haciéndola perder la risa de golpe. —¿Hablas en serio?

—Suegra, buscamos soluciones. —Sus ojos brillaron. —¿Se te ocurre algo?

Ella miró a su hijo. —Pues como no sea enviarle al otro barrio…

—Madre, no les des alas. Hablaré con Amy seriamente.

—Oh, ella no sabe que es cierto que el marido de Bonnie le hace daño. Lo supone.

—¿Y ha hablado contigo abiertamente del tema cuando no te conoce de nada? ¡Ahora sí que hablo con ella!

Se sonrojó. —Es que suponía que ibas a pedir mi mano y seguro que quiso aproximarse a mí de alguna manera. —Frunció el ceño. —Después de decirme que me rompería las piernas o algo así

si te hacía daño. —Se llevó la mano al pecho. —¿Meterte en prisión cuenta?

—No te va a hacer nada —dijo él entre dientes antes de decirle a su madre —Esta muchacha está incontrolable.

—Sí, pero es un encanto. —Y le explicó a su nuera —¿Sabes que ella junto con su madre y su tía fueron las que intentaron recuperar tus cartas?

—Oh, ¿de veras? Sabía que era buena persona.

—Es una pena que no las encontraran, hubiéramos acabado con esto días antes.

—Menos mal que apareció David.

—Robert, apareció Robert.

Miró a su novio con los ojos entrecerrados. —David.

—Robert.

—Déjalo ya —dijo entre dientes.

Él bufó y Sophie soltó una risita. —Qué bien os lleváis, es un gusto veros.

Sonrió. —¿Verdad que sí? Yo también estoy algo sorprendida, con lo estirado que es…

—¿Estirado? —preguntó él indignado.

—Cielo, cuando me hablaste en aquel baile parecía que ibas a llevarme con mis padres para echarme una buena reprimenda.

—¡De eso nada!

Chasqueó la lengua. —Hombres, nunca reconocen sus errores.

—Muy cierto, niña.

—¡Si te pedí un baile!

—Y yo te pedí un beso.

Thorne sonrió. —Cierto.

—Qué atrevida —dijo su suegra impresionada.

—Es que no pude resistirme, es tan guapo…

—Sí que lo es —dijo orgullosa—. Guapo, rico y con inteligencia. Es que lo tiene todo, hasta el título.

—Madre, que me avergüenzas —dijo incómodo.

Se echaron a reír y en ese momento llegaron a la casa. El carruaje rodeó el jardín que estaba ante la puerta y se detuvo ante la escalinata.

—¿Qué flores son esas? Nunca las había visto.

—Tulipanes, querida. Me traen los bulbos desde Holanda.

—Vaya, son hermosas.

—Hermosas pero muy frágiles. El jardinero tiene que combinarlas con otras variedades para que algo siempre tenga flor. ¿Te gustan las flores?

Sonrió. —Me encantan. En la casa de campo siempre pasaba mi tiempo libre en el invernadero.

—Oh, aquí tenemos uno.

—¿De veras?

—Puedes tomar posesión de él cuando quieras, desgraciadamente a mí no se me dan bien las flores. A mi esposo sí y era quien lo mimaba, pero desde que falleció está un poco abandonado. El jardinero no se esfuerza demasiado.

—Tranquila, que yo me encargo.

Thorne bajó del coche y extendió su mano hacia ella. —Ni se te ocurra ir ahora. A descansar para la cena.

Soltó una risita. —Ya me vas conociendo.

—Preciosa, es que eres transparente. —Ayudó a bajar a su madre.

—¿Me lo enseñas?

Pasmado dijo —¿Pero qué te acabo de decir?

—Da igual, lo encontraré sola. —Salió corriendo y dio la vuelta a la esquina mientras su prometido casi marido gritaba su nombre. Soltó una risita mirando sobre su hombro y al ver que la seguía chilló corriendo por el césped hasta el final de la casa. Entonces vio la cúpula de cristal y separó los labios de la impresión mirando hacia arriba. La estructura salía de la casa en el extremo norte por eso no la había visto desde la habitación de Thorne. Y era muy grande, incluso más que el de sus padres en el campo. Algo muy extraño en la ciudad.

Llegó hasta ella. —¿Te gusta? —Cogió su mano y tiró de Annalie hasta una puerta de cristal. —Mi padre lo diseñó él mismo.

—Es precioso. —Entraron en su interior y efectivamente estaba algo abandonado. Algunas de las macetas estaban secas y había tierra por el suelo. Se notaba que hacía semanas que nadie pasaba por allí. —¿Por qué no lo cuida el jardinero?

Él apretó los labios. —Porque sabe que no entramos aquí y ha descuidado su trabajo. Yo no había entrado desde el fallecimiento de mi padre. —Miró a su alrededor. —Es como si aún estuviera aquí.

Se acercó para rodear su cintura con sus brazos. —Cielo, si no quieres que lo use…

Sonrió mirando sus ojos. —Claro que sí, a él le encantaría.

—Me hubiera gustado conocerle. ¿Cuándo le perdisteis?

—Hace seis años ya. Una mañana no se despertó. —Acarició uno de los rizos que rozaban su sien. —En estos días he pensado lo que diría él de nuestra relación.

—¿Y qué crees que hubiera dicho?

—Antes de conocerte en persona no le hubieras gustado nada.

Se echó a reír. —¿De veras?

—No es adecuada, Thorne, eso es lo que hubiera dicho.

—¿Y tú qué habrías dicho?

—Que no hay nadie más adecuado para mí que tú.

—¿Y hubieras ganado esa discusión?

—Mi padre solo quería hacer felices a los que amaba. Sí, hubiera ganado yo.

—¿Y cuando me hubiera conocido?

—Esa sonrisa es irresistible. Hubiera dicho, cásate con ella, chico. ¿Qué haces perdiendo el tiempo?

Se echó a reír. —Zalamero.

—Preciosa, esa siesta cada vez me apetece más.

—¿Y a que estás esperando, duque? —Se acercó y susurró a su oído —Quiero tenerte dentro. —Rio y salió corriendo.

Sophie desde la ventana de su habitación se enderezó escuchándoles reír. Hacía tanto que no se oían risas en esa casa… Ilusionada se volvió hacia su mayordomo. —Hay que preparar esa boda cuanto antes, Curtis. Su reputación ya está totalmente destrozada y tenemos que subsanarlo.

—Sí, duquesa. Espero instrucciones.

—Escriba… Empecemos con los invitados.

Capítulo 7

Después de una tarde realmente maravillosa, la despertó Lucy para que se vistiera para la cena. Ya preparada con un bonito vestido verde agua con flores blancas que le había enviado la modista, se miró al espejo. No le quedaba perfecto porque era de los que ya tenía confeccionados, pero era realmente hermoso y se veía muy bonita. Tendría que ajustarlo algo en la cintura cuando se pusiera el corsé.

—Milady no puede ir sin corsé —dijo Lucy observándola en el espejo.

—Pero si así el vestido me queda mucho mejor. Vamos, arréglame el cabello —dijo sentándose en el tocador de la duquesa que en realidad era su habitación oficial—. ¿La duquesa cuándo se ha mudado de alcoba?

—Oh, hace seis años, milady, cuando falleció su marido.

Suspiró del alivio porque al menos no la había echado ella. —¿Le quería mucho?

—Mucho, se quedó destrozada por su muerte. Imagínese despertarse y que la persona que amas esté muerta a tu lado. Fue muy duro. Pasó cuatro años de luto riguroso y solo hace dos años empezó a vestir de violeta. Y creo que no se quitará nunca ese color.

—Cuanto lo siento.

—Al menos tiene a su hijo. Pasó mucho miedo en estos días hasta que salió de prisión. —La miró con los ojos como platos a través del espejo. —Perdón.

—No tienes que disculparte, lo entiendo.

—Hasta habló con la reina, ¿sabe?

—Sí, me lo comentó.

—Su decisión la decepcionó mucho. Le tenía mucho aprecio.

—La reina tiene muchos problemas en los que pensar y cientos de cosas que solucionar, no podemos cargar sobre sus hombros todas las decisiones del mundo, no es justo.

—Es muy sabia, milady.

De repente la puerta se abrió y apareció Amy. —Hola.

Divertida sonrió. —¿No sabes llamar?

—Somos chicas, las chicas no llaman.

—Ya, pero soy una chica con la reputación destrozada y a punto de casarme, podría estar con mi prometido.

—Está abajo. —Se acercó a ella y se sentó a su lado en el banquito. —Te has librado por los pelos, ¿eh?

Se echó a reír. —¿Qué?

—¿Qué se siente al sentir casi la soga al cuello?

—Pues…

—Milady, bonita, ¿no le han dicho que esas cosas no se preguntan?

—Lucy no seas pesada. —La miró maliciosa. —Nos conocemos desde niñas.

—¿De veras?

—Sí, milady venía a la casa y se pasaba conmigo gran parte del tiempo.

—¿Te criaste aquí, Lucy?

—Soy hija de la antigua cocinera.

—¿Y tu madre? ¿Falleció?

Amy la miró maliciosa. —Díselo a la futura duquesa.

Gruñó. —Se mudó.

—Se escapó con el hijo del asistente de cámara de mi tío —dijo Amy reprimiendo la risa.

—¿Qué?

—Un amor pasional de esos. Ahora viven en Bath sirviendo a una vieja viuda —dijo Lucy.

—¿Os escribís?

—Mi madre no sabe escribir. Sé de ella porque la anciana es conocida de la duquesa viuda y un día hablando salió la cosa. Imagínese mi cara cuando me enteré de que estaban juntos.

—Ah, que no lo sabías.

—¿Cómo me iba a imaginar que se había escapado con él? Si es feo con ganas.

Se echó a reír, no pudo evitarlo.

—Sí, ríase, menudo cachondeo que he tenido que soportar todos estos años.

—¿Estaba casada?

—Mi padre se había largado ya hacía unos años, por eso madre entró a trabajar aquí. Me cuidaban entre todos. Son mi

familia.

—¿Y por qué se iba a ir sin decirte nada si no tenía un marido que pudiera reclamarla?

—Para que Lucy no se fuera con ella.

—¡Eso es mentira! ¡Mi madre me quiere! Se fue sin decir nada porque… —Se puso como un tomate. —Robó una tetera de plata.

Jadeó asombrada. —¿Antes de irse?

—Quería vivir su amor intensamente en un sitio nuevo y la tetera financió el viaje. ¡No quería llevarme por si la pillaban! ¡Me protegió!

Amy y Annalie se miraron de reojo antes de decir a la vez —Por supuesto, Lucy. Lo hizo por tu bien.

—Este rizador de pelo ya no está caliente, vuelvo ahora.

En cuanto salió de la habitación Amy susurró —Se fue porque tenía la mano demasiado larga y sabía que la iban a echar. Así que cogió la tetera y adiós muy buenas. No se la llevó porque sabía que aquí estaría bien cuidada. ¿No has notado que es la consentida del servicio?

—No.

—Pues fíjate bien. —Sonrió. —¿Cuándo es la boda?

—Pronto.

—Sí, debe ser cuanto antes. Londres es un hervidero de rumores.

—Me lo imagino.

—Todo el mundo comenta que habéis estado juntos en la modista. Mal hecho. Y sin casar. ¿No os dais cuenta de que todo es muy reciente?

—¿Debemos esconder la cabeza en un agujero hasta que pase la tormenta?

—Sí, es exactamente lo que deberíais hacer. Al menos hasta que haya un escándalo igual de jugoso, eso dice mi madre.

—¿Más jugoso que el haber matado a mi padre?

Amy hizo una mueca. —Tienes razón, no saldrías de casa en la vida. ¿Qué tal Bonnie?

La miró de reojo. —¿Por qué lo dices?

—Porque también ha estado en la modista. No hace falta ser muy lista para saber que la has visto.

—Está bien.

—Vamos… No voy a decirle nada al cabrito de su marido.

—Sigue igual.

—Mierda. He pensado en ello, ¿sabes? Pero no debería decirte nada por la reprimenda que me acaba de echar mi primo en su despacho.

—¿Te ha reprendido?

—Ha amenazado con encerrarme durante toda la temporada y mi padre le ha dado la razón —dijo asombrada—. Mira que si ahora empiezan a imponerme disciplina… Sería un desastre, mi personalidad está ya definida.

Las carcajadas se escucharon hasta en el piso de abajo y la duquesa viuda sonrió. —Es maravillosa. Ambas lo son.

Wendolin sonrió. —Se nota que se llevan bien, me di cuenta en el baile.

—Es evidente que milady conecta con la familia Flagston —dijo el barón antes de mirar a su sobrino—. Y es evidente también que te hace feliz.

Thorne asintió antes de beber de su jerez.

—Mi hijo está encantado con ella. —Sophia sonrió. —Es que es maravillosa y tan llena de vida. —Perdió la sonrisa. —No entiendo cómo ha salido así con la familia que tiene.

—Oh, y no sabéis lo peor —dijo Wendolin acercándose—. Tengo entendido que su madre tiene audiencia con la reina mañana mismo para hablar de lo que ha ocurrido.

—¿La ha llamado ella o es un requerimiento de su majestad? —preguntó Thorne muy serio.

—No lo sé. Solo sé que tiene audiencia porque me lo ha comentado nuestra vecina. Lady Potter tiene una hija que es dama de la reina y se lo comentó esta mañana. Es una audiencia urgente, eso me han dicho.

—Qué fatalidad —dijo su madre mirándole preocupada—. ¿Y si le cuenta algo que convence a la reina?

—¿Convencerla de qué?

—Sabes perfectamente de lo que estoy hablando, hijo. Su hermano.

—Nos hemos perdido algo… —preguntó Jeffrey confundido.

En ese momento llamaron a la puerta y todos miraron hacia el hall para ver entrar en la casa al nuevo conde de Darwick vestido con un impecable traje de noche acompañado por Robert. Thorne se acercó y David perdió la sonrisa del rostro viendo cómo llegaba hasta ellos. —¿Annie no está bien?

—Ven conmigo, ha ocurrido algo.

Los tres fueron hasta el despacho y el duque cerró la puerta de inmediato en cuanto pasaron. —Tu madre tiene audiencia con la reina mañana.

David se tensó. —Entiendo.

La puerta se abrió de golpe y Annalie entró con una sonrisa radiante, pero se detuvo en seco al ver sus expresiones. —¿Qué ocurre?

—Preciosa, ¿no te han dicho que hay que llamar primero?

Entró y cerró la puerta para mirar directamente a Robert. —¿Qué ocurre?

—¿Por qué me lo preguntas a mí?

—Has sido sincero desde que te conozco.

—Muchas gracias por la confianza —dijo Thorne indignado.

—Cariño, tú intentas que no me preocupe, él me dirá la verdad crudamente.

—Pues la verdad es… —David y Thorne le fulminaron con la mirada. —¡No me presionéis!

Ella dio un paso hacia él como si cercara a su presa. —Venga dímelo, será rápido.

—¿David? —preguntó inseguro.

—¡No! ¡No le mires! Mírame a mí, a los ojos. ¿Qué ha ocurrido? Porque esta mañana todo estaba bien. Es mi madre, ¿no? Esa bruja intenta perjudicarnos. ¡Solo tienes que decir cómo!

—¡Tiene una audiencia con la reina! ¡Mañana!

Sonrió. —¿Ves como no ha sido tan difícil? —Se volvió hacia los demás que parecían asombrados. —¿Qué? Aprendí mucho en los interrogatorios de la policía.

—No te veo preocupada —dijo Thorne extrañado.

—No, porque lo veía venir. Por eso esta mañana después de dejar a David y antes de vestirme para salir, escribí una extensa carta a su majestad explicando exactamente lo que haría mi madre.

—¿Qué? —gritaron los tres a la vez sobresaltándola.

—Tranquilos no le dije de qué se trataría, pero sí le dije que buscaría la excusa más absurda para explicar su comportamiento durante estos años. Que había visto como lo hacía mil veces para perjudicar a alguien. —Se miró las uñas como si nada. —Y le conté un pequeño ejemplo.

David dio un paso hacia ella. —¿Qué ejemplo?

—Tú ya no estabas, no lo conoces.

—Pero me muero por conocerlo.

—Bueno… Hace un año nuestra queridísima madre cometió el error de llevarme a ver a Madame Blanchard para que me hiciera unos vestidos. Estando allí paseaba por la tienda viendo distintas fruslerías mientras ellas hablaban distraídas de las telas de mis confecciones. Estaba tras un expositor de sombreros cuando escuché lo que decía una de las mujeres. Al parecer mi madre había jugado al whist en la fiesta que se había dado dos noches atrás en la casa de los duques de Stradford y había acusado a una de las mujeres de hacer trampas después de perder otra partida. La mujer indignada llamó a su marido y hubo un rifirrafe con mi padre que inmediatamente llamó la atención a su esposa por acusar en falso.

—¿Qué ocurrió?

—Madre se agachó para coger una carta del suelo. Carta que había tirado ella misma y siguió acusándola. Padre retó a duelo a su marido y el pobre se pasó una buena temporada en la cama por un tiro en la pierna.

—Pero no puedes estar segura de que la carta no estaba allí antes —dijo Thorne.

—Sí que estoy segura porque cuando mi padre llegó a casa después del duelo le gritó que como volviera a dejarle en evidencia haciendo trampas la mataría y hay testigos de esos gritos.

—¿Servicio de tu madre? No dirán la verdad.

—Te equivocas, querido. Claro que lo dirán porque ahora son el servicio de mi hermano.

David sonrió. —Se está abriendo la veda.

—Exacto. Si está dispuesta a cazar, la cazada será ella. Es tan soberbia que no se da cuenta de que ha perdido su estatus, a sus sirvientes y todo lo que le rodea. Solo busca la venganza y se está hundiendo sola.

—Necesitamos un testigo que liquide las dudas de un plumazo —dijo Robert—. ¿Se te ocurre algo?

Pensó en ello seriamente. —Mi dama de compañía.

—Preciosa, ¿cómo va a ponerse a contar cosas de tu madre? Nadie le dará trabajo.

—Precisamente por eso la delatará, para demostrar que ella no tiene nada que ver. Es fría y calculadora, me ha delatado a mí en multitud de ocasiones. Ella es quien nos conviene. Dirá todo lo que haga falta con tal de librarse de culpa.

David entrecerró los ojos. —Igual tiene razón.

—Contará lo que ocurrió aquella mañana y mil cosas más con tal de quedar como la que limpie nuestro nombre.

—Tenemos que hacérselo ver así —dijo Robert—. Que piense que puede sacar tajada de esto.

—¿Y cómo la llevamos mañana a la audiencia?

Sonrió maliciosa. —Es una mujer de costumbres. Mañana es viernes, siempre va a la librería los viernes por la mañana a comprar el libro de la semana.

—Perfecto —dijo Robert satisfecho—. Le tenderemos una encerrona a esa bruja.

—Y si no funciona —dijo ella—, siempre puedes irte de la lengua con lo que pasó en aquella fiesta. ¿No David?

Su hermano se tensó antes de fulminar a Robert con la mirada. —¿Se lo has contado?

—Eso no. Pero tenía que dejar entrever que amenazaste a tu padre con algo para que pagara el chantaje.

—Joder, ¿le has contado que le chantajeé? —preguntó incrédulo.

—Algo tenía que decir.

—Eso ya no importa, David —dijo ella suavemente.

—¡Sí que importa, maldita sea! Ahora entiendo el desprecio del duque. Me enfrenté a mi padre por dinero, pero no por ella, ¿no? ¿Para sacarla de allí?

Thorne se enderezó. —Exactamente.

—¡Pues no lo hice porque Robert me hizo ver que conmigo no llevaría una vida normal! ¿Viviendo con dos hombres como nosotros? ¡No, no pensaba consentirlo!

Annalie jadeó viendo como Robert palidecía. —¿Qué has dicho? —David se volvió hacia él. —¿Dos hombres como nosotros? Esas palabras jamás han salido de mi boca y me horroriza que hayan salido de la tuya.

—Robert, yo…

—No solo acabas de despreciarnos a los dos, a la vida que hemos creado juntos y al amor que te profeso, sino que das la razón a los que piensan que hacemos algo malo al querernos y yo estoy seguro de que no es así. Que no era así porque ya no puedo más. He soportado tus cambios de humor, tus acciones aun sabiendo que yo no estaba de acuerdo, tus miedos, tus inseguridades y seguramente esta será una más, pero después de todo lo ocurrido

que me niegues así me resulta insultante y no pienso dejarme pisotear por ti ni por nadie. —Abrió la puerta y salió de allí furioso.

—Ve tras él.

David apretó los labios y ella se acercó preocupada. —Le amas y lo demás no debe importarte. Ve tras él, es lo que necesita. Saber que aún le amas. ¿No te das cuenta de que vuestra relación es lo único hermoso que ha salido de todo esto? Has conseguido que alguien te ame como eres y con todo lo que tienes detrás, no lo eches por la borda por el orgullo, ese maldito orgullo de los Coodigde que te destrozó la vida.

David salió corriendo y suspiró del alivio antes de volverse hacia Thorne que levantó una ceja. —¿Lo único hermoso que ha salido de todo esto?

Se quedó de piedra. —Hablaba de él. —Su prometido se cruzó de brazos mirándola fijamente. —Uy, uy… Thorne, ¿acaso dudas de mí?

—No sé qué pensar.

—¿Qué has dicho? —gritó alterándose—. ¡No hablarás en serio!

—¿Qué? —preguntó confundido por su reacción.

—¿Dudas de mis sentimientos? —Dio un paso hacia él amenazante. —Ya lo entiendo.

—Ah, ¿sí? Porque parece que no.

—Claro que lo entiendo. Como me entregué a ti demasiado pronto todo estaba calculado, ¿no? ¡Ya había encontrado a alguien para que me sacara de esa casa!

—Pues visto así…

Le fulminó con la mirada antes de coger sus faldas y salir del despacho. —¿Annalie? —Estiró el cuello. —¿Estás enfadada?

Apareció de nuevo sobresaltándole. —¡Sí! ¡Y suerte tienes de que soy más comprensiva que Robert porque sino te daba una patada en tu excelentísimo trasero, idiota! —Desapareció de nuevo y él bufó sentándose al borde del escritorio. Apareció de nuevo haciendo que se pusiera en pie a toda prisa. —¡Y lo que te hice antes no se va a volver a repetir! ¡Si no te quiero, no tengo por qué hacerlo!

—Si te gustó.

Se sonrojó. —¿Eso dije?

—¡Sí, varias veces!

—Bueno, pues… —Entrecerró los ojos. —Ya pensaré en algo. —Cogió el pomo de la puerta y pegó un portazo.

Furiosa fue hasta la escalera y Amy levantó una ceja al verla pasar ante ella para empezar a subir los escalones. —¿Hay marejada en el paraíso del amor?

Se volvió. —¿Quieres un consejo?

Divertida respondió —Estoy deseando escucharlo. —Las cabezas de los demás aparecieron en la puerta del salón.

—¡No te enamores!

—¡Pero si es muy divertido!

Thorne apareció en el hall y rabiosa apretó los puños en la falda sin darse cuenta de que mostraba hasta las rodillas. —Tú…

—Preciosa, baja que vamos a cenar.

—¡Ya no tengo hambre! ¡Mira el disgusto que me has provocado!

Él sonrió de medio lado entrando en el salón y jadeó mirando a su prima. —¿No piensa disculparse?

—No tiene pinta. —Subió un escalón y susurró —¿Qué te ha dicho?

—¡Qué podía haberme entregado a otro hombre con tal de salir de casa!

—Uy, qué feo…

—¡Yo no he dicho eso! —gritó él desde dentro—. ¡Si casi ni me has dejado abrir la boca!

Bajó los escalones a toda prisa. —¡Con lo que dijiste quedó claro! —Entró en el salón con todos siguiéndola y Thorne se tensó al ver que tenía los ojos llenos de lágrimas. —¡Y no, no me valía cualquiera, podría haber elegido a Truman o al duque de Morlington y no les elegí!

—Preciosa…

Sollozó y salió corriendo provocando que todos le miraran como si quisieran desmembrarle. —Con lo mal que lo ha pasado la chiquilla, ¿cómo le dices algo así? —preguntó su madre ofendida.

—¡Madre, ahora no! —Salió a toda prisa del salón para verla bajando las escaleras sorbiendo por la nariz. —Preciosa…

—¡Me voy!

—¿Cómo que te vas? —preguntó asombrado.

—¡No me quedo donde se dudan de mis intenciones y no se aprecian mis cariños! ¡De eso ya he tenido bastante!

—¡Annalie basta ya! —Asombrado vio que salía por la puerta principal sin hacerle ni caso. Furioso fue hasta allí y pasmado vio como rodeaba el jardincillo de la entrada para ir hasta la verja. —¡No sabes donde vive tu hermano! —Eso la detuvo en seco. —Vamos preciosa, entra en la casa. Siento lo que he insinuado.

Se volvió para mirarle esperanzada. —¿De veras?

Se le retorció el corazón porque estaba deseando que le dijera que sí. Bajó los escalones y se acercó a ella abrazándola. —Lo siento, preciosa. Lo he dicho sin pensar.

—Siento haber dicho que su relación era lo único hermoso que había salido de esto.

Él sonrió y la besó en la coronilla. —Sé que lo sientes.

—Pues no me disgustes más. —Se apartó y fue hasta la casa. —Querido, la cena espera. —Al entrar en la casa sonrió radiante a los presentes. —Se ha disculpado.

—Como debe ser, niña —dijo Wendolin—. Yo a mi esposo tampoco le paso ni una.

—Prima permite que te presente a tu nueva tía y a tu nuevo tío, los barones de Farbairn.

Hizo una reverencia impecable. —Es un placer conocerles.

—El placer es todo nuestro —dijo Jeffrey.

—Padres, ella es la futura duquesa de Flagston.

Wendolin sonrió a su sobrino. —No podías haber elegido mejor. Tiene el nervio de tu madre.

La duquesa viuda levantó la barbilla. —Sí, ¿verdad? Podría ser hija mía. —Se puso a su lado. —Vamos niña, como has dicho la cena no espera.

Ambas caminaron hacia el comedor y Amy miró maliciosa a su primo. —No las fastidiado por un pelo de mosca.

Suspiró del alivio. —Sí.

—Tranquilo, aprenderá a amar también tus estupideces —dijo antes de ir hacia el comedor provocando que gruñera.

Capítulo 8

La cena fue muy amena y se enteró de que Wendolin tenía una hermana gemela. —Sí, está casada con un conde al que no le gusta nada salir. Así que podemos hacer nuestras correrías sin que se entere —dijo Amy tan espontánea como siempre haciéndoles reír.

—Yo me entero y aun así lo permito —dijo Jeffrey—. Todo por la familia.

—No entiendo qué sucedió con esas cartas. Estaban allí —dijo preocupada.

—Ahora ya no importa, cielo.

Miró a Thorne a la cabecera de la mesa. —¿Y si uno cualquiera tiene esas cartas? Sabrán los pensamientos de mi hermano, no me siento cómoda con eso.

Él se acercó levantando una ceja. —Te escribía sobre algo de…

—¡No! Me enteré ayer cuando habló conmigo en el salón. Y no estoy segura de que me lo hubiera contado si no te llega a oír a ti en el hall —dijo mientras los demás hablaban de lo sucedido. Les miró de reojo y se acercó aún más. —Pero cuenta cosas que le hacían en el campamento, ¿y si salen a la luz? Avergonzarán a mi hermano.

Él apretó los labios y dijo bien alto —Es cierto, debemos encontrarlas.

Todos les miraron. —Igual las ha quemado tu madre —dijo Amy.

—Eso no lo creo. ¿Mi madre rebuscando en mi habitación? De hecho, dudo que lo haya hecho alguien de la casa, el servicio no se atrevería por miedo a ser sorprendido.

—¿Y esa dama de compañía? No sería raro que estuviera en tu habitación —dijo su suegra—. De hecho, si como has dicho dormía en la habitación de al lado, puede que un día te viera meter las cartas y tú no te diste cuenta. Seguro que las leyó y cuando desapareciste puede que las cogiera.

—¿Con qué fin? —preguntó Jeffrey.

—A ver, démosle una vuelta —dijo Amy—. La noche en que Annalie te conoció las cartas debían estar aún ahí porque quien fuera a cogerlas temería que revelara el robo.

—Vas bien, prima. —Thorne cogió su copa de vino. —Esperó a que ella se escapara.

—A que no volviera a casa o si volvía, porque el conde la llevara de vuelta, Annalie no rebelaría que le habían robado nada porque puede que pensara…

—Que habían sido sus padres. Annalie evitaría otro enfrentamiento con ellos con todo lo ocurrido ya que por sus correrías estarían muy enfadados.

—Exacto, después de cometer la enorme falta de escaparse no podría decir ni pío. Así que el ladrón se saldría con la suya.

—Quedarse las cartas.

—¿Para qué?

Todos se miraron los unos a los otros y Annalie abrió los ojos como platos. —¿Y si esa persona sabía que mi hermano les chantajeaba? ¿Y si también quería sacar tajada?

—Es una posibilidad —dijo Jeffrey—. Pero también existe otra.

—¿Cuál, padre?

—¿Y si la persona que cogió las cartas, que es evidente que sabía que estaban allí, simplemente las cogió para quemarlas? ¿Y si tu dama de compañía era la amante del fallecido conde y por protegerle las cogió?

—Qué buen argumento papá, tengo que hacer una historia sobre algo así.

—No, no creo que tenga sentido —dijo Annalie—. Mi padre nunca la ha mirado dos veces y le hablaba como a todos, de manera déspota. Además, si mi madre se enterara de que una sirvienta la traicionaba así, la mataría. Todo el servicio la teme.

—¿Y si precisamente era por eso? —dijo Thorne —. Porque la temía. —Dejó la copa sobre la mesa. —¿Y si temía algo y tenía que cubrirse las espaldas?

Se le cortó el aliento. —Y cogió las cartas para evitar el castigo.

—Un seguro para que a ella no le pasará nada.

—Como hizo Robert, por si acaso las necesitaba. —Pensó en ello. —Seguro que la ha despedido ya por haberme dejado escapar, seguramente la responsabilizó.

—Entonces mañana no irá a comprar el libro —dijo Jeffrey.

Se mordió el labio inferior.

—¿Preciosa?

—No lo sé.

—Pues es algo que ya no puede esperar hasta mañana, debemos averiguarlo cuanto antes si queremos que esa mujer vaya a la audiencia. Y si tiene las cartas todavía mejor, porque puede enseñárselas a la reina antes de que te las devuelva.

En ese momento se escuchó la campanilla de la puerta y Curtis fue a abrir de inmediato. Entonces en el hall apareció David con Robert y ella se levantó a toda prisa. —Hermano, cómo me alegro de veros. —Se acercó a los dos y les dio a ambos un beso en la mejilla. Miró a Robert a los ojos. —A veces ciertas cosas duelen, pero no lo ha dicho con mala intención.

—Ahora lo sé. —Forzó una sonrisa y se apartó para mostrar a su dama de compañía que tenía los ojos rojos de tanto llorar. No pudo disimular su sorpresa. —Pero Betty…

—La encontramos ante la casa de madre con la maleta, no sabía qué hacer —dijo David—. Robert se acercó a ella para preguntar si estaba bien y fue cuando se enteró de quien era.

—Lo siento, no tenía que haber venido —dijo incómoda pasándose el pañuelo por la nariz.

—No pasa nada —dijo mirando de reojo a Thorne.

—Una casualidad enorme, ¿no? —dijo Amy por lo bajo a los demás.

—Y que lo digas —dijo la duquesa mirándola con desconfianza.

—Por favor, pasad al salón —dijo Annalie indicándoles con la mano—. Curtis un té para nuestros invitados y una cena fría, seguro que no han cenado.

—Enseguida.

Betty se echó a llorar tapándose con el arrugado pañuelo que tenía en la mano. —Lo siento.

La cogió por el brazo. —No te pongas así, ahora veremos qué hacemos y ya verás como lo arreglamos.

—¿Necesitas una dama de compañía? —preguntó esperanzada.

—Tengo una suegra que no me quita ojo, ya me doy por satisfecha.

La duquesa sonrió. —Exacto.

Betty se echó a llorar de nuevo y Annalie miró de reojo a Thorne que le hizo un gesto con la cabeza para que la metiera en el salón. —Ven, que lo que necesitas es un buen té y comer algo.

—No tenía que haberte importunado, no tenía que haber venido.

—No pasa nada. —Tiró de ella delicadamente y la metió en el salón. En cuanto entraron el duque cerró las puertas como si temiera que se le escapara. La sentó en el sofá de seda verde y dijo —¿Qué ha ocurrido para que estés así?

La miró pasmada. —Que te escapaste, ¿qué va a ocurrir?

—No, hablo de que pasó después.

—Ah, me gritaron, me abofetearon y he temido que me despidieran desde entonces, así que me escondía en mi habitación intentando solucionar mi futuro. Hasta hoy que la condesa me ha visto de casualidad y ha recordado que existo. Me ha echado sin pagarme siguiera.

—¿No tienes ahorros?

—Claro que los tengo, pero ya se ha encargado ella de quitármelos.

—¿Qué? —preguntó incrédula.

—Subía de la cena y al verme entrar en mi habitación se puso como loca preguntándome a gritos que por qué seguía aún allí. ¡Qué por mi culpa había perdido a su marido! Estaba desquiciada, se tiró a mí. —Mostró su mejilla donde tenía un arañazo. —El servicio tuvo que separarla y ordenó que me echaran de la casa. Así con lo puesto. Menos mal que entré por la cocina y le pedí a la señora Morton que me diera mis cosas. Así pude recuperar algo.

—¿Y las cartas? —preguntó ella impaciente—. ¿Tienes las cartas de mi hermano?

Se puso como un tomate. —¿Qué cartas?

Era evidente que no lo iba a decir por voluntad propia, así que la agarró por el moño y tiró de ella. —A mí no me marees —siseó como haría su madre—. ¿Te crees que soy estúpida? Estás aquí con el único objetivo de sacarme algo. ¿Quieres que te ayude? ¿Quieres tener una buena vida? Gracias a mí has vivido casi como una condesa todos estos años, ya no vas a sacar más de esto. Y te juro por mis muertos que como no hables de inmediato vas a acabar donde acabó mi padre.

Betty la miró asustada mientras los demás no podían disimular su pasmo. —¡Están en la casa! ¡Ella no sabe que las tengo!

—Como suponía —dijo mirando a Thorne antes de volver la vista hacia ella de nuevo—. ¿Qué pensabas hacer con ellas? ¿Chantajearla cuando todo acabara?

—Soy dama de compañía, si no tengo a quien acompañar estoy en la calle. ¡Tarde o temprano prescindiría de mí! Quería tener una baza en caso de que eso sucediera.

—Pero no las has usado.

—No me he atrevido. Tendrías que haberla visto, tu madre me hubiera matado si la hubiera chantajeado con ellas. Estaba fuera de sí.

Pensó en ello y se imaginó a su madre pegándola, sí, ¿pero echarla sin más? No, la condesa no era así. Si conocía a su progenitora y la conocía bien, sabía que buscaría culpables y su dama de compañía sería a la primera a la que responsabilizaría después de que esa mujer permitiera su fuga provocando la pérdida de su marido. La paliza no se la quitaba nadie. A no ser… A no ser que la necesitara. —¿Qué te ha ordenado hacer?

—Venir aquí y suplicar tu ayuda.

—¿Con qué fin?

—Con el fin de saber tus planes, lo que haces, con quien te relacionas.

—Una espía en nuestra propia casa —dijo Thorne.

—¿Y realmente piensa que confiaría en ti?

Betty apretó los labios. —Dijo que más me valía que consiguiera tu perdón, porque sino hablaría muy mal de mí y ya nadie me daría trabajo.

—Tu madre es una joyita —dijo Robert por lo bajo.

—Sobre todo quería saber de tu hermano —dijo Betty mirando a los chicos.

—¿Qué hacías llorando fuera de la casa?

—¡Esto que me ha hecho en la mejilla sucedió hace poco más de una hora! ¡Es cierto que no se había dado cuenta de mi presencia en la casa hasta que subió de la cena y entonces me metió en la habitación y me arreó! Iba a amenazarla con las cartas, pero entonces cogió mis tijeras con cara de sádica y no me atreví a decir nada. Sabía que si lo hacía no saldría viva de allí. Fue cuando le supliqué porque no tenía a donde ir, le pedí que me dejara quedarme unos días mientras buscaba casa. Lo vi en sus ojos, fue cuando se le ocurrió. ¿Quieres una casa? Ve a casa de los duques de

Flagston y dame información. Después de que acabe con ellos yo misma te buscaré trabajo en una buena casa. Así que hice la maleta y salí de allí casi corriendo, pero estaba muerta de miedo por lo que tenía que hacer así que me senté a calmarme un poco. Fue cuando llegaron ellos.

—¿Realmente creíste que mi madre después te ayudaría? —preguntó irónica.

—Claro que no, tu madre no es de fiar. Después me hubiera dado la patada, pero necesitaba tiempo para buscar trabajo. —La miró de reojo. —¿Me sueltas, por favor? Me duele algo el cuello.

Bufó soltándola. —Tienes que volver y coger las cartas.

—Ni hablar, ¿estás loca? Me despellejaría viva.

—En cuanto se duerma entrarás en la casa y cogerás las cartas. Si te sorprenden a ti no pasará nada porque creerán que has ido a buscar algo tuyo. Aún están tus cosas en la habitación, ¿no?

—Sí, dejé casi todo.

—Pues eso. No podrán decirte nada. Vas, entras por la cocina donde aún estará el servicio recogiendo, dices que necesitas un abrigo o algo así, coges las cartas y regresas.

—Y bien rapidito —dijo Amy—. Y más te vale que estén todas las cartas.

—Si las traigo, ¿qué me daréis a cambio?

—Te dejaré con vida —dijo Annalie tan ricamente.

Betty parpadeó. —Ah… ¿Y si me descubre y me mata ella cuando vea lo que me llevo? No lo veo muy justo.

—Preciosa, tiene razón, no va a arriesgarse por nada. —La advirtió con la mirada y Annalie chasqueó la lengua. —Te propongo algo. Tú traes las cartas y recibirás diez mil libras.

Abrió los ojos como platos. —¿Qué ha dicho?

—Pero el trabajo constará de dos partes. Primero las cartas y después ya te diré lo que tienes que hacer.

—Quiero saberlo antes —dijo demostrando que de tonta no tenía ni un pelo.

—¿Para que si te descubren nos delates? No, eso no va a pasar. O eso o te denuncio ahora mismo a la policía por el intento de asesinato de mi mujer.

A Betty se le cortó el aliento. —Yo no he hecho nada.

—Todos los que te rodeamos diremos lo contrario. ¿A quién crees que creerán después de lo que ha pasado? Pero si haces lo

que te digo al pie de la letra, no solo te irás con el dinero, sino que también tendrás una reputación intachable. ¿O crees que te acogerían en otra casa si pidieras trabajo después de trabajar con los condes? Después de ser el ama de compañía de mi mujer, nadie creería que no sabías que la maltrataban. Y no hiciste nada —dijo con rabia.

Angustiada miró a Annalie. —No tenía otra opción, como los demás sirvientes no tenía a donde ir.

—Recibí muchos castigos por tu culpa cuando podías haber hecho la vista gorda y no se hubiera enterado nadie, no me supliques que no me creo nada. —Se enderezó para mirarla fríamente como toda una duquesa. —Tú decides, o haces lo que te decimos o acabarás en prisión.

Pálida asintió. —Iré a por ellas, haré lo que sea.

—Bien, tienes una hora. Si en una hora no estás aquí, llamaremos a la policía.

Prácticamente salió corriendo y en cuanto escucharon que se cerraba la puerta principal se miraron a los ojos.

—¿Crees que funcionará? —preguntó Amy.

—Espero que sí —dijo ella preocupada porque la delatara.

David carraspeó llamando su atención. —¿Cuando hablas de mis cartas te refieres a mis cartas? ¿Las cartas que te envié desde el campamento?

Hizo una mueca. —Las tenía bien guardadas.

—Rayos.

—Tranquilo David, la situación está dominada. —Thorne se acercó al mueble de las bebidas. —Bebamos una copa mientras vuelve.

Fue la hora más tensa de su vida porque se estaban jugando mucho. No solo recuperar las cartas para que David estuviera tranquilo de que no se rebelaría públicamente su contenido, sino porque con ellas evitarían que Robert y su hermano acabaran en prisión por indecencia grave. Después de hablarlo mucho con Thorne y los chicos sin que nadie les escuchara, se habían dado cuenta de que eran la prueba que necesitaban para presentar a la reina y que no se creyera nada de lo que contara su madre, ya que en las cartas que habían presentado al juez no se hablaba específicamente de la condesa y sin embargo en esas sí. David hablaba una y otra vez de

que ella no estaba haciendo nada y que ignoraba sus súplicas. Eran la baza que necesitaban.

Todos estaban impacientes porque apareciera Betty y la duquesa que caminaba por el salón miró por la ventana antes de sonreírles. —Ahí está…

Annalie corrió hasta el hall y abrió la puerta ella misma. Betty sonrió sacándolas de debajo de su chaquetilla. —Aquí están, y están todas.

Entonces Annalie las cogió de sus manos y se apartó para que entrara justo cuando el disparo impactó en la puerta. Chillaron agachándose y se escondieron tras la pared mientras Thorne gritaba —¡No os levantéis! —Se asomó por la ventana y gritó a Curtis —¡Buscadle!

Dos lacayos salieron corriendo y Curtis cerró la puerta a toda prisa. Betty muerta de miedo miró a Annalie mientras se levantaban. —¿Querían matarme?

—No pueden saber que traías las cartas. ¿O acaso alguien sabía que las tenías?

—No, no estoy tan loca.

—Esto ha sido una casualidad, querían matarme a mí. —Preocupada miró a Thorne y supo que pensaba lo mismo. —¿Cielo?

—Averiguaremos quien es. —Cogió la pistola que Curtis le tendía y salió de la casa antes de que pudiera protestar. Preocupada miró a su suegra. —¿A dónde va?

—A buscarle, niña.

—Tranquila, no le pillarán —dijo Amy—. Ese ya está en la otra punta de Londres. Mi primo pierde el tiempo. Mira a ver si están todas las cartas.

Betty jadeó. —¡Ya he dicho que sí! Están todas las que estaban en el escritorio.

—Sí, que me voy a fiar de tu palabra. —Su amiga se acercó mientras las revisaba. —¿Están todas? Asegúrate de que no haya sobres vacíos. O que han metido otras dentro para colártela.

Se alejó hasta el aparador y empezó a sacar una por una. Trece cartas. Suspiró del alivio después de verificar que no faltaba ni una sola hoja. —Están todas.

David se acercó a toda prisa. —Ya está hermana.

Pálida le abrazó. —Lo siento.

—Yo lo siento aún más, no tenía que haberlas escrito. Es evidente que te han hecho mucho daño. Tenía que haberte mentido.

—No digas eso.

—Eras una niña, no tenía derecho a cargarte con mis problemas.

Se aferró a él. —Fue más doloroso cuando dejé de recibirlas.

—Ahora ya ha pasado —dijo Amy metiendo las cartas en cada sobre mientras Wendolin no le quitaba ojo a Betty que preocupada se apretaba las manos—. La situación está bajo control.

—¡Si acaban de dispararle! —dijo la duquesa como si fuera tonta.

Se sonrojó. —Hablaba del tema de la condesa.

—¿Crees que el que ha disparado no tiene nada que ver con ella? —preguntó Annalie separándose de su hermano.

—Claro que no, en este momento no le convendría. Todas las culpas recaerían sobre ella.

—Eso es cierto —dijo Jeffrey.

—La condesa lleva tres días sin salir de casa y sin ver a nadie —dijo Betty—. Aunque tampoco nadie va a verla, por supuesto.

Apenas sale de su habitación. Solo para la cena que hace sola en el comedor de la familia.

Amy dio un paso hacia ella. —¿Dices que no ha visto a nadie?

—Bueno, está de luto y desde el funeral no ha recibido a nadie. Salió hace cuatro días para ir a Scotland Yard. Quería asegurarse de que la ahorcaban.

—Lo que decía, una joyita —dijo Robert irónico.

Annalie dio un paso hacia ella. —¿Y ni salió cuando se enteró de que David había aparecido entre los muertos? ¿Ni cuando me soltaron?

—No, estaba como loca pegando gritos. Os llamó de todo, pero en ningún momento salió de la casa. Yo me hubiera enterado.

—¿Y no fue a Scotland Yard para averiguar si todo era cierto?

—No.

Miró a la duquesa. —¿No es extraño?

—Sí, niña. Si soltaran al asesino de mi marido querría enterarme de primera mano de todo.

—Eso mismo haría yo. —Caminó de un lado a otro. —¿Envió alguna nota?

—Eso no lo sé. Lo poco que salía de mi habitación y hablaba con el servicio no me comentaron nada. Ya te he dicho que intentaba evitarla mientras conseguía trabajo.

—Así que tú sí que escribiste, enviaste cartas solicitando empleo.

—Sí, no dejaba de escribir una tras otra. Y recibí bastantes de conocidas que me indicaban damas que buscaban alguien como yo. Desde que murió el conde no paré de escribir cartas.

—¿A dónde quieres llegar? —preguntó Amy.

—El correo salía y entraba con fluidez en la casa.

—¿Y?

—Y mi madre no escribió nada. El servicio se hubiera enterado, lo habrían hablado. Incluso si su doncella salía de la casa se hubiera comentado.

—Cierto —dijo Betty—. Están muy preocupados por su situación como lo estaba yo. De hecho, varios están buscando empleo.

—¿Ves? Si la condesa hubiera escrito a alguien y ellos lo hubieran sabido, lo hubieran comentado.

—Entonces la doncella lo hubiera comentado también.

—No —dijo Betty—. Porque ella es la única que seguro que no se quedará sin trabajo.

Amy entendió. —Porque irá con ella a donde vaya su señora.

—Exacto. Es más, hasta nos miraba por encima del hombro, la muy zorra.

—Así que no escribió nada y no se puso en contacto con nadie después de que David volviera a la vida —dijo la duquesa—. Y eso tiene que ser por algo.

—¿Porque ya había trazado un plan y no quería echarlo a perder? —preguntó Amy dudosa.

—Sus primos fueron los únicos que estuvieron en la casa el día del funeral —dijo Betty a toda prisa—. Hablaron en el salón con ella durante varias horas.

—En ese momento David no había aparecido, ¿no fueron a verla cuando se descubrió que estaba vivo? —preguntó Annalie.

—No. —Frunció el ceño. —Qué extraño, ¿no? Lord Coodigde se había quedado sin herencia de un plumazo. ¿No es extraño que no haya ido a visitar a su tía para hablar de lo ocurrido?

Annalie apretó los labios mirando a la duquesa que estaba muy tensa. —¿Qué opinas?

La duquesa fulminó a Betty con la mirada. —Que miente.

—Lo que suponía.

Betty gritó corriendo hacia la puerta y David la cogió del brazo deteniéndola para verse agarrada también por Jeffrey. —¡No, dejadme! ¡Yo no he hecho nada!

—¡Sí que mandó una nota! ¡A la reina para pedir audiencia! —gritó la duquesa—. ¡Has mentido desde el principio!

—¿Cómo saben que tiene una audiencia con su majestad?

—Porque tenemos oídos —dijo Amy cruzándose de brazos—. ¿Qué buscabas con todas estas mentiras?

—¿Yo? Nada. ¡Todo es cosa suya!

David apretó su brazo. —Estoy empezando a perder la paciencia. Si quieres salir viva de esta casa, habla de una vez y más te vale que sea la verdad.

Betty sollozó. —Yo no quería.

—¡Habla! —gritó Annalie furiosa.

—Cuando murió el conde tu madre estaba la mar de contenta. Se había librado de todos, era viuda y sabía que podía dominar a tus primos con el dedo de una mano. Después del funeral habló con ellos y consiguió que le permitieran quedarse en la casa.

Abrieron el testamento del conde y como buitres se lo repartieron todo a su conveniencia. Hasta tu dote cuando aún no se había decidido si saldrías de prisión. Tu madre se reía diciendo que no te casarías jamás después de lo ocurrido y que si por un milagro salieras de prisión ni se te ocurriría ir a reclamar tu dote.

—Continúa —dijo fríamente.

—Entonces dos días después se filtraron a la prensa las cartas del conde y todo dio la vuelta cuando se enteraron de que ya no tenían nada, que te sacaban de prisión. Ahí entró en pánico al igual que Lord Coodigde. Cuando se enteró de que vivías aquí tu madre envió a un lacayo a espiaros y vio entrar a David. Se sentía acorralada y sabía que solo podía salir de eso si os encarcelaban de nuevo. Solo lo lograría ensuciando vuestra reputación totalmente y acusándoos de mentirosos conseguiría arreglar la situación. Así que me envió a mí intentando averiguar lo que ocurría dentro de la casa, quería saber cada uno de vuestros movimientos para teneros controlados porque mañana va a hablar con la reina para contarle cosas que sabía que os comprometerían.

—¿Qué cosas? —preguntó Amy. Su madre la cogió del brazo para que callara.

Betty se sonrojó mirando de reojo a David que sonrió con ironía. —Lo suponía. Continúa.

—Cuando convenciera a la reina volveríais a prisión. Tú por eso y ella por mentir con la muerte de su padre.

—Hemos demostrado como era el carácter del conde —dijo Robert—. ¡Y después de estas cartas todavía más!

—Sois estúpidos. ¿Esas cartas? ¡Está dispuesta a decir que las escribisteis después! ¡Qué todo fue un complot para quitar al conde del medio! ¡Qué todo fue una trampa!

Se quedaron sin aliento y Annalie palideció mirando a su hermano mientras Betty histérica seguía hablando —¡Qué David lo tramó todo desde que se inició tu presentación! ¡Qué utilizaste al duque para esa huida falsa! ¡Qué el duque es un engañado más!

La duquesa dio un paso atrás. —¿Qué dice esta mujer?

—Sophia, te juro que eso es mentira.

—Niña, no hace falta que te justifiques sé que es mentira y esas cartas son prueba de ello.

—Pero… —dijo Jeffrey—. Puede que la reina sí que dude.

Betty se echó a reír. —La condesa puede ser muy persuasiva cuando quiere.

—Eso ya lo veremos —dijo Annalie con rabia.

—¿Quién ha disparado? —preguntó Amy—. Si lo que quiere es que vayáis a prisión, ¿quién ha disparado?

Todos se quedaron en silencio. —Igual nuestro primo no tiene mucha fe en los planes de mi madre —dijo Annalie.

La puerta se abrió y Thorne entró en la casa obviamente acalorado. —Era un hombre, los lacayos y yo le he hemos perdido, pero al huir dejó caer su arma. —Puso la pistola sobre el aparador. Una pistola muy cara con empuñadura de plata con un grabado. Era un rombo dentro de otro con una raya que los cruzaba.

A Annalie se le cortó el aliento. —He visto este símbolo antes.

—¿Sí? ¿Dónde?

—En el despacho de mi padre. Tiene una caja sobre la mesa de su escritorio con ese símbolo en la tapa. Jamás pensé que significara algo.

—¿Qué guarda dentro?

—Nada con importancia. Un par de tinteros y las plumas. Se lo he visto abrir muchas veces.

Se volvió hacia David. —¿Te acuerdas de la caja?

Él apretó los labios. —La recuerdo perfectamente. Pero no es lo único que poseía con ese símbolo. —Tiró de su camisa rasgando la tela y mostró su hombro donde tenía grabado a fuego el mismo símbolo.

—Oh, Dios mío ¿qué es eso?

—Eso lo que sucedió en aquel sótano y de lo que nunca ha querido hablarme —dijo Robert—. En todos estos años no he podido convencerle de que me lo contara.

—Esto se está poniendo muy feo. ¿Puedo irme? —preguntó Betty poniéndose muy nerviosa.

—¿Quieres irte? Tengo el presentimiento de que te matarán, pero tú misma —dijo Annalie.

—¡Yo no he hecho nada! ¡Me han obligado a todo!

—¡Para qué cogiste las cartas!

—¡Por si las necesitaba! ¡En cuanto te fuiste las cogí para asegurarme de que me daban la maldita carta de recomendación! ¡Pero después de que salieran las otras en la prensa ya no tenían ningún valor para nadie!

—Por eso seguiste su juego.

—Claro —dijo como si fuera lo más obvio del mundo—. ¡Hasta hace tres días tenía todas las de ganar, en la privacidad de su casa tu madre estaba contentísima y necesitaba una maldita dama de compañía para que siguieran creyéndola respetable! ¡Hasta me dio las gracias! ¡Pero después todo cambió y sin nada a lo que agarrarme solo podía aceptar sin rechistar las locuras que se le ocurrían!

—Me das asco —dijo con desprecio.

—Preciosa, aún la necesitamos. Tiene que confesar ante la reina.

—¿Qué? —preguntó Betty incrédula.

—Tú has cumplido parte del trato, haz la otra parte y mañana serás libre. Eso o sal por esa puerta. Dudo que la condesa te acepte cuando la has defraudado.

—Acepto lo que sea. Si salgo por esa puerta acabaré en la calle o muerta. Como dije antes la condesa no es de fiar.

—Curtis, enciérrala en la habitación del fondo del ala sur. Cierra con llave.

—Sí, duque. —La cogió del brazo y tiró de ella hacia la escalera seguido de dos lacayos.

El duque se volvió hacia su cuñado. —Ahora vas a explicarnos por qué tienes eso en el pecho. Todos al salón. ¡Ya!

—Cariño, ¿qué crees que está pasando?

La cogió del brazo apartándola mientras todos entraban en el salón a toda prisa. —Preciosa, todo esto no me gusta un pelo. Tu hermano nos ha ocultado cosas y acaban de intentar matarte. ¿Preguntas qué creo que ocurre? Creo que la muerte del conde ha desencadenado algo que no preveíamos y nos estamos jugando la vida, así que a partir de ahora no cuentes nada a nadie, no confíes en nadie y sobre todo no cuentes nuestros planes, ¿me has entendido?

Sabiendo que tenía razón susurró —Sí, lo he entendido.

—Con todo esto estamos poniendo en peligro a mi familia y creo que debemos tener cautela.

—Tranquilo, lo entiendo.

Él apretó los labios antes de besarla en la frente. —Vamos. —Cogió su mano y entraron en el salón cerrando la puerta. David estaba sirviéndose un whisky del mueble de las bebidas y se lo bebió de golpe. Thorne le susurró al oído —Quédate aquí mientras cierro las cortinas.

Sintiendo miedo negó con la cabeza. —Igual tú también corres peligro, eso no lo sabes. —Antes de que se alejara dijo —Jeffrey, ¿puedes cerrar las cortinas?

—Sí, por supuesto.

Su mujer corrió hasta la ventana y le ayudó a cerrarlas.

—¡Bien, ahora cuéntanos qué rayos está pasando! —gritó Thorne.

David dejó el vaso vacío sobre la repisa de la chimenea tragando el contenido y sonrió con ironía. —¿Por qué crees que me he mantenido oculto? —Le miraron sin entender. —¿Por mi padre? Sí, claro que le temía, sabía que me mataría él mismo si aparecía de nuevo.

—¿Él mismo? ¿Qué quieres decir? —preguntó su hermana—. Hablas como si otros también pudieran matarte.

Se apartó la camisa. —Soy un occidus.

—¿Occidus? ¿Qué significa eso? —preguntó Thorne.

—Es una sociedad secreta. Mi padre era miembro y el padre de mi padre también.

—¿Qué fin tiene esa sociedad?

—Mejorar la nobleza. Hace algunos años nuestra sociedad era decadente, libertina, no se preocupaban por su país. Después de la revolución francesa, el rey no quería que sucediera lo mismo aquí para no perder la cabeza bajo la guillotina. Las revoluciones se contagian peligrosamente, así que dio el poder a varios nobles para cortar por lo sano.

—¿A qué te refieres? —preguntó Thorne.

—Mataban en nombre de la corona a los nobles que no daban más que problemas. Envenenamientos, muertes accidentales, duelos… Había que evitar una revolución y aquel que fuera un libertino o que se extralimitara siendo cruel escudándose en su título debía ser ejecutado. Eso sí, sin llamar la atención. Pero el rey vio que se le iba de las manos, hubo demasiadas ejecuciones seguidas y algunos empezaron a sospechar. Su majestad les ordenó a sus esbirros que se detuvieran.

—Y no lo han hecho.

—Cuando me grabaron esto, padre me dijo que actúan solo si algo puede perjudicar el buen nombre de la corona. Aunque la reina actual no lo sabe, por supuesto.

Annalie separó los labios de la impresión. —Y tú podías dejar en evidencia a uno de los suyos. Para ellos no merecías el título tal y como eras.

—Precisamente.

—Por eso te llevaron al campamento, para reformarte. Para que volvieras al redil.

—Pero amenacé con revelar su secreto.

—Por eso padre pagó tu extorsión.

—Sí. Y ahora saben que he vuelto y no con buenas intenciones.

—¡Y quieren matar a mi mujer porque creen que ella sabe esto! —gritó el duque furioso—. ¡Nos matarán a todos!

Amy palideció mirando a su madre que la abrazó por los hombros como si quisiera protegerla.

—Lo siento, en ningún momento pensé que os implicarían a vosotros —dijo David.

—Sabía que no eras de fiar —dijo entre dientes—. Tenemos que salir de Londres en cuanto hablemos con la reina.

—¿Vamos a huir? —preguntó ella sorprendida.

—¡No voy a arriesgarme a que nos maten a todos!

—Nos seguirán, ¿por qué crees que fingí mi muerte?

—Dios mío… —dijo ella llevándose las manos a las sienes—. ¿Cómo nos libramos de ellos? Ni sabemos cuántos son.

—Por eso debemos irnos. Alquilaremos una villa en Italia hasta que decidamos qué hacer.

—Hijo…

—No puedo irme sin mi hermana —dijo Wendolin pálida.

—Hijo, igual si hablamos con la reina pueda ayudarnos.

Thorne apretó los labios. —¿Acaso crees que ella les encontrará?

—Sus hombres son los mejores en descubrir secretos.

Annalie caminó de un lado a otro y Thorne la miró preocupado. —Preciosa, cálmate.

—Que me calme. —Rio sin ganas antes de mirarles con lágrimas en los ojos. —¡Os he destrozado la vida!

—Niña esto no es culpa tuya —dijo la duquesa.

—¡Sí que lo es! Porque por mis venas corre la maldita sangre que corre por las suyas y yo he traído este problema a esta casa. —Furiosa miró a su hermano. —¡Tendrías que haberlo dicho de inmediato! ¡Llevas años ocultándote de ellos y no nos has avisado!

—No creí…

—¡Tú nunca crees nada! ¡No creíste nada al besar a ese lacayo sabiendo lo que había detrás de padre! ¡No creíste que estuviera bien llevarme contigo mientras vivía con ellos y me maltrataban! ¡Creíste que no pasaría nada por presentarte aquí para reclamar tu condado! ¡Tú nunca crees nada, pero por tu culpa estamos así! —gritó furiosa.

—Annie…

—¡Annie murió cuando creyó que estabas muerto! ¡Cuando creyó que ya no estabas! ¡Cuando dejaste de protegerme para vivir tu vida! ¿Por qué has vuelto, maldita sea?

—Tenía que salvarte. Tenía que ayudarte —dijo rogándole con la mirada.

—¡Pues lo has hecho de perlas! Felicidades, hermano, me has librado de la horca para que me tiren a cualquier cuneta simulando un robo.

David se llevó las manos a la cabeza volviéndose. —Ahora no es momento para reproches —dijo Robert—. Todos hemos cometido errores. David solo ha intentado ayudar.

Annalie se echó a llorar de la impotencia volviéndose y tapándose el rostro. Thorne se acercó de inmediato para abrazarla. —Tranquila, lo solucionaré.

Se aferró a él. —No puede pasarnos esto, tiene que ser una pesadilla.

—Shusss, todo va a ir bien.

—Lo siento, lo siento.

Le susurró al oído —Tú no tienes la culpa de nada. —La besó en la sien. —Tranquila. —Sin dejar de abrazarla miró a David. —¿Cuando te pusieron eso quién estaba presente?

—Mi padre, mi abuelo, mi madre, los duques de Morlington y el conde de Dreington con su esposa.

—Parejas… Son parejas… Iban a casar a Annalie con el duque, ¿no es cierto? Por eso les advertiste que no se les ocurriera.

—Se me pasó por la cabeza, sí. Cuando le vi en su presentación la idea se me pasó por la cabeza. Ella era de nuestra familia y él un occidus.

—Muy bien, de momento tenemos tres familias —dijo Jeffrey —. Hay que descubrir si hay más.

—Sería como encontrar una aguja en un pajar —dijo Thorne —. No sabemos cuántas ramificaciones hay si es que hay alguna. No tenemos manera de saberlo, así que solo sería perder el tiempo. Quedarnos sería un riesgo y no lo digo por el presente sino también por el futuro. No sabemos si alguno de esos chiflados le dará por tomarla con nosotros dentro de cinco o diez años por lo ocurrido ahora o por cualquier cosa que ellos no consideren adecuada, así que no, no pienso arriesgarme. Mañana subiremos el equipaje en un carruaje y nosotros iremos a ver a la reina en otro para dejar las cosas muy claras respecto a la condesa. Después de dejar limpio nuestro nombre, nos iremos comunicándole a la reina que tenemos que salir del país porque todo esto para ti ha sido demasiado. Y nos iremos a Italia.

—Bien —dijo Jeffrey alargando la mano—. Vamos a hacer el equipaje. —Amy se echó a llorar y corrió hacia su padre para coger su mano. —¿Dónde nos encontramos mañana?

—Id hacia mi casa de Escocia. Desde allí saldremos hacia Italia en el primer barco.

—Muy bien. Vamos esposa, hay mucho que hacer y muy pocas horas.

Wendolin pálida de temor asintió.

—Recordad, no decir nada a nadie. Si alguien os pregunta os vais a América en un viaje inesperado. Que os hemos invitado nosotros.

—¿Quieres que sepan que nos hemos ido juntos?

—Es lo conveniente. Mejor confirmárselo a que especulen.

—Y que así crean que vamos a América.

—Exacto.

—Iré a preparar mi equipaje —dijo la duquesa.

Su hijo asintió y los barones salieron de la casa dejándoles solos.

David se volvió. —No sabes cómo siento esto.

—Y yo. Id a haced el equipaje. Os quiero aquí mañana al alba y tened cuidado.

Robert asintió. —Como digas. Vamos David.

—¿Puedo hablar con mi hermana un minuto? —Nadie dijo palabra. —Será un minuto, por favor.

Thorne apretó los puños. —¿Annalie?

—Está bien.

El duque salió a regañadientes de la estancia y Robert le siguió. David negó con la cabeza. —Jamás quise esto. Solo lo hice para protegerte.

Ella fue directamente hacia la ventana y abrió la cortina. —¿Qué haces?

—¿Qué hago? No pienso dejar que ellos pierdan la vida por nuestra culpa. —Abrió la ventana. —Voy a negociar.

—¿A negociar con qué?

Le miró a los ojos. —Con tu vida, hermano —dijo haciéndole palidecer—. Voy a ofrecerles tu vida.

El duque en el hall se impacientó después de diez minutos y abrió la puerta para encontrar el salón vacío y la ventana abierta. —¡No, no! —Corrió hacia la entrada y salió de la casa. —¡Annalie! ¡Annalie!

—Dios mío… —dijo Robert pálido—. David, no.

Capítulo 9

Ante la casa del duque de Morlington miró a su hermano que asintió. Cogió el llamador de bronce y golpeó dos veces. Inquieta esperó. —¿Y si no está?

—Pues iremos a casa del conde de Dreington. Tienes razón esto es lo mejor.

La puerta se abrió mostrando al mayordomo. —Venimos a ver al duque. Ahora —dijo David con autoridad entrando en la casa.

—Pero milord no está —dijo muy serio.

—¿Seguro que no está?

—Curtis, yo me encargo. —La voz del duque les hizo mirar hacia su salón y vio como sonreía de manera irónica. —Qué visita tan inesperada. Por favor, pasad a mi despacho.

Sintiendo que el miedo la recorría cogió la mano de su hermano y caminaron juntos hacia donde él les indicaba. El duque cerró la puerta. —Nos estás causando muchos problemas, David. —Su enemigo se volvió para mirar a su hermano a los ojos. —Muchos contratiempos que francamente no esperábamos.

—Siento que mi regreso te cause molestias —dijo entre dientes.

Él rio por lo bajo. —Te has portado mal. Cuando uno se muere, se muere para siempre.

—Que conveniente para vosotros, ¿verdad?

—Para ostentar un título hay que tener pocos defectos y ciertas virtudes que desgraciadamente para tu padre tú no tenías. Al parecer no supo criarte como debía ser. —Miró a Annalie con burla. —A ninguno de los dos.

—Bastardo —dijo David entre dientes.

—Afortunadamente eso se puede arreglar.

—¿Con nuestra muerte? —preguntó ella sintiendo que la rabia empezaba a fluir por sus venas—. Debéis creeros perfectos y tú no llegas a la perfección ni por asomo.

—Soy duque, trátame con respeto.

—Duque es mi marido, tú eres escoria. —Él la abofeteó y Annalie sonrió con desprecio. —Con ese gesto solo me has confirmado lo que ya sabía, que no solo eres escoria sino un maldito cobarde.

—¡Cierra la boca o te la cierro yo!

David se acercó a él y le cogió por el cuello tomándole por sorpresa al empujarle contra la pared. —¿Sabes lo que aprendí en aquel campamento de mierda donde me enviasteis? A matar sin hacer ruido. —El duque al sentir el puñal en su vientre le miró asustado. —Ahora vas a escucharme. Le vas a decir a tus amigos que no tenemos problema en entregarnos, a perder la vida si es necesario si así os dais por satisfechos. Pero a los nuestros les vais a dejar en paz porque ellos no saben nada de toda la mierda que os rodea.

—Eso no pasará. En el momento que apareciste pusiste una diana en su frente. ¡No me harían caso!

David se tensó aún más apretando su mano. —Y yo que quería ir por las buenas… Negó con la cabeza. —¿Quién es el jefe?

—¡Aquí no hay jefes! ¡Todo se decide en asamblea!

—Pues vas a convocar una. —Se apartó y le agarró por la solapa de la bata para llevarlo hasta la mesa y lo sentó poniéndole el puñal en el cuello. —Ahora escribe y convócalos de urgencia. ¡Ya!

—No pienso hacer eso para revelar sus identidades. Mátame ya, pero eso no va a ocurrir. —Se echó a reír. —Además no me harás nada, soy duque, ni saldríais de esta casa. ¿O crees que mi mayordomo no está en la puerta esperando instrucciones?

David se agachó y susurró —¿De veras? ¿Y quién te dice a ti que los míos no están fuera? Y que como no salgamos en diez minutos, tus hijos y toda tu familia perderán la cabeza. —El duque perdió todo el color de la cara. —Ojo por ojo, o nos dejáis en paz o vais a empezar a caer uno por uno y no creas que no os encontraremos. —Tiró de su camisa mostrando su marca. —Sois fáciles de identificar.

—No me amenaces.

—¿Vais de caza? A ver quién caza a quien. ¡Escribe!

—¡No!

Era evidente que no pensaba claudicar. Era un fanático y no le harían cambiar de opinión. Preocupada miró a su hermano. —

Mátale. Si le dejas vivir los demás pensarán que no vamos en serio y ya no tenemos nada que perder.

Apretó el filo contra su cuello y Annalie vio el pánico en su rostro antes de cerrar los ojos. Estaba dispuesto a morir por su causa. En ese momento llamaron a la puerta principal y todos miraron hacia allí. El duque sonrió mirándola con desprecio. —¿Quién será?

—Es alguno de ellos, por eso el mayordomo no nos dejaba pasar, porque le estaba esperando —dijo David antes de coger un sujeta-libros de bronce y golpearle con fuerza en la sien para dejarle sin sentido.

—¿Qué haces?

—El mayordomo. Él tiene que saber los nombres de los demás. Les habrá visto por aquí.

En ese momento llamaron a la puerta sobresaltándoles. —¿Excelencia?

David giró el sillón dándole la espalda a la puerta y se acercó en silencio a ella. —Abre.

Annalie abrió la puerta y el hombre dijo —El barón de Farbairn pide verle, milord.

Se quedaron de piedra, pero ella fue la primera en reaccionar. —Que pase. Qué alegría encontrarle aquí.

—¿Excelencia? —El mayordomo dio un paso al interior y David le puso la punta del puñal bajo la papada. —¿Qué…?

—Únete a esta reunión tan interesante.

El mayordomo entró en el despacho y vio el perfil de su señor y como sangraba por la cabeza. —¿Está muerto? —preguntó asustado.

—Desgraciadamente no —siseó ella cerrando la puerta a toda prisa.

—Ahora me vas a decir quien está metido en esa sociedad que tú y yo sabemos.

El hombre palideció. —No sé de qué me habla. —Al ver la fría mirada de su hermano susurró —Por favor, me matarán.

David puso ante él una hoja. —¡Escribe o seré yo quien te mate!

Temblando cogió la pluma y la mojó en el tintero. —Yo no tengo la culpa de lo que hayan hecho.

—Anda ni yo —dijo ella—. Escribe de una vez. —Miró a su alrededor buscando con qué defenderse y vio una caja bajo la

ventana que tenía el mismo símbolo que la de su padre. A toda prisa fue hacia allí y la abrió para ver que era una caja de pistolas de duelo y faltaba una. —Ya sabemos quién intentó matarme. —Se volvió con la otra en la mano y miró el cañón. —¿Cómo se sabe si está cargada?

David puso los ojos en blanco. —Trae aquí, te vas a pegar un tiro.

Sonrió maliciosa. —¿Te lo has creído? Te aseguro que padre me enseñó bien.

—Hermana…

—Está bien, te la cederé si insistes tanto. —Le entregó el arma a su hermano y cogió el puñal. El mayordomo se puso a escribir como loco. —Más despacio, no hay quien entienda tu letra —protestó ella cuando su hermano le puso la pistola en la sien—. ¿Qué hacemos con Jeffrey?

Apretó los labios. —Tarde o temprano vendrá y entonces tendrá que dar muchas explicaciones. ¿Seguro que tu duque no tiene la marca?

Le fulminó con la mirada. —Ni se te ocurra dudar de él. Es el único que me lo ha dado todo sin pedir nada a cambio, sin

reproches y sin mentiras.

David apretó los labios.

—Una vez escuché que les vendría bien su colaboración, pero el barón de Farbairn dijo que ni hablar, que les denunciaría a todos. Que es demasiado recto —dijo el mayordomo antes de dejar la pluma—. Ya está.

—Son despreciables. —Ella miró la lista. —¿Solo cuatro?

—Los demás han ido muriendo o tienen miedo de que les descubran.

David apretó la pistola contra su sien. —Mientes.

—Por favor, por favor, los demás no sé quiénes son.

—Así que hay más.

—Pero nunca vienen a la casa. Se reúnen en una casa alquilada para sus cosas.

—¿Dónde está esa casa? Tienes que saberlo porque el cochero lleva a tu señor allí.

Gimió. —Por esto me matarán.

—Procura decirnos todo lo que sepas para que no quede ninguno vivo —dijo ella fríamente.

Él se puso a escribir sudando y todo. Los hermanos se miraron a los ojos y cuando miraron la hoja había tres nombres más y una dirección del puerto. David le arrebató la hoja. —Bien.

—Sus hijos varones…

—Lo sé.

A Annalie se le cortó el aliento porque era cierto, sus hijos también formaban parte del grupo. —Dios mío, es imposible no podemos detenerles a todos.

—Haremos lo necesario.

En ese momento se abrió la puerta. —Albert no puedo esperar más, mi mujer está histérica y… —Se detuvo en seco al verles y David le apuntó con la pistola.

—Bienvenido a nuestra reunión —dijo ella como toda una dama—. Pase y cierre la puerta.

Juró por lo bajo. —Esto es una tontería. ¡Pensaba convencerles!

—Al parecer te has callado lo que te convenía, tío —dijo ella con ironía.

—No lo entiendes, yo no tengo la culpa de esto. Me metió mi padre y no podía escapar de ellos.

—Exactamente como le ocurre a mi mujer —dijo una voz cortándole el aliento.

Annalie estiró el cuello para ver una pistola tras la cabeza de Jeffrey y este pálido dio un paso adelante mostrando el rostro lleno de furia de Thorne. —Cariño, me has encontrado.

—No ha sido difícil solo tenía dos opciones y elegí la primera. —La miró a los ojos. —Preciosa esto ha sido una tontería.

—Tenía que hacer algo. —Sonrió radiante. —Tenemos una lista y le hemos descubierto a él, así que de algo ha servido.

Entraron en el despacho y Thorne cerró la puerta con llave. —Qué sorpresa acabo de llevarme, tío.

—Thorne, tú no lo entiendes. ¡Me grabó mi padre! ¡Jamás he querido inmiscuirme en esto, te lo juro! ¡Jamás he hecho nada! ¡Pregúntaselo a tu tía!

—¿Estás insinuando que mi padre estaba metido también?

Jeffrey asintió. —Sabía ciertos detalles, aunque no todo.

—¿Qué quieres decir?

—Se entrega un hijo varón a la causa. Tu padre ni siquiera supo nunca que yo tenía la marca.

—Dios mío, están locos —dijo ella impresionada.

—¿Por qué tú y no él? —insistió Thorne.

—¡Porque tu padre era su favorito! ¡El heredero! ¡No estaba de acuerdo con esto y me grabó a mí! ¡Me entregó a mí para que me amargaran la vida! Esas malditas reuniones cada año. ¡Se juzgaba a sus iguales y a menudo se decidían cosas que me ponían los pelos de punta! ¡Pero no podía decir que me iba! ¿A quién crees que liquidarían entonces? ¡Tenía que proteger a mi familia!

—¿Cuántos piensan como tú?

Jeffrey apretó los labios. —La mayoría. Pero hay un par de fanáticos que evitan que nadie tome una decisión equivocada.

David le mostró la lista. —¿Están todos?

Jeffrey la leyó por encima. —Falta uno, el más peligroso. El… —Los disparos les hicieron agacharse tras el escritorio y Annalie chilló cubriéndose la cabeza cuando un disparo rompió las botellas de cristal que había cerca de ella. De repente los disparos cesaron.

—¿Estáis bien? —preguntó David acercándose a ella—. Annalie…

—Estoy bien.

—¿Tío? —Vieron que Jeffrey tumbado en la alfombra no se movía. —Tío Jeffrey. —Thorne se acercó a él y tiró de su brazo para

volverle mostrando que se ahogaba en su propia sangre. —¡Tío!

Con esfuerzo cogió su mano mientras intentaba respirar. —Cuida de Amy, te lo suplico.

Emocionado asintió. —Lo haré, no te preocupes.

—Eres todo un Flagston. Estoy tan orgulloso de ti… —dijo antes de perder la vida.

Thorne apretó los labios antes de mirarla a los ojos y ella susurró intentando reprimir las lágrimas por el dolor que reflejaba su rostro —Lo siento.

Le abrazó a él escondiendo su rostro en el cuello de su tío. —Era un buen hombre.

—Lo siento, lo siento. —Cogió su brazo para que le mirara y él se soltó de mala manera. —Thorne…

La miró como si la odiara soltando el cuerpo de su tío. —Vivíamos tranquilos, pero tuve que conocerte… —dijo con rabia haciéndola palidecer. Se levantó mientras ella sollozaba. —Maldito el día en que me fijé en ti. —Se volvió y abrió la puerta. El duque gritó de la rabia antes de salir dando un portazo que la estremeció de arriba abajo.

—Thorne —susurró sintiendo que se le desgarraba el alma por su dolor.

—Hermana, tenemos que salir de aquí —dijo David desesperado.

Entonces se escucharon tiros fuera y vio a través de la ventana los fogonazos de los disparos. Muerta de miedo porque le ocurriera algo gritó su nombre y corrió hacia la puerta.

—¡No, Annalie!

Corrió saliendo de la casa y gritó su nombre de nuevo, pero cuando llegó a la esquina solo vio correr a tres hombres calle abajo. —¿Thorne? —Asustada entró en el jardín. —¡Thorne!

David cogió su brazo. —¡Vámonos!

Sin hacerle caso miró desesperada por el jardín, pero no le encontraba.

—¡Tenemos que irnos! —gritó su hermano muy asustado.

—¿Y si está herido? ¡Puede estar detrás de un seto, ayúdame!

—¿Herido? Se ha ido, ¿no te das cuenta? ¡Ahora estamos solos en esto, vámonos!

Angustiada corrió hasta él. —¿Crees que se ha ido? —Corrió hasta la verja y no vio ningún carruaje en la calle. Suspiró del alivio.

—Se ha ido.

—¡Vámonos! ¡Tenemos que escondernos hasta decidir qué hacer!

Salieron corriendo y Annalie rezó porque estuviera bien.

Sentada a la ventana de la casita que Robert y David habían alquilado a las afueras de Londres, veía amanecer. Su hermano entró en el salón con una bata azul y se sorprendió al verla allí. —¿Pero qué haces despierta?

—No podía dormir —susurró.

—¿Quieres tomar algo? ¿Un poco de láudano? El médico se lo dio a Robert cuando se hizo daño en un tobillo.

—No, gracias. —Miró hacia la ventana de nuevo. —Robert no ha llegado.

—Por eso no pego ojo. Joder ¿dónde estará? Supuse que nos buscaría aquí. —Se acercó al armario de las bebidas y se sirvió un coñac.

—Dios mío, ¿qué vamos a hacer? —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —No hago más que pensar en Amy.

—Que hubieran sido sinceros desde el principio. Ahora entiendo porque Wendolin entró en la casa de madre, para conseguir las cartas y que te pudrieras en prisión. Menos mal que esa zorra las cogió. —Se sentó a su lado. —¿Te das cuenta de que casi te matan porque el barón cerró la boca? Es más, siguió callado cuando ya habían atentado contra tu vida. No, no me da ninguna pena, él no lo hubiera sentido por ti.

En eso tenía razón y vio como su hermano bebía un buen trago. —Dependes de la bebida, ¿verdad?

Su hermano se sonrojó. —Solo para dormir, sueño cosas que no quiero recordar, el alcohol hace que no sueñe.

—Entiendo. Te terminará matando.

Él rio por lo bajo. —Es increíble que hayas dicho eso en la situación que nos encontramos.

—Qué desgracia tuvimos con la familia que nos tocó.

—Y que lo digas. Deberíamos irnos. Largarnos de aquí.

—Ni hablar, yo no me voy, no pienso abandonar a Thorne.

—Despierta hermana, no te quiere a su lado.

—Está dolido, quería a su tío como es lógico. Me va a perdonar. —Angustiada susurró —Me tiene que perdonar.

Su hermano la miró impresionado. —Cielo, no tiene que perdonarte nadie, tú no has hecho nada. Si alguien no tiene culpa de nada esa eres tú. —Acarició su espalda viendo como sus ojos se llenaban de lágrimas. —Hermana no llores.

—Le he destrozado la vida. Desde que me conoce es como si hubiera caído una maldición sobre su familia. Mata a mi padre, acaba en prisión, su reputación está en entredicho, aunque no me lo ha dicho seguramente va a perder el escaño en el parlamento y puede que hasta la vida. Tenemos que hacer algo.

—¿Qué quieres hacer?

—Hacer que paguen —dijo con rabia.

—¿Crees que no nos estarán esperando?

Escucharon los cascos de un caballo y David se levantó a toda prisa para sacar la pistola que tenía en el bolsillo de la bata y con ella en la mano se acercó a la puerta colocándose detrás. Al ver que ella no se había movido le dijo exasperado —Apártate de la ventana.

—Es Robert —dijo como si fuera muy pesado.

Abrió la puerta a toda prisa y le vio bajar del caballo. —¿Se puede saber dónde estabas?

—Quería esperar noticias. Necesitaba saber si os había encontrado.

—¿Noticias?

Robert entró en la casa quitándose el sombrero. —Han tenido que operar a Thorne.

Annalie palideció levantándose. —¿Qué?

—Llegó a casa con un tiro en el costado. Parecía grave. En la casa se desató el caos, la duquesa estaba de los nervios y me quedé con ella.

—¿Por qué no acompañaste al duque cuando fue a buscarnos? —preguntó David.

—Ni me dio tiempo a reaccionar. Estaba mirando por la ventana abierta por donde os escapasteis cuando vi que corría fuera de la casa. Ni se fue en carruaje. Cuando llegué a la calle le había perdido la pista, ni sabía por dónde había ido. No sabía que hacer, así que esperé que regresara alguien y trajera noticias.

—¿Dices que parecía grave? —preguntó ella sintiendo que se mareaba.

—Tranquila, está bien. —Se quitó la capa y la tiró sobre el sillón. —El médico dice que si no se le infecta no tendrá peligro.

Joder, qué noche. Estaba de los nervios pensando que os había pasado algo. Me moría por venir hasta aquí.

—¿Crees que te han seguido? —preguntó David mientras ella se sentaba sintiendo que le temblaban las piernas.

—No, tranquilo. Me he asegurado de ello. —Le quitó la copa de la mano, se acercó a ella y se la puso en los labios. —Bebe.

Ni tuvo tiempo a reaccionar, tuvo que tragar el coñac y sintió que le ardía la garganta. —Así, muy bien. Estás pálida y a punto de desmayarte, te vendrá bien.

Cuando apartó la copa ella balbuceó con los ojos llenos de lágrimas sintiendo un miedo terrible —Júrame que se repondrá.

—Es fuerte, saldrá de esta.

—Mierda —dijo David por lo bajo—. Cielo, no estaba en el jardín. Le hubiéramos visto. Seguro que salió tras ellos y al verse herido regresó a la casa.

—Eso fue precisamente lo que ocurrió. Dicho por él. La duquesa estaba de los nervios y cuando llegó Wendolin fue un auténtico drama al enterarse de la muerte de su marido. Estaban rotas.

—¿Amy estaba allí? —preguntó ella.

—No, la pobre estaba haciendo el equipaje en su casa, todavía no sabía nada.

—Dios mío… —Sollozó tapándose el rostro con las manos.

David apretó los labios al ver el sufrimiento de su hermana y se agachó ante ella. —Haremos lo que quieras. ¿Quieres matarles? Les mataremos a todos.

El odio se reflejó en sus ojos. —Quiero que sufran como sufrimos nosotros. ¡Todos!

Su hermano asintió. —Pues está decidido.

Robert entrecerró los ojos. —Necesitamos un plan.

Capítulo 10

Tres meses después

Sentada en el carruaje la vio salir de la sombrerería. Vestida de negro caminó calle abajo mientras la doncella y dos hombres la seguían en silencio. Apretó los labios porque la cara de Amy había perdido totalmente su alegría y se sintió horriblemente mal por ello. Dio un golpe en el techo del carruaje y este conducido por su hermano convenientemente disfrazado avanzó siguiéndola. Amy se detuvo ante un escaparate de juguetes y se quedó mirando una noria que no dejaba de girar. El coche se detuvo a su lado y ella abrió la portezuela. —Amy querida, qué gusto verte.

Esta se volvió y al verla se quedó de piedra. Le hizo un gesto con la mano y esta se acercó de inmediato. La doncella y los demás

la siguieron, pero se detuvo para fulminarles con la mirada. —Quedaos aquí, ¿no veis que es una amiga?

—Milady, pero…

—Espera aquí. —Se subió al carruaje y cerró la puerta.

Se sentó frente a ella. Ambas se miraron a los ojos y Annalie emocionada susurró —Lo siento.

Amy apretó los labios. —Jamás me imaginé que estaba implicado y que mi madre lo sabía.

—Quería ayudarnos. Nos dijo que intentaba convencerles.

—Y le mataron como a un perro.

—No sé qué decirte, creo que fue una bala perdida. Seguro que alguien nos siguió hasta la casa.

Amy miró hacia la ventanilla. —Mi madre está destrozada, ni mi tía ni yo sabemos cómo consolarla. Solo habla de cómo le gustaría matarles a todos. —Su gesto se endureció. —Y te juro que si les tuviera delante no me lo pensaría dos veces antes de meterles un tiro entre ceja y ceja por destrozar mi familia. Ya nada es igual. Mi primo temiendo por nuestra vida nos obligó a mudarnos a su casa que está fortificada hasta con hombres armados. —Se le cortó el aliento. —¿Te enteraste de que le hirieron?

—Sí, me lo dijo Robert. ¿Cómo está?

—Furioso. Tiene un humor de mil demonios. Desconfía de todo el mundo y si no nos ha obligado a irnos del país es porque cuando lo sugirió después de recuperarse, mi madre tuvo un ataque de nervios diciendo que a ella nadie la iba a separar de la tumba de su esposo. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —No lo soporto más. No soporto saber que no les han hecho nada. El duque de Morlington dijo que habían entrado en su casa con intención de robarle y que le habían golpeado. Que no sabía lo que había pasado después. Su mayordomo por supuesto corroboró su versión y mi primo declaró que le habían disparado en la calle para que esa maldita sociedad se sintiera confiada y no la tomaran con nosotros. La policía cree que querían matar a los Flagston por algo que todavía no han descubierto y que evidentemente no descubrirán. Ellos están libres y nosotros parecemos presos. Siento unas ganas de gritar a todas horas, que a veces creo que me voy a volver loca de la frustración.

Cogió su mano. —Lo sé, sé que lo estás pasando mal. Te he estado observando.

—¿De veras? Te habrás aburrido un montón porque casi no he salido de casa.

Sonrió. —Lógico en estas circunstancias. Pero cada vez que salías veía en tus ojos tu infelicidad y por eso quiero proponerte algo. Sé que no puedo devolverte a tu padre, pero al menos…

Se le cortó el aliento. —¿Qué?

—¿Quieres vengarte? ¿Quieres dejarles a todos al descubierto?

Sus ojos brillaron. —Sí. Les quiero muertos, ya sea por un tiro en la frente o porque su cuello cuelgue de la soga.

—Pues es lo que te ofrezco.

—Dime qué tengo que hacer —dijo sin dudar.

Amy entró apurada en la casa y corrió hasta el salón. Al verlo vacío corrió hacia las escaleras subiéndolas tan aprisa que se quedó sin aliento. Intentando calmarse respiró hondo antes de ir hacia la habitación de su madre cruzándose con Lucy que llevaba una cesta llena de sábanas en las manos. —¿Qué tal las compras?

—Aburridas. ¿Mi madre está despierta?

—Hemos tenido que llamar al doctor de nuevo porque le dolía la cabeza.

Apretó los labios deteniéndose ante la puerta de su habitación y dijo —Deja eso y ven conmigo.

Lucy dejó la cesta sobre una silla y la siguió. Amy abrió la puerta y se encontró a su madre sentada en el asiento de la ventana mirando al exterior. —Madre…

Esta no se volvió sumida en sus pensamientos y viendo su perfil marcado por el dolor supo que hacía lo correcto. —Cierra la puerta —le dijo a Lucy que lo hizo de inmediato. Se acercó a su madre y la abrazó por la espalda. Wendolin sonrió con tristeza y acarició sus brazos. —Mi niña, ¿ya has vuelto?

—Y traigo noticias, madre. —La rodeó sentándose a su lado. —La he visto.

—¿A quién?

Miró hacia la puerta asegurándose de que estaba cerrada antes de susurrar —A Annalie.

Lucy jadeó dando un paso hacia ellas. —¿De veras?

—Me estaba esperando cuando salía de la sombrerería —susurró sin dejar de mirar a su madre a los ojos—. Antes de irse del país quiere acabar con todos.

Su madre separó los labios y Amy vio en sus ojos la esperanza. —Con todos, madre.

—¿Cómo?

—¿Recuerdas que la reina suspendió el baile de máscaras porque uno de sus hijos se puso enfermo?

—Sí. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Tu padre y yo pensábamos ir de Cleopatra y Marco Antonio.

Cogió sus manos. —Madre tienes que ser fuerte, ahora más que nunca.

Asintió con vehemencia intentando no llorar. —Dime.

—El baile se hará dentro de una semana y vamos a secuestrar a la reina de Inglaterra.

Lucy dio un paso atrás de la sorpresa. —¿Qué has dicho? —preguntó su madre incrédula.

—La reina ha puesto en busca y captura a David y a Annalie por las mentiras que ha vertido su madre. No tenían a nadie que les defendiera por todo lo que ocurrió aquella maldita noche en la que murió padre. Y la dama de compañía ya no está porque la echó mi primo, que ya no la defenderá, así que la reputación de lady Annalie está totalmente destrozada. Los asesinos de nuestro padre campan

a sus anchas sin que nadie les intimide. Legalmente tenemos las manos atadas, pero aún podemos hacer que la mujer más poderosa del país nos escuche. David y Annalie saben que la reina no les concederá audiencia por las buenas, así que la vamos a tener por las malas. Aquí ya no les queda nada y podrían irse a intentar ser felices en cualquier otro sitio, pero quieren vengarse como nosotras, madre. ¡Quieren justicia! Y se dejarán la vida si hace falta y yo les voy a ayudar. No pretenden hacerle ningún daño, solo quieren su oportunidad de contar su historia.

—Niña, nos jugamos el cuello.

—Madre, ya nos lo estamos jugando y solo tenemos una opción, descubrirles.

Lucy asintió. —Tiene razón, milady.

Wendolin entrecerró los ojos. —Pueden ahorcarnos a todos, eso es traición.

—Son ellos los que traicionan a la corona al actuar a sus espaldas, solo tenemos que hacérselo ver a la reina.

—Es algo muy arriesgado. En palacio. Estará rodeada de gente, de guardias.

—Por eso será más fácil, porque estarán confiados. Además, el plan está muy bien trazado.

—¿Qué plan es ese?

—No puedo decírtelo, solo puedo hablarte de la parte en la que estás implicada. Entiéndelo madre, ni yo lo conozco completamente. Como has dicho es peligroso y de esa manera intenta cubrir las espaldas de los demás implicados para cuando emprendan la huida. Si me cogen a mí no podré contar los planes que tienen los demás.

—¿De veras confías en ella? ¿Tanto como para arriesgar la vida?

—Sí —dijo convencida—. Durante unos días no pude evitar culparla, pero estas semanas me han hecho darme cuenta de que tanto David como ella llevan siendo víctimas de esos hombres toda la vida. Es hora de buscar liberación. Para todos.

—¿Qué debo hacer?

Miró a Lucy. —¿Estás con nosotras?

—Por supuesto —dijo decidida—. Creo en la reina y en su buen juicio. Si no sufre ningún daño entrará en razón en cuanto se entere de la verdad.

—Muy bien, pues ahora tenemos que hacer los disfraces sin que se entere nadie. Y cuando digo nadie, es absolutamente nadie. —Miró a su amiga. —Por eso te lo he dicho, no podíamos hacerlo sin tu colaboración. Siento meterte en esto y que estés en peligro por ayudarnos.

—No se preocupe por mí, milady. —Dio un paso hacia ellas. —Son mi familia y estoy dispuesta a todo para vengar a su padre, para ayudar a lady Annalie. Es buena persona, no se merece esto.

Amy se levantó acercándose a ella y la abrazó. —Gracias, amiga.

—Es un placer formar parte de esto.

Sonrió y se volvió a su madre. —Pues a coser. Nuestro objetivo es no ser reconocidas bajo ningún concepto.

Thorne llegó al salón para reunirse con los suyos para la cena y se encontró a su madre mirando pensativa el fuego de la chimenea sentada en el sillón de su padre. —¿Madre?

Esta volvió la cabeza hacia él con una dulce sonrisa. —Hijo, ya estás aquí.

Se acercó de inmediato. —¿Te ocurre algo? ¿No te encuentras bien?

—Oh, perfectamente. —Sonrió aún más. —¿Y tú?

Confundido respondió —Pues estoy muy bien, gracias. —Fue hasta el mueble de las bebidas. —¿Un jerez?

—Por favor. —Volvió a mirar el fuego y cuando él se volvió frunció el ceño antes de acercarse para darle su copita de cristal. —Gracias, hijo.

—¿Dónde está la tía Wendolin? ¿Se encuentra mal todavía?

—No. —Le miró a los ojos. —Y eso es lo que me extraña.

Se sentó en el sofá. —¿Qué quieres decir?

—Hace dos horas fui a verla a su habitación. Estaba vestida y parecía que tenía… Mucha energía.

—¿Mucha energía?

—Todas estas semanas parecía que había perdido las ganas de vivir y de repente me ha dicho que si lo permites mañana mismo se irán a su casa. Y me ha pedido permiso para llevarse a Lucy.

—¿Qué?

—En ese momento llegó Amy y al verme se sorprendió. Se quedó callada y cuando dije que lo comentaría contigo ambas

sonrieron con dos caras de locas… Como si me ocultaran algo, ¿entiendes?

—¿Qué pueden ocultarte, madre? —Entonces se tensó. —¿Esos hijos de su madre no se habrán puesto en contacto con ellas?

La duquesa le miró pasmada. —Nos lo hubieran dicho, hijo.

—Sabes muy bien que saben callarse lo que les conviene, madre —dijo molesto.

Su madre se llevó la mano al pecho. —No haría tal cosa. La muerte de Jeffrey la ha afectado muchísimo, no colaboraría con ellos. Además, no ha salido de casa.

—¿Y Amy?

—Pues no lo sé. Esta mañana he ido a visitar a mi buena amiga la condesa de Porstong.

Thorne entrecerró los ojos levantándose y gritó —¡Curtis!

El mayordomo se acercó de inmediato entrando en el salón. —¿Sí, duque?

—¿Mi prima ha salido hoy de casa?

—Sí, excelencia. Esta mañana. Como usted ordenó llevaba dos hombres armados y la acompañó una doncella. Estuvo fuera apenas tres horas.

—¿A dónde fue?

—Tenía un encargo en la sombrerería de Bond Street. Después estuvo viendo escaparates.

—¿Y no habló con nadie?

—Eso no lo sé, milord. Como llegó en perfecto estado no interrogué a la doncella.

—Que esa doncella venga de inmediato, quiero hablar con ella.

—Por supuesto, milord.

Salió a toda prisa y el duque se volvió hacia su madre. —Qué casualidad que saliera esta mañana y se produjera este cambio.

—Hijo, no puede ser lo que piensas.

—¿No? Pues cuanto más le doy vueltas, más posible me parece.

En ese momento llegó la doncella apuradísima atándose el mandil.

Curtis la acompañaba. —Disculpe su aspecto, excelencia. Estaba ayudando en la cocina.

Ignorándole miró directamente a la chica. —¿Has sido tú quien ha acompañado a Lady Amy hoy a Bond Street?

—Sí, excelencia —respondió de inmediato.

—¿Ha hablado con alguien?

—¿Hablado con alguien?

—Sí —dijo impaciente.

—Contesta al duque —la apremió el mayordomo al ver que su señor se alteraba.

—Con el sombrerero. Tenía un sombrero encargado y también se compró unos guantes negros.

—¿Con alguien más?

Miró de reojo a Curtis que le dijo —¿Habló con alguien más?

—Con lady Annalie.

A Thorne se le cortó el aliento. —¿Qué has dicho? ¿Continúa en Londres?

—Sí, excelencia. Iba en un carruaje y la llamó desde allí. Milady se acercó de inmediato y me prohibió que la acompañara. Se subió con ella y tuvimos que esperar en la calle.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó muy tenso.

—Más de una hora. Entonces se bajó con una sonrisa en los labios y nos apuró para regresar a casa.

El duque se giró hacia su madre que parecía pasmada. —Está aún en Londres…

Apretó los labios. —Podéis retiraros.

Lo hicieron a toda prisa sintiendo la tensión en su señor y Thorne se acercó a su madre.

—Hijo, ¿por qué ha ido a verla? ¿Y qué le ha dicho para que estén tan contentas de repente? —Thorne apretó los labios sentándose en el sofá y bebió su copa de golpe. —¿Hijo?

—Van a vengarse, madre.

—¿Qué?

—Cuando conocí a Annalie quería vengarse de sus padres por cómo habían tratado a su hermano. ¿Crees que no querría vengarse de esos malnacidos después de todo lo ocurrido? Lo ha perdido todo, puede acabar en prisión, no tiene nada que perder. Y ha pedido la colaboración de quien está sumido en el dolor.

—Dios mío… —En ese momento escucharon como bajaban las escaleras. Al oír la risa de Amy el duque levantó una ceja. La duquesa no salía de su asombro.

Entraron en el salón y Amy dijo —Buenas noches, familia.

—La familia no se traiciona, prima.

Eso le hizo perder la sonrisa de golpe. —¿Por qué dices algo así? ¿Acaso piensas que te he traicionado?

—¿Qué me ocultas?

—¿Qué? —preguntó confundida.

—Es evidente que me ocultas algo. Algo vital.

Enderezó la espalda. —No sé de qué hablas.

Se levantó. —¡Lo sabes perfectamente! —gritó sobresaltándola. Amy palideció, pero elevó la barbilla sin abrir la boca—. ¿No piensas decir nada?

El mayordomo de inmediato cerró las puertas dejándoles solos. —Te va a oír todo el mundo —siseó Amy.

Dio un paso hacia ella. —¿La has visto?

—Sí lo sabes, no sé por qué lo preguntas.

—¿Estás loca? ¿Acaso no tenemos bastantes problemas que te reúnes con ella?

—Annalie vino a mí. ¡Y me alegro! ¡Ella también es una víctima de todo lo ocurrido!

Él apretó los labios. —Y le he dado la espalda, ¿no?

—¡Pues ya que lo dices sí! —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¡Y ya que lo dices mi padre perdió la vida por intentar detener esto

y tú te has rendido!

—¿Que me he rendido?

—¡Sí, no has dicho la verdad a la policía y ellos siguen libres! Ni siquiera has ido a hablar con la reina para intentar convencerla de que Annalie y David son inocentes.

—¿Acaso piensas que me creerían?

—¡Te viene estupendamente que todos piensen que eres una víctima de Annalie, que todos piensen que ella te utilizó para matar a su padre! La bruja de la condesa con sus declaraciones a la reina ha limpiado tu imagen y embarrado la de su hija, la de la mujer con la que ibas a casarte, la mujer que iba a ser la nueva duquesa. ¡Tú no has hecho nada! —gritó perdiendo los nervios haciéndole palidecer—. ¡Has dejado que mi padre muera en vano!

—No puedo creer que hayas dicho eso. ¡Casi pierdo la vida por intentar detener toda esta locura!

Amy sin intimidarse dijo —¿Y crees que eso es suficiente para vengar a un Flagston?

La duquesa se levantó ofendida. —¡Mi hijo solo ha querido protegernos!

—Pues yo prefiero otra cosa. Yo quiero mi venganza y nada va a detenerme.

—Bien dicho, hija —dijo su madre apoyándola.

—¿Cómo os atrevéis? —dijo él con voz lacerante—. ¡Mi obligación como duque de Flagston es preservar mi patrimonio y mantener a salvo a mi familia! ¡Y eso es lo que he hecho!

—Si tu conciencia está tranquila con eso, allá tú —dijo con desprecio—. Pero piensa en esto, primo, hace tres meses deseabas más que nada en la vida que Annalie formara parte de esta familia y la has dejado en la cuneta para seguir adelante. Es evidente que no la querías tanto como pretendías hacernos ver. —Se volvió cogiendo la mano de su madre. —Vámonos madre. Regresemos a casa.

Salieron del salón dejando el silencio tras ellas y la duquesa vio pasmada como Lucy apremiaba a los lacayos para recoger su equipaje. Apenas tres minutos después la doncella se iba con ellas.

—Hijo… —Cuando no le hizo caso se acercó a él y cogió su brazo. —No tiene razón, son unas desagradecidas.

Pálido la miró. —Sí que tiene razón.

—¡Has hecho lo que has podido y nos has mantenido a salvo!

—No le he vengado, sabes lo que diría padre de eso. No he vengado a su propio hermano.

La duquesa negó con la cabeza. —¡Él querría que te mantuvieras a salvo! ¡El título está en riesgo!

—Eso demuestra que soy un cobarde —dijo con ironía yendo hacia el mueble de las bebidas.

—Yo no he criado a un cobarde. —Rabiosa se acercó. —¡Fuiste a la cárcel por ella! ¡Tu nombre está en boca de todos por ella! ¡Han matado a tu tío y casi te matan a ti! ¡Has hecho lo que has podido!

Bebió de su whisky y cuando tragó dijo —Madre, tus palabras solo demuestran que me acobardaron.

Sophia palideció. —No digas eso. Temiste por nuestras vidas, nadie puede culparte por ponernos a salvo. No menosprecies tu labor porque nos ha mantenido con vida.

—¿Y Annalie?

Apretó los labios. —A veces hay que sacrificarse por el bien de la familia.

Él tiró el vaso contra la pared y su madre vio como impotente se llevaba las manos a la cabeza. Sintió su dolor y angustiada

susurró —La amas. No entendía nada de lo que estaba ocurriendo, no entendía las decisiones que estabas tomando, pero es tan simple como que la amas y no has podido evitar nada de lo que ha ocurrido, ¿verdad?

Dejó caer las manos y se sentó en el sillón de su padre mostrando que estaba agotado. —Desde que la conocí sentí que era mía, que formaba parte de mí. —Preocupada por el sufrimiento que reflejaba su rostro se sentó escuchándole atentamente. —Fue tal la intensidad de lo que sentía que cuando su padre me rechazó no me lo podía creer. ¿Cómo se atrevía a negarnos un futuro juntos? —Sonrió con ironía. —Pero ella fue a Hyde Park, fue a buscarme y solo me confirmó que su corazón era mío. Estaba convencido de que nada podría salir mal. Pero nos sorprendieron y ella arriesgó la vida por mí, por mí, madre. Por salvar mi vida. Era la duquesa que necesitaba a mi lado y a pesar de su familia jamás hubiera dado mi brazo a torcer, pero…

—Jeffrey murió. Tu tío, que desde hace seis años se comportaba como un segundo padre.

—Cuando estaba en mis brazos ya sin vida algo se rompió dentro de mí. No me podía creer lo que estaba pasando y una furia recorrió mi cuerpo. Entonces me di cuenta de los problemas que

habían llegado por mi relación con Annalie y cuando intentó consolarme por la muerte de mi tío toda esa furia salió de mí. —La miró a los ojos mostrando su dolor. —De mí. De la persona que debía protegerla, que debía asegurarse de que estaba bien, que debía amarla como su marido. Ni siquiera me preocupé por si estaba herida, simplemente quise que se alejara lo máximo posible. No la merecía y lo demostré.

—No digas eso.

—No la defendí ante su majestad.

—¡Estabas convaleciente!

—Podría haberlo hecho después, pero dejé que Betty se fuera de esta casa con un buen dinero. Le di la espalda y dejé que todos pensaran que me había engañado. —La miró incrédulo. —Hasta que Amy no ha pronunciado esas palabras estaba convencido de que había hecho lo correcto.

—Y era lo correcto.

—Sabes que no, madre. No solo por Annalie sino porque un Flagston no se queda de brazos cruzados mientras su familia sufre. El tío Jeffrey ha muerto y Amy siente que no he hecho nada. Y no lo he hecho. Mis antepasados deben estar revolviéndose en su tumba.

La duquesa apretó los labios. —Tu padre jamás se avergonzaría de tu conducta.

—No mientas porque me sienta mejor, hubiera removido piedra sobre piedra de esta maldita ciudad hasta que les encontrara. —Su rostro se endureció con fuerza. —Esos cabrones…

—No vayas a hacer una locura —dijo su madre asustada.

—No, madre. —Sonrió con ironía. —Solo voy a aprovechar lo que todos creen de mí. Que quiero mantenerme al margen.

Capítulo 11

La noticia de la muerte del duque de Morlington recorrió toda la ciudad y Amy dejó el periódico de la tarde mirando a su madre que sentada en el sofá rodeada de telas no disimulaba su sorpresa.

—Esto no tiene buena pinta —dijo Lucy con una manga en la mano—. Según lo que acaba de leer milady, fue un accidente al caer por las escaleras, pero me parece mucha casualidad, ¿no creen?

—Tienes razón —dijo Wendolin—. Una casualidad enorme que suceda ahora.

—Sobre todo porque los occidus matan fingiendo accidentes cuando no se trata de un duelo. —Se llevó las manos a las sienes. —Y no puedo ponerme en contacto con Annalie. ¿Creéis que sabe esto?

—Sí que lo sé —dijo entrando en el salón vestida con unos pantalones de montar, una camisa blanca y con el cabello recogido bajo una gorra. Eso las dejó con la boca abierta.

—¿Cómo has entrado? —preguntó Amy estirando el cuello hacia el hall —. No he oído la puerta, ¿y el mayordomo?

—En la parte trasera de la casa con un problemilla con un tendero algo pesado. Mi hermano interpreta estupendamente. — Cerró la puerta y miró a Wendolin. —Baronesa me alegro de verla también.

—Tú me has dado fuerzas, niña.

Sonrió. —Me alegra saberlo. —Miró la tela. —¿Cómo van esos disfraces?

—Ya hemos hecho uno. —Lucy cogió un montón de tela extendiéndola para mostrar el vestido de pastorcita. —La peluca será tan grande que no se verá el cabello y ya he hecho el antifaz. Tan grande que casi cubrirá toda la cara.

—Perfecto.

—¿Así que sabes lo del duque de Morlington? —preguntó Amy —. ¿Le habrán asesinado?

—Sí —Sonrió con ironía. —No tengo ninguna duda.

—Dios mío, ¿has sido tú? —preguntó Wendolin.

—No he tenido esa suerte. Además, va en contra de nuestros planes. Sobre todo antes de hablar con la reina. Si su majestad se entera de que hemos ido matando a sus nobles no querría ni escucharnos, ¿no creéis? —Las tres asintieron. —No, eso sucedería después si la reina no hacía nada al respecto. Pero de momento no, eso no estaba previsto y es un inconveniente porque el duque era una pieza clave. Teníamos previsto cogerle también para mostrarle la marca del pecho a la reina.

—Rayos, ¿y ahora a quien cogeréis? ¿Al conde de Dreington?

—Lo intentaremos si no le liquidan antes. Desde que nos hemos enterado de la muerte del duque dudamos en si están haciendo limpieza después de esperar un tiempo prudencial para que se confiaran, no sé si me entendéis.

Las tres asintieron con los ojos como platos. —¿El plan sigue en pie? —preguntó Wendolin.

—Por supuesto. Una cosa no tiene que ver con la otra. La reina aún puede detener a los que están dentro de la organización. Aún podemos deshacernos de ellos.

—Bien —dijo Amy más tranquila—. ¿Has venido por esto?

—¿Se puede saber por qué os habéis ido de la casa de Thorne? —preguntó molesta. Las tres se miraron sonrojándose. —Pues ya estáis volviendo. ¡Aquí estáis muy expuestas!

—No podemos —dijo Wendolin—. Hemos discutido con mi sobrino. ¿Y cómo te has enterado? ¿Nos espías?

—Claro —respondió como si fuera lo más obvio del mundo.

En ese momento llamaron a la puerta y Annalie se escondió tras ella pegándose a la pared. —¿Sí? —preguntó Amy.

—Milady, su primo, el duque de Flagston.

La puerta se abrió de sopetón y Thorne entró en el salón deteniéndose en seco al ver las telas y las pelucas. —¿Qué rayos es eso? —preguntó sorprendido antes de tensarse.

—Los disfraces que le estamos haciendo a unas amigas —dijo Amy corriendo hacia la puerta y cerrándola de golpe dejando a Annalie al descubierto que viendo la espalda de Thorne gimió. Amy le pegó un empujón que la tiró detrás del sofá y Thorne se volvió de golpe. —¿Te has caído?

—No. Me he tropezado. —Forzó una sonrisa. —Estas faldas… ¿Querías algo?

Él entrecerró los ojos y miró con desconfianza a un lado y al otro. —¿Annalie ha estado aquí?

Detrás del sofá abrió los ojos como platos.

—No, ¿por qué lo dices? —preguntó Wendolin.

—Me ha parecido oler algo, su aroma y… —Carraspeó mientras a Annalie se le cortaba el aliento. —No importa. —Tenso enderezó la espalda. —Supongo que ya sabéis que el duque de Morlington ha sido encontrado muerto.

—Sí, lo acabamos de leer en el periódico de la tarde. —Wendolin le miró preocupada. —¿Crees que no ha sido un accidente?

—Claro que no ha sido un accidente. Alguien quiere liquidar el asunto —dijo levantando una peluca—. Interesante.

—Mi amiga quiere vestirse de pastorcita.

—¿Y está tan baja de fondos que no puede ir a la modista? —preguntó su primo.

—Pues sí —dijo Amy mirando de reojo hacia el sofá.

El duque dejó caer la peluca sobre la mesa antes de mirar a Lucy que agachó la mirada de inmediato. Él chasqueó la lengua

volviéndose. —Esto que ha sucedido es una llamada de atención. Debéis volver a casa.

Madre e hija se miraron. —Pero…

—Sabéis demasiado y ellos lo tendrán muy en cuenta a la hora de zanjar el asunto. No se pueden fiar de vosotras. Debéis volver a mi casa de inmediato.

Wendolin la miró asustada. —Hija…

—Haremos lo que quieras madre, pero por mí no te preocupes.

Annalie suspiró del alivio tras el sofá y se escuchó en todo el salón. Lucy dijo a toda prisa —Qué alivio baronesa, temía por ustedes.

El duque tenso miró a la doncella antes de mirar a su prima que sonrió de oreja a oreja. —¿Entonces regresaréis?

—Si así lo quieres.

—Jamás he querido que os fuerais.

Amy perdió la sonrisa. —Lo sé, Thorne.

—Ahora quiero que me digas dónde tienes que encontrarte con Annalie.

Esta frunció el ceño. ¿Le habían contado que Amy la había visto?

Amy carraspeó. —¿Con Annalie?

—¿Cuándo tienes que verla otra vez?

—No sé de qué me hablas. Es cierto lo que te dijo la doncella y la vi ayer, pero no tenemos por qué vernos de nuevo.

—¿Y entonces cómo piensas vengarte?

Annalie puso los ojos en blanco dejando caer la frente sobre la alfombra.

—Eso no es asunto tuyo.

—No me vengas con esas, Amy —dijo él perdiendo la paciencia como todo un duque—. ¿Cuándo y dónde vas a encontrarte con ella?

—Vuelvo a decir que no sé de lo que hablas. —Miró de reojo el sofá y él frunció el ceño.

Wendolin se levantó. —Sobrino, no te preocupes que regresaremos de inmediato a la casa Flagston y… —Él elevó una mano acallándola en el acto.

—¿Primo?

Él dio un paso hacia el sofá y Amy gritó —¡No!

Eso le decidió y entonces Amy se tiró sobre él haciéndole caer al suelo y su madre la ayudó tirándose sobre los dos haciéndole gemir con la mejilla pegada a la alfombra. —¡Soltadme! —Consiguió levantar la cabeza para ver como el tacón de una bota de hombre salía por la puerta y juró por lo bajo. Se mantuvo quieto y ambas se dieron cuenta. —Ya podéis soltarme, se ha ido.

—Mejor esperamos unos minutos —dijo Amy con esfuerzo—. ¿Madre?

—¿Sí, cielo?

—Me pisas la mano.

—¿Cómo que lo sabe todo? —preguntó David asombrado—. ¿Pero es que son tontas?

—O él es muy listo —dijo quitándose la gorra y tirándola sobre el sofá—. Al ver los vestidos estoy segura de que ha atado cabos. Sabe que iremos al baile de la reina.

—Mierda —dijo Robert—. Sabía que no teníamos que meterlas en esto.

Los hermanos le fulminaron con la mirada. —¡Necesitamos ayuda para distraer a la guardia de la reina mientras nos la llevamos! —dijo David antes de mirar a su hermana—. ¿Y ahora qué hacemos?

—Llevamos preparando esto semanas, no pienso darme por vencida. No sabe de qué se trata, solo de que estaremos allí. Jamás se imaginará quienes somos, así que da igual.

—¿Y si les alerta?

—¿Con su prima metida en esto? No se le ocurrirá volver a poner en la picota el apellido Flagston. Lo único que puede hacer es intentar impedir que ellas actúen. Querrá detenerlas de alguna manera para que no vayan al baile.

—Entonces el plan se irá al garete —David se sentó.

—Lo tenía previsto por si no nos ayudaban.

—¿De veras? —preguntó Robert sorprendido.

—No es tan seguro, pero nos jugamos el cuello así que arriesgarse un poco más tampoco será para tanto.

—¿Y de qué se trata?

—¿Alguien sabe hacer una bomba?

Ante el palacio de Buckingham los carruajes esperaban en fila para aproximarse a las puertas que daban acceso a la residencia de la reina en Londres. Disimulando lo nerviosa que estaba miró a David sentado ante ella. —Ha llegado la hora.

—Estoy preparado.

Se adelantó para coger su mano. —Ha sido un honor ser tu hermana.

David se emocionó. —¿A pesar de los errores?

—Jamás has querido hacerme daño, de eso no tengo ninguna duda. —Sonrió a Robert sentado a su lado y cogió sus manos. —Si de alguien me he sentido orgullosa es de vosotros porque habéis demostrado que el verdadero amor existe. El amor puro, desinteresado. Gracias, porque si no hubierais vuelto, nunca lo hubiera conocido.

—Deja de hablar como si la historia se acabara aquí —dijo Robert entre dientes—. Me estás poniendo nervioso.

Soltó una risita y se levantó para darles un beso a cada uno en la mejilla. —Os quiero.

David emocionado susurró —Somos una familia.

—Mi familia, esa que nunca te falla. —Se sentó ante ellos y perdió parte de su sonrisa pensando en Thorne. Después de salir de prisión pensó que ya nada les separaría, pero el destino había querido otra cosa. Las semanas que habían pasado habían sido muy duras sin tenerle a su lado, pero él había decidido darle la espalda y realmente no podía culparle por ello después de todo lo ocurrido. Avanzando unos metros más pensó en sus lágrimas aquellas noches en las que no sabía su estado. El miedo a que le pasara algo, que le subiera la fiebre y que no lo superara. Ansiosa por noticias leía la prensa donde se decía que eran fugitivos porque por supuesto su madre se encargó de extender su veneno, pero a ella le daba igual porque solo deseaba saber de él. A veces esperaba horas ante su casa con la esperanza de que algo le indicara que estaba bien como que saliera su madre, pero al primero que vio salir de la casa fue a él. Estaba más delgado y su rostro indicaba que estaba furioso, pero para ella verle ir hacia su carruaje fue tal alegría que se pasó horas llorando de felicidad. Los días fueron pasando y fue haciéndose a la idea de que su relación ya no tenía arreglo. Jamás la vería de nuevo como posible esposa después de todo lo ocurrido y no le culpaba. Realmente solo sentía pena, pero era algo que aceptaba. Nunca volvería a besarle, a tocarle, nunca volvería a sentir sus labios sobre

todo porque después de esa noche se irían, pero se aferraría a los recuerdos, a los momentos pasados juntos y eso le valdría. Pero antes iba a encargarse de que cayeran todos los que les habían hecho daño.

Viendo que solo quedaban tres carruajes dijo —Poneos las máscaras.

Su hermano y Robert se pusieron las enormes máscaras que cubrían sus rostros bajo las pelucas femeninas que llevaban las mujeres de alcurnia cien años antes. —¿Cómo estamos? —preguntó Robert con voz de mujer.

—Preciosas. —Su peluca llena de rizos negros hasta la cintura le molestaba bastante, pero lo ignoró colocándose el antifaz que cubría al corsario que interpretaría. Se estiró el chaleco que disimulaba sus pechos y miró hacia el palacio. —¿Lista para asaltar la casa, mis pequeñas damiselas? —Ambas soltaron sendas risitas cubriéndose la boca con el abanico. —Perfectas. Ni se os ocurra bailar. Se os notaría que sois hombres.

—¿Por qué se nos notaría? —preguntó su hermano ofendido.

—Cielo, porque los hombres siempre queréis mandar.

El carruaje se detuvo ante la casa y Robert le tendió la invitación a Annalie que la cogió de inmediato. —Vamos allá. Ya sabéis lo que hay que hacer.

El lacayo real abrió la puerta y ella fue la primera en salir mostrando su casaca dorada, sus pantalones entallados y sus botas por la mitad del muslo. Apartó la espada colgada del cinturón que llevaba rodeando su casaca y alargó la mano para coger la de su hermano que se agachó con la espalda bien recta y sacó la cabeza mostrando su cardada peluca blanca. David se puso de lado para que pasara la falda, que al llevar el tontillo que la ensanchaba en las caderas no cabía por la puerta, pero como era algo que tenían previsto y habían practicado para no entretenerse mucho y llamar la atención, su hermano salió sin ningún esfuerzo. En cuanto se puso a su lado ayudó a Robert. Ambas la cogieron una por cada brazo y como un trío del siglo pasado empezaron a subir los escalones hasta llegar a los hombres que recogían las invitaciones. Annalie entregó el sobre con el escudo real y dijo —Conde de Mounfield y hermanas.

El hombre sacó la invitación a su nombre, pero frunció el ceño. —No recuerdo haber enviado esta invitación.

Otra cosa que habían previsto y dijo muy consciente del hombre que tenía detrás revisando una lista. —Mírela por detrás.

Le dio la vuelta a la invitación y el hombre enderezó la espalda devolviéndole la invitación con sobre y todo. —Que pase una buena noche, conde.

Mirándole altanera dijo —Hermanas…

Caminaron tras otros invitados y David dijo por lo bajo —Hermana al parecer imitas muy bien la letra de su majestad.

—No ha sido la letra, hermano, ha sido la palabra de cariño que supone que su majestad escribió en esa carta. No se ha atrevido a negarme la entrada porque si yo hubiera protestado, hubiera dejado en evidencia que la reina llama querido a un invitado. Por eso me ha devuelto la invitación.

—Muy lista, no me había dado cuenta de ese detalle.

—Las mujeres pensamos en esas cosas, chicas. Recordadlo.

Llegaron al salón de baile y sonrió radiante por la cantidad de gente que bailaba en el gigantesco salón al ritmo de la orquesta más grande que había visto nunca.

—Muy bien, a vuestros puestos.

Sus supuestas hermanas empezaron a bajar la escalinata y los observó hasta que llegaron abajo antes de que se separaran, yendo cada uno a un extremo del salón. Vio como recorrían la

estancia por los extremos hasta apostarse cerca de los tronos reales que aún estaban vacíos. Sintió que alguien se colocaba a su lado y distraída miró hacia allí para ver a Thorne vestido de pirata. Le hubiera reconocido en cualquier sitio a pesar del antifaz. Reteniendo el aliento vio como él observaba el salón antes de que sus ojos se volvieran hacia ella. —Al parecer no somos muy originales, preciosa. Hay al menos cincuenta piratas.

Intentando disimular dijo con voz grave —Disculpe, ¿qué me ha llamado?

—¿Quieres que te descubra? Pues a mí no me tomes el pelo.

—Vete de aquí —siseó.

—¿Y perderme ese plan en el que participan mi prima y mi tía? Creo que no. Más te vale que te olvides y te vayas de inmediato o daré la voz de alarma. Tú decides.

Dio un paso hacia él y Thorne la miró sorprendido cuando sintió el cañón de la pistola en su vientre. —No cielo, eres tú el que se irá y más te vale que no digas nada porque si lo descubres, puede que tu apellido no quede impune. —Él apretó los labios. —No olvides que tu abuelo y tu tío estaban metidos en esto. ¿Cuántos se pondrán de tu parte? ¿Cuántos de los que hay aquí creerán que tú

no sabías nada? ¿Cuántos crees que han perdido un familiar por esos cerdos? —Sus preciosos ojos se oscurecieron. —No vas a ayudarme, eso me quedó claro, pero no te interpongas o el que acabará mal serás tú.

—¿Ahora me amenazas? Empiezo a pensar que nuestra escapada juntos fue bien planeada.

—Piensa lo que quieras, ahora todo me da igual. En cuanto esto acabe me iré y ya no tendrás que volver a verme, así que vete y olvida que has estado aquí esta noche.

—No pienso dejar que pongas en riesgo a la poca familia que me queda.

—Ellas han decidido estar aquí, es su elección. Quieren venganza y se la voy a proporcionar.

Él apretó los labios. —Muy bien, ¿qué tengo que hacer?

No pudo disimular su sorpresa. —Estás loco si crees que voy a confiar en ti. —Él apretó las mandíbulas como si estuviera ofendido. —Vete, no te lo digo más.

—No vas a disparar.

—¿Dudas que esté dispuesta a todo?

—¿Por qué aquí? ¿Por qué este baile?

—Puede que mañana lo leas en el periódico.

—¿Buscas la ayuda de la reina? Te detendrá en cuanto sepa quién eres. Por favor piénsalo bien, acabarás en la horca.

Parecía realmente preocupado y eso le puso un nudo en la garganta. Mirándole a los ojos no pudo evitar sentir miedo y él debió darse cuenta porque dijo —Preciosa, baja el arma y vámonos. Encontraremos otra solución.

¿Es que era estúpida? Se estaba dejando convencer y eso no podía ser. Solo por estar allí se estaban jugando la vida. Todos se la jugaban. Habían conseguido entrar en palacio y no pensaba abortar el plan. Merecían vengarse después de cómo habían dañado sus vidas. Era demasiado tarde para arrepentimientos. —Deberías alegrarte, duque. Esta noche vengaremos la muerte de tu tío.

—Annalie, baja el arma —siseó—. Me vas a obligar a hacer algo que no quiero.

Cuando pasó una pareja a su lado escondió el arma dentro de su casaca y siseó —Haz lo que quieras, pero recuerda esto, ellas estarán conmigo en mi celda y puede que sientan la soga en su cuello igual que yo. En tu conciencia está.

Se alejó bajando los escalones y al llegar a la pista de baile miró hacia él para verle observándola desde la balaustrada. Decidió ignorarle y cuando llegó a su posición cogió una copa de champán y le dio un buen trago. Rayos, ¿por qué no lo había dejado estar después de que su prima le dejara las cosas bien claras? Al mirar hacia allí de nuevo vio que estaba con dos mujeres disfrazadas de manera muy parecida a los vestidos de su hermano y Robert. ¿Pero qué hacían Amy y Wendolin hablando con él a la vista de todos? ¿Y si al verlas con Thorne alguien se daba cuenta de quiénes eran? Volvió la cabeza hacia su hermano cerca del trono y vio como apretaba sus labios pintados de rojo como si viera algo que no le gustaba nada y siguió su mirada hasta Robert que para su pasmo estaba hablando con un hombre y sonreía. Estupendo. Aquello era lo que le faltaba, que su hermano tuviera un ataque de celos. Bufó yendo hacia él y siseó —Disimula.

—¿Pero has visto eso? Le gusta, lo veo en su cara. Está disfrutando de ser una mujer.

—Shusss, ¿has perdido la cabeza?

En ese momento Thorne y Amy se pusieron a su lado. No pudo disimular su pasmo. —¿Qué haces? —le preguntó a ella.

—Acercarme a saludar, ¿no es lo que se hace en un baile?

—Se supone que no sabes que soy yo.

—Ya. —Sonrió radiante. —Thorne quiere ayudar.

—¿No me digas? —dijo entre dientes antes de fulminarle con la mirada—. Vete.

—Espera sentada.

Jadeó.

—Mírale, mírale… —Todos miraron hacia Robert que reía tras el abanico. —Se lo está pasando como nunca.

—A ver si así le sacas un poco a divertirse, que debe estar amargadito con tanto drama —dijo ella.

Le miró ofendido. —¿Ahora es culpa mía?

—Bueno, eso de encerrarle en el campo…

—Decía que era feliz.

—Cielo, hubiera sido feliz contigo en cualquier sitio porque te ama.

—Está flirteando —dijo Amy captando su atención—. Las damas lo hacen sobre todo en este tipo de bailes. Tampoco es para tanto.

El tipo que hablaba con Robert alargó la mano y acarició su antebrazo disimuladamente. —La madre que lo parió…

—David céntrate —dijo Thorne poniéndose ante él—. ¿Quieres estropearlo todo?

—¿Y a ti qué coño te importa?

—Me importa que los míos acaben en prisión, así que procura no fastidiarla.

—¿Cómo he hecho hasta ahora? ¿Eso es lo que quieres decir?

Thorne llevó la mano a su entrepierna y apretó con fuerza haciendo gemir a David mientras ellas les miraban con los ojos como platos. —¿Sientes esto?

—Sí —dijo con esfuerzo.

—Pues como no te centres te los arranco de cuajo —dijo fríamente—. Puesto que no puedo convenceros para salir de aquí de inmediato, vamos a seguir el puñetero plan y tú vas a cerrar el pico. Lo que tengas que discutir con tu amante lo haces en otro momento.

Amy abrió los ojos como platos. —¿Ha dicho amante? No hablará de… —Miró a Robert y dejó caer la mandíbula del asombro. —Leche, eso es delito.

—¿Y lo que hacemos aquí, bonita? ¿Qué crees que es? —preguntó ella con burla—. Thorne suéltale.

El duque le soltó y David gimió agachándose. Ellas parpadearon mirando hacia abajo para oírle decir —La madre que te…

—Estáis aquí, menos mal que os he encontrado.

Pasmados se volvieron hacia la duquesa que llevaba un disfraz de pirata como su hijo. —¿Qué me he perdido?

—¿Pero qué haces aquí? —preguntó ella de los nervios.

—Quería saber qué pasaba. ¡Nadie me cuenta nada!

—Increíble, ha venido a cotillear —le dijo a su hijo con ganas de pegar cuatro gritos.

—Preciosa, de esto no sabía nada. Ha debido seguirme.

—Uff, y casi no me dejan entrar. No veáis la cara de sorpresa del asesor de la reina que me interceptó en la entrada. —Sonrió. —Me han felicitado por mi disfraz, pero no tiene mucho mérito porque en cuanto vi cómo era el de mi hijo pedí otro igual. ¿A que es buena idea? —preguntó cómplice. Estiró el cuello viendo a David de cuclillas —¿Esa mujer se encuentra bien?

—David endereza la espalda —dijo con ganas de matar a alguien.

—Lo intento hermana, te lo aseguro.

Annalie elevó los brazos como pidiendo ayuda y Thorne apretó los labios. —¿Qué problema hay, preciosa?

—¿Problema? No, no hay ningún problema aparte de que saben que estáis aquí.

—Como cientos en la fiesta.

—Cierto —dijo su madre.

—Dios, esto es un desastre.

David gimió elevándose y su hermana le fulminó con la mirada. —Céntrate.

—Ya estoy centrado.

—Bien, ¿qué hacemos? —preguntó Wendolin mirando a Robert distraída—. Oye ese se está animando demasiado, ¿ha bebido? A ver si se sobrepasa con el chico…

Thorne se alejó y cogió a Robert de la muñeca tirando de él hasta el grupo. A pesar de su maquillaje blanco se vio claramente que estaba avergonzado. Al llegar hasta David este siseó —Ya hablaremos tú y yo.

—Es simpático.

—Silencio —dijo Annalie haciendo que todos la miraran—. Bueno, ya sabéis lo que vamos a hacer y el plan es…

La duquesa levantó la mano. —Nosotros no lo sabemos, ¿verdad hijo?

—Y estoy deseando enterarme.

Gruñó por dentro fulminando a Thorne con la mirada. —Desaparece.

—Que más quisieras.

—Pues bien que lo hiciste antes.

Él apretó los labios encajando el golpe. —Pero ahora estoy aquí.

—Como hagas algo que lo estropee todo…

—¿Y poner en peligro hasta a mi madre? —dijo con ironía.

Miró a su hermano y este asintió. Elevó la vista hasta los ojos del hombre que había robado su corazón y dijo —Vamos a secuestrar a la reina.

—¿A la de Inglaterra? —preguntó la duquesa espantada.

—No suegra, a la de Rusia —dijo exasperada antes de mirar a Thorne—. Llévatela.

—Madre…

—¡Muy bien! Si con eso se puede ayudar, pues vamos a por ello —dijo la duquesa antes de tomar aire—. Ay, que me mareo.

Puso los ojos en blanco mientras su hijo la cogía del brazo. —Madre, ahora no.

—Vamos a acabar en prisión. Pero no pasa nada, ¿qué me quedan? ¿Diez años buenos? Somos Flagston, y como dice nuestro lema a los enemigos se les pisa la cabeza.

—¿Dice eso? —preguntó Annalie pasmada mirando a Thorne.

—Era la época de Guillermo el conquistador y lo de pisar cabezas estaba muy de moda.

—Ah, pues no vamos a pisar cabezas, pero vamos a pisar algo parecido. ¿Hermano?

—Cubridme.

Todos le rodearon y se agachó ligeramente para que ella le quitarla las horquillas que sujetaban la parte superior de la peluca. Y todos vieron sobre algodón los huevos recubiertos por una película que parecía pintura para proteger la cáscara de posibles roces. —Habíamos pensado en una bomba para distraer, pero creo que esto será igual de efectivo y con mucho menos riesgo. Hala, con cuidado de no romper la cáscara coged un par de huevos podridos cada uno y a repartiros por el salón cerca de las puertas que dan al interior dejando solo libres las que dan acceso a los jardines. Cuando llegue

la reina y hayan pasado tres bailes, los tiráis al suelo y el olor hará el resto.

—¿Solo tenemos que hacer eso? —preguntó la duquesa encantada—. Eso no es tan grave.

—No madre, lo grave viene después. ¿No, preciosa?

—De lo demás nos encargamos nosotros.

Thorne apretó los labios mirando los huevos. —Como a alguien se le rompa uno de esos antes, a la mierda el plan.

Vio sus intenciones. —Ni se te ocurra adelantarte para estropearlo todo, ocurra hoy o en otro momento pensamos hacerlo, pensamos hablar con la reina.

—Entonces cuéntame el resto.

—Pero bueno, ¿a ti qué rayos te pasa? —dijo Robert—. ¿Vas a ayudar o no?

—Quiero colaborar en la segunda parte del plan para asegurarme de que a su majestad no le pase nada.

—No le pasará nada —dijo David desde el suelo—. ¿Crees que estamos locos? Además, no hay nadie más patriota que mi hermana, joder. Así que cierra la boca y coged los puñeteros huevos, que me duele el cuello de estar tan recto.

Thorne apretó los labios y con cuidado cogió un huevo escondiéndolo en la palma de su mano antes de coger otro. Los demás hicieron lo mismo y Annalie le puso a su hermano el pedazo de peluca de nuevo e hizo una mueca porque ya no quedaba igual, pero ya no importaba. —Levanta.

Su hermano se incorporó y cogió los huevos que le tendió Robert. Ella ordenó —Distribuiros.

Wendolin y su hija se alejaron de inmediato al igual que la duquesa, pero Thorne se quedó. Ella iba a decir algo, pero él siseó —Alguien tiene que cubrir la puerta que hay detrás de los tronos.

En ese momento sonaron las trompetas y todos miraron hacia las puertas doradas que se abrieron en ese momento para mostrar a la reina Victoria y su esposo Alberto vestidos con dos trajes dorados que eran una maravilla. Sonriendo entraron en el salón y todos los presentes fueron haciendo reverencias a su paso hasta llegar a los tronos. Thorne y ella se agacharon. —Espero que sepas lo que haces, preciosa.

Se miraron a los ojos y Annalie vio el temor en ellos, pero no temor por él, sintió que era por ella y eso no podía consentirlo. —Si me cogen, huid. No sabéis nada, no me has vuelto a ver. —Se incorporó como los demás y vieron como la reina se sentaba

hablando con su marido de algo que le hizo sonreír. La preocupó que detrás de los tronos solo hubiera guardias. —No podrás llegar hasta allí.

—No pensaba llegar hasta allí, preciosa. Tengo buena puntería.

Se le cortó el aliento y le miró antes de sonreír. —Dame uno.

Él alargó la mano y sus dedos se rozaron mientras ella cogía el huevo. Cuando lo tuvo en su palma él acarició el dorso de su mano provocándole un vuelco al corazón y se miraron a los ojos. —No todo lo que has traído a mi vida ha sido malo, preciosa —dijo antes de alejarse.

Sintiendo que el dolor laceraba su corazón le observó. ¿Qué había querido decir? ¿Que la echaba de menos? La manera en que la había tocado… ¿Le echaba tanto de menos que se imaginaba cosas? Angustiada vio cómo se perdía entre la gente.

—Hermana, ¿estás bien? —Sorprendida miró a David que estaba a su lado. —¿Estás bien?

—Sí, sí, por supuesto.

—Estamos listos. Ya están bailando.

Miró hacia la pista donde la reina bailaba con su esposo. —Id hacia la puerta principal, tirad los huevos y después corred hacia el jardín —ordenó ella.

Su hermano y Robert siguieron sus instrucciones sin rechistar. Sin poder evitarlo miró hacia Thorne que estaba frente a ella sin dejar de mirarla como si estuviera vigilándola. Vio como la reina pasaba ante ella para ir de nuevo hacia su trono y empezó el siguiente baile. Mirando sus ojos ni se dio cuenta del paso del tiempo porque por su mente le vio sobre ella haciéndole el amor y casi hasta pudo sentir sus besos. El dolor que sentía en su interior por haberle perdido se reflejó en su rostro y Thorne sorprendido separó los labios dando un paso hacia ella.

—No —susurró ella antes de mirar hacia la reina.

El tercer baile estaba a punto de terminar y cuando la última nota sonó escucharon un gritó —¡Descarado, no me toque!

Todos se volvieron hacia Amy que empujaba a un hombre vestido de romano, pero Annalie no perdió el tiempo lanzando el huevo sobre la cabeza de la reina hacia la puerta. Entonces ese olor nauseabundo lo inundó todo y si un huevo olía mal una docena eran insoportables. La gente empezó a murmurar y cuando el olor se hizo

realmente intenso empezaron a gritar corriendo en dirección a los jardines para tomar aire.

La reina tuvo una arcada y su marido la cogió del brazo tirando de ella hacia el jardín mientras la guardia intentaba protegerla del tumulto, pero estos casi les arrollan separándoles. Se hizo el caos, cientos de personas intentaban salir a la vez y era difícil contenerlos. Aquello no lo había previsto y Annalie asustada porque la reina sufriera algún daño agarró su mano y tiró de ella sacándola del tumulto. —¡Venga conmigo, majestad!

—¡No, no! —gritó intentando salir de nuevo.

—¿No se da cuenta de que es una trampa? ¡Quieren que salga!

La reina se cubrió la boca con la mano sin ser capaz de soportar el olor y ella le entregó un pañuelo. La reina se lo puso en la nariz justo antes de poner los ojos en blanco y caer redonda ante ella por el cloroformo. Thorne se agachó cogiéndola en brazos y escondiéndose tras los tronos dijo —Ayúdame a desvestirla. Este vestido llama mucho la atención.

Sabiendo que tenía razón tiró de su corpiño desgarrando los botones de perlas y mientras él le quitaba la parte de arriba ella

desató sus faldas dejándola solo con los faldones. Se quitó el sombrero quitándose la peluca y se la puso por encima. Thorne la cogió en brazos y corrieron hacia las puertas que daban al hall. —Dios mío —dijo Annalie intentando retener una arcada.

—No respires. —Salieron del salón de baile llegando a uno de los pasillos de palacio.

Ella se aseguró que la cara de la reina estuviera bien tapada y cuando la guardia corría hacia ellos señaló el salón para gritar con voz grave —¡Nos atacan, sálvenlos!

Corrieron hacia allí y Thorne dijo —Por aquí, preciosa.

Parecía saber a dónde iba y corrió tras él hasta llegar a unas escaleras que bajaron lo más aprisa que pudieron. Un batallón corrió hacia ellos con las bayonetas en las manos y se pegaron a la pared para dejarles pasar. Cuando se alejaron se miraron a los ojos antes de que Thorne dijera con la voz agitada —Preciosa con este caos no conseguiremos un carruaje.

—Pues tenemos que buscar transporte o estamos muertos. ¡No teníamos previsto salir por aquí!

—Pues tendremos que buscar una solución. —Corrieron hacia la puerta por donde habían entrado y allí había varios guardias.

—¡Alto!

—¿Pero qué hacen? —gritó Annalie—. ¿Piensan dejar que les maten? ¡La reina necesita ayuda, malditos cobardes!

Entonces se miraron los unos a los otros antes de correr al interior de palacio.

Thorne rio por lo bajo. —Preciosa no dejas de sorprenderme.

—Vamos. —Bajaron los escalones y corrieron hacia la verja pasando entre los carruajes que estaban en la calle esperando a sus señores. Allí ni había guardia pues la calle estaba totalmente bloqueada de coches. En ese momento empezaron a salir nobles pidiendo ayuda y sus lacayos corrían de un lado a otro sin saber lo que estaba ocurriendo.

Entonces vieron que un cochero bajaba de su coche y Thorne gritó —¡Abre esa puerta!

Ella lo hizo sin rechistar y tiró a la reina en el suelo del carruaje antes de ir hacia el pescante. —¡Sube!

Annalie lo hizo metiendo las piernas de Victoria y cerrando la puerta. Angustiada miró por la ventanilla para ver como el cochero intentaba subir al pescante, pero recibió un puñetazo que le tiró al suelo sin sentido. —Oh, Dios mío. Por favor que no muera nadie.

La puerta se abrió de nuevo sobresaltándola y Thorne tiró sobre la reina una capa de caballero para cubrirla. —Imposible, no podemos salir. La gente corre de un lado a otro y será imposible pasar entre ellos.

—¿Qué hacemos? —preguntó mirando a su alrededor.

—He desenganchado los caballos. —La cogió de la mano para que le mirara. —¿Crees que podrás montar a pelo?

—Sí, sí.

—Pues vamos. —Cubriéndola con la capa agarró a la reina y se la cargó al hombro como si fuera un fardo antes de ir hacia el caballo. Annalie vio como la ponía sobre el lomo para subir tras ella.

Sin perder el tiempo Annalie se subió al otro y tirando de las crines giró su montura para gritar —¡Hacia el norte!

Salieron a galope y cuando dejaron atrás el palacio no pudo evitar suspirar del alivio. Miró a Thorne que asintió y recorrieron las calles refugiándose en la noche. Cuando salieron de la ciudad en dirección de la casa de su hermano, Thorne dijo —Vete más despacio, no quiero dañarla más.

Asintió tirando de las crines de su caballo y susurró —¿Crees que estará bien?

—Espero que sí porque no me gustaría nada ser yo quien mate a la reina de Inglaterra. ¿Era cloroformo?

—Lo olió poco tiempo, me aseguré de ello. —Le miró de reojo. —Gracias por tu ayuda.

—No podía dejar que lo hicierais solos —dijo molesto—. Espero que los demás sepan que nos hemos ido.

Apretó los labios porque ella también estaba preocupada por eso. Esperaba que les hubiera dado tiempo a irse antes de que la guardia lo impidiera al darse cuenta de que la reina no estaba. —Tranquilo, a ellas no va a pasarles nada. En todo caso se expondrían mi hermano y Robert que no tenían invitación para entrar.

Asintió tenso y la miró de reojo. Estaba pensativa mirando el camino. —¿Después de hablar con la reina te irás?

—Aquí no me retiene nada. —Señaló una desviación en el camino. —Debemos ir por ahí.

—Al parecer lo conoces muy bien. Incluso de noche.

—Estas últimas semanas he pasado mucho por aquí. —Entraron en un camino estrecho por el que no podía pasar un carruaje. —Este es un atajo.

—Entiendo. Annalie…

—¿Sí? —Le miró a los ojos.

Él carraspeó como si estuviera incómodo. —Quería disculparme por como actué la noche que mataron a mi tío.

Se le cortó el aliento porque no se lo esperaba. —No tienes por qué. Lo entiendo.

—En aquel momento necesitaba culpar a alguien y lo pagué contigo. Sé que no tienes responsabilidad en lo ocurrido y mi deber es disculparme.

Era tan formal, tan frío que solo pudo forzar una sonrisa. —Como te acabo de decir lo entiendo, pero aun así te lo agradezco.

Se hizo un tenso silencio y ella apartó la mirada para ver que llegaban al claro donde estaba la casa.

—¿No piensas decir nada más? —preguntó molesto.

Le miró sorprendida. —No creo que haya más que decir.

—¿Piensas irte?

No pudo evitar que en su rostro se mostrara la sorpresa. —Thorne, soy una prófuga de la justicia, acabo de secuestrar a la reina, ¿qué clase de pregunta es esa?

—Yo también la he secuestrado y pienso quedarme a luchar.

—Si ella no lo puede solucionar, mal vamos a poder solucionarlo nosotros, Thorne. ¿Crees que no le he dado mil vueltas? ¿Crees que no quiero quedarme? Pero como dijiste en el pasado eso no podría ser aunque todo se aclarara, aunque todo saliera a la luz. Mi madre se ha encargado de mancillar nuestro nombre por todo Londres. Seguro que no hay nadie de Inglaterra que no sepa lo que ha ocurrido, jamás me dejarán vivir tranquila. Robert tiene razón, en otro sitio podremos ser felices y ya va siendo hora de que eso ocurra.

—Un matrimonio ventajoso para ti acallaría muchas bocas.

No se lo podía creer. No, tenía que estar imaginándose lo que significaban esas palabras. Era su desesperado deseo de no perderle lo que le hacía creer estupideces. —¿Qué quieres decir?

Él apretó los labios. —No puedo olvidarte, ¿tengo que decírtelo con todas las letras? —gritó furioso dejándola pasmada—. Joder, preciosa, no me mires así.

—¿Así cómo? —preguntó empezando a alterarse—. ¡Me diste la espalda! ¡Entiendo que había muerto tu tío, pero me diste la espalda! ¡Ni siquiera le dijiste la verdad a la policía!

—¡Debía proteger a mi familia!

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¡Y yo no formaba parte de ella! —gritó con un rencor que hasta ese momento no sabía que tenía dentro—. Puede que te haya perdonado, puede que entienda tus razones, pero eso no significa que no me haya dolido. Así que no, no voy a quedarme porque aquí no me queda nada. Búscate a otra que no mancille el nombre de tu familia ni que te meta en líos que no quieres ni necesitas.

—Tus palabras solo demuestran que no me has perdonado —dijo muy tenso.

—Después de la infancia que he tenido aún sé perdonar, pero no olvido. —Llegaron a la casa y se bajó de inmediato. —Bájala, déjala en el salón y luego vete. Tu misión ha terminado. De lo demás me encargaré yo.

—Annalie...

—¡No! —gritó volviéndose para enfrentarse a él—. ¡No quiero hablar más del tema! ¡Baja a la reina o la bajo yo!

Muy tenso por el dolor que expresaba su rostro asintió y se bajó del caballo cogiendo a la reina lo más delicadamente que podía. En silencio Annalie entró en la casita y cuando llegó al salón

encendió un quinqué iluminando la estancia. Él entró con la reina en brazos y dijo —Déjala sobre el sofá.

Thorne lo hizo. —Preciosa…

—Ahora vete, ninguno de los dos quiere que te vea, ¿no es cierto? Si esto sale mal al menos vuestra familia no se verá implicada.

—Pero…

—¡Vete! —gritó ella perdiendo los nervios.

Él apretó los puños de la impotencia antes de volverse e irse a toda prisa. Sintiendo que se le desgarraba el alma vio a través de la ventana como su silueta se subía al caballo, como le volvía y se lanzaba a galope alejándose de su vida. Jamás volvería a verle, jamás volvería a sentir esa alegría a su lado, su corazón no volvería a sentirse vivo por el roce de sus caricias… Recordando sus besos sollozó. Durante esas semanas pensaba que se podía vivir de los recuerdos, pero ahora estaba segura de que esos recuerdos solo la torturarían.

Capítulo 12

Sentada ante el sofá vio como la reina gemía y se llevaba una mano a la frente antes de abrir los ojos lentamente. Victoria parpadeó como si no reconociera su entorno y Annalie se dio cuenta exactamente de cuando fue consciente de lo que ocurría por cómo se tensó. —No se asuste, majestad, no va a ocurrirle nada.

Volvió la cabeza hacia ella y la miró de arriba abajo desde su cabello castaño hasta su sencillo vestido azul claro. —¿La conozco, milady?

Se levantó de la silla y cogió una copa de vino. —No majestad, no he tenido el gusto. Beba, le sentará bien.

Se incorporó y cogió la copa de sus manos. Annalie sonrió alejándose porque no quería que se sintiera amenazada, así que se sentó en la silla de nuevo.

La reina bebió ansiosa y cuando se le cayó una gota de vino sobre el escote miró hacia allí y jadeó al verse en ropa interior. —Lo siento majestad, pero fue necesario, su vestido llamaba mucho la atención.

Enderezó la espalda sacando las piernas del sofá. —¿Quién eres y qué quieres?

—Mi nombre es Annalie Rose Victoria Coodigde y era la hija del conde de Darwick.

—Niña, no sé cómo se te ha ocurrido tal barbaridad, pero…

—No me han dado opción, majestad. Yo hubiera querido hacer las cosas de otro modo, pero no ha sido posible.

—¿Tú has matado al duque de Morlington?

—No, pero no he sufrido nada por su muerte, se lo aseguro. —Se levantó de nuevo y cogió la bata para tendérsela. —Puede cubrirse si quiere. Se la hubiera puesto yo, pero no quería que se asustara si se despertaba.

Con desconfianza se levantó y le arrebató la bata de sus manos antes de tenderle la copa. —Supongo que se pregunta cuál es el objetivo de haber arriesgado la vida y haberla traído hasta aquí

—dijo poniendo la copa sobre la mesa—. ¿Quiere más? ¿Algo de comer?

La reina negó con la cabeza atándose la bata alrededor de la cintura. —Por favor siéntese, el cloroformo debe tenerla aún algo mareada y no me gustaría que se lastimara al caer.

—¡Pues me duele todo!

Hizo una mueca. —Tuvimos que cambiar de planes para salir de palacio y tengo la sensación de que no estaba muy cómoda a caballo.

—¿Tienes la sensación? —Furiosa se sentó en el sofá. —Bien, ¿para qué estoy aquí? ¡Habla rápido, que mi esposo debe estar de los nervios! ¡Medio país debe estar de los nervios!

—Siento los inconvenientes, pero si está aquí es precisamente por su país.

Entrecerró los ojos —¿Qué quieres decir?

En ese momento escucharon que se acercaban unos caballos y asustada fue hasta la ventana para ver que eran David y Robert. Suspiró del alivio.

—¿Tus compinches? —preguntó la reina con ironía—. Aunque ya me imagino quienes son. Ese desviado hermano tuyo y su

amante —dijo con desprecio.

Separó los labios de la impresión volviéndose para fulminarla con la mirada. —Ni se atreva a criticar su amor, majestad. Es más puro y fiel que el de cualquier pareja que haya conocido.

Victoria apretó los labios. —Acabarán en prisión. ¡Como tú!

Rodeó el sofá para mirarla de frente. —No majestad, porque en cuanto le contemos lo que sabemos nos iremos para no volver.

David entró en la casa como una tromba sobresaltándolas y al verlas suspiró del alivio. —Menos mal, Londres es un caos.

—¡Por vuestra culpa! —gritó la reina—. ¡Debéis liberarme de inmediato!

Robert entró tras él e hizo una inclinación de cabeza. —Majestad… No sabe cómo me alegro de verla.

—¡No puedo decir lo mismo! ¡Acabad ya con esto! ¡Por qué estoy aquí!

Era evidente que no estaba dispuesta a escuchar nada de lo que dijeran y eso la preocupó muchísimo porque significaría que nadie conseguiría su venganza. —Majestad…

—No, déjame a mí —dijo David—. Permita que me presente, el conde de Darwick.

—Jamás ostentarás ese título —dijo ella con desprecio.

Sonrió yendo hacia la jarra y sirviéndose un vino. —Me lo imaginaba. De hecho llevo sabiéndolo desde los dieciséis años.

—Si me vas a contar tu triste historia en el campamento militar al que te envió tu padre, no te molestes, me la sé de sobra.

—Usted no sabe una mierda.

Victoria jadeó mirándole con los ojos como platos. —¿Cómo te atreves?

—¿Cómo se atreve usted a subestimar lo que ocurrió allí? Si lo hace es porque no tiene todos los datos.

—¡O que me importa poco! —gritó furiosa.

Asustada porque estaba aún más enfadada dijo —Hermano, deja que hable yo.

—No. —Se sentó en la silla mirando fijamente a su soberana antes de sonreír con tristeza. —Le importa poco. ¿Le importa poco que sus súbditos sufran, que tengan miedo, pavor a manos de sus padres, que no se les permita amar a quien quieran y que varios de los suyos estén matando en nombre de la corona impunemente? ¿Le importa poco, majestad?

—¿De qué habla este hombre?

—¿Usted ordena matar a los nobles que cometen errores con los que ensucian su título? —preguntó Robert.

—¡Claro que no! —dijo como si fuera estúpido—. ¡Entonces no quedaría nobleza en mi reino! Puedo contar con los dedos de una mano las familias que nunca han dado que hablar. Te aseguro que me sobran dedos. Y si mirara su pasado seguro que me sobrarían todos.

—Pues hay personas que sí lo hacen, majestad. A mí quisieron reformarme porque no consideraban que estaba a la altura del título. Mi padre no sintió nada mi fingida muerte ¿y sabe por qué? Porque sino hubiera tenido que matarme él.

—Bueno, hay padres que no aceptan muy bien eso que... —Miró de reojo a Robert. —Eso que hacéis.

—Eso que hacemos es querernos —dijo Robert—. No sé qué hay de malo en ello.

Victoria estaba muy incómoda, pero Annalie vio algo en sus ojos, respeto. —¿Usted no está en desacuerdo con ello, verdad majestad?

—De puertas a dentro cada uno es muy libre de hacer con su vida lo que le venga en gana. Pero de puertas para adentro. Un

buen amigo mío es como ellos, pero nunca ha dado que hablar. Pero esa madre suya lo ha prodigado a los cuatro vientos —dijo con desprecio—. Ahora es imparable, debéis ir a prisión.

—Madre lo ha dicho para que mi hermano no reclame legalmente su título y su herencia. Para no quedarse en la calle que sabe que es donde quedará después de que mi hermano tome posesión de todo. Pero el título es lo menos importante en este momento —dijo ella—. Lo importante es la muerte de mi padre y la muerte del barón de Farbairn.

—Al barón le mataron en un robo.

—No es cierto. —La voz del duque le cortó el aliento y se volvió para verle entrar en el salón aún con el disfraz de pirata. Estaba loco. Estaba inculpándose. Si aquello no salía bien lo perdería todo.

La sorpresa de la reina era evidente. —¿Usted también, duque?

—Han matado a mi tío, necesitábamos que nos escuchara y las paredes de palacio oyen demasiado.

Entrecerró los ojos. —¿Qué quiere decir?

—Majestad prepárese para escuchar algo que no le va a gustar nada.

Nadie se atrevió a interrumpir al duque que relató desde el principio lo que había ocurrido desde que había conocido a Annalie sin omitir detalles como que le había pedido un beso.

—Una descarada —dijo poniéndola como un tomate.

—Una descarada deliciosa, majestad.

Continuó hablando. A medida que escuchaba el relato de Thorne más se iba tensando la reina y más furia reflejaba su rostro. Y cuando terminó Victoria miró fijamente a su hermano. —Enséñame la marca.

Él se rasgó la camisa mostrando la quemadura y Victoria apretó los labios. —Ya somos adultos y gente de rango, no voy a simular que tengo ciertos… amigos de la corona que hacen trabajos que me resultan convenientes.

—Lo sé, majestad —dijo el duque—. Pero les ordena usted por el bien de Inglaterra, no se toman la justicia por su mano por lo

que ellos consideran que debe ser la nobleza. ¿Hasta dónde vamos a llegar?

—Cierto —dijo entre dientes—. ¿Todos tienen ese grabado?

—Y los hijos cuando llegan a determinada edad. Mi tío me llegó a decir antes de morir que muchos no estaban de acuerdo con lo que se disponía en las reuniones, pero no decían nada por miedo.

—Así que hacen y deshacen a su antojo amilanando a muchos nobles de mi país.

—Exacto, majestad. Y ahora quieren matar a David y a Annalie porque ellos son testigos de lo ocurrido.

—Usted también, duque. Y casi lo paga con su vida, ¿no es cierto? —Thorne asintió y la reina suspiró. —¿Y cómo voy a distinguir la paja del oro, señores? —Se miraron los unos a los ojos. —No puedo ir aporreando todas las puertas de Londres buscando quien tenga esa marca en la piel. ¿Después qué hago, les torturo a todos hasta que confiesen?

—Con amenazar a dos o tres sería suficiente, lo contarían todo —dijo David—. Lo que pasa es que pone esa excusa porque le da igual. —Miró a su hermana. —Nos vamos.

—¡Un momento! —ordenó la reina fulminándole con la mirada —. No, no me da igual que muchos jóvenes sean aleccionados por esos locos que creen que lo saben todo. —Apretó los labios levantándose. —Solucionaré este asunto. Pero mientras lo hago quiero que no vayáis por la ciudad.

—Pero pretendíamos irnos, majestad —dijo Robert—. A ellos ya no les queda nada aquí.

La reina le miró fijamente. —Por supuesto que les queda, les quedan sus tierras que son muchas y un título. —Miró a David que parecía sorprendido. —Conde, puede que piense que no, pero ha sido un placer conocerle. —Cogió su mano. —Me alegro de que aún haya nobles que luchen por la justicia, aunque con ello no vayan a conseguir nada a cambio. Ha arriesgado su vida por salvar la de su hermana, han hundido su reputación, ha sufrido y luchado. Me siento muy orgullosa de usted.

Los ojos de David se empañaron de la emoción. —Gracias, majestad.

Victoria miró a Annalie. —Siento que hayas tenido que pasar por todo esto, pero eres muy valiente. Tu templanza al despertarme demuestra que tienes agallas y veo en tus ojos que amas a los tuyos

por encima de todo. —Miró Thorne. —Será una gran duquesa de Flagston.

No pudo disimular su asombro y ni sintió que había dejado de respirar mirando con los ojos como platos a la reina. ¿Qué acababa de decir? ¿Aprobaba su matrimonio? No, había oído mal.

Thorne apretó los labios. —Ella no querrá aceptar mi mano, majestad. Considera que la he traicio… —Recordó demasiado tarde respirar de nuevo y cayó redonda al suelo. —¡Annalie!

—Pobrecita, ha sido demasiado para ella —dijo Victoria preocupada por su palidez.

Thorne la cogió en brazos y la tumbó sobre el sofá. —Vamos preciosa, abre los ojos.

Su majestad sonrió al ver como el duque cogía su mano y la besaba angustiado. —Claro que le aceptará, ese matrimonio lo ordena su majestad.

Cuando abrió los ojos estaba tumbada sobre el sofá. Su hermano y Robert la observaban. De repente los dos sonrieron de oreja a oreja. —¿Qué? —Se sentó de golpe y al no ver a la reina

chilló. —¡Se os ha escapado! —Corrió hacia la puerta. —Dios mío, como se pierda me muero. —Al ver que no la seguían volvió corriendo. —¿Pero qué hacéis? ¡Daos prisa!

—La reina no quería esperar más para regresar. Teme que su familia sufra por su ausencia. Thorne ha tenido que llevársela. La dejará delante de palacio, no te preocupes.

Suspiró del alivio y regresó al sofá para dejarse caer como un fardo. —Menos mal. Muy bien, ya podemos irnos. ¿Creéis que la reina hará algo? —Levantó la vista hacia ellos que seguían sonriendo. —Es una pena que no podamos quedarnos a… ¿Qué os pasa?

—¿No te acuerdas de lo que ha dicho la reina antes de que te desmayaras?

Frunció el ceño intentando recordar. —Oh Dios mío, es cierto. —Se levantó antes de chillar abrazando a su hermano. —Te acepta, y yo que pensaba que no le habías caído en gracia, ¡pero sí! —gritó de la alegría—. Tengo que sentarme de nuevo, me estoy mareando.

Los dos la cogieron por un brazo para que se sentara y tomó aire. —No es nada, demasiadas emociones. —Sonrió a su hermano. —Me alegro mucho por ti.

—Y yo por ti.

Le miró sin entender. —¿Por mí? Oh, hablas de que podemos quedarnos. —Se encogió de hombros y forzó una sonrisa porque no es que le apeteciera mucho la posibilidad de encontrarse con Thorne en el futuro. —Sí, es estupendo.

David y Robert se miraron. —No se acuerda —dijo su hermano.

—O es que quiere olvidarlo. —Se sentó a su lado. —Cielo, la reina ha dado el visto bueno a que seas duquesa.

—Bueno, esas son cosas que se dicen. —Miró a uno y después a otro. —¿No? No lo decía en serio.

—Tan en serio que ha dado la orden.

—¿Qué? —dijo sintiendo que se mareaba de nuevo y cerró los ojos.

—¡No! —gritaron ellos sobresaltándola.

David se acuclilló ante ella. —Vas a ser la duquesa de Flagston.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Dios mío…

—Cielo, vas a casarte con el hombre que amas.

—Pero me abandonó, tú lo dijiste. Si no hubiera sido por su tía y por su prima no se hubiera acercado de nuevo a nosotros.

—Eso no lo sabes —dijo Robert acariciando su espalda—. Hoy ha dado la cara y se jugaba mucho, se jugaba su vida.

Se quedó mirando al vacío. —Me pidió perdón de la que veníamos hacia aquí.

—¿Ves? Se arrepiente de su comportamiento.

—Y le comprendía, entendía lo que hizo. Me dijo que me echaba de menos, eso ya no lo he entendido.

—¿Y por qué no?

—Si me culpaba de la muerte de su tío, si se alejó por proteger a su familia… Con eso solo me demostró que yo no le importaba en absoluto. ¿Yo no era nada para él y aun así me echaba de menos? ¿Qué echaba de menos si ni nos conocemos? ¿Si solo hemos tenido problemas desde que nos vimos por primera vez? Apenas pasamos unas horas juntos antes de que nos encarcelaran. Y después más de lo mismo. —Negó con la cabeza.

—Y a pesar de ese poco tiempo que has pasado a su lado le amas —dijo Robert sorprendiéndola—. Y lo mismo le puede pasar a él.

—¿Tú crees? —preguntó esperanzada—. ¿Qué cara puso cuando la reina dijo lo del matrimonio?

Ambos sonrieron. —Le dio las gracias, hermana.

Se llevó la mano al pecho de la impresión. —¿Le dio las gracias?

—Le dio las gracias por ayudarnos.

—Ah… ¿por ayudar a su familia?

—Por ayudarnos a todos, cielo. Y según sus palabras por darle la oportunidad de recuperarte.

Se quedó sin aliento. —¿Eso dijo?

Ambos sonrieron. —¿Quieres saber lo que respondió la reina?

—Sí —dijo ansiosa.

—Que será la madrina de vuestro primer hijo varón.

No salía de su asombro, ese era un honor que no se merecía. —¿Por qué?

—Por abrirle los ojos respecto a un tema que puede que no hubiera descubierto nunca. Y puede que en el futuro hubiera sido un gran perjuicio para la corona.

—¿Qué ocurrirá ahora?

—Lo pondrá en manos de sus hombres. El conde de Dreington seguramente será el primero en caer. Ha dicho que nos mantendrá informados. Ha ordenado que todos nos vayamos a la casa de campo del duque en Escocia para que estemos seguros hasta que nos haga llamar en audiencia.

—Quiere enfrentarnos con ellos.

—Solo si es estrictamente necesario. Intentará que eso no ocurra por todos los medios, pero si se llega a un punto que es su palabra contra la nuestra, habrá que declarar. Tiene que hablar con sus hombres para ver qué pueden conseguir. Es más, me ha dicho que si es necesario pondrá a Sterling en el asunto.

—¿Sterling? —preguntó sin entender.

—Según me ha explicado Thorne, es el rey de los bajos fondos de Londres. Dicen que en la ciudad no se mueve una moneda de oro sin que él sepa que bolsillo llena. Todos los pillos, rateros y gente de mal vivir le temen. Imagínate la clase alta.

—¿Y ese hombre nos ayudará?

—La reina está convencida de que sí, por algo será.

—A mí me dio la sensación de que se llevaban muy bien —dijo Robert—. Pero es lógico, ¿no? Él controla los bajos fondos de

Londres y evita problemas mayores. En Boston había un tipo que controlaba el puerto, pero la policía no se metía con él porque impartía justicia entre los sinvergüenzas.

—Entiendo. —Sus ojos brillaron. —Entonces puede que haya oído algo, ¿no?

David negó con la cabeza. —La reina está convencida que si hubiera sabido algo así la hubiera avisado.

—Así que es uno de sus espías.

—Supongo que sí. Se ayudan el uno al otro.

—La reina tiene recursos. Lo que nosotros no descubrimos en semanas siguiendo al conde lo va a descubrir ella por las bravas —dijo Robert poniéndose en pie.

Eso esperaba porque como no fuera así, la reina tendría que meterles en prisión a todos incluido a Thorne. Por eso la reina quería que se quedaran en la finca del duque, para que no se dejaran ver por Londres hasta que ella resolviera todo o hasta que se demostrara que mentían. De esa manera ni tendría que perseguirlos para mostrar a su pueblo que los encausaba por distintos delitos, entre ellos secuestrar a su majestad o matar a su padre. Se jugaban el cuello, pero huir ahora solo provocaría que la reina no se creyera

nada de lo que le habían contado y esos hombres quedarían en libertad sin ser interrogados siquiera. Sin que se hiciera justicia. Estaban entre la espada y la pared, pero era evidente que ni David ni Robert se habían dado cuenta del cáliz que estaba tomando el asunto. Forzó una sonrisa. —Nos iremos enseguida, pero antes tenemos que idear una manera de escapar.

—Pero…

Ella cogió la mano de David. —Hazme caso, hermano. Puede que lo necesitemos antes de lo que piensas.

Capítulo 13

El carruaje se detuvo ante la casa de campo del duque y fascinada miró el lago con la enorme fuente que había en el centro. Los lacayos abrieron la otra puerta y David bajó de inmediato preguntando —¿Ha llegado el duque?

—¿El duque, milord? —preguntó uno de ellos confundido—. No teníamos noticias de que viniera hacia aquí.

—Diablos, nos hemos adelantado. —Alargó la mano hacia ella mientras decía —Soy el conde de Darwick, hermano de la prometida del duque. Nos alojaremos aquí hasta que su excelencia llegue.

—Sí por supuesto, milord —dijo otro hombre que debía ser el mayordomo.

Cuando ella salió con el cabello despeinado y aquel simple vestido un hombre de unos cincuenta años les miró de arriba abajo

como si no se lo creyera. Era evidente que para él no estaba a la altura de su duque. Levantó la barbilla. —¿Su nombre es?

—Dickinson, milady.

—Hemos tenido problemas durante el viaje y estoy agotada —dijo como toda una dama sin mirar apenas la impresionante mansión antes de agarrar sus faldas—. Quiero un baño de inmediato.

—Por supuesto, milady —dijo a toda prisa.

—Y una doncella. He tenido que dejar la mía en Londres. ¿Hermano? Envía de inmediato una carta a Londres, quiero saber qué ha pasado para que mi futuro marido no esté aquí.

—Lo haré ahora mismo, hermana. Aunque igual está de camino.

—Eso espero. —Entró en el impresionante hall con Dickinson detrás y fue directamente hacia la escalera. —Usaré la habitación de la duquesa.

—¡Pero milady, eso no es apropiado!

Se detuvo en los escalones y le miró fijamente. —¿Qué ha dicho?

El mayordomo carraspeó mientras su hermano y Robert reían por lo bajo. —Milady, eso no puede ser. Esa orden debe darla el duque en persona —dijo sin bajarse de la burra.

Ella levantó una de sus cejas como haría Sophia y el hombre se sonrojó. —Debe entender que darle esa habitación comprometería a mi señor y si no tengo sus órdenes no pienso hacerlo.

Era evidente que solo quería proteger a Thorne y no iba a tomárselo en cuenta. Sonrió. —Bien dicho.

—Ah, ¿sí? —Suspiró del alivio. —Si me permite hay una habitación en el ala este que le será muy cómoda. Además, tiene mucha luz.

—Perfecta. Que me suban una bandeja, estoy hambrienta.

—Enseguida, milady —dijo acompañándola escaleras arriba—. ¿Un noviazgo intempestivo?

—Ni se imagina, buen hombre. Pero como es mayordomo ya se enterará, espero discreción.

—Por supuesto, milady —dijo mostrándole un pasillo, pero al ver un retrato enorme de Thorne se detuvo en seco porque el pintor

había sabido captar en sus ojos su personalidad—. ¿Le gusta? Apenas tiene un año.

—¿Quién ha hecho el cuadro? —preguntó sin poder quitar la vista de esos ojos que le habían robado el alma.

—Patrick Bernson, uno de los artistas más importantes de Inglaterra, milady.

—Es increíble. —Sonrió mirando a Dickinson. —Ha sabido mostrar como es el duque, ¿no es cierto?

—Totalmente, milady.

Ella volvió la vista hasta un cuadro de Sophia de joven con un hombre que estaba de pie a su lado. Nadie podía negar que eran padre e hijo porque eran clavaditos y por como posaba la mano sobre el hombro de Sophia se notaba que la quería mucho. —La duquesa era muy hermosa.

—Sí que lo era —dijo el hombre—. Y aún lo es.

—Sí, claro que sí. Lo que no me gusta es el morado.

Dickinson suspiró. —Jamás se lo quitará.

—Habrá que darle tiempo.

—Si me acompaña, milady…

Caminaron por el pasillo y Dickinson abrió la puerta de una habitación. —Enseguida subirán su equipaje.

—No espere demasiado, porque desgraciadamente se ha quedado en Londres.

—¿Puedo preguntarle qué ha pasado?

Bueno, algo tenía que decir. —La reina fue secuestrada en el baile de máscaras de palacio, pero consiguió escaparse. Ordenó que viniéramos a la finca, cree que esos rufianes quieren hacernos daño.

El hombre la miró pasmado. —¿Pero qué me dice?

—Por eso las prisas por salir de Londres. —Se apretó las manos angustiada. —¿Cree que el duque estará bien?

—Enviaré un lacayo de inmediato, milady.

—Sí, por favor. Estoy preocupada. —Y realmente lo estaba. A pesar de que habían viajado día y noche habían tardado tres días en llegar a la finca y que no estuviera ya allí la preocupaba y mucho. Sobre todo porque ellos se habían retrasado intentando encontrar la casa. Aunque sabía que estaba cerca de Evertown tardaron casi un día entero en dar con ella. Estaba exhausta y se moría por dormir una semana, pero lo primero era lo primero. Entró en la habitación y miró a su alrededor. —Es aún más lujosa que la casa de Londres.

—Fue residencia familiar durante un tiempo, milady. No se escatimó en nada en su redecoración hace unos años.

Le miró sorprendida. —¿Quién vivió aquí?

—El abuelo del duque, milady. Y el actual duque en su juventud pasó aquí largas temporadas con su abuelo. —Dickinson apretó los labios, era algo rebelde, ¿sabe? Al ser hijo único y el heredero al ducado pasó una mala época. Con catorce años le enviaron todo un verano a un campamento militar cercano.

Annalie sintió que se le detenía el corazón. —¿Qué?

—Regresó reformado totalmente. De hecho en la actualidad es uno de sus mecenas principales.

Vio tras Dickinson a su hermano que estaba pálido como la cera al igual que Robert. —¿Lo sabías?

—No, no lo sabía.

Se llevó la mano al pecho porque él hubiera colaborado en aquella aberración. —No —dijo espantada dando un paso atrás—. ¡No!

—Milady, ¿qué ocurre?

David se acercó de inmediato por su palidez. —Cielo, tranquila.

Le había mentido, había hecho que se espantaba de lo que le había ocurrido a su hermano cuando él había participado. Se llevó la mano al pecho sintiendo que se le desgarraba el alma porque eso demostraba que no era de fiar. Pero tenía que haberse dado cuenta cuando la había dejado de lado. —¿Annalie? No pasa nada —dijo su hermano.

—¡No me digas que no pasa nada! ¡Ha fingido todo el tiempo! —gritó rota de dolor.

Dickinson palideció. —¿He dicho algo malo?

—¡Déjenos solos! —ordenó David antes de cogerla por los brazos para que le mirara mostrando sus preciosos ojos llenos de lágrimas. —Seguro que no sabía lo que pasaba allí. Es unos años mayor y cuando yo fui…

—¡No le excuses!

—¿Tiene láudano? —preguntó Robert al mayordomo que no se había ido como le habían ordenado.

—Sí, por supuesto. —El mayordomo salió de inmediato mientras Annalie sollozaba.

David temiendo que se desmayara la sentó en el diván que había al lado de la ventana. —Tranquila, hermana.

—Dios mío, es un monstruo. ¡Ha fingido todo el tiempo que no sabía nada! —exclamó histérica—. ¡Todos han fingido! Su madre, Wendolin…

—Seguramente para no dañar la imagen del duque —dijo Robert.

David se incorporó y miró a su amante a los ojos. —¿Qué hacemos?

—No tenemos más opción que quedarnos. Llevarle la contraria a la reina en este momento sería nuestro fin. —Robert dio un paso hacia ella. —Tienes que retrasar la boda todo lo que puedas hasta que averigüemos cuáles eran sus intenciones al ocultarte algo así. —Sollozó aún incrédula por lo que estaba pasando. —Después de saber esto no sé hasta qué punto él mismo está implicado con los occidus.

Se le cortó el aliento levantando la vista hasta Robert. —¿Qué dices?

—¿No te das cuenta? El mismo campamento, su tío estaba en la organización, su abuelo también y pasaba largas temporadas con él aquí. No sé vosotros, pero a mí todo esto me huele muy mal.

—Le intentaron matar —dijo David tan impresionado como ella.

—¿De veras? ¿Acaso le has visto herido? Yo estaba allí cuando llegó y solo pude ver una mano en el costado y algo de sangre. No vi la herida. Una buena manera de justificar que no tenía nada que ver. Además, entre tantas balas perdidas en el despacho del duque de Morlington, ¿quién dice que la que mató a su tío no fuera la suya?

Annalie separó los labios de la impresión. —Iba armado.

—Exacto. Y después salió corriendo tras ellos. Y qué casualidad que después muriera el duque, ¿no creéis? Se cayó por las escaleras, muy oportuno.

—Pero su tío se justificó ante él. Era evidente que Thorne no sabía nada. Le sorprendió tanto como a nosotros.

—¿Y si su tío no sabía que él estaba implicado? Thorne no tiene la marca. ¿Y si es un integrante en la sombra? Pensad, aleccionado desde la infancia cuando se reveló le llevaron al campamento para reformarle. Su abuelo no eligió a su padre sino a su segundo hijo para que fuera marcado, ¿pero quién dice que el padre de Thorne no estaba también metido en eso? Si no fuera así,

¿por qué le llevó al campamento? ¿Justo a ese sitio donde sabemos ya que la organización lleva a los hijos rebeldes para meterles en cintura?

—Podía habernos matado en la casa la noche del secuestro —dijo David.

—¿Ante la reina? ¿Esa que juran defender y cuidar por encima de sí mismos? ¿Por qué creéis que nos ayudó? A mí cada vez se me hace más plausible que simplemente quería protegerla de nosotros, asegurarse de que no sufría ningún daño.

—Le dije que se fuera y regresó —dijo ella.

—Regresó a pesar de poner en riesgo su título y todo lo que conocía —dijo David.

—Para proteger a su majestad de nosotros. —Robert apretó los puños con rabia. —Pensadlo bien, si Jeffrey nunca le contó donde estaba metido, ¿por qué el duque no iba a hacer lo mismo con su tío? Y otra cosa, según me contasteis Jeffrey dijo que había un fanático que era realmente peligroso. ¿Y si es ese hombre el que tiene contacto con el duque? ¿Y si Thorne disparó para que no se revelara su nombre?

—Vi el dolor en los ojos de Thorne cuando mataron a su tío, no puede ser —dijo ella negándose a pensar que estuviera implicado hasta ese punto.

—¿Cómo sabían los hombres que estaban fuera, que vosotros estabais en la casa de Morlington? ¿No es mucha casualidad? ¡Os acababais de ir de la casa del duque de Flagston!

—¿Y por qué no nos ha matado desde el principio?

Se miraron los unos a los otros buscando una respuesta y fue Robert el primero en hablar. —Porque se enamoró de ti.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —No.

—¿No te das cuenta? Tiene uno de los apellidos más importantes y antiguos de Inglaterra, te conoce, eres la hija de uno de los suyos. ¡Si tu padre le rechazó fue porque no tuvo opción por la presión de David! ¿Qué hizo él? Huir para casarse contigo. A un duque nadie le rechaza —dijo provocando en ella un sollozo al recordar sus palabras en aquel baile—. Después llega tu padre que no sabiendo quien es realmente, monta el escándalo y muere. Ambos vais a prisión, pero él sale después de que su madre hablara contigo. Pensaban que morirías en la horca hasta que aparecí yo con las memorias de David. ¡Pero después de salir de comisaría yo me

llevé las memorias! ¡Y eso es lo que quieren, las memorias de tu hermano! ¡Por eso en cuanto saliste de prisión te llevó a su casa a pesar del escándalo, por eso dejó que David se acercara a ti a pesar de cómo somos! Pero pasó lo de Morlington y algo debió asustarle por eso mató a su propio tío. Por eso fingió que estaba herido, para salir impune si le acusaban de algo.

—Pero me rechazó, si buscaba las memorias alejarme no era la mejor manera de conseguirlas.

—¿Y si pensaba que matando a su tío se terminaba todo? —Robert dio un paso hacia ellos. —Pensadlo bien. Se aleja y nosotros desaparecemos, lo que seguro que fue un alivio para él. Pero regresamos convenciendo a Amy y a su madre. No se va a librar de nosotros, así que más vale hacerse el arrepentido y venir a ayudarnos. Además, así se aseguraba de averiguar nuestros planes y que la reina estuviera bien. Si había suerte podría encontrar las memorias. ¡Por eso esa noche no se fue, apuesto la cabeza a que mientras tú estabas con la reina en el salón él estaba buscando las memorias por la casa! Pero no dio con ellas porque siempre las escondo muy bien. ¿Qué hacer? Seguir ayudándonos para que caigan en sus manos. ¡Tú estabas desmayada y no lo sabes, pero él fue quien sugirió venir a Escocia! ¡Las memorias es lo que más le

importa porque no sabe lo que hay escrito en ellas! ¡Solo se publicaron las cartas de tu padre! ¡Y los Flagston lo consideran tan importante como para sacrificar la organización con tal de conseguirlas! ¡Por eso colaboró en hablar con la reina y convencerla!

Sin aliento miró a su hermano. —¿Dónde están tus memorias?

—En el equipaje con todo lo demás. Pero yo no creo que en las memorias haya nada que pueda perjudicarle.

Le dio vueltas al asunto y en ese momento llamaron a la puerta. Dickinson con un bote de cristal entró en la habitación. —Milady no queda mucho, pero si necesita más puedo pedírselo a alguien del servicio que lo utiliza para…

—Dickinson…

—¿Sí, milady?

Miró a su hermano. —Enséñale la marca.

David entrecerró los ojos, pero se abrió la camisa rápidamente para mostrarle la quemadura. —¿Ha visto ese símbolo antes?

El mayordomo la miró confundido. —Sí, milady.

—¿Dónde?

—En el despacho del duque. El antiguo duque, el abuelo del señor tiene en su retrato eso en la empuñadura de su bastón.

Se levantó de inmediato. —Muéstremelo.

—Pero…

—Vamos, vamos, no hay que perder el tiempo. Es crucial para la corona.

—Por supuesto, milady —dijo muy serio dejando el frasco sobre la mesa y casi corriendo tras ella. La adelantó en las escaleras y en el hall le mostró el pasillo de la derecha—. Por aquí, milady

Los tres le siguieron a toda prisa y cuando abrió la puerta del despacho sus ojos fueron a parar al retrato que estaba tras la mesa. El duque tenía el bastón en la mano, lo agarraba por debajo de la empuñadura y se veía claramente el símbolo de los occidus. El símbolo se repetía una y otra vez rodeando el bastón bajo la piedra.
—¿Dónde está ese bastón?

—En una vitrina detrás de usted, milady. El duque lo guarda de recuerdo.

Se volvieron para verlo en la vitrina que estaba incrustada dentro de una enorme estantería de pared a pared llena de libros

que ella ignoró mirando el bastón. El rubí brillaba bajo el sol de la mañana dándole un color tan hermoso que robaba el aliento.

David susurró —Parece un bastón de mando, ¿no creéis?

Asombrada porque ni se le había pasado por la cabeza susurró —Oh, Dios mío…

—¿El duque usa este bastón? —preguntó Robert muy tenso.

—El actual no, es una reliquia familiar. Pero tengo entendido que su abuelo lo usaba. Solo en algunos actos importantes. Lo llevó en la boda de sus hijos. Es lo que oí de los empleados más antiguos, ya quedan muy pocos en la casa.

Ella se volvió. —¿Dice que aún queda alguien en la casa?

—El ama de llaves es muy mayor, pero tiene muy bien la cabeza, milady. Seguro que puede contarles algo más.

—¿Dónde está esa mujer?

—Hoy no se encontraba muy bien, descansa en su habitación.

—Quiero hablar con ella —dijo con autoridad saliendo del despacho—. Ahora.

—Como diga, milady. Acompáñame.

Siguió al hombre escaleras arriba y subieron al segundo piso a la zona de las habitaciones de los empleados. Al llegar ante una

puerta el mayordomo la miró azorado. —Milady ellos no deberían entrar, está en la cama.

—Quedaos aquí.

—Pero…

—David, quédate aquí. Saldré enseguida.

El mayordomo llamó a la puerta. —¿Doti? La futura duquesa querría hablar contigo un momento. ¿Podemos pasar?

—Adelante, por favor.

Dickinson abrió la puerta y la mujer se estaba intentando levantar de la cama. —Oh no, no se levante, por favor —dijo apurada acercándose y empujándola con delicadeza del hombro para que se tumbara. Sonrió—. Siento molestarla.

—No se disculpe, milady. Siento no haber podido trabajar, pero…

—No pasa nada. Dickinson, ¿la ha visto un médico?

—Sí, milady. Tiene el corazón algo delicado y la medicina cada vez funciona peor.

—Envíe un lacayo de inmediato a Londres para que venga con un médico especializado.

La miró asombrado antes de decir —Enseguida, milady.

—Es muy amable —dijo la mujer emocionada.

—No es nada. —Se sentó a su lado en la cama. —Así que te llamas Doti.

—Así es, milady. Aunque me llamo Dorotea. Me acortó el nombre el señor Potter que en aquel momento dirigía la casa. Entré de muy niña, ¿sabe? Tenía seis años.

—Entonces lleva aquí toda la vida.

—Es mi hogar.

Sonrió. —Espero que no le moleste que le haga ciertas preguntas ya que es la persona que más conoce a la familia de mi prometido.

—Contestaré a todo lo que pueda.

—Dickinson, ¿puede esperar fuera?

—Por supuesto, milady.

En cuanto se cerró la puerta se miraron a los ojos. —¿Qué es un occidus?

La mujer apretó los labios. —¿Cómo se ha enterado de eso? Son peligrosos, milady. No hable de ellos.

—No se preocupe, nada de esto saldrá de aquí. ¿Thorne sabe de qué estoy hablando? ¿Es uno de ellos?

La miró con desconfianza. —¿Usted es una de ellos? Aléjese de mí.

Se dio cuenta de que le tenía miedo. —No, no soy una de ellos. Quieren matarme y temo que mi prometido esté en peligro. He visto su símbolo en el despacho del duque y necesito respuestas. Respuestas vitales para mí y para la corona. ¿Thorne es uno de ellos? —preguntó impaciente.

Se la quedó mirando unos segundos antes de responder —Su abuelo no quiso que lo fuera e hizo lo posible para conseguirlo. Lord Phillip tampoco quiso serlo, ¿sabe?

—¿Phillip era su abuelo?

—Sí, decía que era una tradición absurda, pero después de que naciera su hijo pequeño tuvo que asumir el cargo de adalid. No le quedó más remedio si quería proteger a la familia y fue ahí cuando se le ocurrió la manera de desligar el título de ellos.

Separó los labios de la impresión. —Grabando con la marca a su segundo hijo.

—Cuando se enteraron de que habían grabado a Lord Jeffrey no se lo tomaron muy bien.

Se le cortó el aliento. —¿Qué quieres decir?

—El abuelo del duque fue expulsado de su cargo, pero no de la organización. Su heredero en aquel momento ya se había casado y lady Sophia ya esperaba a su primer y único hijo. Amenazaron lord Phillip con que su nieto tenía que ser grabado cuando llegara el momento, que era el heredero y debía seguir la tradición. Que los segundones no les valían de nada. Amenazaron su vida, pero cuando llegó el momento de que grabaran a lord Thorne el duque se negó. Murió seis meses después en un accidente de carruaje.

Separó los labios de la impresión. —Le mataron por no dar su brazo a torcer.

—No consiguió nada, porque después amenazaron a lord Edward con asesinar a lord Thorne como no le grabaran. —A Annalie se le cortó el aliento porque el padre de Thorne también estaba metido en eso. —Pero a su vez su padre se negó. Una mañana no se despertó. Siempre supe que habían matado a lord Edward.

—¿Se pusieron en contacto con Thorne?

—El mismo día del funeral de su padre. Pero al darse cuenta de que jamás le habían contado nada, que no sabía de lo que hablaban, se fueron.

—Ya era tarde para aleccionarle.

—Exacto. Ya era casi un adulto y era un hombre serio, con carácter, metido en el parlamento. Intentaron que su tío le convenciera para unirse a los occidus, pero Lord Jeffrey siempre dijo que no, incluso en vida de su hermano se negó a colaborar con ellos.

—Sabían que habían matado a su hermano y a su padre.

—Sí, una vez le oí hablar en el salón y estaba convencido de que habían muerto por culpa de esos bastardos. Recuerdo que dijo que nunca se libraría de ellos.

—¿Con quién hablaba?

—Con su esposa. Estaban aquí unas navidades y el barón había bebido de más con los festejos. Su esposa le metió en el salón del té para intentar que callara. Lady Wendolin hizo lo posible para que lord Thorne no escuchara nada de lo que decían. En realidad, no quería que lo escuchara nadie. —Miró hacia la puerta. —Pero yo escuché, estaba muy disgustado.

—¿Por qué?

—Porque ya que había tenido una hija tenía que conseguir que alguien entrara en la organización.

—Volvían a presionarle con Thorne, ¿verdad?

—Es una pieza buenísima para ellos, no pueden dejar escapar uno de los títulos más antiguos de Inglaterra, milady.

Entrecerró los ojos y asintió. —¿Qué sabe Thorne de ellos?

—Nada, no creo ni que le diera importancia a aquella visita después del funeral, lo que para mí fue un alivio, la verdad. Además, el marqués al darse cuenta de que no sabía de lo que hablaba, no insistió demasiado en ello temiendo que se alterara porque había demasiada gente en la casa.

—¿El marqués?

—El marqués de Seirgbuck. —A Annalie se le cortó el aliento. —El de ahora no, el anterior. Aunque su hijo iba con él, así que ese estaba marcado, se lo digo yo. Además, miraba a lord Thorne con una envidia… Recuerdo que se quedó mirando el bastón de mando de su abuelo, el de la vitrina.

—¿Tú estabas presente?

—El despacho del duque tiene dos agujeritos en la pared, milady. Esta casa tiene muchos pasajes ocultos tras las paredes. —Annalie no salía de su asombro. —Jamás hable de nada importante sin asegurarse de que realmente están a solas, milady. Nunca sabe quién puede estar escuchando. —Se sonrojó. —No crea que yo

escuchaba por placer, milady. Su excelencia, lord Phillip, confiaba en mí plenamente, así que me enviaba a los pasillos para asegurarse de que nadie escuchaba sus conversaciones si estaba reunido y lo seguí haciendo con sus herederos. Nadie en esta casa conoce a los Occidus, he sabido guardar el secreto toda la vida y he protegido a la familia lo mejor que he podido.

—Estoy segura de eso. ¿Quién sabe lo de los pasillos tras las paredes?

—¿Aparte de mí? Creo que todo el servicio, milady. Incluso a veces Dickinson manda limpiarlos porque en un par de ocasiones hemos tenido problemas con los ratones.

—Así que Thorne los conocía —dijo empezando a entender.

—Por supuesto milady, muchas veces he tenido que ir a buscarle porque el muy pillín se escondía allí para jugar.

—Se escondía para jugar… —Apretó los labios antes de levantarse. —Gracias, Doti. Me has sido de mucha ayuda.

La mujer sonrió. —Siento que se haya visto envuelta en esto, milady. Espero que pueda librarse de ellos.

Sus ojos se endurecieron. —Eso es lo que pienso hacer.

Salió de la habitación y su hermano ansioso se acercó. —¿Y bien?

—Acompañadme al jardín, tengo mucho que contaros.

Capítulo 14

Robert caminaba de un lado al otro mientras David sentado a su lado pensaba en lo que le acababa de decir. —No entiendo nada. —Su pareja le miró como si fuera un desastre. —¿Qué? ¡No entiendo que haya cambiado nada!

—Pues sí ha cambiado, David —dijo su hermana—, porque según lo que me ha dicho esa mujer Thorne de niño jugaba en esos pasadizos y pudo oír muchas conversaciones. Pudo oír muchas cosas mientras su abuelo era el adalid de la organización. Y eso significa que conocía que su tío estaba metido en esto.

—De eso no podemos estar seguros. Creo que estamos dando palos de ciego.

—¿Palos de ciego? El mayordomo tardó un segundo en reconocer el símbolo del bastón de mando. ¿Cuántas veces crees

que lo ha visto Thorne? Está en el que es su despacho ahora. Ante su escritorio. Lo ha visto mil, millones de veces.

David entrecerró los ojos. —Esta casa está a medio día del campamento.

—Razón de más para recibir aquí a ciertos invitados con cosas que esconder. Recuerdo una vez que nuestros padres vinieron de viaje a Escocia.

—Tenía doce años y tú eras una niña. ¿Por qué te acuerdas de eso?

—Porque me prometieron que al volver me regalarían cierta muñeca que nunca recibí. ¿Crees que no vinieron por aquí? Si el duque estaba en esta residencia en ese momento, seguro que le visitarían. Thorne tiene más o menos tu edad, si en aquella época su abuelo aún era su adalid, su jefe, se pasarían por aquí para presentarle sus respetos. Además, mira a tu alrededor, pensarían que hay toda la intimidad del mundo.

—Es el sitio perfecto para que en Londres no se enteren de nada —dijo Robert.

Los ojos de Annalie brillaron. —Una casa llena de pasadizos ideal para descubrir secretos.

David separó los labios de la impresión.

—Su abuelo buscaba la manera de librarse de ellos, es más cuando no quería que nadie le escuchara a él enviaba al ama de llaves a vigilar los pasadizos, pero eso no significa que él no escuchara lo que le viniera en gana.

—Pero no descubrió nada, siguieron molestando a los Flagston —dijo Robert.

—Le mataron, ¿no? Y a su hijo también. Además, hay algo que debemos tener en cuenta, cuando estuvimos en casa del duque de Morlington, este nos dijo que no había un jefe, que todo se decidía en asamblea. El bastón de mando sigue en ese despacho desde que marcaron a Jeffrey.

David entrecerró los ojos. —A la espera de que Thorne tome el mando.

—Eso creo yo.

—¡Lo sabía! —exclamó Robert—. Está metido en esto hasta el cuello. —Los hermanos le miraron y carraspeó mirando a su alrededor deteniéndose en unos setos que había tras él. —Tranquilos no hay nadie.

—¿No te has dado cuenta todavía? —le preguntó ella.

La miró sin entender y Annalie sonrió. —Thorne no está metido en esto. Lo que busca es vengar a los suyos desde el principio.

—¿Qué? —preguntó incrédulo.

—¿Crees que al tener que irse a ese campamento que está tan cerca de aquí, con un padre que le quería tanto como le quiere su madre, eso sin mencionar a su abuelo, no pidió a nadie que le diera una explicación? Por supuesto que sí. Thorne sabía lo que ocurría desde el principio. Desde niño. Y aunque se hizo el tonto después de la muerte de su padre, él sabía lo que había ocurrido. Si no dijo nada fue porque le reclamarían para esa organización.

—Jeffrey suponía que no lo sabía.

—Claro que Lord Jeffrey no sabía nada, porque el barón era afable y demasiado abierto. Además, cuando bebía se le iba la lengua. Dicho por el ama de llaves. Había que proteger el ducado y era mejor que Jeffrey y su esposa no supieran nada. Por eso Thorne se metió en el parlamento, rodeado de gente con mucho poder, serio, respetado por todos… El duque perfecto. Hasta financió el campamento donde había estado para que todos creyeran que estaba de acuerdo con la lección que le habían dado. El adalid perfecto. Su futuro.

—¿Qué nos quieres decir, Annalie? —preguntó Robert.

—Todo estaba planeado. Su abuelo sabía lo que pasaría en cuanto se negara a marcar a Thorne. Y su padre también lo sabía, pero todo se hizo para que Thorne fuera libre. Para separarle de la organización. Y lo consiguieron. Le temían. Su tío se encargó de que le temieran diciendo que no hablaría con él de la organización porque no se lo tomaría bien. Y cuando vinieron a verle después del funeral de su padre me imagino que intentarían abordarlo, pero como buen duque puede ser muy frío y cortante cuando quiere. Se dieron cuenta del peligro que corrían y no se atrevieron. Pasaron los años, pero Thorne no perdona. Solo tuvo que esperar el momento justo para cobrar sus deudas.

—Tu presentación.

—La hija de uno de los miembros, que perdió a su hermano por culpa de la organización. Solo había que observarnos en aquel baile para darse cuenta de que nuestra relación familiar no era precisamente idílica y yo se lo confirmé cuando habló conmigo. De hecho, apenas habíamos hablado cuatro frases y ya le dije que me castigarían. Hablamos de ser inconformista y se aseguró de que supiera que me había visto cabalgar por Hyde Park antes del amanecer, algo totalmente inapropiado. Sabía que en mi interior era

una rebelde, algo que seguro que no eran otras hijas de miembros. Cuando se enteró de que el duque de Morlington podía pedir mi mano no perdió el tiempo. Pero no se esperaba ser rechazado. ¿Rechazarle a él cuándo era el nieto del adalid? ¿Rechazar a un duque? Entonces solo quedaba la fuga. Y durante el trayecto solo confirmé sus sospechas, de hecho fui muy clara, dije que les odiaba y que quería venganza. Lo que le vino estupendamente.

—¿Con qué fin? —preguntó Robert—. ¿Para qué quería utilizarte? ¿De qué le servirías en su venganza?

—Yo no, pero mi hermano… —Le miró directamente. —Tú sí que eras valioso para él, sabías mucho de lo que había pasado allí.

David la miró asombrado. —¿Le interesaba yo? Imposible, no podía saber que seguía vivo.

—¿Seguro? ¿Es quien financia el campamento, creéis que si él ordenaba algo se lo negarían? ¿Y si se dieron cuenta de que el cadáver no eras tú? Al fin y al cabo, era un cadáver, no sangra igual cuando le pegas un tiro, ¿no es cierto? Pero si él ordenaba que no se diera la voz de alarma el director no diría ni pío. Además, fue una casualidad enorme que a Robert le echaran del campamento unos días después, ¿no crees? ¿Una herencia inesperada? ¿Con la condición de no volver a América? Os quería en París durante una

buena temporada. Tuvo mucho tiempo para planearlo y ya habías intentado escapar antes. No fue una sorpresa para él que lo intentaras de nuevo.

Robert miró asombrado a David. —El cadáver.

—¿El cadáver qué? —preguntó ella.

—El chico que falleció en la aldea. Uno de los muchachos que había acompañado a uno de los guardias por suministros nos lo dijo, nosotros no teníamos ni idea. Hasta dijo que se parecía muchísimo a David. Luego se echó a reír. Igual terminas como él antes de lo que piensas.

Separó los labios de la impresión. —Os guió en todo.

Robert asintió. —Incluso ese día no nos fue difícil conseguir el arma porque no las contaron después de la instrucción. Nos la llevamos a la tienda escondiéndolas bajo las camisas.

—Él no podía saber que había escrito mis memorias.

—No, pero sabía de qué pie cojeabas —dijo sonriendo con tristeza—, y eso es lo que podía utilizar contra padre cuando llegara el momento. Cuando tuviera que presionarle. Pero él no sabía muchas cosas, como que tú ya te habías mostrado a padre y le chantajeabas, como que había unas memorias y que Robert se había

llevado las cartas de padre. No se esperaba que yo matara a nuestro padre y acabar en prisión. Todo se estropeó desde el principio y solo pudo seguir la corriente hasta recuperar el control. Pero eso no pasó nunca y murió su tío.

—Y te echó la culpa de lo ocurrido.

—Se asustó de la posibilidad de perder a alguien más y es lógico porque ya había perdido mucho.

—¿Su madre lo sabe todo?

—Por supuesto que lo sabe, ¿no es cierto Sophie?

Robert se volvió de golpe mirando un seto que había a unos metros. A través de las ramas se vio una tela violeta y a los dos segundos salió de detrás del seto su suegra con el rostro tan pálido como la cera. —Estás equivocada.

—¿En todo? ¿En parte? —preguntó con ironía levantándose.

Se apretó las manos mirando sobre su hombro como si quisiera asegurarse de que no había nadie y se acercó. —No pretendía casarse contigo. No iba a pedir tu mano. Aquella noche teníamos que observarte. Era la primera noche que podíamos verte después de tu presentación en sociedad porque buscábamos un punto débil.

Se le cortó el aliento. —Y me elegisteis a mí.

—Se enamoró de ti, no pudo evitarlo. Sois dos caras de la misma moneda y se enamoró de ti.

—Mientes —dijo con rencor—. ¡Jamás me quiso! ¡Por eso me desechó con facilidad!

—¡Ni te atrevas a juzgar a mi hijo por un momento que fue terrible para él!

—¡Por sus juegos! ¡En lugar de poner las cartas encima de la mesa desde el principio, de buscarnos como aliados, ha jugado con nosotros! —Dio un paso hacia ella furiosa. —¡Con mis sentimientos!

Sophie la miró con desprecio. —No has entendido nada.

Wendolin salió de detrás del seto sorprendiéndola y la seguía Amy.

Se quedó sin aliento. —Lo habéis sabido siempre, ¿no es cierto? Y Jeffrey también. Todo lo sucedido en aquel despacho fue una pantomima para nosotros, para descubrir la implicación de Jeffrey y para que Thorne no tuviera que fingir más que no sabía lo que ocurría. Nos quisisteis mostrar a los implicados para que todo nos quedara bien claro y fraguar la venganza.

Amy levantó la barbilla. —No podría haberlo explicado mejor. Cuando os fuisteis aquella noche de casa de Thorne, él fue a buscar a mi padre de inmediato. Sabía a donde habíais ido y para qué, por supuesto, así que la única manera de entrar en la casa era con ayuda de mi padre. Cuando se fue el mayordomo para avisar a su señor, mi padre abrió la puerta para que mi primo pasara. Tan simple como amenazarle con la pistola y que confesara ante vosotros. Ante el duque. —Apretó los labios. —Por supuesto que lo sabíamos. Desde niña conocía los peligros a los que me enfrentaba.

David la miró con los ojos como platos. —¡Cada minuto que pasa entiendo menos!

Amy apretó los labios antes de mirar a su tía. —¿Me das permiso para que lo cuente todo, tía?

—Sí, a ver si así dejan de poner verde a mi hijo —dijo entre dientes.

Jadeó indignada. —¡Se lo merece por ocultarme algo así!

—Todo lo que ha hecho mi hijo ha sido por el bien común. ¡Desde su nacimiento! Así que ni se te ocurra decir una palabra en contra de él.

—Estamos esperando, Amy —dijo Robert impaciente—. ¡O nos vamos de aquí ahora mismo y me importa poco lo que piense esa reina vuestra!

Amy apretó los labios. —Como ya suponéis mi primo lo sabía desde niño. Mi abuelo era el adalid de la organización, lo fue desde muy joven. El apellido Flagston les daba empaque y no había manera de escapar de ellos. Mi abuelo habló con mi padre cuando tenía catorce años. Debía sacrificarse por el título. Si alguna vez se descubría en que estaban implicados sería la ruina del ducado, así que mi padre lo hizo.

—¿Su hermano Edward lo sabía?

—Por supuesto. Cuando ellos se enteraron, a mi abuelo le arrebataron el cargo de adalid, pero no pudieron quitarle el bastón de mando porque es una pieza familiar. De hecho, la había hecho su bisabuelo cuando recibió el cargo.

—Dios mío, esta familia ha sido jefa de ese grupo desde el principio, ¿no es cierto? —preguntó Annalie asombrada.

—Fue nuestro antepasado quien fue el encargado por el mismísimo rey de Inglaterra de reclutar a los nobles necesarios.

—¡Vosotros empezasteis esto! —exclamó David asqueado.

—¡Y mi abuelo quiso acabarlo! —gritó Amy furiosa.

—Pero ellos no le dejaron. Había demasiado que ocultar.

—Mi abuelo no era tan estúpido, abandonar ni siquiera se planteó en asamblea porque sabía que le matarían. ¡Cuando le quitaron el cargo lo aceptó, pero se defendió diciendo que por un error del marqués de Seirgbuck debía proteger su linaje y que no pensaba consentir más errores! Nadie pudo llevarle la contraria.

—¿Qué error fue ese? —preguntó Robert.

—El padre del actual marqués envenenó sin querer a la hija mayor de un conde que estaba hablando mal de la corona. Murió en una merienda ante más de cien personas retorcida de dolor mientras gritaba que se quemaba por dentro. Fue un escándalo. Muchos de los miembros se pusieron en contra del marqués, pero mi abuelo lo aprovechó en su favor para que no le mataran a él por contradecir las normas.

—¿Qué ocurrió después? —preguntó ella impaciente.

—Entonces nació Thorne y cuando el abuelo ya había pensado que había librado el título de ellos, le exigieron que le marcara. Por supuesto se negó alegando que ya había entregado a

un hijo, pero le presionaron con matar a su familia. Cuando Thorne cumplió seis años su abuelo y su padre hablaron con él.

—Siempre fue un niño muy listo —dijo su madre orgullosa—. Mi hijo ya sabía lo que ocurría.

—Lo había escuchado en los pasadizos, ¿no es cierto?

—Muchas veces los occidus se reunían aquí para tener intimidad. O eso pensaban ellos porque mi abuelo les espiaba. Desde el nacimiento de Thorne recopiló todas las pruebas que pudo guardándolas en un lugar seguro y cuando llegó el momento de la ceremonia de la marca, mi abuelo lo retrasó con el ingreso de Thorne en el campamento.

—Alegando mal comportamiento.

—No tuvo que alegar nada. Mi primo aleccionado por su padre le rompió la pierna a un joven en una pelea a puñetazos, lo que para ellos era impensable, sobre todo porque el joven era hijo de uno de ellos. El hijo del marqués de Seirgbuck precisamente.

Annalie sonrió maliciosa. —Así que le recluyeron.

—Estuvo seis meses —dijo su madre orgullosa —. Y regresó más fuerte, más hombre y con mucho más odio por ellos. Pero entonces cuando ya habíamos decidido que teníamos suficientes

pruebas para delatarles a todos, el abuelo murió en un accidente de carruaje y esas pruebas desaparecieron.

—¿Qué?

—No sabemos si se dieron cuenta de algo o qué sucedió realmente, pero murió y las pruebas nunca fueron encontradas.

—¿Qué tipo de pruebas?

—Lugares, nombres, fechas, secretos que los miembros querían ocultar a la propia organización. Todo lo que sabía estaba en una agenda de cuero rojo con el símbolo del ducado en la portada. Mi suegro estaba dispuesto a delatarse a sí mismo si con eso conseguía librar a Thorne de ellos.

Los hermanos se miraron. —Eso sería definitivo para hundirles ante la corona.

Annalie asintió mirando de nuevo a Sophia. —Continúa.

—Abordaron a mi marido al salir del club. De hecho, le hicieron subir a un carruaje a punta de pistola porque Jeffrey que cumplió perfectamente su misión alegó que su hermano no sabía nada de ellos. Les dijo que como no tenía la marca, jamás le había contado nada. Pero la organización necesitaba la colaboración del nuevo duque, así que le secuestraron y le contaron lo que les

convenía. Mi marido por supuesto se hizo el sorprendido y se negó en redondo a colaborar con ellos. Murió apenas dos meses después. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Y estoy segura de que fueron ellos. De alguna manera entraron en la casa y mataron a mi marido, a mi lado. —Se apretó las manos. —Y yo no me enteré de nada.

—No es culpa tuya, Sophia —dijo ella sintiendo su pena y su rabia por la pérdida de su esposo.

—¿Qué querían conseguir con la muerte del duque? —preguntó Robert desconfiando de todo y de todos.

—Que Jeffrey fuera el mentor de Thorne —dijo Wendolin—. Querían que se apoyara en él y que poco a poco mi marido le fuera convenciendo. Por supuesto Jeffrey disimuló estar de acuerdo lo mejor que pudo porque intuía que las muertes de su padre y de su hermano eran responsabilidad de esos malnacidos. Sabía que se jugaba el cuello. Para intentar ganar tiempo les dijo que Thorne estaba muy afectado por la muerte de su padre, así que no era el momento de actuar. Estos últimos años hemos matado a un par, pero siempre les sustituyen sus hijos, así que esto no se detiene nunca. Sabíamos como lo sabía mi suegro, que sin pruebas nunca acabaríamos con la organización, por eso el papel de mi marido era

tan importante. Pero algunos empezaban a desconfiar de él, sobre todo porque no conseguía convencer a Thorne.

—Y no podíais dejar que el duque fuera miembro para que recopilara pruebas desde dentro, porque entonces la muerte de los vuestros habría sido en vano —dijo Annalie.

—Habíamos conseguido con nuestra propia sangre que el ducado quedara libre de ellos. Sería un insulto para nuestros muertos que Thorne volviera a formar parte de la organización. Debíamos descubrirles sin implicar al duque. Ahí fue cuando entraste tú —dijo Amy sonriendo a David.

—¿Qué importancia tenía yo?

—Mucha —respondió la duquesa—. Hijo de uno de los miembros más antiguos, te enviaron al campamento, como a él. —Apretó los labios molesta. —Todavía recuerdo cuando mi hijo recibió la carta del campamento diciendo que habías intentado escaparte y el castigo que recibiste por ello. Estaban orgullosos de haberte retenido y a mi Thorne se le retorcieron las tripas. Intuía que no lo resistirías, así que organizó tu salida de allí y te envió a un lugar seguro, a una fábrica que había heredado de un hermano de su abuelo. ¿Te suena? En París.

David separó los labios de la impresión. —Dios mío, ¿con qué fin?

—El principal salvarte la vida y que ellos creyeran que ya no eras una amenaza. Eras miembro y seguramente sabías ciertas cosas que puede que en el futuro fueran importantes. Cuando se enteró de que habías vuelto a Inglaterra se alarmó, pero os escondisteis en la otra punta del país y no disteis problemas, así que lo dejó estar. Mientras tanto Thorne seguía intentando recopilar más pruebas. Les espiaba, se metió en el parlamento y se hizo un duque respetable. Tanto que empezaron a temer que en algún momento se enterara de lo que había sucedido en el pasado. Jeffrey estaba advertido de que no debían hablar jamás del pasado más allá de la importante labor que hacían para la corona y como habían salvado la nobleza durante todos estos años. Si Thorne preguntaba porque tenía la marca en lugar de su padre, debía decir que ellos lo habían permitido para proteger el ducado, pero Jeffrey en cada reunión decía que no veía avances y no podía hablar con él sobre eso porque empezaba a tener ideas muy progresistas y la culpa la tenían sus amigos del parlamento. Si le contaba algo de la organización todos correrían un riesgo. Siempre pedía tiempo y los más mayores se lo daban porque son los que más desean que el duque de Flagston

vuelva a dirigir la organización. Además, la fama de Thorne como hombre cabal y recto le precedía, era como un símbolo y ellos lo querían tanto como los demás le temían.

—¿Qué ocurrió después? —preguntó Annalie.

—Siguiendo al conde de Dreington mi hijo vio que conversaba muy enfadado con tu padre en plena calle. Supo que pasaba algo importante y sus sospechas fueron aún mayores cuando en tu presentación se reunieron con varios de la organización para hablar a solas en el despacho.

—¿Thorne estuvo en mi presentación? —preguntó sorprendida.

La duquesa sonrió. —Estuve yo.

—¿De veras? No te vi.

—Llegué tarde y me senté donde las matronas sin quitarle ojo a tu padre y a varios de sus amigos. Tampoco te quité ojo a ti y a tu madre. Me fijé en vuestro comportamiento juntas, en vuestros gestos. Es evidente que la aborrecías, pero intentabas disimular tu desprecio. Vi como convenientemente te excusaste dejando al duque compuesto y sin baile e intuí que te necesitábamos para saber qué

ocurría. Si alguien hablaba con tu padre en tu casa podrías enterarte.

—Queríais una espía —dijo impresionada.

—Sí, así que Thorne asistió al baile en donde os conocisteis. También acudimos los demás.

Amy sonrió. —¿Recuerdas el toquecito en la espalda?

—Todo estaba orquestado. Nuestro encuentro en la puerta, encontrarme con él al entrar del jardín…

—No todo estaba orquestado. Lo que sintió por ti nos tomó por sorpresa —dijo su suegra.

Su corazón dio un vuelco porque parecían sinceras. —¿De veras?

Amy hizo una mueca. —Y ahí fue cuando se estropeó todo. No siguió el plan.

—¿Qué plan era ese? —preguntó Robert furioso.

—El plan era enamorarla para que hiciera lo que fuera necesario y consiguiera información sobre su siguiente golpe. Porque era evidente que tramaban algo. Pero quien se enamoró fue él.

Annalie sonrió de oreja a oreja. —¿De veras?

—¡Hermana, no te dejes liar que estas son unas mentirosas de campeonato!

—¡Oye! —dijeron las tres indignadas.

—¡Serían capaces de cualquier cosa porque te creas su cuento!

Amy dio un paso al frente. —No es un cuento, te lo juro por mi vida.

—¡Mucho no la quería cuando la dejó a su suerte! ¡En una situación que le había metido él, por cierto! —exclamó David indignado—. ¡Y se larga echándole la culpa! ¡Es que esto es el colmo!

—Se asustó —dijo su madre defendiéndole—. Perder a su tío fue un shock para él. ¡No quería poner la vida de nadie más en peligro! ¡Tenéis que entenderle, ha sufrido mucho! ¡Esos hombres le han robado la vida, a su propia sangre!

—Por eso salió de aquel despacho fuera de sí —susurró Annalie sintiendo que sus ojos se llenaban de lágrimas por todo lo que había pasado—. Perdió los nervios y le hirieron.

La duquesa asintió. —Te echó la culpa, pero no porque tú fueras la responsable sino porque desde que se enamoró de ti todo

fue de mal en peor. Había puesto su apellido en boca de todos, su tío había muerto y seguíamos sin pruebas. Si dejó que te fueras no fue por librarse de ti, fue por ponerte a salvo, estoy segura. David estaba en una casa a las afueras de Londres donde no te encontrarían. Precisamente por eso salió con la pistola arriesgando su propia vida.

Annalie palideció. —Para hacerles huir y que no nos siguieran.

—¡Solo si creías que te odiaba te irías, no tuvo otra opción! ¡Se sintió un cobarde por dejarlo todo como estaba! ¡Se echó la culpa de la muerte de su tío! ¡No sabía que hacer hasta que apareciste de nuevo! ¡Yo intenté que no se mezclara en esto otra vez, pero no me hizo caso! ¿Qué hice yo? ¡Si no puedes con ello más vale que te unas, así que fui al baile a tirar huevos! ¡Qué por cierto olían terriblemente! ¡Se me ha quedado metido el olor en la nariz y no se va!

Lo dijo de tal manera que Annalie tuvo que retener la risa y miró a su hermano de reojo antes de que se echaran a reír a carcajadas para pasmo de todos. Robert no salía de su asombro. —¿De qué os reís?

—Menos mal que nos tenían a nosotros —dijo su hermano partiéndose de la risa y descargando toda la tensión.

Amy sonrió antes de soltar una risita y su madre la miró asombrada. —¡Niña, no tiene gracia! ¡Tu padre ha muerto!

Eso les borró la risa a todos de golpe. —Tienes razón Wendolin, no es gracioso.

—Lo de los huevos ha tenido gracia —dijo su hermano por lo bajo ganándose un codazo por la mirada de la duquesa que parecía que quería soltar cuatro gritos—. Mujer no me mire así, no es culpa mía que todavía huela a huevo podrido.

Sophia puso los brazos en jarras. —Muy bien, ¿y ahora qué hacemos?

—¿No es evidente? —preguntó Annalie mirando hacia la casa —. Buscar las pruebas para que a la reina no le quede ninguna duda.

—Imposible, ya lo hemos registrado todo. Cada maldito cajón de este caserón.

—Pues yo tengo una idea.

Capítulo 15

Entraron todos en el despacho y miró la impresionante estantería llena de libros. —Sacadlos, sacadlos todos. Qué mejor manera de esconder un libro que entre cientos. Seguramente le ha quitado las tapas a otro y lo ha forrado con ellas. —Miró a las chicas. —¿Los habéis revisado?

La miraron como si estuviera loca. —Claro que no —dijo la duquesa.

—Pues a ello. Yo me voy a dar un baño y a comer algo que estoy hambrienta.

Las mujeres salieron tras ella sorprendiéndola. —¿Qué hacéis?

—No hemos dormido nada en estos días, ¿sabes? Y también necesitamos un baño —protestó la duquesa—. Mi hijo preocupado

por ti nos apuró para llegar. Si el libro está ahí no se va a ir a ningún sitio.

Todas asintieron con vehemencia y ella gritó —¡A buscar el puñetero libro!

Corrieron hacia el despacho y escuchó decir —Qué carácter se le está poniendo —dijo Amy.

—Será una duquesa con todas las letras.

Sonrió por las palabras de su suegra y al volverse se topó con los ojos de Thorne. Se sonrojó por haber pensado mal de él, pero a su vez no tenía por qué avergonzarse porque la había utilizado, mentido y un montón de cosas más que mejor no pensar.

—Estás aquí —dijo él algo tenso.

Entrecerró los ojos. —Lo mismo que tú, duque.

Algo incómodo dijo —Te he traído los vestidos que te hicieron en Londres.

—Gracias. —Levantó la barbilla. —¿Algo más?

Él carraspeó. —Dickinson me ha dicho que has hablado con Doti.

—Qué mujer más interesante y todo lo que sabe de tu familia… Por cierto, ese bastón que has heredado de tu abuelo es de

lo más revelador.

—Preciosa…

—¡Mentiroso! —gritó sobresaltándole. Todos se asomaron a la puerta del despacho con curiosidad—. ¡Yo siempre he sido sincera contigo!

—Mujer, entiendo que estés sorprendida, pero…

—¿Sorprendida? ¡Estoy estupefacta! ¡Fullero!

—Uy, lo que le ha dicho.

Miró con rencor a la duquesa. —¡Suegra cierre el pico! ¡Estoy discutiendo con mi prometido!

—Ah, ¿pero estamos comprometidos?

Dejó caer la mandíbula del asombro y volvió el rostro lentamente para fulminarle con la mirada. Thorne carraspeó. —Sí, claro que sí. La reina lo ha ordenado.

—¡Así que solo quieres casarte conmigo por lo que diga la reina!

—No, claro que no.

—Uy, me voy a descansar un rato que me estoy alterando…

De repente él sonrió cortándole el aliento. Alargó la mano y cogió la suya tirando de ella por el pasillo. Sin dejar de mirarle a los

ojos le siguió. Cuando se alejaron él preguntó —¿Me has echado de menos, preciosa? Porque yo no he podido dejar de pensar en ti cada maldito día que no has estado a mi lado.

Se emocionó por el ansia que reflejaba su rostro como si deseara más que nada que aún sintiera algo por él. —Tenías que habérmelo dicho.

Thorne se tensó empezando a subir los escalones. —Habían pasado tantas cosas antes, estábamos tan acostumbrados a fingir que decirte la verdad nos era realmente difícil, preciosa. Si hasta mi tío después de recibir esa bala que le terminó matando, fingió que yo no sabía nada para seguir protegiéndome. No podía continuar, no podía ver como moríais como había muerto él. El abuelo, mi padre, mi tío, sabía que si seguíamos por ese camino moriría más gente y no podía más, preciosa. Ya no podía más.

Se detuvo a mitad de la escalera. —¿Y ahora? ¿Estás dispuesto a luchar de nuevo?

—Estoy dispuesto a todo si es a tu lado. —Se tiró a su cuello y él la abrazó con fuerza. —Me enfrentaré a todos por ti. Haré lo que sea por vivir esto que siento a tu lado cada día de mi maldita vida. —Sollozó pegándose a él. —Me enfrentaré a todo por tu amor, preciosa.

—Te amo. —Él cerró los ojos como si fueran las palabras más hermosas que le hubieran regalado nunca. —Y siempre estaré a tu lado. Si tenemos que enfrentarnos al mundo como dices, lo haremos juntos, pero nunca, nunca vuelvas a mentirme.

—Te lo juro.

Se apartó para mirar sus ojos y sonrió de la alegría. —Ahora voy a bañarme que nos casaremos esta tarde.

Él parpadeó. —¿Esta tarde? —La cogió en brazos. —Se me está ocurriendo que mejor esperamos a mañana o a pasado, tienes que estar agotadísima del viaje —dijo comiéndosela con los ojos.

Se sonrojó de gusto sintiéndose deseada. —Bueno, si a ti te da igual que la gente haga cuentas y piense que nuestro hijo es prematuro, yo no tengo inconveniente. Total, por un par de días no pasa nada. —Se detuvo en seco y ella forzó una sonrisa. —¿Mi amor?

Eso pareció hacerle reaccionar. —¡Me lo has ocultado!

Parpadeó. —¿Qué has dicho? —preguntó en un tono suave que ponía los pelos de punta—. Amor, déjame en el suelo.

Él lo hizo obviamente molesto. —¡Y tú secuestrando gente! ¡Cómo se te ocurre no decirme algo así!

—¡Lo mismo digo! —gritó en su cara sin cortarse un pelo—. ¿Te atreves a recriminarme? —gritó desgañitada—. ¿A mí que lo he dado todo por ti? ¡Tú no sabes con quien vas a casarte, duque! He aguantado muchas cosas de mis padres, he crecido sin mi hermano y no pienso pasarte ni una, ¿me has entendido? —Agarró sus faldas y se giró furiosa yendo hasta la puerta de su habitación. —¡Ahora sí que me has enfadado! —Entró dando un portazo y Thorne hizo una mueca viendo la puerta cerrada. —¡Y no esperes que se me pase pronto! ¡Ahora vete a buscar al pastor antes de que me arrepienta y me largue de este caserón!

Thorne gruñó volviéndose y a mitad de la escalera allí estaba toda su familia, cuñado incluido. Carraspeó. —¿No tenéis nada que hacer?

—¿Mejor que esto? —preguntó Amy con descaro—. Pues no.

—Muy graciosa —siseó antes de ir hacia su habitación.

—¿Pero qué haces? —preguntó su madre—. ¡A por el pastor antes de que se arrepienta!

—Madre ya está de camino —dijo entre dientes—. Envié a por él en cuanto llegamos.

—Ah… —La duquesa sonrió. —Uy, pues me voy a preparar que tenemos boda.

Las mujeres corrieron hacia las habitaciones como si fueran a cambiarse el vestido cuando las tres seguían de luto. Sus ojos coincidieron con los de David que se acercó y alargó la mano. —Gracias por ponernos a salvo.

Le dio la mano. —De nada.

—Mientes con una soltura que me deja atónito.

—Son muchos años de práctica.

David sonrió. —Pues mucha suerte con mi hermana.

—¿Qué quieres decir?

—Ahora no se creerá nada de lo que salga de tu boca hasta que no se lo demuestres. Odia las mentiras y a los mentirosos. —Rio por lo bajo. —Y tú te has coronado, cuñado

Gruñó por dentro mientras él seguía diciéndole como si nada —Y no solo le has mentido tú, menuda familia que tienes. Hasta Amy estaba metida en el asunto. Sí, impresionante. —Se acercó y susurró —Como hombre con pareja desde hace muchos años, te aconsejo que mientas lo menos posible porque como te descubra… —Levantó una ceja. —Te dejará en dique seco, amigo.

—Gracias por el consejo, no me había dado cuenta —dijo con ironía.

Su hermano parpadeó. —¿Qué has querido decir?

—¿Qué?

—Con eso de que no te habías dado cuenta. Como si te hubiera dejado en dique seco ya.

Robert se acercó amenazante. —Uy, que el duque al parecer tiene algo que ocultarnos.

—¿No lo sabéis? —preguntó incrédulo—. Pero si discutíamos de eso precisamente.

—Hemos venido al oír los gritos —dijo David mosqueadísimo —. ¿Por qué se ha enfadado de nuevo? —Le señaló la cara con el índice. —¿Tú no habrás tocado a mi hermana?

—Que cara de culpable —dijo Robert escandalizado—. ¡Y sin casar!

—¡Claro, por eso se desmaya tanto y llora cuando cree que no la oímos! —exclamó David indignado—. ¡Tienes veinticuatro horas para cumplir con tu deber o te pego un tiro!

—David, un tiro no que cuando te enfadas desvías tus disparos hacia la derecha y este tiene aspecto de no errar ni uno.

—¡Pues te traspasaré con mi espada!

—Eso, que la esgrima se te da estupendamente. —Robert fulminó a Thorne con la mirada. —¡Más te vale que cumplas como un hombre!

—Eso pienso hacer.

David le fulminó con la mirada antes de ir hacia Robert que soltó una risita antes de decir por lo bajo —Vamos a ser tíos.

Se volvió hacia la puerta de su prometida y apretó los puños al verla cerrada. Pensar que había llorado por su culpa o que puede que estuviera llorando en ese momento le revolvió las tripas y allá que fue.

Al girar el pomo sorprendentemente se abrió y entró dispuesto a disculparse cuando la vio encaramada en una silla con un pie apoyado en el respaldo mientras pasaba la mano por encima del armario. Temiendo que se cayera si le descubría se acercó muy despacio alargando las manos.

—Uff, la cantidad de polvo que hay aquí —dijo ella por lo bajo —. Dickinson me va a oír. —Cuando la cogió en brazos chilló del susto y le miró con los ojos como platos. —¿Qué haces?

—No mujer, ¿qué haces tú?

—Creí ver algo rojo.

Asombrado dijo —¡Buscabas el libro del abuelo!

—Claro.

—¿Cómo te has enterado de eso? ¡Doti no lo sabía! —Ella le miró como si fuera tonto. —Mi madre —dijo entre dientes.

—Pues sí —dijo remilgada—. ¿Me dejas en el suelo?

De repente escucharon un ruido tras la pared de detrás de la cama y ambos miraron hacia allí. —Increíble —dijo él antes de gritar —¡Madre deja de espiar!

—¿Todo va bien? ¿Es cierto que está en estado? —preguntó desde el otro lado.

—Sí, madre… —Sonrió. —Vas a ser abuela.

La duquesa chilló de la alegría y se escucharon pasos alejándose a toda prisa. Cuando él la miró, carraspeó incómodo por su cara de pasmo. —No vas a tocarme un pelo en esta habitación.

—No, claro que no.

—Dime que la habitación de la duquesa no tiene nada detrás.

Su hombre se echó a reír llevándola hacia la puerta. —¿A dónde me llevas?

—¿No querías intimidad? En mi habitación tendremos toda la que quieras, preciosa.

Se sonrojó de gusto y dijo remilgada —¿Crees que se me ha pasado el enfado?

—Si no se te ha pasado, haré que se te pase del todo.

Esa misma tarde se ofició una simple ceremonia ante toda la familia en uno de los salones de la casa. Annalie estrenaba uno de los vestidos que su prometido le había llevado de la ciudad, un vestido blanco con bordados en rosa que era tan hermoso que pensó que era perfecto para unirse al hombre de su vida. Se emocionó muchísimo cuando Thorne le puso el anillo en el dedo. Una esmeralda engarzada en oro que era el digno anillo de una duquesa. Todavía no se podía creer que aquello estuviera pasando. Thorne mirándola a los ojos dijo —Te honraré en la vida y en la muerte, te amaré por toda la eternidad y te juro ante Dios que haré lo que sea para no perderte, para que estés a salvo, mi amor.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y cogió el anillo que le tendía la duquesa. El anillo que se había puesto el padre de Thorne el día

de su boda. Cogió su mano y susurró elevando la vista hasta sus ojos. —Desde que te conocí supe que eras tú, que mi alma gritaba de felicidad cuando estabas a mi lado, que mi corazón no latía si no escuchaba tu voz, que necesitaba ver tu sonrisa cada día, que el roce de tu mano…

El pastor carraspeó y ambos miraron hacia él. —Decoro, milady.

—Oh… —Se sonrojó. —¿Empiezo de nuevo?

—Creo que al duque le ha quedado claro. —Varios rieron por lo bajo. —Ahora diga sus votos, lo que le promete.

—Ah, es que no me había casado nunca, ¿sabe?

El pastor sonrió. —Lo comprendo.

Miró a Thorne de nuevo. —Prometo. —Entrecerró los ojos. —Pillar a esos bastardos que nos han amargado la existencia y hacer de este matrimonio el más dichoso que haya visto este país. —Lo pensó mejor. —Y el país de al lado, claro.

Su hermano se echó a reír a carcajadas. Sorprendida le miró. —¿Lo he hecho mal de nuevo?

Thorne sonrió. —No preciosa, ha sido perfecto.

Sonrió de oreja a oreja mirándole enamorada. —Te amo

Él besó sus labios suavemente y el pastor carraspeó. —Yo les declaro marido y mujer.

Su familia aplaudió y riendo pasaron entre ellos. Todo era tan emocionante. El servicio les felicitó esperándoles en el hall y una niña se acercó con una guirnalda de flores. —Muchas gracias. —Se la puso y miró a su esposo. —Es preciosa, ¿verdad?

—Tú sí que eres preciosa. —La besó en la mejilla antes de apartarse y gritar —¡A festejar! ¡Hoy es día de fiesta!

Todos gritaron de la alegría y fueron hasta el comedor más grande de la casa donde tres hombres empezaron a tocar varios instrumentos. El sonido de la gaita lo inundó todo e impresionada dejó que Thorne la llevara hasta la mesa donde presidirían el banquete. Se acercó a él. —¿Cómo has organizado todo esto en tan poco tiempo?

—Ha sido Dickinson. En cuanto escuchó la palabra pastor se puso manos a la obra.

—Entonces le perdono lo del polvo de encima del armario.

Él rio. —Sí, creo que es lo mejor.

Nobles y sirvientes se unieron a la celebración. Disfrutaron mucho de la fiesta y se alegró de ver que Doti sentada en una silla

daba palmas mientras varios de los sirvientes bailaban al son de la música. Las paredes de piedra hacían que la acústica fuera perfecta e impresionada dijo —Cielo, ¿por qué esta habitación es de piedra?

—Formaba parte del antiguo castillo de los Flagston. Pero hubo un incendio y se derrumbó la mitad. Esto pudimos conservarlo.

—Vaya… ¿Y fue cuándo se construyó la casa?

—Sí, mi bisabuelo la ideó.

Fascinada miró al frente donde había un gran escudo con dos estandartes a sus costados. —¿Esos son los estandartes de la familia?

Él masticando un delicioso cordero asintió. Annalie miró hacia los estandartes. Un águila sobre una cabeza de león. Y el otro era la misma águila con las alas extendidas y con un hacha curvada sujeta entre sus garras. Hizo una mueca mirando el filo manchado con hilo rojo que imitaba a la sangre. —¿Por qué son distintos?

Él bebió de su vino y miró hacia ellos. —El de la derecha era el que se llevó en la batalla que hizo a Guillermo rey de Inglaterra y el otro se hizo después. A Guillermo el estandarte no le sentó muy bien.

Reprimió la risa. —Sí, al monarca no le debía gustar demasiado que el águila estuviera sobre el león. —Miró hacia el escudo actual del ducado. Se dividía en cuatro partes. A la derecha arriba estaba el águila, justo debajo de él estaba el hacha sujeta por una mano y al otro lado estaba un castillo sobre lo que parecía un pergamino con una vitola rodeándole con palabras en latín. Nostra vindicta erit. Nuestra es la venganza.

—¿Y ese pergamino?

—Cuando Guillermo nos dio el título, ciertos nobles no se lo tomaron muy bien. De hecho, mataron a la esposa de mi antepasado y no paró hasta que se vengó de todos.

Mirando el escudo susurró —Venganza… —Entrecerró los ojos mirando atentamente el escudo, el pergamino. Sus ojos pasaron por la piedra de la pared para mirar el estandarte del hacha y al ver el filo vio que al lado en la piedra había un hueco. Separó los labios de la impresión y siguió mirando la piedra. Recorrió la enorme piedra de al lado que al terminar tenía otro hueco. Y ese hueco se repetía después de cada piedra haciendo una especie de diseño en el salón. Sus ojos volvieron al escudo y dio un codazo a David que con la copa de vino en la mano se manchó la camisa. —¡Hermana! —protestó cogiendo una servilleta.

—Mira. —Le hizo un gesto a su hermano que miró hacia la pared.

—Sí, los he visto —dijo como si nada antes de frotarse la servilleta contra el pecho.

—Mira bien.

David entrecerró los ojos y levantó la vista de nuevo. Después de unos segundos volvió la cara hacia ella sin disimular su sorpresa. —Necesitamos una escalera bien grande.

—Eso mismo pensaba yo. ¿Cariño?

Él que estaba hablando con su madre la miró. —¿Sí, preciosa?

—Creo que lo tenemos.

La miró sin entender antes de mirar los estandartes. Separó los labios de la impresión. —Imposible.

—En esta familia nada es imposible. Al menos hay tres huecos detrás de ellos.

Ambos asintieron. —Duque, espero que tengas una escalera que llegue hasta allí.

—Si los estandartes están ahí es porque los han subido antes. —Le hizo un gesto a Dickinson que loco de contento se acercó de inmediato. —¿Tenemos una escalera que llegue a los estandartes?

—Por supuesto, excelencia. Se lavan con mimo una vez al año.

Levantó una ceja mirando a su esposa. —Preciosa lo hubieran visto.

—Está ahí, lo sé.

—Que traigan la escalera.

—Enseguida, excelencia.

Fue a hablar con un lacayo y el duque miró su plato. —Come preciosa, enseguida saldremos de dudas.

Empezó a comer el cordero y sonrió. —Está delicioso.

—Come niña, el heredero tiene que comer —dijo su suegra que no podía disimular que estaba encantada.

—Lo hemos hablado y hemos decidido que mi hermano será el padrino y en el caso de que sea niña tú la madrina.

Ambos sonrieron encantados. —Gracias, hermana.

—Y hemos decidido algo. Si es niño se llamará David y si es niña se llamará Amelia.

La duquesa jadeó. —¿Qué has dicho?

Los novios se echaron a reír a carcajadas. —La cara que ha puesto. Cariño tenías razón.

—Te lo dije. —Su marido rio. —Madre, era una broma.

Sophia suspiró del alivio. —Llevará mi nombre, ¿no?

—Aún no lo hemos decidido. Nos gustan varios y queremos que nuestro bebé inicie una nueva era en esta familia.

Su madre asintió. —Entiendo.

—No te lo tomes a mal, madre, queremos lo mejor para el bebé y para todos. Si le pusiéramos el nombre de mi padre siempre recordaríamos muchas cosas que nos entristecerían. Y no queremos eso al mirar a nuestro hijo. Su nombre será solo suyo.

David sonrió. —Lo comprendo perfectamente.

La duquesa gruñó de manera poco apropiada haciéndoles reír y Thorne le guiñó un ojo a Annalie que suspiró del alivio porque tampoco se lo había tomado tan mal como temía.

En ese momento entraron dos hombres con una larga escalera y Thorne se limpió los labios con la servilleta. —Veamos que hay ahí arriba.

Pasmada le miró. —¿No pensarás subir tú?

—Claro que sí, preciosa.

—¡Está muy alto!

—No tanto. —Se alejó rodeando la mesa y varios vitorearon al novio que empezó a desabrocharse la chaqueta. —Colocarla contra esa pared.

—Excelencia, ¿qué va a hacer? —preguntó Dickinson—. Si me dice, uno de los lacayos…

—Subiré yo mismo.

Preocupada se levantó. —No te angusties hermana, no le pasará nada.

Dos lacayos sujetaron la escalera y Thorne se quitó la chaqueta dándosela a Dickinson antes de empezar a subir con seguridad. Nerviosa se apretó las manos viendo como llegaba al final. —Vamos, vamos, tiene que estar ahí. —Ante el escudo alargó la mano y levantó el estandarte de su derecha para introducirla en el hueco. Annalie se mordió el labio inferior mientras que parecía que palpaba. Cuando quitó la mano y se sujetó a la escalera antes de alargar la mano hasta el otro estandarte, escuchó como su hermano juraba por lo bajo.

Amy se acercó ansiosa. —¿Está buscando lo que creo que está buscando?

—Sí —dijo sin aliento al ver como movía el brazo tras el estandarte como si palpara. De repente detuvo el brazo en seco quedándose muy quieto y a Annalie casi se le para el corazón.

—Milord si quiere le ayudo, si me dice… —El mayordomo dejó de hablar al ver que bajaba.

Al llegar abajo la miró a los ojos y casi chilla de la felicidad porque era evidente que lo había encontrado. —¡Sí!

—Hay algo al fondo pegado a la pared. No sé lo que es, pero parece algo envuelto en una tela. Solo he podido rozarlo. —Se volvió hacia Dickinson. —Que muevan la escalera debajo de ese estandarte.

Los lacayos lo hicieron de inmediato y él les dijo —Sujetadla bien.

Subió mientras ella esperaba a los pies de la escalera y vio cómo se estiraba para llegar al final del agujero. Sacó el brazo dejando caer la tela del estandarte y lo miró en sus manos.

Dickinson no salía de su asombro. —¿Eso estaba ahí?

El duque sopló sobre la tela haciendo que el polvo saliera volando. El mayordomo siseó algo mirando a una doncella como si

quisiera soltar cuatro gritos y está haciéndose la loca casi corrió saliendo del salón.

—Cuñado tíralo.

—Es una caja —dijo muy serio antes de empezar a bajar.

—¿Una caja? —preguntó David sin entender.

—Igual el abuelo temía que se estropeara y lo metió en una caja —dijo Amy.

El duque llegó abajo con la caja y se volvió hacia ellos. —Jamás lo hubiéramos encontrado sin ti, preciosa. Haz los honores.

Sonrió ilusionada y tiró del cordón de rafia que rodeaba la tela que era del mismo color de la pared. Al separar ambas partes se mostró una caja con el símbolo de los occidus.

—Al fin llegamos a algo —dijo la duquesa.

Todos la rodearon cubriéndola de miradas indiscretas y antes de levantar la tapa miró a su marido a los ojos. —Venga preciosa, veamos si ahí está nuestra liberación.

Su corazón tembló levantando la tapa y al ver el escudo dorado sobre la tapa roja cerró los ojos del alivio. —¡Sí! —exclamó David antes de abrazar a Robert. —¡Sí!

Amy y su madre se abrazaron mientras la duquesa viuda se llevaba la mano al pecho de la emoción. Al abrir los ojos vio los de su marido que no parecía tan contento como los demás. —¿Cielo?

—Lo miraremos después, ahora estamos celebrando nuestro matrimonio y no voy a dejar que nada pueda estropearlo. —Cogió la caja y se la dio a su madre. —Encárgate de esto.

—Sí, hijo. Descuida. —Se alejó de inmediato con Amy.

El duque cogió su mano y la besó en la mejilla para susurrarle al oído —Olvídate de él, este es nuestro día.

Sonrió radiante. —Pues baila conmigo, duque.

Él sonrió. —Tienes que estar bromeando. —Miró a la gaita y al servicio que bailaba sin reprimirse mientras ella reía tirando de él.

—¿Acaso no puedes hacerlo?

—Este reto no voy a rechazarlo, duquesa.

Fue una fiesta muy divertida, pero el agotamiento de los últimos días pudo con ella y sentada al lado de su marido se le cerraron los ojos mientras su hermano borracho como una cuba reía antes de caerse de la silla. Todos se rieron sobresaltándola y Thorne

sonrió cogiendo su mano. La mano donde portaba el hermoso anillo de matrimonio. Se levantó y tiró de ella. —Es hora de retirarse.

—No, si…

La cogió en brazos y muchos, los que aún podían aplaudieron. Sonrió mirándole enamorada. —Duque, es pronto.

—Estás agotada.

Se abrazó a su cuello y suspiró apoyando la cabeza en su hombro. —Pues sí. No sé por qué será, si es porque ya eres mi marido, si porque hemos encontrado las pruebas de tu abuelo o por otra razón, pero estoy agotada. Dormiría una semana.

—Y podrás hacerlo si es lo que quieres.

Cerró los ojos. —Te amo.

—Y yo a ti, preciosa. No lo olvides nunca.

Capítulo 16

Se despertó alargando la mano sobre el colchón recordando como la había despertado con besos en la espalda durante la noche antes de amarla apasionadamente. Suspiró de gusto, pero al no sentir a su marido a su lado abrió los ojos. Frunció el ceño y se sentó en la cama para mirar a su alrededor, pero no estaba en la habitación del duque. —¿Thorne?

¿Tan tarde era? Se levantó cogiendo la bata para cubrir su cuerpo desnudo y fue hasta el llamador para tirar de él. El reloj de la chimenea marcaba las doce del mediodía. Sonrió porque la había dejado dormir. Fue hasta la puerta que comunicaba con la habitación de la duquesa y en ese momento llamaron. —Adelante.

Una chica rubia entró en la habitación. —Buenos días, duquesa. ¿Le sirvo la comida?

—¿Los demás ya están en el comedor?

—Casi no se ha levantado nadie, duquesa. Solo el señor Palmer.

—¿Robert se ha levantado ya? —preguntó sorprendida porque la noche anterior casi ni se tenía en pie.

—Está en la biblioteca.

—Pues comeré con él —dijo entrando en la habitación cuando recordó a su marido y se volvió—. ¿Y mi esposo? ¿Acaso no está en la casa?

—Su marido se ha ido, duquesa.

—¿Cómo que se ha ido? ¿A dónde? ¿A visitar a alguno de sus arrendatarios?

—No, milady. A Londres. Se ha ido en cuanto ha amanecido.

Se le cortó el aliento. Se había ido a Londres. Asustada corrió hacia la puerta y la doncella la siguió. —¿Dónde está la habitación de la duquesa?

—Dos puertas más allá, milady.

Corrió hacia allí y abrió sin llamar. La vio tumbada en la cama con un paño en la frente gimiendo como si se estuviera muriendo. —¿Dónde está el libro rojo?

—Niña, ¿no sabes llamar a la puerta?

—¡Déjate de cuentos, suegra! ¿Thorne se lo ha llevado?

—Lo cogió ayer por la noche antes de acostarse. Tuvo que esperar a que me desvistiera porque me lo había metido bajo el corsé para que no lo encontrara nadie y… ¿Por qué no le preguntas a tu marido?

—¡Porque se ha ido a Londres!

La duquesa se sentó de golpe. —¿Qué has dicho?

Muy nerviosa se apretó las manos. —Dios mío, se ha ido a Londres solo.

Amy apareció en la puerta en bata y con cara de sueño. —¿Qué pasa? ¿Qué son esos gritos?

—Tu primo se ha ido a Londres sin avisarnos —dijo Sophia pálida.

Annalie se volvió hacia la doncella. —¿Se ha llevado lacayos armados? ¿Alguien del servicio le acompañaba?

—No, milady. Se fue solo en su caballo.

Se pasó la mano por el cuello. —Dios mío.

—Seguro que lo hizo así para estar más seguro —dijo su prima tan preocupada como ella. Miró a la doncella de reojo—.

Déjanos solas.

La doncella hizo una reverencia antes de abandonar la habitación y Amy entró cerrando la puerta. —No te preocupes que mi primo sabe lo que hace.

—¿Como lo sabía tu abuelo y tu tío? —Se volvió para mirar a la duquesa. —Me acabo de dar cuenta de que sacar el cuaderno en la boda fue un error.

—Explícate niña.

—¿Por qué escondiste el libro en el corsé?

—No pensaba quitarle la vista de encima después de todo lo que hemos sufrido para recuperarlo. Además, así me aseguraba de que nadie le ponía las manos encima.

—Exacto. Igual que hizo el abuelo. ¿Por qué lo escondió tanto el duque? Pensadlo bien, ¿qué razón podía haber para que hiciera algo así? Porque no confiaba en alguien de la casa.

Ambas palidecieron. —¿Qué quieres decir? ¿Qué hay un espía entre los Flagston? —preguntó como si eso fuera inconcebible.

—Esta casa tiene pasadizos tras los muros y eso lo sabe todo el mundo. A cualquiera le sería facilísimo espiar. ¿Y si alguien vio que el duque escribía en ese cuaderno y él sospechó que podían

traicionarle? Nadie sabía que estaba allí el cuaderno, nadie le ayudó a ponerlo allí a pesar de que la escalera era muy alta. Lo hizo él solo con la intención de que no se enterara nadie en la casa. Pero alguien le delató y por eso le mataron. No encontraron el cuaderno, pero estoy convencida de que le mataron por eso.

—Para delatarle por eso, tenían que saber lo que estaba escribiendo. Muchos en la casa no estaban en aquella época y otros ni saben leer.

Entrecerró los ojos. —Doti sí estaba en esa época. —Miró a la duquesa. —¿Sabe leer?

—Sí —dijo pálida—. Ella se encargaba de la administración de la casa.

—Dice que el duque confiaba en ella. ¿Pero realmente creéis que el duque que había prohibido a sus propios hijos revelar a nadie que parte de la familia no sabía nada de los occidus, iba a confiar en una mujer que no llevaba su sangre?

La duquesa negó con la cabeza. —Yo estuve presente en aquella época y cuando hablábamos de ello siempre ordenaba al servicio que se retirara. Siempre hablábamos solos, en susurros para

que nadie nos escuchara y siempre en la habitación del duque que es la única que no tiene pasadizos.

—¿Estás segura de eso? ¿El duque que hizo esta casa, no hizo un pasadizo para huir en caso de ser necesario?

La duquesa palideció. —Jamás hemos sabido de él.

—Eso no significa que no exista. ¿Y alguien que se encarga de que los pasadizos estén limpios, que llegó a esta casa con seis años, crees que no lo hubiera encontrado si tenía el suficiente interés? —Salió de la habitación a toda prisa y Amy la siguió. Entraron en la habitación del duque y fue hasta la pared de enfrente a la cama. —Busca, tenemos que encontrarla.

Amy fue hasta el cabecero de la cama y empezó a dar golpecitos en la pared cubierta. La parte de abajo estaba panelada con madera oscura y Annalie se arrodilló para dar golpecitos en ella por si había una puerta allí, aunque fuera pequeña. Cuando llegó al aparador iba a levantarse cuando lo vio. Bajo las patas del aparador vio la marca redondeada en el suelo. —Amy…

En ese momento llegó su suegra atándose la bata y se acercó mientras ella se levantaba. —Ayudadme a moverlo.

—No puede ser —dijo su suegra asustada.

Entre las tres lo movieron y vieron la marca en el suelo. —Dios mío —susurró Amy.

Annalie pálida miró la pared y posó las palmas sobre el panel empujando, pero la puerta no se abría y tampoco había un tirador que le permitiera abrirla. Amy chilló señalando algo y Annalie miró hacia allí para ver que en el fresco que estaba pintado en la pared había una cerradura oculta en lo que era el ojo de un pez. —Necesitamos la llave —dijo su suegra.

—Seguro que desapareció con la muerte de tu suegro. Si creía que aquí estabais seguros es porque se aseguró que nadie entrara por aquí, pero eso no implica que nadie entre por el otro lado y se quede ahí escuchando.

—Mi suegro no era tonto, te lo aseguro. Si selló el túnel lo hizo por ambas partes.

—Pues consiguieron entrar por el otro lado.

—Si no abrimos aquí nunca sabremos a donde va —dijo Amy abriendo uno de los cajones del aparador y sacando una navaja de afeitar y unas tijeras. Tiró la navaja a un lado y metió la punta de las tijeras en la cerradura.

—Así no vas a conseguir nada —dijo Sophie.

—Esta cerradura es muy antigua, tía. Se abren en un suspiro.

Efectivamente escucharon un click y a las tres se les cortó la respiración cuando al sacar las tijeras la puerta se abrió hacia ellas.

La luz del día mostraba que había habido varias pisadas recientes sobre el polvo del suelo y más allá se veía el principio de una escalera que descendía. La duquesa cogió un candelabro de plata que había sobre el aparador y lo encendió a toda prisa dándoselo a Annalie. —¿Eso significa que yo delante?

—Por supuesto. Eres la duquesa de Flagston. Valor, niña.

Reprimiendo una sonrisa cogió el candelabro y pasó la puerta. Al iluminar los escalones se quedó helada. —Al parecer ya hemos encontrado al culpable.

—¿Qué? —preguntó Amy estirando el cuello sobre su hombro para ver el cadáver—. Dios mío…

Bajó los escalones a toda prisa y se arrodilló al lado del cuerpo de Dickinson que estaba tirado sobre la escalera con el cuello roto. —Ayer le vi beber varios whiskies, seguro que se tropezó y cayó rodando hasta aquí.

—Dios mío —dijo la duquesa llevándose la mano al pecho—. Entró a trabajar aquí cuando yo me casé. Siempre ha sido muy

agradable y eficiente.

—Porque le convenía. —Siguió bajando.

—¿A dónde vas?

—No solo ha sido él. Llegó a trabajar en la casa demasiado tarde. Además, él al ser el mayordomo principal no podía ausentarse cuando venían las visitas, pero Doti sí.

Amy pasó por encima del cadáver y la siguió. —Dios mío, esta escalera es terriblemente empinada.

—Ten cuidado, puede haber algún escalón podrido.

Sujetándose al pasamanos siguió bajando la escalera y escuchó los ruidos en la cocina. Al final de la escalera dos agujeros en la pared que dejaban pasar la luz la hicieron mirar hacia allí. Efectivamente era la cocina. Siguió por el estrecho pasillo y giraron lo que parecía una esquina. Allí dos agujeros mostraban el comedor. —Jamás lo había visto desde aquí. Está justo detrás de la silla del duque para ver a todos los asistentes —dijo Amy.

—Sigamos. —Siguieron caminando y al cabo de unos metros encontraron otra escalera que descendía. —¿Más abajo? ¿Hay sótano en la casa?

—Sí, hay una bodega, es donde se guardan los suministros.

Siguió bajando y susurró —Por aquí no podría bajar Doti. Es demasiado mayor.

—A lo mejor no está implicada.

—En este momento lo dudo mucho. —Llegaron a un estrecho pasillo que tenía una puerta de madera al fondo, pero esta estaba abierta con la llave en la cerradura. Al salir se mostró el almacén donde se guardaban las provisiones de la casa. Amy cogió otra vela de una estantería y la encendió mientras Annalie miraba a su alrededor. —Ya sabemos por dónde entraron.

—Tiene una puerta al exterior que es por donde entran todo esto sin pasar por la casa. —Amy señaló una puerta. —¿Ves? Está allí.

—Perfecto para huir si es necesario. Además, aquí tienes cualquier cosa que puedas necesitar como las velas. Y si Doti era sorprendida aquí no le extrañaría a nadie pues podía decir que buscaba algo.

Amy miraba la puerta que daba acceso al pasadizo y su mirada cayó en la estantería de al lado. Alargó la mano y tiró de ella para que cubriera el hueco de la puerta. —Se desliza

estupendamente, ¿no crees? Seguro que la engrasan a menudo para que no chirríe. ¿Cómo conseguirían la llave?

—El ama de llaves tiene acceso a todas. Seguro que estaba repetida y el duque no lo sabía. Los mazos de llaves pasan de ama en ama y hay algunas que tienen llaves muy antiguas. Ni los señores saben de dónde son. Seguro que cuando recibió las llaves las probó todas para saber de dónde eran. Le sobraría alguna y sacó sus propias conclusiones.

Amy asintió. —¿Qué hacemos?

—Hablar con ella —dijo con rabia—. Vamos a vestirnos, seguro que está esperando noticias del mayordomo.

Subieron lo más aprisa que podían y se encontraron a su suegra agachada sobre el cuerpo de Dickinson. —Está rígido. Ha muerto hace unas cuantas horas.

—Sube suegra y vístete. En cuanto hablemos con Doti nos vamos de inmediato a Londres.

—Dios mío, ¿crees que han avisado a alguien?

—Creo que no estamos seguros, así que debemos estar prevenidos. Rápido, apuraos.

Subieron las escaleras y ellas salieron de la habitación del duque tan aprisa como podían. Cerró la puerta al pasadizo e hizo una mueca porque ella sola no podría mover el mueble. Corrió hacia su habitación y abrió el armario para sacar el vestido de viaje que le había hecho madame Blanchard. Era precioso de un color azul pavo real con puños de encaje negro. Agarró uno de los corsés que se cerraban por delante y la ropa interior. En menos de cinco minutos estaba lista y se calzaba los botines de piel negra. Amy entró en la habitación vestida de negro y con su largo cabello suelto sujeto a ambos lados de la cabeza.

—Casi estoy lista.

—He despertado a mi madre, se está vistiendo.

—Dios mío, se me ha olvidado avisar a David.

—Voy yo. Recógete el cabello. Eres la duquesa, hay que aparentar que todo va bien.

—¿Y tú? —preguntó pasmada.

—Aquí siempre lo llevo así.

—Pues yo también.

—Yo no soy la duquesa de la casa.

—¡Déjate de historias, Amy!

—Los detalles son importantes.

—¡Mueve el trasero!

Gruñó saliendo de la habitación.

Se acercó al espejo del tocador que tenía frente a la cama y al verse los pelos bufó porque era cierto que no podía salir así. Cogió el cepillo y empezó arreglar su larga melena. Al no tener doncella que se lo recogiera se hizo una raya al medio, enrolló su cabello a la nuca y se lo sujetó con las horquillas. Salió corriendo y al llegar al pasillo escuchó —¡Qué te levantes! ¡Tenemos que irnos a Londres!

—¿Qué?

—¿Aún estás borracho? —gritó Amy a los cuatro vientos—. ¡Tienes cinco minutos!

Se acercó a Amy y vio a su hermano tirado en la cama como si le hubiera arrollado un tren. —Hermano, Thorne se ha ido a Londres con el cuaderno de su abuelo. Creo que está en peligro, nos vamos.

David juró por lo bajo apartando la colcha y mostrando que aún estaba vestido con la ropa que había llevado a la boda. —Estoy en cinco minutos.

—Armaos. Buscad pistolas para todos.

Amy asintió. —¿Voy contigo a ver a Doti?

—No es necesario. Apúralos.

Caminó hacia la escalera y estaba subiendo cuando vio a un lacayo de unos cuarenta años. Ese sabía hacer su trabajo porque llevaba su ropa de manera impecable. —¿Cómo te llamas?

—John, milady.

—¿Cuánto llevas en la casa?

—Diez años, duquesa —dijo asustado—. ¿He hecho algo mal?

—A partir de ahora eres el nuevo mayordomo. —El hombre abrió los ojos como platos. —Encárgate de sacar cadáver del anterior del pasadizo que hay en la habitación del duque.

—¿Qué ha dicho, milady?

—¡No me gusta repetirme!

—Entendido, milady —dijo antes de correr hacia las escaleras.

Annalie siguió subiendo y cuando llegó a las habitaciones del servicio entrecerró los ojos yendo hacia donde dormía Doti. Abrió la puerta sin llamar siquiera y la vio sentada en su pequeño escritorio con la pluma en la mano. La miró sorprendida. —Duquesa…

—Veo que se encuentra mejor, Doti.

Se levantó. —Me podré incorporar al trabajo enseguida, duquesa.

—Oh, no hay ninguna prisa. —Miró su camisón. —Pero lo que sí le aconsejaría es que se vista para cuando llegue el alguacil.

Perdió todo el color de la cara. —¿Alguacil?

—Por supuesto, cuando hay un asesinato el alguacil interroga a los que le conocían. Va a tener que dar muchas explicaciones Doti, como por ejemplo por qué mi mayordomo tenía la llave de la puerta que hay en el sótano.

Pálida negó con la cabeza. —No sé nada de eso, milady.

—¿No? ¿Quizás si yo les cuento que la pillé en esa escalera cuando empujaba a Dickinson escaleras abajo me creerían?

—No puede hacer eso. —Asustada dio un paso atrás.

—Claro que puedo, porque si crees que voy a ayudar a una mujer que ha traicionado a los Flagston toda la vida, estás muy equivocada, zorra. —Doti se puso a temblar. —¡Quién te pagó para que traicionaras a la familia que te dio cobijo, trabajo y su confianza!

—Por favor, me matarán.

Alargó la mano y cogió un abrecartas poniéndoselo bajo la papada. —Escúchame bien, como no me digas lo que quiero saber,

como no confieses, te voy a matar yo misma. ¡Estoy harta de vosotros! ¡Quién te contrató!

—¡El marqués de Seirgbuck!

—Mientes. ¡Si hubiera sido él no me hubieras dicho su nombre en la conversación que tuvimos ayer simplemente para que no le ligara a la familia ni a ti! ¡Quién te contrató!

Tras ella apareció Robert que muy tenso entró en la habitación apuntándola con una pistola. Doti se echó a llorar. —¡Habla de una vez, mujer!

Sollozó. —El duque de Morlington.

Se le cortó el aliento. —¿El duque estuvo en la casa?

—Vino varias veces de visita cuando era joven y cuando al adalid le quitaron el mando me abordó en el mercado del pueblo en uno de mis días libres. Me amenazó con que me matarían si no le contaba lo que ocurría en la casa. —Le rogó con la mirada. —¡Pero muchas cosas me las callé, se lo juro!

—¿Te contó sus razones para espiarle?

—No confiaba en él. Decía que había intentado engañarles y que se había comportado de un modo extraño desde que su padre le había cedido el mando. Les miraba por encima del hombro como si

fuera superior a todos. El duque le tenía envidia y no solo él, otros también.

—Como el marqués. Todos querían el mando.

—Sí, por eso se decidió que no habría un nuevo adalid hasta que todos se pusieran de acuerdo o volviera un Flagston. Un Flagston los había convocado la primera vez y les había dirigido durante cien años, así que mientras el duque o su heredero no tomaran el mando de nuevo no habría adalid. Todo se decidiría entre todos. Imagínese, en la lucha de poder de estos últimos años muchos se han acobardado, ahora deciden dos porque los demás les temen. Su padre ha muerto y el duque de Morlington también, ahora solo queda el marqués.

Se le cortó el aliento. —¿Esos tres eran los que dirigían a los demás?

—Sí, ellos mandaban. En cuanto el duque de Morlington falleció, el marqués me envió una carta. Debía ponerme en contacto con él en cuanto el duque llegara por aquí.

—Dios mío. ¿Enviaste la carta ayer?

—No. —Miró hacia el escritorio. —La estaba escribiendo ahora.

Cogió la hoja de encima de la mesa y la leyó a toda prisa. En ella contaba cosas que podría saber cualquiera como que habían llegado y se habían casado esa misma tarde. —Tiró la hoja sobre el escritorio y la miró. —¿Qué papel tenía Dickinson en todo esto?

—Cuando empecé a hacerme mayor le sobornaron a él. Por un buen dinero se lo contaba todo. Mucho más de lo que contaba yo y lo hacía encantado —dijo con rabia—. Seguro que él ya envió la carta ayer.

Juró por lo bajo mirando a Robert. —Por eso Thorne se fue tan temprano y a caballo, llegará incluso antes que el correo.

Asintió porque eso tenía sentido. —Nos vamos. —Fue hasta la puerta.

—¿Duquesa? —Annalie la miró sobre su hombro. —Lo siento.

—No me sirve de nada tu arrepentimiento cuando han muerto varios nobles por tu traición. —Miró un frasco de láudano que estaba sobre la mesilla y se lo señaló. —Más vale que te mueras antes de que vuelva mi marido, porque como no sea así cuando acabe contigo vas a desear la muerte.

Caminó a toda prisa con Robert a su lado. —Está a salvo.

—Eso no lo sabemos, puede haber más implicados. Además, el campamento está muy cerca de aquí. Si les siguieron desde Londres y probablemente sea así, pudieron pedir ayuda en el campamento si necesitaban hombres para vigilar las tierras de mi marido. Y si es así han podido sorprenderle en el camino. —Robert juró por lo bajo. —Así que atentos porque no podemos fiarnos de nadie.

Al llegar al hall allí estaba toda la familia lista para partir. John le puso sobre los hombros su capa. —Milady, ya están sacándole.

—No le quiero enterrado en las tierras de los Flagston —dijo fríamente—. A saber lo que estaba haciendo ahí, me parece perverso.

—Por supuesto, duquesa.

—Encárgate de todo hasta que vuelva. —Iba a salir, pero se detuvo para mirarle. —Quiero ese pasadizo sellado a cal y canto, ¿me has entendido? Que nadie, absolutamente nadie pueda subir por ahí nunca más.

—Por supuesto, se hará de inmediato. Derribaremos la escalera y tapiaremos las paredes.

—Perfecto. —Entrecerró los ojos. —Sigue así John y tendrás mucho futuro en esta casa.

—Gracias, milady —dijo impresionado—. Ha sido muy generosa y no pienso defraudarla.

La duquesa bajó con su suegra las escaleras y dijo por lo bajo —¿Es trabajador? A ver si he escogido a un vago.

Sophia sonrió. —Un poco tarde para preguntar, ¿no?

—Suegra, tengo mucho en la cabeza.

—Tranquila, has hecho bien.

Suspiró del alivio subiendo al carruaje. —¿Queréis daros prisa? —Al ver que empezaban a entrar uno tras otro parpadeó. No cabían todos, pero seguían subiendo. —¿Dónde está el otro coche de caballos? —Wendolin dio la vuelta y cayó sobre ella. —Que me aplastas.

—¡Salid! —ordenó la duquesa viuda antes de chillar —¡Cuñada me has pisado!

—Es que no quepo.

Puso los ojos en blanco mientras discutían y cuando Wendolin bajó del carruaje David se subió de inmediato sentándose al lado de Amy. —Vaya con Robert en el siguiente.

—¿Qué?

Su hermano cerró de un portazo y golpeó el techo para que el cochero iniciara camino. Las damas le miraron con las cejas levantadas. —¡No me miréis así! ¡No cabía! ¡Necesita un asiento para ella sola!

Amy jadeó. —¿Estás llamando gorda a mi madre?

—Por supuesto que no, milady. Pero necesita un asiento para ella sola.

Amy se levantó de inmediato. —¡Cochero deténgase!

—¿Pero qué haces? —preguntó Annalie asombrada.

—No puedo dejar que viaje con un soltero a solas.

—¿Ahora me vienes con el decoro? ¿De veras? —La agarró del brazo tirándola sobre el asiento. —¡Siéntate ahí!

—Cómo se te ha subido a la cabeza eso de ser duquesa —dijo con rencor—. Cuando yo me case, será con un duque y ya verás, ya.

—¿Ya veré qué?

—Pues que podré replicarte.

—Eso ya lo haces ahora.

—Que no.

—Claro que sí, precisamente lo estás haciendo en este instante.

—Que no.

—¿Ves? —preguntó alterándose.

—¿Ves tú?

—¿El qué?

—Eso.

Asombrada miró a su suegra que se encogió de hombros. —Cuando hace eso me saca de quicio. Ignórala.

Amy jadeó indignada y miró a David. —¡Mi madre no está gorda! ¡Tiene las proporciones justas!

David tomó aire por la nariz como todo un caballero. —Milady, ¿cuando su madre va en el carruaje se sienta a su lado o en frente?

Amy se sonrojó. —¡Oh, cállese!

Annalie miraba inquieta por la ventanilla. —Hermano, mira el camino no dejes que te distraiga. Si ves algo extraño me lo dices.

David se acercó al cristal para mirar atentamente. Sophia susurró —Crees que le ha pasado algo, ¿verdad?

—No puedo estar segura, pero Dickinson pudo avisar a alguien que le siguiera o… No sé. Debemos estar prevenidas. —Se le

puso un nudo en la garganta mirando el camino de nuevo y Amy sentada frente a ella también se puso a mirar.

Annalie se apretó las manos muy nerviosa y Sophia alargó la suya para acariciárselas. Sorprendida la miró a los ojos y su suegra dijo —Gracias.

—¿Por qué?

—Por amarle a pesar de esta locura.

—No podría dejar de hacerlo ni con diez vidas tan locas como esta. —Miró hacia el exterior. —Es lo único bueno que he tenido y no pienso perderle.

Capítulo 17

Tuvieron que detenerse en una posada para refrescar los caballos y en cuanto entró fue directamente hacia el posadero por si Thorne había pasado por allí, pero el hombre estaba muy ocupado porque el sitio estaba a rebosar y ni la vio llegar. Miró a su alrededor y se quedó de piedra al ver al marqués de Seirgbuck hablando con un hombre que estaba de espaldas a él. Pero lo que le puso los pelos de punta es que sonreía como alguien que había conseguido su objetivo. David se puso ante ella dándoles la espalda. —¿Sabes con quién habla, hermana? —Le miró a los ojos muy tensa y negó con la cabeza. —Con el señor Colton. El hombre que dirige el campamento.

Separó los labios de la impresión. —Dios mío…

—Tenemos que encontrar a Thorne y creo que sé dónde está.

—En el campamento. Si el marqués está ahí tan tranquilo es que le han cogido.

Su hermano asintió. —Rápido, debemos irnos. Escóndete tras la gente para que no te vean.

Salió lo más discretamente que pudo y al llegar afuera corrió hacia el carruaje justo cuando llegaban el coche de Wendolin y Robert. Robert se bajó de inmediato. —¿Qué ocurre?

Mientras David se lo explicaba ella abrió la puerta del carruaje para sacar su pistola. —Vamos a caballo, será más rápido —ordenó cerrando.

Amy y la duquesa llegaron en ese momento del excusado que estaba fuera de la posada. —¿Qué ocurre? —preguntó Amy.

—Subid e ir hacia Londres. Wendolin sube.

—Pero…

—No podemos ir todos a buscar a Thorne. —Agarró la mano de la duquesa. —Si mi marido aún no ha llegado a Londres debes ir a hablar con la reina, debes explicarle todo lo que ha pasado.

Pálida preguntó —Crees que le han cogido, ¿no es cierto?

—No sé lo que ha ocurrido, pero si el marqués está en esa posada es que mi marido no está lejos. ¿Si no qué razón tendría

para estar aquí y hablando con ese hombre?

—El campamento está detrás de esa colina —dijo Robert antes de revisar su pistola—. David comprueba que la tuya esté cargada.

Su hermano lo hizo y Amy le entregó su pistola a través de la puerta. —Puede que la necesitéis.

—Sin el cuaderno del duque no tenemos nada —dijo su suegra angustiada.

—En este momento lo único que me importa es mi marido. —Corrió hacia el establo y ordenó al lacayo —¡Rápido tres caballos, los más veloces que tenga!

El hombre viendo su ropa ni se atrevió a contradecirla y fue hacia el final del establo. Impaciente miró sobre su hombro para ver como el carruaje se alejaba. —Dios mío, está muerto —dijo al borde de las lágrimas.

—Valor, hermana. Puede que aún quieran algo de él y le necesiten vivo.

—Tiene el cuaderno y es un estorbo para el marqués.

—No pienses en eso, ahora no puedes hundirte pensando lo peor. Puede que tengamos suerte.

Al ver que el hombre se acercaba con los caballos no esperó a que los ensillara y se subió a pelo sorprendiéndole. David hizo lo mismo mientras Robert hacía una mueca. —Esto va a ser toda una experiencia. —Se subió agarrándose en las crines y le tiró una saca al lacayo. —No nos has visto.

—Por supuesto que no. Yo nunca veo nada.

Ella salió a galope en dirección a la colina atravesando un pequeño bosque y ellos la siguieron hasta que llegaron a su cumbre donde los tres se detuvieron observando el campamento. Aquello era horrible. Las tiendas de campaña estaban realmente sucias y algunas tenían remendadas las telas, en el invierno de Escocia se debían morir de frío. El suelo que las rodeaba era un lodazal y los que estaban por allí estaban muy delgados. Parecían famélicos. Algunos estaban haciendo algo parecido a una instrucción con unas escopetas viejísimas que dudaba que estuvieran cargadas, mientras otros vagueaban por el campamento. Vio como uno que era más grande que los demás empujaba a un chico para tirarle al suelo y le arrebataba algo que llevaba en la mano. El chico se puso a llorar antes de que el otro le diera una patada en el estómago estremeciéndola de arriba abajo.

—Bienvenida al infierno —dijo David.

—Ahora os admiro mucho más. —Miró hacia una casa que había a unos metros. Parecía que allí había todas las comodidades. La casa hasta tenía porche. Tras esta había otras dos edificaciones más pequeñas y fue cuando vio el caballo. Un pura sangre de pelo negro. —¡Mirad! —Ambos miraron hacia allí. —Sería el caballo de un duque, ¿no creéis?

—Ese caballo cuesta más de lo que Colton ganará en su vida —dijo Robert—. Pero puede ser del marqués.

—¿Y dejarlo ahí? Lo dudo. Es un esnob y considera que los demás son escoria, no dejaría su preciado caballo en este sitio —dijo ella con desprecio—. Lo que me sorprende es que hayan dejado el caballo de Thorne a la vista de todos.

—Eso mismo estaba pensando yo —dijo su hermano—. Y no está ensillado.

—Seguramente su silla tendrá el escudo del ducado —dijo Robert—. Han tenido que quitársela para no delatarse.

Apretó los labios. —Bien, ¿qué hacemos?

—Déjanos hablar a nosotros —dijo Robert antes de mirar a David que estaba pálido—. Cielo, eso ya pasó. Quedó atrás hace

mucho tiempo. Ahora demuestra quién eres y mantén la mente fría para que no desvíes tus disparos.

El rostro de David mostró una frialdad que la sorprendió porque jamás le había visto así. Mientras enderezaba la espalda vio en él a todo un conde. El conde del que su padre se hubiera sentido orgulloso. Sonrió maliciosa. —Detrás de usted, milord.

David empezó a bajar la colina y ellos lo hicieron detrás llamando la atención de los que estaban abajo, que gritaron algo que no llegaron a entender. Tres hombres con armas en las manos se acercaron desde distintos puntos haciendo que los chicos entraran inmediatamente en sus tiendas. —Los guardias —dijo Robert.

Como si fuera una cárcel. Sin darse cuenta llevó la mano a la cinturilla de la falda para asegurarse de que la chaquetilla cubría la pistola que tenía allí. Entonces al descender vio el muro de piedra que rodeaba el perímetro y apretó las mandíbulas de la rabia porque su hermano y Thorne hubieran estado allí encerrados. Montados en sus caballos fueron hasta la gran puerta de madera que impedía el paso. Esta a su vez tenía otra puerta en una de las hojas y en ese momento se abrió mostrando a un hombre con una prominente

barriga cubierta por una sucia camisa que en algún momento debió ser blanca.

—¿Deseaban algo? —preguntó educadamente.

—¡Abran las puertas! —ordenó su hermano.

—Milord, eso no puedo hacerlo. Este es un recinto privado.

—¡Qué pago yo! ¡Abra de inmediato!

El hombre no pudo disimular su sorpresa, pero aun así dijo —El señor Colton no está.

—Le acabo de ver en la cantina con el marqués, abra de inmediato, debo llevarme al duque.

Él corrió hacia la puerta y gritó —¡Abrid!

Fue tal el alivio de que estuviera allí que casi se desmaya, pero respiró hondo diciéndose a sí misma que ahora no tenía tiempo para eso. Debían sacar a Thorne de allí cuanto antes.

David volvió su caballo hacia ellos y siseó —Son tres, ser certeros, debemos eliminarlos ahora porque si vienen más nos superarán en número.

Robert asintió antes de mirarla de reojo. —¿Podrás hacerlo?

Las puertas se abrieron poco a poco mostrando aquel horrible sitio que era aún peor desde abajo y la rabia recorrió sus venas

dándole fuerzas. —Por supuesto.

Su amigo sonrió de medio lado. —Veamos de que pasta estás hecha, duquesa.

Su hermano empezó a avanzar. Al lado de Annalie se quedó un hombre y la observó fijamente. Ella le miró a los ojos y al ver que no desviaba la mirada como debía hacer pues era una dama, se le revolvieron las tripas antes de sacar la pistola. Vio la sorpresa en su rostro antes de dispararle a la cara. Se volvió con el arma en la mano, pero en ese momento se escucharon tres detonaciones. Sintió como una bala rozaba su antebrazo, pero no perdió la pistola mirando al frente donde un hombre levantaba una escopeta. Apretó el gatillo de nuevo dándole en el centro del pecho. Miró a su hermano que sonrió orgulloso. —Padre te enseñó bien.

—Ya sabes cómo era. Si fallaba un tiro me dejaba sin postre.

—Bajad, sobre el caballo somos un blanco fácil. —Varios chicos salieron de sus tiendas y Robert gritó —¿Hay más?

Dos señalaron hacia la casa y Annalie cogió el arma del primer hombre que había matado. Se acercaron tras los caballos que avanzaban lentamente. —Tened cuidado, están escondidos —dijo su hermano.

La puerta principal se abrió de golpe y un hombre salió disparando a los caballos que salieron espantados. Robert sin moverse levantó el brazo y le disparó entre los ojos antes de que David disparara a un lateral de la casa donde otro hombre intentaba sorprenderles. —En nuestra época había cinco —dijo Robert tirando la pistola a un lado antes de mirar a David—. Dame la que te dio Amy.

—Ni hablar.

—Disparo mejor que tú.

—¿Pero qué disparates dices? ¿Has visto a aquel tipo? Está a treinta pasos al menos.

Ella puso los ojos en blanco caminando hacia la casa.

—¡Ten cuidado!

Al llegar al porche David cogió la escopeta del muerto, pero la desechó por la pistola que tenía en el cinturón. —Menuda antigualla. —Entraron en la casa y vieron un salón hecho un desastre. —Necesitan una mano femenina.

—O a ti, querido —dijo Robert—. Tu manía del orden es legendaria.

David sonrió. —Pues sí.

—Otro regalo que nos hicieron nuestros padres —dijo ella mirando a su alrededor, pero al escuchar un crujido todos elevaron la vista al segundo piso —. Al parecer hay un ratoncito en la casa.

Fueron hacia las escaleras y con el arma en alto Annalie llegó al segundo piso. Robert apuntó hacia un lado del pasillo y David al otro. —¡Sal o te arrepentirás! —ordenó ella.

La puerta que tenían justo en frente chirrió. —No disparen, por favor.

La voz de una mujer joven le cortó el aliento y la puerta se abrió lentamente mostrando a una chica de unos quince años con los ojos llenos de lágrimas. —Por favor no me maten.

—Levanta las manos —ordenó Robert—. ¿Qué haces aquí? No eres hija de Colton. Ese cabrón presumía de no tener hijos.

Levantó las manos llenas de llagas y negó con la cabeza. —Soy Lady Aurore Williamsburg, la hermana de Peter.

—¿Quién es Peter? —preguntó David desconfiando de ella.

—Uno de los internos. Mi tío murió y mi tía me trajo aquí. Tengo que trabajar a cambio de comida.

—¿Te usan?

Se echó a llorar negando con la cabeza. —Mi tía les ha dicho que valgo mucho dinero y que como me toquen los matará a todos.

Annalie mirándola fijamente entrecerró los ojos porque se parecía mucho a ella. ¿Williamsburg? De la impresión dejó caer el brazo con el arma. —¿Quién es tu tía?

—La condesa de Darwick.

Miró asombrada a su hermano. —Dios mío, es la hija de la hermana de la condesa.

David estaba incrédulo. —¿Y tus padres?

—Mi madre murió hace años y mi padre hace unos meses. La condesa dijo que ella cuidaría nuestra herencia hasta que Peter pudiera hacerse cargo de todo. Mi hermano se negó, pero tiene catorce años. El conde dijo que era su tutor y que como continuara con su actitud hablaría con la reina para arrebatarle el título. Se lo llevaron de la casa y a mí me dejaron a cargo de una dama de compañía. Pero al parecer mi tío a muerto y mi tía me envió aquí. —Sollozó. —Y no sé por qué. ¿Podéis ayudarme?

—Somos tus primos. Él es el nuevo conde de Darwick.

La chica se echó a llorar tapándose el rostro con las manos y Annalie la abrazó con fuerza. —Ya ha pasado.

—Ayúdame, por favor —dijo de manera desgarradora—. Mi hermano está enfermo.

—Os ayudaremos a los dos, pero ahora tengo que encontrar a mi marido. ¿Le has visto?

Se apartó sorprendida. —¿Un hombre moreno y muy fuerte? ¿Muy bien vestido?

—Sí, sí.

—Está atrás, atado en el poste de la cárcel. Le han estado interrogando, pero al parecer se desmayó.

Perdió todo el color de la cara. —¿La cárcel? —Atónita miró a su hermano que apretó los labios.

—Allí recibíamos los castigos —dijo Robert—. Vamos, debemos darnos prisa. No sabemos cuánto tardarán en volver.

—Vamos Aurore. —Cogió su mano y tiró de ella escaleras abajo.

Iban a salir por la puerta principal pero su prima dijo —Por aquí. —Abrió una puerta que daba a la parte de atrás y David corrió hacia el pequeño edificio que llamaban la cárcel. Estaba cerrado con un candado, pero su hermano le dio una patada a la puerta que la sacó de sus goznes. La apartó con dos patadas más y entonces lo

vio. Su marido estaba con las manos atadas a una especie de gancho que colgaba del techo, pero eso no era todo, tenía los tobillos y el torso atado a un poste. Su ropa estaba desgarrada y su rostro lleno de golpes. Al parecer el marqués se había ensañado bien.

Corrió hacia él y sollozó al ver la sangre que manchaba su mejilla. Asustada se acercó a su boca para sentir su aliento. —Está vivo.

David cogió un puñal que llevaba en su bota y empezó a cortar las ligaduras del poste. El movimiento debió despertar a Thorne que gimió antes de abrir los ojos.

—¿Cielo? —dijo angustiada.

—Preciosa, eres una cajita de sorpresas.

—¿Pues caminar?

Robert cortó las ligaduras de sus muñecas y gimió de dolor dejando caer los brazos. Sus piernas se doblaron y ella gritó cogiéndole como podía. —No siento los brazos y creo que me han roto una pierna.

Angustiada miró a Robert que le cogió un brazo para pasárselo por detrás de su cuello antes de cogerle por la cintura. —

David no puedo con él.

Su hermano cogió su otro brazo y le tendió la pistola a ella. —Está en tus manos.

—Mi alforja —dijo Thorne—. Está allí.

Le miró sorprendida. —¿No te lo han quitado?

—El marqués no sabe que lo tengo. Solo querían saber dónde estabais para mataros. Cree que os estoy ocultando y dice que somos cabos sueltos. Que ya es hora de resolverlo. —Sonrió con ironía. —Están muy desinformados. A Doti no le dio tiempo de contarle nada. Si vino hacia aquí es porque me perdió la pista en Londres. Dice que está harto de que los viejos esperen que ocupe mi puesto. Puesto que al parecer merece mucho más que yo y ya es hora de hacer que desaparezca. Que desaparezcamos todos.

—¿Sabías que Doti te traicionaba?

—Cuando murió mi padre se me pasó por la cabeza que me espiaba y después la pillé en varias mentiras.

—El mayordomo también te espiaba —dijo asomando la cabeza y Aurore le hizo un gesto con la mano para que salieran.

Juró por lo bajo. —Mierda, era un buen mayordomo.

—Es cuestión de opiniones, cielo. —Levantó las armas apuntando hacia la puerta. —¡Aurore los caballos!

Su prima corrió hacia ellos para intentar acercarlos y vieron como varios chicos corrían hacia el exterior del campamento. —Vamos, vamos… ¡En cuanto les vean vendrán hacia aquí!

Aurore de repente salió corriendo llamando a su hermano a gritos y Annalie gritó —¡No, vuelve! ¡Prima vuelve!

—¿Prima?

—Es una larga historia para contar ahora —dijo David llevándole hasta el pura sangre—. ¿Listo?

Thorne se agarró a las crines con una mano y entre los hombres le subieron. Palideció y dijo entre dientes llevándose la mano al costado —Mi silla, la alforja.

—¿Sabes dónde está? —Angustiada miró a su alrededor porque la necesitaban. Le dio una pistola a su hermano y corrió hacia la cárcel para buscarla a su alrededor, pero allí no había nada. Se llevó la mano a la frente intentando pensar y entrecerró los ojos. La silla del duque, su alforja. El marqués había estado allí, no podía habérselo llevado y a la taberna menos cuando alguien podía ver la silla y reconocerla. Tenía que estar por allí. Escuchó como rompían

otra puerta y salió corriendo a lo que parecía una casa de aperos, pero en ella había provisiones. Sobre los sacos estaba la silla que su hermano cogió de inmediato, pero no la alforja. Apretó los labios porque esa se la había llevado el marqués, estaba segura. Salió de la casa rabiosa y vio llegar a su prima con un muchacho que casi no podía caminar de lo débil que estaba.

—Salvajes —dijo Thorne.

—¡Subíos al caballo! —gritó ella antes de subirse a su montura.

David ató la silla a su caballo y gritó —¡Robert a este!

Su pareja se subió rápidamente y se lanzó a galope para acercarse a los chicos. Cogió a Peter del brazo subiéndole ante él. David llegó en ese momento y agarró del brazo a su prima para subirla a su montura. Annalie miró a su marido. —¿Listo, mi amor?

—Preciosa, no sabes cómo me alegro de escuchar esas palabras.

—¡Vas a escuchar muchas más cuando salgamos de aquí! —dijo dejando salir el miedo que tenía en su interior—. ¡Contenta me tienes, marido!

Él sonrió. —Te amo, preciosa.

Emocionada susurró —No vuelvas a hacerme esto, ya no podría vivir sin ti.

—Nunca más, te lo juro.

Escucharon un silbido y miraron hacia la puerta. —Vamos.

—No, falta la alforja.

—No está aquí, cielo.

Su marido apretó los labios. —El marqués, si encuentra el cuaderno…

—Ahora lo único que quiero es sacarte de aquí. —Le rogó con la mirada. —Vámonos.

Thorne asintió antes de hincar un talón en su caballo. —¿Seguro que puedes? —preguntó ella preocupadísima.

—Sí, tranquila.

Sin quitarle ojo llegaron a la puerta y sabiendo que su marido no podía ir a galope les dijo a los demás —¡Adelantaos!

—¡No vamos a dejaros!

—¡Poneos a salvo!

David apretó los labios antes de lanzarse a galope y Robert dijo —No vayáis hacia Londres. Regresaremos a la mansión. Es nuestra única oportunidad.

—¡No te preocupes, vete!

Cuando se alejaron miró la colina y dijo —Vamos cielo, si aún están en la posada puedo coger tu alforja de su caballo.

Su marido fue directo hacia la colina y la subieron lentamente porque era evidente que para él cada movimiento era un auténtico sufrimiento. Tendría que buscar refugio y a alguien que le curara. Que les curara a los dos, porque aunque no se notaba sabía que su herida no paraba de sangrar. Cuando llegaron al bosque ella detuvo el caballo y le dijo —Quédate aquí.

—Ni hablar, no pienso dejarte sola.

Le fulminó con la mirada. —¡Pues bien que me dejaste sola esta mañana!

—¿Ahora vas a empezar con eso?

—Marido, así no me sirves para nada y si vienes conmigo estaré preocupada por ti y no puedo tener diez ojos, ¡solo tengo dos!

Él apretó los labios. —Por Dios, ten cuidado.

Acercó su caballo y besó sus labios. —Te amo. —Se lanzó a galope y miró sobre su hombro para ver como la observaba. Su impotencia por no poder estar a su lado. Recorriendo ese bosque un

montón de imágenes vinieron a su memoria, cuando le vio en la puerta de la casa de Bonnie, cuando la miró a los ojos mientras bailaban, su tacto, su olor, su primer beso, todo ello le dio fuerzas. Al llegar ante la posada fue directamente hacia el establo.

El lacayo tiró la paja que tenía en la boca acercándose. —¿Milady?

—¿El marqués que vino con el señor Colton se ha ido?

—Sí, milady. Iba hacia Londres.

—A Londres, ¿seguro?

—Sí, milady. Llegó ese chico pidiendo ayuda y los dos salieron de la posada corriendo porque al ver el estado del chico muchos casi linchan al señor Colton. De hecho, varios le siguieron mientras otros corrían a llamar al alguacil. El marqués huyendo del revuelo corrió hacia aquí para coger su caballo. He visto como salía a galope en dirección Londres y ese hombre no tiene casa cerca de aquí, así que he supuesto que huye hacia su cubil como la rata que parece.

—Tiene buen ojo, amigo. —Volvió su caballo. —¿Hace mucho?

—No tengo reloj, milady, pero juraría que solo unos minutos.

—Gracias.

Se lanzó a galope y rezó por encontrarle pronto. No sabía cuánto aguantaría Thorne sobre el caballo. Asustada por haberle dejado solo hincó los talones en su montura. Después de unos minutos que le parecieron eternos temió haberse equivocado de camino porque dudaba que el marqués llevara su caballo a ese ritmo. De hecho, temía que el suyo no aguantara mucho más así. Rebasó una curva en el camino y al verle a lo lejos entrecerró los ojos. Efectivamente iba más despacio que ella, así que pudo acortar distancia hasta que la debió oír y miró sobre su hombro. Asombrada vio que parecía que no la reconocía y cuando llegó hasta él le rebasó volviendo su caballo y levantando su brazo con la pistola en la mano. Él tiró de las riendas y de repente sonrió irónico. —Lady Annalie, no puedo decir que sea una sorpresa.

—No mienta, marqués, no me esperaba en absoluto —dijo con desprecio—. Pero me he enterado de que me estaba buscando. Pues aquí me tiene. Descienda del caballo muy lentamente.

—¿O me matará? —preguntó con burla.

Bajó el arma y le disparó en la rodilla haciéndole caer del caballo. —¿Sabe lo que me enseñó mi padre? A no pedir las cosas dos veces —dijo fríamente bajándose del caballo. Se acercó sin dejar de apuntarle y vio su pistola en la cinturilla del pantalón. Se agachó

y él rabioso intentó cogerla. Annalie se apartó por un pelo y rio por lo bajo. —Yo soy más rápida que Bonnie, cabrón retorcido.

—Puta, espera que te coja y…

Le apuntó a la cara cerrándole la boca en el acto. —¿Acaso crees que vas a sobrevivir a este encuentro? Has dañado a mi familia —dijo con rabia—. Lo que le has hecho a mi marido, a Bonnie, lo vas a pagar aquí y ahora.

—¡Haré que os maten a todos! ¡Los Flagston se pudrirán en el infierno! No te atreverás, no… —La cara de sorpresa cuando la bala entró en su boca le hizo llevar la mano hacia allí antes de caer hacia atrás sin vida. Sintió una satisfacción enorme antes de dejar caer el brazo. —No tenías que haber dicho eso. Soy una Flagston y me enfrentaré a todo por ellos. —Un movimiento en el camino la hizo mirar hacia allí y al ver a su esposo sus ojos se llenaron de lágrimas porque la había seguido. Temía por ella y a pesar de su estado la había seguido, lo que demostraba que lucharía por ella hasta la muerte. Deseando reunirse con él vio las alforjas y abrió la que tenía el símbolo del ducado. Al ver el libro rojo suspiró del alivio y se cargó la alforja al hombro para subirse al caballo tan aprisa como podía. Se acercó a su marido sin darse cuenta de que las lágrimas corrían

por sus mejillas y al ver su palidez le besó en la mandíbula. —Estoy bien, amor.

—Eres la mujer más valiente que he conocido, duquesa —dijo con orgullo.

—Por ti me enfrentaría a cualquier cosa.

Él volvió el caballo. —Mereció la pena obligarte a ese baile.

Se echó a reír. —Mereció la pena pedirte un beso, mi amor. Y te pediré mil más.

—Estoy deseando dártelos, preciosa.

Epílogo

Bajó las escaleras de la casa de Londres con un maravilloso vestido lila con abalorios negros y sonriendo se acercó al salón. Su marido se levantó de su sillón en el acto. —¿Pero estás loca, mujer? Diste a luz ayer mismo.

—Quería reunirme con la familia. —Le dio un beso en los labios. —Estoy muy bien.

—Madre mía, qué resistencia tienes —dijo Wendolin—. Yo cuando di a luz me pasé una semana en la cama.

—El doctor me ha dicho que cuanto antes me levante mejor.

—Sí, pero sin abusar —dijo su marido llevándola hasta el sofá donde la ayudó a sentarse y le dio otro beso—. Estás preciosa.

—Gracias, amor.

Él se alejó para servirle un jerez.

—¿Y la dichosa abuela?

—Observando a su nieta mientras duerme —dijo Amy entrando en el salón acompañada de sus primos.

—Aurore, ¿qué tal ese latín? —preguntó Annalie divertida.

—Mi presentación es en seis meses, ¿de veras consideras necesario torturarme con clases de latín?

—El saber no ocupa lugar. ¿Peter?

—Un desastre, las lenguas muertas no son lo suyo. —Se acercó y le dio un beso en la mejilla. —Prima estás radiante.

—Gracias conde. —Con una orgullosa sonrisa en el rostro les observó sentarse y cuando su marido le tendió la copita de jerez le miró a los ojos. —¿Has visto que familia más hermosa tenemos, marido?

—Y aún falta gente. Tu hermano viene a cenar.

—Qué alegría. —Soltó una risita antes de dar un sorbito a su jerez. —¿Por qué no se mudan aquí? Si se pasan aquí todo el día.

—No tengo ni idea, y mira que les he insistido.

Escucharon gente hablando en el hall y miraron hacia allí para ver a su hermano quitándose la capa. Fue hasta él y por su rostro su hermana se tensó. —¿Ha ocurrido algo? ¿Y Robert?

—Enseguida viene. Le ha parecido sentir que una de las ruedas del carruaje hacía un ruido extraño y las está revisando todas con el cochero.

Hizo una mueca porque Robert era el único que no se había relajado desde que la reina había ordenado detener a todos los que salían en aquel cuaderno. De hecho, varios habían sido enviados a la horca y todos los que llevaban la marca, pero no salían en los apuntes del conde, habían sido desterrados para dejar bien claro que la corona no estaba de acuerdo con que nadie tomara decisiones por ella. Su marido y su hermano habían sido compensados con la medalla de la orden del mérito y Robert había recibido el título de Caballero de su majestad. Pero lo que más la sorprendió fue como su majestad se dirigió a ella, que orgullosa observaba a los suyos mientras eran distinguidos. La reina se acercó a su sitio y extendió su mano para levantarla de la silla. —Un pajarito me ha dicho que su labor, su entrega y su valentía han sido cruciales para salvaguardar el honor de la corona, por lo que también debe ser recompensada, duquesa. —Se quitó su propio broche con el escudo de Inglaterra y se lo puso en el pecho asombrando a todos los que le rodeaban porque nadie jamás había sido distinguido de esa manera.

A pesar de su avanzado embarazo hizo una reverencia. —Gracias majestad. Es un honor.

Recordando esos momentos miró a su esposo con amor, no dudaba ni por un momento que había sido él quien había hablado con la reina. Se acarició el broche que solo se ponía en la intimidad de su hogar antes de decir —Deberás tener paciencia con Robert, hermano. Mi marido tampoco se fía del todo de que nos hayamos librado de ellos.

David sacó algo del interior de la chaqueta y al ver que era una carta preguntó —¿Quién te ha escrito, hermano?

—Nuestra madre.

Perdió la sonrisa de golpe. —No quiero leerla.

El duque tenso se acercó a él y la cogió de su mano. —Más vale saber que dice, preciosa, hay que tener cuidado con las serpientes. Pueden picarte cuando menos te lo esperas.

El duque empezó a leer y caminó hacia la chimenea concentrado. Annalie bebió de su jerez y sonrió a su prima que había perdido algo de color en la cara. —Todo va bien, jamás volveréis a verla.

El duque tiró la carta a la chimenea y miró a su cuñado que se servía un coñac. Era evidente que David estaba molesto porque últimamente no bebía de más.

—¿Cariño?

—Al parecer no lleva bien su retiro en Córcega, preciosa. Y pide dinero. Hay que tener poca vergüenza cuando salvó el cuello por los pelos.

En ese momento llegó Robert y al ver sus caras de funeral se detuvo en seco. —Lo acepto, se me va la cabeza. Me he dado cuenta cuando le he dicho al cochero que quitara las ruedas para comprobar los ejes.

—No es por eso, cielo —dijo David sintiéndose en familia—. Es por la carta de madre.

—Te dije que no se la enseñaras. Este hombre… —Se acercó a Annalie y le dio un beso en la mejilla. —¿Cómo está la hermosa primeriza?

—Mucho mejor de lo que me decían.

La duquesa apareció en el salón loca de contenta. —¡Qué nieta más hermosa tengo! ¡Qué nieta! Y duerme como tú cuando eras pequeñito, hijo. Es tan buena, un angelito. Y creo que va a

tener los ojos azules de su madre. Con ese cabello moreno será toda una sensación.

—Madre, espera unos años para pensar en la presentación de Celia.

—Qué nombre más bonito. Le queda como anillo al dedo —dijo su abuela contentísima—. Robert un whisky, después de todos los nervios necesito relajarme.

Todos rieron por lo bajo porque durante el parto se había tomado sus buenas copitas de whisky para relajar los nervios, como ella decía, y llevaba dos días de celebración, pero nadie dijo nada.

En ese momento llamaron a la puerta. —¿No estamos todos? —preguntó Annalie.

—Que yo sepa sí —dijo su marido mientras Curtis iba a abrir.

En ese momento vieron a la marquesa de Seirgbuck que entró en la casa con un hermoso vestido rojo de fiesta.

—Oh, qué sorpresa —dijo Annalie levantándose con cuidado.

—Mi amiga ha tenido que levantarse de la cama, por supuesto. —La besó en la mejilla.

—¿Pero qué haces aquí?

—He venido a traerte un regalito antes de ir a la fiesta de los Williamson. —Le guiñó el ojo. —Por el nacimiento de esa preciosidad.

—No tenías por qué.

—Claro que sí. —Se volvió. —¿Curtis? Estamos esperando.

Escucharon gemir a alguien y todos estiraron el cuello para ver como el pobre mayordomo con dos lacayos intentaban meter en el hall algo enorme con un gran lazo rojo.

—Por Dios Bonnie, ¿qué es eso?

Soltó una risita. —No pude resistirme, lo vi en Bond Street y me dije que tenía que ser para nuestra Celia. Ya verás, ya verás.

Algo de madera chirrió contra el suelo y el duque, Robert y David ni cortos ni perezoso se acercaron a ellos para tirar como los demás hasta el centro del hall. Emocionada como su amiga se acercó. —Vamos, tira del lazo.

Ella cogió una de las puntas y tiró de ella deshaciendo el lazo. La tela que le cubría cayó al suelo mostrando una noria de madera que le sacaba la cabeza. —Dios mío…

—¿Ves que preciosidad? Sientas la niña aquí… —Y se puso a un costado tirando de un listón de un lado a otro para que la rueda

girara. —Le va a encantar. Y si tienes más niños puedes poner a uno en cada asiento.

Se echó a reír. —¡Me encanta! —La abrazó. —Gracias.

—No, gracias a ti, me has dado una vida muy distinta a la que tenía —dijo a su oído—. Gracias por liberarme.

La besó en la mejilla y emocionada se apartó para mirar sus ojos. —Ha sido un placer. Verte tan feliz me llena de alegría.

—Pues ahora me voy a esa fiesta a pasarlo estupendamente.

—Que disfrutes mucho.

Le guiñó un ojo antes de ir hacia la puerta. —Os veo luego David, Robert…

—Por supuesto, te vemos allí después de la cena.

La marquesa salió de la casa y todos sonrieron mirando la noria. —A ver cómo subimos esto —dijo el mayordomo deslomado haciéndoles reír.

—No hay prisa Curtis —dijo su marido—. Aún le queda un tiempo para poder usarlo. —Se acercó a su esposa y cogió su brazo. —¿Me acompaña al comedor, duquesa?

—Te acompañaría a cualquier parte, mi amor.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

1- Vilox (Fantasía)
2- Brujas Valerie (Fantasía)
3- Brujas Tessa (Fantasía)
4- Elizabeth Bilford (Serie época)
5- Planes de Boda (Serie oficina)
6- Que gane el mejor (Serie Australia)
7- La consentida de la reina (Serie época)
8- Inseguro amor (Serie oficina)
9- Hasta mi último aliento
10- Demándame si puedes
11- Condenada por tu amor (Serie época)
12- El amor no se compra
13- Peligroso amor
14- Una bala al corazón

15- Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.

16- Te casarás conmigo

17- Huir del amor (Serie oficina)

18- Insufrible amor

19- A tu lado puedo ser feliz

20- No puede ser para mí. (Serie oficina)

21- No me amas como quiero (Serie época)

22- Amor por destino (Serie Texas)

23- Para siempre, mi amor.

24- No me hagas daño, amor (Serie oficina)

25- Mi mariposa (Fantasía)

26- Esa no soy yo

27- Confía en el amor

28- Te odiaré toda la vida

29- Juramento de amor (Serie época)

30- Otra vida contigo

31- Dejaré de esconderme

32- La culpa es tuya

33- Mi torturador (Serie oficina)

34- Me faltabas tú

35- Negociemos (Serie oficina)

36- El heredero (Serie época)

37- Un amor que sorprende

38- La caza (Fantasía)

39- A tres pasos de ti (Serie Vecinos)

40- No busco marido

41- Diseña mi amor

42- Tú eres mi estrella

43- No te dejaría escapar

44- No puedo alejarme de ti (Serie época)

45- ¿Nunca? Jamás

46- Busca la felicidad

47- Cuéntame más (Serie Australia)

48- La joya del Yukón

49- Confía en mí (Serie época)

50- Mi matrioska

51- Nadie nos separará jamás

52- Mi princesa vikinga (Serie Vikingos)

53- Mi acosadora

54- La portavoz

55- Mi refugio

56- Todo por la familia

57- Te avergüenzas de mí

58- Te necesito en mi vida (Serie época)

59- ¿Qué haría sin ti?

60- Sólo mía

61- Madre de mentira

62- Entrega certificada

63- Tú me haces feliz (Serie época)

64- Lo nuestro es único

65- La ayudante perfecta (Serie oficina)

66- Dueña de tu sangre (Fantasía)

67- Por una mentira

68- Vuelve

69- La Reina de mi corazón

70- No soy de nadie (Serie escocesa)

71- Estaré ahí

72- Dime que me perdonas

73- Me das la felicidad

74- Firma aquí

75- Vilox II (Fantasía)

76- Una moneda por tu corazón (Serie época)

77- Una noticia estupenda.

78- Lucharé por los dos.

79- Lady Johanna. (Serie Época)

80- Podrías hacerlo mejor.

81- Un lugar al que escapar (Serie Australia)

82- Todo por ti.

83- Soy lo que necesita. (Serie oficina)

84- Sin mentiras

85- No más secretos (Serie fantasía)

86- El hombre perfecto

87- Mi sombra (Serie medieval)

88- Vuelves loco mi corazón

89- Me lo has dado todo

90- Por encima de todo

91- Lady Corianne (Serie época)

92- Déjame compartir tu vida (Series vecinos)

93- Róbame el corazón

94- Lo sé, mi amor

95- Barreras del pasado

96- Cada día más

97- Miedo a perderte

98- No te merezco (Serie época)

99- Protégeme (Serie oficina)

100- No puedo fiarme de ti.

101- Las pruebas del amor

102- Vilox III (Fantasía)

103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)

104- Retráctate (Serie Texas)

105- Por orgullo

106- Lady Emily (Serie época)

107- A sus órdenes

108- Un buen negocio (Serie oficina)

109- Mi alfa (Serie Fantasía)

110- Lecciones del amor (Serie Texas)

111- Yo lo quiero todo

112- La elegida (Fantasía medieval)

113- Dudo si te quiero (Serie oficina)

114- Con solo una mirada (Serie época)

115- La aventura de mi vida

116- Tú eres mi sueño

117- Has cambiado mi vida (Serie Australia)

118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)

119- Sólo con estar a mi lado

120- Tienes que entenderlo

121- No puedo pedir más (Serie oficina)

122- Desterrada (Serie vikingos)

123- Tu corazón te lo dirá

124- Brujas III (Mara) (Fantasía)

125- Tenías que ser tú (Serie Montana)

126- Dragón Dorado (Serie época)

127- No cambies por mí, amor

128- Ódiame mañana

129- Demuéstrame que me quieres (Serie oficina)

130- Demuéstrame que me quieres 2 (Serie oficina)

131- No quiero amarte (Serie época)

132- El juego del amor.

133- Yo también tengo mi orgullo (Serie Texas)

134- Una segunda oportunidad a tu lado (Serie Montana)

135- Deja de huir, mi amor (Serie época)

136- Por nuestro bien.

137- Eres parte de mí (Serie oficina)

138- Fue una suerte encontrarte (Serie escocesa)

139- Renunciaré a ti.

140- Nunca creí ser tan feliz (Serie Texas)

141- Eres lo mejor que me ha regalado la vida.

142- Era el destino, jefe (Serie oficina)

143- Lady Elyse (Serie época)

144- Nada me importa más que tú.

145- Jamás me olvidarás (Serie oficina)

146- Me entregarás tu corazón (Serie Texas)

147- Lo que tú desees de mí (Serie Vikingos)

148- ¿Cómo te atreves a volver?

149- Prometido indeseado. Hermanas Laurens 1 (Serie época)

150- Prometido deseado. Hermanas Laurens 2 (Serie época)

151- Me has enseñado lo que es el amor (Serie Montana)

152- Tú no eres para mí

153- Lo supe en cuanto le vi

154- Sígueme, amor (Serie escocesa)

155- Hasta que entres en razón (Serie Texas)

156- Hasta que entres en razón 2 (Serie Texas)

157- Me has dado la vida

158- Por una casualidad del destino (Serie Las Vegas)

159- Amor por destino 2 (Serie Texas)

160- Más de lo que me esperaba (Serie oficina)

161- Lo que fuera por ti (Serie Vecinos)

162- Dulces sueños, milady (Serie Época)

163- La vida que siempre he soñado

164- Aprenderás, mi amor

165- No vuelvas a herirme (Serie Vikingos)

166- Mi mayor descubrimiento (Serie Texas)

167- Brujas IV (Cristine) (Fantasía)

168- Sólo he sido feliz a tu lado

169- Mi protector

170- No cambies nunca, preciosa (Serie Texas)

171- Algún día me amarás (Serie época)

172- Sé que será para siempre

173- Hambrienta de amor

174- No me apartes de ti (Serie oficina)

175- Mi alma te esperaba (Serie Vikingos)

176- Nada está bien si no estamos juntos

177- Siempre tuyo (Serie Australia)

178- El acuerdo (Serie oficina)

179- El acuerdo 2 (Serie oficina)

180- No quiero olvidarte

181- Es una pena que me odies

182- Si estás a mi lado (Serie época)

183- Novia Bansley I (Serie Texas)

184- Novia Bansley II (Serie Texas)

185- Novia Bansley III (Serie Texas)

186- Por un abrazo tuyo (Fantasía)

187- La fortuna de tu amor (Serie Oficina)

188- Me enfadas como ninguna (Serie Vikingos)

189- Lo que fuera por ti 2

190- ¿Te he fallado alguna vez?

191- Él llena mi corazón

192- Contigo llegó la felicidad (Serie época)

193- No puedes ser real (Serie Texas)

194- Cómplices (Serie oficina)

195- Cómplices 2

196- Sólo pido una oportunidad

197- Vivo para ti (Serie Vikingos)

198- Esto no se acaba aquí (Serie Australia)

199- Un baile especial

200- Un baile especial 2

201- Tu vida acaba de empezar (Serie Texas)

202- Lo siento, preciosa (Serie época)

203- Tus ojos no mienten

204- Estoy aquí, mi amor (Serie oficina)

205- Sueño con un beso

206- Valiosa para mí (Serie Fantasía)

207- Valiosa para mí 2 (Serie Fantasía)

208- Valiosa para mí 3 (Serie Fantasía)

209- Vivo para ti 2 (Serie Vikingos)

210- No soy lo que esperabas

211- Eres única (Serie oficina)

212- Lo que sea por hacerte feliz (Serie Australia)

213- Siempre estás en mi corazón (Serie Texas)

214- Lo siento, preciosa 2 (Serie época)

215- La intensidad de lo que siento por ti

216- Lucha por lo que amas (Serie Australia)

217- Ganaré tu corazón (Serie Vikingos)

218- Mi otra cara de la moneda

219- Ni tú conmigo, ni yo sin ti

220- No necesito más, si te tengo a ti (Serie Oficina)

221- Me enfrentaré a todo por tu amor (Serie época)

Novelas Eli Jane Foster

1. Gold and Diamonds 1
2. Gold and Diamonds 2
3. Gold and Diamonds 3
4. Gold and Diamonds 4
5. No cambiaría nunca
6. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

1. Elizabeth Bilford
2. Lady Johanna
3. Con solo una mirada
4. Dragón Dorado

5. No te merezco
6. Deja de huir, mi amor
7. La consentida de la Reina
8. Lady Emily
9. Condenada por tu amor
10. Juramento de amor
11. Una moneda por tu corazón
12. Lady Corianne
13. No quiero amarte
14. Lady Elyse

También puedes seguirla en las redes sociales y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.